



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE POSTGRADO

**JULIO BAÑADOS ESPINOSA: ESCRITURA Y EXÉGESIS.
MODERNIDAD E INTELECTUALES CRIOLLOS**

Tesis para optar al grado de Doctor en Literatura Hispánica

Pilar Vigneaux Delporte

Profesor guía:

Bernardo Subercaseaux Sommerhoff

Santiago de Chile, año 2014

**JULIO BAÑADOS ESPINOSA: ESCRITURA Y EXÉGESIS.
MODERNIDAD E INTELLECTUALES CRIOLLOS**

FICHA RESUMEN

NOMBRE DE LA AUTORA: Pilar Vigneaux Delporte.

PROFESOR GUÍA: Bernardo Subercaseaux Sommerhoff.

GRADO ACADÉMICO: Doctorado en Literatura, mención en Literatura Hispanoamericana y Chilena.

TÍTULO DE LA TESIS: *Julio Bañados Espinosa: escritura y exégesis. Modernidad e intelectuales criollos.*

RESUMEN DE LA TESIS:

La presente tesis tiene por objetivo hacer un análisis de la escritura de Julio Bañados Espinosa, intelectual de la segunda mitad del siglo XIX. En estas páginas, se analizará la construcción del intelectual decimonónico y se hará una exégesis de la escritura de Julio Bañados. Así, se identificará cómo es que el autor construye su subjetividad como intelectual a través de la escritura y cómo es que la escritura también conforma la nación.

Se analizarán los siguientes libros del autor: *Ensayos i bosquejos* (1884), *Letras i política* (1888), *Cartas del Destierro* (1891-1894, publicadas en 2006), y *Balmaceda, su gobierno y la Revolución de 1891* (1894).

Luego, se verá cómo, de la literatura, es preciso llegar al *hacer* en el cargo público y cómo este puesto en el Estado vuelve a las letras, cuando el intelectual se transforma en el escritor de la ley.

Se analizará también el concepto estético de Bañados de orden y cómo es que lo aplica a la nación.

Finalmente, se hará un análisis de las causas de la Revolución de 1891 y se verá cómo Julio Bañados enfrenta este quiebre del orden nacional, desde el destierro. Una vez en el extranjero, Bañados vuelve a escribir para recordar el gobierno de Balmaceda, para contar la *verdad*, como le pide el Presidente, y escribe también para rearmar su subjetividad y la de la nación, haciendo uso de los antiguos valores intelectuales, cuando la modernidad ya ha cambiado la sociedad chilena de fin de siglo.

CORREO ELECTRÓNICO DE LA AUTORA: pvigneau@uc.cl

A mis padres
A Julio y Luz Güemes Bañados
y a Ximena Pinto Bañados

AGRADECIMIENTOS

Nadie escribe nunca una tesis solo. La soledad aparente de la mesa de trabajo es simplemente una fachada. Detrás de una tesis doctoral hay un sinnúmero de gentes, almas caritativas todas que han tenido paciencia, fuerza, paciencia otra vez, entusiasmo y empuje y que han permitido, a lo largo de los años, que el tesista dé su fruto. Aquí van las gracias a todos aquellos que han escrito esta tesis conmigo:

Gracias a Ximena Delporte y a Andrés Vigneaux, mis padres, por la convicción férrea de que la educación es por lejos la mejor herramienta del mundo. Gracias por los años de sacrificio, por los cuidados, por los esfuerzos, por todo aquello que dejaron de lado para educarme y para ayudarme a ser quien soy, en todo sentido.

Gracias a Camila y a Cristóbal Vigneaux, mis hermanos, por ser mis compañeros de vida y por compartir conmigo el regalo del humor. Gracias especiales a Camila, por creer en mí hasta cuando yo ya no creo.

Gracias a Julio Güemes, a Luz Güemes y a Ximena Pinto (la *Tatá*, mi abuela), nietos de Julio Bañados, por mantener vivo al abuelito Julio en la familia. Gracias por el apoyo en la escritura de esta tesis, gracias por contarme mil veces todas las historias de la familia, gracias por emocionarse con mi trabajo, gracias por el cariño. Y, *Tatá*, gracias por el amor infinito, infinito.

Gracias a todos mis profesores, a lo largo de mi vida: Sonia Leizgold, Victoria Freire, Rafael Martínez, Janine Chanut, Beatriz Borie, Nadia Pierattini, Jaime Ferrer. Esta tesis no tendría ni una coma bien puesta si no hubiera sido porque María Elena Moll me enseñó a escribir y a encontrar mi estilo propio. Me enseñó también a *entender*. Gracias a Alfredo Matus, de quien aprendí la rigurosidad. María Elena y Alfredo me enseñaron también la pasión por el lenguaje y la locura y la hermosura de nuestra lengua. Gracias a María Ester Martínez por enseñarme a ir más allá. Gracias a Mario Ferreccio por creer en mí. Gracias a Bernardo Subercaseaux por su paciencia, por sus comentarios siempre iluminadores, por el apoyo, por hacer este camino pedregoso más llevadero, por aconsejarme y por el humor, que es siempre tan importante para mí. Gracias a Irntrud König por la contención. Gracias a Alejandro San Francisco por toda la ayuda y por toda su generosidad. Gracias a CONICYT y a la Universidad de Chile por haberme otorgado la beca para hacer el doctorado.

Gracias a mis compañeros y amigos de la vida que escribieron sus tesis junto conmigo o antes que yo: Cristián Opazo, Catalina Forttes, Paula Thorrington, Maritza Carranza, Constanza Mujica, Saeed Atoofi, Viviana Unda, Joanna Dávila, Leah Kemp, Daniel Brown, Allison Ramay, Vanina Eisenhart. Gracias por la amistad, por el camino hecho juntos.

Gracias a mis amigos de la vida: Daniela Pérez, Luz María Gumucio, Lorena López, Constanza Frías, Yerko Lagos, Rosana Landaluce, Francisco Subercaseaux, Javier Fernández, María Dolores Yáñez, Belén Moncada, Graciela Pavón, Gladys Trombert, Heather Strain, María Inés Brugal, Ingrid Bragemann, Lautaro Gálvez, Bernardita Santander, María Inés Ducaud, María Elena Ver, y tantos otros que han estado conmigo a lo largo de estos años, dándome ánimos y abriéndome las alas.

Gracias a Don Lupe y a Margarita Viramontes, a su familia, y a todos mis amigos de Los Ángeles, California. A Rosita Portillo también.

Gracias a todos mis amigos de Papudo por mostrarme lo que puedo hacer.

Gracias al "Muso", por ser un huracán en mi corazón.

Gracias a Dios y a la Virgen, por el favor concedido.

En Chile somos esencialmente patriotas:
tenemos la furia del patriotismo,
que es una de las tantas enfermedades heroicas
que sufren los pueblos jóvenes,
sin tradiciones, con un pasado nuevo
y que todo lo aguardan de su propia fuerza,
de su virilidad.

Pedro Balmaceda Toro,
hijo del Presidente Balmaceda

Índice

| | |
|---|-----------|
| Introducción | 1 |
| 1.- El intelectual liberal en el siglo XIX. Construcción de la identidad nacional y de la subjetividad privada | 13 |
| Los intelectuales criollos y la conformación de la nación, en el siglo xix | 15 |
| Julio Bañados Espinosa, liberal | 19 |
| La literatura liberal: en la búsqueda de una nueva autoridad que fomente la expansión de la modernidad | 25 |
| Nuevas ideas para una nueva nación: la escritura | 28 |
| Leer, escribir y hacer, pilares de una subjetividad | 30 |
| Lectura, traducción y escritura como medios de construcción de identidad | 31 |
| La escritura y el hacer | 34 |
| La caligrafía liberal: antiespañola, en pro de la libertad y patriota | 36 |
| La hagiografía liberal | 38 |
| Sujeto público, sujeto privado y nación | 41 |
| El pensamiento ilustrado | 42 |
| Las concepciones del individuo, a partir del siglo XVII | 46 |
| Subjetividad nacional y subjetividad individual: dos frentes de una misma construcción | 52 |
| La reivindicación de los orígenes por medio del esfuerzo y la educación | 57 |
| Los personajes de origen humilde de Bañados | 59 |
| La plenitud del sujeto: su vinculación al Estado | 62 |

| | |
|--|-----------|
| Sentimientos, naturaleza y sujeto liberal | 65 |
| El despertar del sujeto liberal: el amor en Bañados | 66 |
| Julio Bañados, ciudadano del Chile liberal | 71 |
| 2.- Sujeto, nación y narración: de la escritura al hacer | 73 |
| La individualidad liberal | 76 |
| La narración de la individualidad liberal | 77 |
| La narración de la República liberal | 78 |
| La ciencia de la narración | 81 |
| El orden como concepción estética y su relación con la individualidad | 83 |
| El concepto del <i>orden</i> en Andrés Bello | 84 |
| Julio Bañados y el camino del orden y del progreso | 87 |
| La estética del orden en Julio Bañados | 89 |
| Leyendas, ficción e historia | 95 |
| Las leyendas, el espacio narrativo de la mujer | 96 |
| Las leyendas históricas en la construcción de la nación | 98 |
| La democratización de la información | 100 |
| El difícil camino de las leyendas | 101 |
| <i>Tradicionalista</i> (leyendista) versus <i>Historiador</i> , dos caras de una misma historia | 103 |
| La no ficción | 108 |
| A) Biografías | 108 |
| B) La crítica literaria y la labor del historiador | 112 |

| | |
|--|-----|
| La crítica incisiva de Bañados a la Colonia | 115 |
| El orden narrativo | 117 |
| Crítica literaria e historiografía | 120 |
| Lastarria y Vicuña Mackenna | 121 |
| Educación, letras, política, leyes: las cuatro vertientes del hacer | 129 |
| La educación | 130 |
| La educación y el Estado | 131 |
| Los cargos públicos en el entramado Liberal | 134 |
| Las letras y la prensa | 135 |
| Las leyes | 136 |
| Bañados: publicista, político y jurista | 140 |
| Sistema representativo e Incompatibilidades Parlamentarias | 141 |
| La construcción del <i>pueblo</i> | 144 |
| 3.- La construcción de la subjetividad después de la Revolución: escrituras y deslizamientos en la modernidad | 147 |
| <i>Las Cartas del Destierro</i> | 147 |
| Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891 | 150 |
| Antecedentes de la guerra civil | 153 |
| La Cuestión Social y Julio Bañados | 154 |
| Choque de Visiones de Mundo | 158 |
| La perspectiva balmacedista de puño y letra de Bañados | 158 |
| Bañados, un testigo privilegiado | 168 |

| | |
|--|------------|
| Julio Bañados: la reconstrucción | 170 |
| <i>Cartas del Destierro y Balmaceda, su Gobierno y Revolución</i> de 1891, dos caras de una misma moneda autobiográfica | 175 |
| La construcción del Yo y del espacio interior desde el <i>afuera</i> | 180 |
| Deslizándose hacia fuera por Chile | 181 |
| El saqueo | 184 |
| El Deslizamiento por mares y calles | 200 |
| El destierro | 200 |
| Julio Bañados el Transeúnte | 205 |
| 4.- La construcción de la subjetividad: memoria y escritura | 216 |
| El deslizamiento por la memoria | 216 |
| Los protagonistas | 217 |
| La escritura y el hacer | 221 |
| La conformación del Yo | 222 |
| El tránsito por la memoria | 224 |
| La subjetividad parcelada | 228 |
| La santidad como marco de la subjetividad | 234 |
| La herencia del orden público | 236 |
| La posteridad y las dimensiones de la subjetividad | 239 |
| El deslizamiento a través de la escritura | 243 |
| La verosimilitud | 245 |
| La descripción, el relato de viajes y las estrategias de folletín | 250 |

| | |
|--|-----|
| Fin del tránsito | 255 |
| Conclusiones | 257 |
| Apéndice | 262 |
| Ester Valderrama, Mujer, Esposa, Escritora y Lectora | 263 |
| La vida de Ester Valderrama | 267 |
| El destierro de su marido | 269 |
| Julio Bañados, marido y padre | 274 |
| El destierro de Ester Valderrama | 275 |
| El saqueo desde la perspectiva de Valderrama | 278 |
| El cambio definitivo de los valores de la época | 280 |
| La imposibilidad de habitar la cotidianeidad destruida | 282 |
| Reflexiones finales | 285 |
| Bibliografía | 289 |

INTRODUCCIÓN

El objetivo de esta tesis es investigar en profundidad el modo en que Julio Bañados Espinosa, intelectual liberal de fines del siglo XIX, se construye a sí mismo y construye la nación a través de la escritura. Julio Bañados comenzó su escritura pública en 1877, en Chile, y no se detuvo hasta el día de su muerte en 1899. En esos años de escritura, subió al gobierno de la mano de Balmaceda y vivió la caída del gobierno liberal, durante la Revolución de 1891. Posteriormente, una vez desterrado, Bañados comenzó la escritura de cartas a su familia y de la Historia del gobierno de Balmaceda que el mismo Presidente le pidió, antes de suicidarse.

La construcción del individuo liberal, en el siglo XIX, está completamente ligada a la escritura. La escritura liberal es esta especie de caligrafía sin fin que se va haciendo carne en el sujeto. El individuo, entonces, ejerce su individualidad, a la vez que la construye, por medio de la escritura y de la generación de ideas. Las ideas publicadas le abren paso al individuo en la colectividad liberal y en el hacer liberal; de este modo, la acción liberal en su vida diaria es la que le despeja el camino, junto con las ideas publicadas, para pasar a la posteridad. Julio Bañados, en sus primeros años como intelectual chileno, está inmerso en esta forma de ver el mundo y de concebir al sujeto y organiza su individualidad absolutamente ligada a los requerimientos de la República liberal. Se colectiviza y se individualiza según sus requerimientos. Se construye a sí mismo según lo que la causa liberal define como sujeto útil a la nación.

El patriotismo exaltado entra dentro de este círculo también como un agente individualizador. Cada nación busca dentro de sí características propias únicas y diferenciadoras que los individuos deben conocer, defender y remarcar. En América particularmente, la defensa de la individualidad continental, primero, y nacional, después, se transforma en necesidad urgente ante la permanente negativa de Europa de aceptar la personalidad cultural que existía allende el Atlántico. El patriotismo acendrado, el amor a la patria más allá de todo, es la

semilla que planta la razón por medio de la educación y que luego germinará. En el patriotismo, el individuo liberal encuentra la fuerza para trabajar incansablemente, encuentra el impulso para anteponer la patria a las necesidades personales y encuentra, también, el coraje para ofrecerse al martirio, si la patria así lo requiriese.

Julio Bañados, entonces, a temprana edad, se construye desde sus lecturas, por un lado, y desde su escritura por otro. Lee para encontrar lo que quiere ser y escribe para definir lo que será. Se define a sí mismo a través de la ficción, en sus leyendas, —de una autoficción si se quiere, como si él mismo fuera el protagonista de todas sus historias—. Bañados, gracias a la caligrafía, va encarnando las características de los héroes de su escritura: honestidad, nobleza, patriotismo, trabajo incansable, lecturas eternas, elucubraciones interminables sobre el bien público, voluntad férrea, conciencia limpia, afán pedagógico, escritura, historia, periodismo, y un largo etcétera. Él es para Chile el compendio de todos los héroes del momento.

Escribe, nuestro autor, en su veintena, ya no desde sus orígenes ni desde su cuna, escribe desde la nueva posición que le ha dado el liberalismo: escribe desde sus méritos, desde su laboriosidad, desde la gran mente liberal que ha construido la República, puesto que se ha fundido con ella. Ya no es sólo él, es él y sus coterráneos, él y todo el panteón liberal. Escribe también, y lo reconoce muy seguido, desde Chile, la República ordenada y civilizada que dirige sus pasos hacia el progreso ilimitado. Si bien es cierto que para Bañados Chile no es Francia ni Alemania ni Inglaterra, es una tierra fértil para el progreso porque cuenta con ciudadanos enfocados que trabajan arduamente por el avance de la nación. Luego de la oscura Colonia, el advenimiento de la Independencia y la posterior construcción de la República le han ofrecido al país un futuro luminoso que sigue su curso gracias a los esfuerzos de cada ciudadano que estudia, lee, escribe y hace.

Bañados, su ser público y su ser hombre privado se entienden sólo en la medida en que su existencia está íntimamente ligada a la nación, y su ser privado

es inalienable de su ser público. Es como es porque eso es lo que la patria necesita en ese momento. La definición de la individualidad de Julio Bañados pasa, irremediabilmente, por el corazón de la nación, del Chile en ciernes del siglo XIX.

A través de la escritura, antes de la Revolución, Bañados —que a la sazón escribe ensayos políticos, literarios e históricos— construye la nación desde el liberalismo aprendido tanto en la escuela como en la Universidad. Como los intelectuales de su época, se caracteriza por la seriedad y solemnidad con que realiza su quehacer intelectual.

En sus escritos, Bañados además juega con fabulaciones autobiográficas. Con sus textos, nuestro autor inicia una construcción de un personaje público y privado con determinadas características, con determinados valores, empeños, ideales e ideologías. Y construye, a su vez, una nación que tiene también ciertos objetivos, ciertos valores y ciertos ideales. Se siente, al fin y al cabo, con el peso de seguir los pasos de Andrés Bello y arenga a los jóvenes como él a que hagan lo mismo.

En el siglo XIX, hay unas percepciones de nación que definen tanto las lecturas de la época como las escrituras. Se lee aquello que se percibe como útil para alcanzar la civilización y se escribe para fomentar el progreso. Es, finalmente, una “puesta en marcha de una mentalidad previa, de un horizonte de expectativas que interactúa con el texto. En esa interacción se pone en juego un código ideológico cultural en el que están imbricados una concepción de la historia y una vivencia del tiempo” (Subercaseaux A 6). Con la llegada de Balmaceda al poder, a Bañados se le abren las puertas del *hacer*. Logra sobrepasar la escritura y transformarla en una acción constante y frenética. Construye escuelas, hospitales y líneas férreas; es ministro de Justicia e Instrucción Pública, es ministro del Interior; se enfrasca en la reformulación del sistema representativo y toma la pluma para ejercer su orden en las leyes nacionales.

Al convertirse en un hombre de Estado, Bañados llega a la cima de lo que un hombre liberal puede ser. Sin embargo, como vimos, la llegada de la

modernidad trajo cambios para los cuales Bañados y sus compañeros no estaban preparados.

Mientras Bañados trabajaba con esfuerzo y rigor en el avance y el orden del país, se fue produciendo un cambio de valores que desbarajustó el esquema de progreso de la nación. El *comerciante* se transformó en el eje de la sociedad y fue desplazando, poco a poco, al *santo* liberal. La subjetividad se empezó a definir por *lo que se posee* por sobre *lo que se es*. El honor, la nobleza y el esfuerzo se cambiaron por la astucia y la capacidad de hacer producir a la nación, en beneficio propio.

Las reformas propulsadas por Balmaceda se interponían a los nuevos intereses de la oligarquía y estalló la Revolución. En ese momento, se quebró la tradición de orden que Chile había ido acumulando desde la Independencia y la sociedad toda se enfrascó en una guerra que redefinió los valores sociales y la subjetividad.

Nuestro autor, luego de presentar batalla por medio país, tuvo que salir desterrado para poder salvar la vida. Ya en el exilio, escribe para digerir lo sucedido y escribe, también, como una forma de hacerse presente en su país, ante su familia y su comunidad.

A esta escritura de cartas a los suyos se suma la escritura de la Historia del gobierno de Balmaceda, tarea titánica que le encargó el Presidente-mártir antes de morir. Desde París, el centro de la civilización, Bañados va construyendo, con su escritura, una vez más, su identidad, como rescatándola de entre medio de los escombros en que la Revolución convirtió su vida.

Las circunstancias del destierro que sufre Bañados le exigen escribir en un nuevo género literario: las cartas, y lo fuerzan a referirse a temas íntimos que antes no aparecían en sus escritos. Balmaceda lo urge, además, a escribir un tratado de historia reciente sin precedentes: mil cuatrocientas páginas en donde Bañados, el protagonista —ministro de Guerra en Campaña, director del ejército—, debe transformarse en testigo y relator —ojalá *objetivo*— de los hechos que lo tienen en el destierro. Difícil tarea.

Indudablemente, luego de la Revolución de 1891, la forma de construir nación y de construirse a sí mismo cambia. Bañados parece ser el último intelectual liberal que hace uso de la escritura como medio de organización de la realidad y como medio de combatir el caos, en concordancia con lo que dice Subercaseaux: “La generación que se batió en el '91 es percibida como la última generación que guió su conducta sobre la base de ideales; como una generación que se entregó al culto de la libertad y a la justicia, principios que luego decaen pero que para esa generación constituyeron el motor que la llevó al desinterés completo de la vida, arrojándola —como dice Domingo Melfi— en el vórtice de la guerra civil” (45).

El advenimiento de la Revolución de 1891 rompió con todos los esquemas establecidos para la construcción de la nación. Y rompió también con las estructuras narrativas y temáticas de Bañados. Ante la guerra, el saqueo y el destierro, Bañados se ve obligado a practicar un nuevo género literario, como ya dijimos. La escritura de cartas lo fuerza a ahondar en situaciones personales, tanto familiares como políticas, que le son inmensamente dolorosas. Se halla desterrado y las cartas son, en un período en que el telégrafo era la gran modernidad y costaba una fortuna, su fuente de contacto con el mundo que ha dejado atrás. Así las cosas, las cartas deben abrirse, deben hacerse elásticas para ser construidas desde una nueva perspectiva que incluya realidades más amplias. Ahora las cartas deben servir de diario de vida, de transporte de información básica, de testimonio de que se está vivo, de espacio para la narración de batallas y de acontecimientos políticos, para experimentaciones socio-urbanísticas que se transforman en detallados relatos de viajes. Ya no son sólo cartas íntimas, incluyen, en sí mismas, una gran gama de subgéneros literarios. Es más, a ratos ni siquiera son cartas íntimas, pues Bañados las transforma en públicas: son para su esposa, pero también para sus suegros, su padre y hermanos, sus amigos y hasta, por las circunstancias políticas, para el país entero cuando son incautadas.

Las cartas de Bañados fueron robadas y publicadas en varias ocasiones y él estaba consciente de ello. En carta del 12 de octubre de 1892, le dice a su esposa Ester Valderrama:

Presumo que roban mi correspondencia y se hace necesario buscar otro conducto. Por precaucion es conveniente que nunca dejes de calcular, al escribir tus cartas, que puedan ser tomadas y publicadas. Sabes ya que mis adversarios han destruido todas las garantías y todas las vallas levantadas por la dignidad humana y el derecho. Tienes experiencia acerca de lo que son capaces. Hogar, correspondencia, propiedad, personas, fortuna ajena, son palabras vanas para ellos” (CD 140).¹

En estas cartas que se abren para dar cabida a distintos relatos, Bañados reacomoda su escritura. No deja de lado, porque no puede, la minuciosidad que le ha dado su educación racional y científicista. Esto se ve claramente en sus relatos de viajes que son, también y primordialmente, estudios acuciosos de las ciudades que visita. Tampoco olvida la defensa del patriotismo acendrado del que, ya a estas alturas, es víctima. Ni puede olvidar su entusiasmo liberal.

En un principio, Bañados escribe como todo liberal de la época: racionalmente sobre temas que ayudarán al progreso de la nación. Pero cuando la Revolución lo expulsa de su país y lo arranca de su familia, su escritura se transforma. En las cartas vemos, por supuesto, los resabios fortísimos de su escritura liberal y, sin embargo, vemos también que Bañados abre paso a una nueva perspectiva. Cuando ya no tiene cómo saber de los suyos ni de su país, Bañados se conecta con su cuerpo que, a la sazón, se halla enfermo, a pesar de sus escasos 33 años. En cada una de sus epístolas, Bañados hace un recuento de su estado de salud: revisa sus dolores reumáticos, la caída de un párpado, los dolores en el pecho, los problemas digestivos y va narrando su profundo dolor del alma a través de sus achaques físicos. Sabemos que nunca nos dirá lo que su

¹ El libro *Cartas del Destierro*, publicado en 2006, por Pilar Vigneaux, en la editorial Bicentenario, será citado como CD en aras del espacio y la claridad. Éste y todos los demás subrayados que aparezcan en las citas de Bañados son del propio autor.

corazón realmente siente porque ha hecho jurar a su corazón que sufrirá en silencio (cf. Bañados 160), pero su cuerpo habla irremediabilmente.

El cuerpo higienizado y cerrado del siglo XIX, ese cuerpo que no se muestra ni del cual se habla, se abre en las cartas de Bañados. El cuerpo se hace presente en su dolor, en su suciedad, en sus falencias y en sus desechos. Es la presencia del caos, del cambio, de lo incontrolable, tanto en el país como en la vida de Bañados. Su cuerpo es también un reflejo del cuerpo destruido de la nación, como si Bañados, por algún milagro liberal, pudiera reflejar en sí mismo los dolores de la República.

Ya en París, el centro de la civilización, Bañados escribe para seguir ordenando ya no sólo el caos de Chile, sino que el suyo propio. Si bien está en la Ciudad Luz, aquella que fue su modelo de civilización, la ciudad le es inevitablemente *ajena*. No la maneja, no la conoce y no la *usa* como la usaría un parisino nacido y criado en París. Ante esta angustia que le produce a Bañados el desorden total en su vida, nuestro autor comienza un deslizamiento por calles y avenidas de París, que irá en paralelo con el deslizamiento que hará por su memoria, para recordar la administración de Balmaceda, y con el deslizamiento de su pluma por el papel.

En su libro *Balmaceda su Gobierno y la Revolución de 1891* (de 1894), Bañados hace uso de todo el armamento racional para construir una justificación histórica, política y moral de la administración Balmaceda, acorde con los valores liberales que Bañados todavía creía en boga.

En *Ensayos i bosquejos* (1884) y en *Letras i política* (1888), Bañados está construyendo su nación. Para armarla, recurre a un ejercicio de la memoria selectivo: escoge aquellos personajes históricos que se adecuan a sus propósitos liberales. Hace memoria también para forjarle un pasado a su país distinto al de la Colonia, que tantas desgracias parece haberle heredado. Este pasado nuevo, reconstruido a través de los ojos criollos, es el responsable de darle a Chile un futuro esplendoroso. Este ejercicio de la memoria tiene la sutileza de ir de la

mano de una construcción de futuro: mientras más liberal y racional haya sido el pasado, más racional y liberal será el futuro de Chile.

Cuando acaece la Revolución y ya una vez iniciado su destierro, Bañados vuelve a hacer un ejercicio de la memoria. Rastrea en los vericuetos de su alma para ver dónde ha habido malas intenciones y no encuentra más que honradez y patriotismo. Hace memoria de nuevo, esta vez entre cajones y cajones de documentos que recibe desde Chile y nuevamente lo mismo, sólo encuentra honradez y patriotismo. Ahora es él, en este ejercicio de la memoria, el protagonista de una de sus leyendas que tiene una doble escritura: por un lado, está la historia del gobierno de Balmaceda y, por otro, las cartas de su destierro, dos caras de una misma moneda.

La escritura de cartas tiene, como parte de su propia estructura, el presupuesto de que esas cartas serán leídas por un *otro* ausente. En este caso, las cartas de Bañados tienen como principal destinatario a Ester Valderrama, su mujer. Sin embargo, Valderrama no es la única que lee esas cartas, están implícitos, como destinatarios también, los suegros de Bañados, sus hermanos, su padre, sus amigos e, incluso, la nación completa. Tomando esto en consideración, es muy interesante adentrarse en cómo habrá sido que Valderrama y los demás recibieron estas cartas.

Si bien es cierto que no quedó ni una sola carta de las que Ester Valderrama escribió a su esposo Julio Bañados durante su destierro (entre agosto de 1891 y abril de 1894), es posible, al leer las cartas de su marido, encontrar los rastros de la vida, los sufrimientos y los deseos de Valderrama. Mientras Bañados pasa hambre en Europa, Valderrama vive las penurias de una descastada en la cerrada sociedad santiaguina y se rebela a las órdenes de Bañados, lo increpa, duda de su sufrimiento, le recrimina solapadamente y pierde, finalmente, todas sus batallas. Me parece interesante ver cómo Ester Valderrama vive este proceso y es una víctima de la modernidad que todo lo avasalla y de la sociedad que todo lo controla. Valderrama, a fin de cuentas, debe vivir, debido a la carrera política de su marido, su propio destierro. Un exilio doloroso y bestial que debe acarrear por

las calles de Santiago, muy lejos de la torre Eiffel y del río Sena, entre conocidos vueltos desconocidos y en la pobreza.

*

Rescatar a un personaje como Julio Bañados Espinosa de los vericuetos del olvido no es un hecho fortuito ni tampoco es producto de un acto voluntarioso. Es, más bien, fruto de una necesidad histórica y literaria.

Si bien es cierto que esta tesis tiene un carácter preponderantemente literario, es imposible negar que escudriñar la historia de Bañados abre caminos amplios para reanudar discusiones importantísimas y sumamente actuales sobre el liberalismo, la democracia y la República. Debido a la relación estrecha de Bañados con Balmaceda y de Bañados con los intelectuales liberales del país, en el análisis de los escritos de nuestro autor encontraremos, sin lugar a dudas, innumerables claves de su período histórico.

Bien sabemos que Bañados fue actor y testigo en un gobierno de suyo controversial y que hasta el día de hoy genera ácidas discusiones y copiosa literatura. Así las cosas, transparentar su visión sobre la historia y la historiografía, sobre la literatura y la crítica literaria, sobre el liberalismo y su forma de ser liberal y, sobre todo, sobre su modo de hacer país y de hacerse a sí mismo a través de la escritura, será siempre útil para aquellos que investiguen la intervención del Estado en los procesos modernizadores, tanto en el siglo XIX como en la actualidad; así como para quienes estudien el avance de la democracia en Chile y la constitución de la República.

Habiendo sido Julio Bañados un intelectual de amplio vuelo, sus reflexiones sobre la educación, la política, el sistema presidencial y el liberalismo internacional echarán luces sobre uno de los períodos más conflictivos del siglo XIX en Chile.

Desde la perspectiva literaria, Bañados, como redactor de un sinfín de periódicos, como cronista y como analista literario es de suyo interesante también. Dilucidar su percepción estética, su forma de trabajar los diferentes textos y clarificar sus métodos de lectura será un aporte a los estudios literarios chilenos.

Además, el análisis de las cartas de Bañados abrirá puertas a su intimidad decimonónica y nos entregará información valiosísima del período, tanto en Europa como en Chile, en especial de la diáspora chilena en la Francia finisecular. Las cartas fundidas con relatos de viajes son una fuente rica en información de la época y son, además, un espejo del mundo que es proyectado a través de ojos que se autodenominan patriotas, liberales y democráticos.

Finalmente, el análisis de los escritos de Bañados, de su forma de leer y de escribir, nos ayudará a comprender cómo una subjetividad experimenta las contradicciones de la modernidad. Bañados, Balmaceda y Chile entero fueron víctimas de una modernidad quizás desmedida y con certeza arrolladora. Desde esta perspectiva, la modernidad en Chile fue brutal y no perdonó a nadie. Marshall Berman bien explica que “la modernidad involucra siempre una dialéctica extraña, en que una forma de modernismo se activa y se agota tratando de aniquilar a la otra, todo en nombre del modernismo” (165). Nada explica tan brevemente y mejor la Revolución de 1891.

Bañados se construye como hombre público y privado a través de la escritura, dentro del marco de la construcción nacional que se hacía, a través de la escritura también, en el siglo XIX. Esta construcción, en la corta vida de Bañados, tuvo su punto cúlmine cuando pasó a servir como ministro en el gobierno de Balmaceda. Cuando llega la Revolución, Bañados ve cómo el paradigma del siglo XIX que él ayudó a construir y a través del cual vivió se desmorona. Siendo fiel a sus impulsos constructores literarios, por medio de sus *Cartas del Destierro* y de su libro *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*, Bañados comienza un trabajo de reconstrucción de la nación y de sí mismo en el que revisa lo hecho, analiza la situación y se erige como el último estandarte de un modo de pensar la nación que está desapareciendo.

La construcción que Bañados hace de sí mismo y del país es, irremediamente, una fabulación de sí mismo y de la nación. Bañados no es necesariamente el hombre que nos presenta en sus escritos. Sin embargo, con el correr de la tinta, Bañados termina convirtiéndose en quien ha fabulado: un

patriota que pone a la patria por sobre todo lo demás, incluso por sobre su familia. Pero es también, tanto en la realidad como en sus escritos, y aunque no se de cuenta o no quiera reconocerlo, un hombre que sufre, que siente, y que va más allá de la ideología positivista-liberalista en boga.

La escritura de Bañados apunta hacia el futuro. Desde muy joven se prefigura una escritura destinada a ser pública, no privada, y que imagina siempre el futuro de la patria enmarcado en la libertad, el patriotismo, el laicismo y el liberalismo. El liberalismo de Bañados es tan marcado en su persona, que trasciende también sus escritos privados. En las *Cartas del Destierro*, escritas entre 1891 y 1894, a su esposa Ester Valderrama, Bañados no puede evitar hablar de política, de progreso, de libertad y de patriotismo.

Estas fabulaciones autobiográficas de Bañados crean a un personaje público que se vislumbra como mártir de la patria, defensor de los derechos de la República, demócrata, liberal. Y, a su vez, crean un personaje privado que debe condecirse con el héroe nacional. Así, Bañados busca, además, por medio de la defensa del liberalismo y a través de la escritura, consolidar una identidad nueva, distinta a la identidad oligárquica, pero que sea aceptada por la aristocracia. En estas fabulaciones, Bañados se sitúa dentro de la oligarquía y, sin embargo, vemos, por los escritos de otros, que no fue aceptado por las clases altas de la sociedad chilena de la época.

Esta construcción de su identidad se vio forzada a tomar un giro con el advenimiento de la guerra civil. Bañados, a pesar de todo, se erige como el último intelectual liberal y patriota en los albores de un nuevo siglo que traerá inmensos cambios sociales, valóricos y políticos.

Dada la Revolución, Bañados debe volver a construirse, debe volver a definirse a sí mismo y debe justificar toda una administración, esta vez ya no desde Santiago de Chile, sino que desde París, Francia.

Cómo es que Bañados se construye a sí mismo, como intelectual liberal, antes de la Revolución y cómo es que se vuelve a construir después de ella,

desde el centro de la modernidad, París, es el tema central de esta tesis de doctorado.

Para llevar a cabo este análisis, se tomarán en cuenta las siguientes obras de Julio Bañados Espinosa:

1. *Letras i Política* (LiP) de 1884.
2. *Ensayos i Bosquejos* (EiB) de 1888.
3. *Cartas del Destierro* (CD) editadas en 2006.
4. *Balmaceda, su gobierno y la revolución de 1891* tomos I y II (BGR I y BGR II) de 1894.

EL INTELLECTUAL LIBERAL EN EL SIGLO XIX.

CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL Y DE LA SUBJETIVIDAD PRIVADA

La instauración de lo moderno tomó, en el siglo XIX, en Chile, luego de la anhelada Independencia, un acelerado y vertiginoso camino que fue deshaciendo, de a poco, la unidad —al menos política— que se había alcanzado con la lucha independentista. Se hizo necesario detener este desmembramiento con un proyecto de Estado capaz de aglutinar (o que pretendiera aglutinar) a todos los chilenos para que el Estado se consolidase pronto y se evitaran así nuevos y peores derramamientos de sangre, y se saciaran las ansias modernizadoras de las clases sociales altas.

Encontrar un punto en común y, en especial, una estrategia única para gobernar la nueva libertad adquirida no era tarea fácil. América, muy a pesar de los criollos y de sus anhelos modernizadores, no era Europa. Tenía otro paisaje, otro contexto, otra historia y, por sobre todo, otra gente. Y estas personas, ese *otro*, con su bosque propio, su desierto extenso, su cordillera inexpugnable, no se dejaba calzar tan fácilmente: acomodaba feliz y *ad infinitum* las reglas de la modernidad, hasta que quedaban convertidas en un mamarracho irreconocible, fruto bastardo de la modernidad higienizada y el mestizaje furibundo, que ponía en serio peligro la concreción de las aspiraciones modernizadoras del cada vez más fino, educado y afrancesado criollo.

Así las cosas, se hace necesario llenar el vacío de modernidad a cada paso más notorio en este Sur del mundo tan salvaje. No importaba que América entera estuviera llena de gente, de ríos, de montañas, de bosques, de desiertos y mares porque todo eso era virgen, no tenía la marca de la modernidad, no había sido penetrado por ella. Había entonces que “poblar desiertos, construir ciudades, navegar los ríos” (Ramos 36) y, para lograrlo, para desvirgar a América, la modernidad se hizo de su falo propio: la pluma, y de su ejército personal: los intelectuales del siglo XIX. De este modo, escribir desde la posición del intelectual era “dar forma al sueño modernizador; era ‘civilizar’: ordenar el sinsentido de la

‘barbarie’ americana” (Ramos 35), borrar la virginidad de Chile, domesticar, asir todo aquello que pisara o conformara suelo chileno y hacerlo conocido, obediente, un ser comprensible, un objeto útil a los avances sociales y, por sobre todo, a las nuevas estructuras económicas.

Los intelectuales nacionales, para cumplir con su cometido organizador, se enfrascaron, a lo largo del siglo XIX, en la escritura, como noveles Adanes que debían renombrar el Nuevo mundo para poder organizarlo y poseerlo, y para volver a conformar un *nosotros*, una unidad férrea e indestructible, distinta de España y de su herencia agobiante, que llevara al país hacia un futuro esplendor, hacia un nuevo paraíso en la Tierra.

Este *nosotros* se define a partir de los nuevos cánones tomados de Inglaterra, Francia y Alemania, principalmente. Un nosotros que se alimenta de las distintas vertientes del liberalismo europeo y que busca alcanzar una cierta cohesión gracias a él. Este nosotros supone, a su vez, a un *otro* al que hay que civilizar. La otredad está encuadrada en todo aquel que no calce con las definiciones y objetivos del liberalismo y que obstruya el progreso de la nación. Si bien es cierto que se buscaba incluir a ese *otro* dejado fuera, se termina, finalmente, sólo ordenando las diferencias, jerarquizándolas, expandiéndolas y fijándolas y, por ende, dejando a ese otro aún más alejado del centro. No nos olvidemos que, a la sazón, el analfabetismo era grande, por lo tanto, el proceso modernizador era llevado a cabo por unos pocos hombres de la elite criolla que excluían al pueblo y a las mujeres. De este modo, las buenas intenciones de los intelectuales que, como Lastarria, pretendían “una literatura edificante: escribir para el pueblo, combatir los vicios y realzar las virtudes” (Subercaseaux A 13), se iban haciendo agua en el analfabetismo que reinaba por doquier y en las profundas zanjas que diferenciaban a unos habitantes de otros, en el Chile de entonces.

A lo anterior hay que agregar que la ilustración llegó al país de a poco. Muchos de aquellos que se consideraban intelectuales, a principios del siglo XIX, no habían leído un libro en años, no sabían de geografía ni de aritmética, ni sabían

tampoco escribir bien. Así lo corroboran los viajeros europeos de la primera mitad del siglo XIX, como John Miers y María Graham. Haciendo alusión a esta misma paradoja, Miers, en traducción de Piwonka, explica cómo era casi imposible entrar un libro a Chile sin que éste fuera visado por un funcionario de la aduana y agrega “estas prohibiciones sólo afectan a los extranjeros, puesto que, como los chilenos no tienen ningún placer en leer, no vale la pena importar libros, ya que no producen utilidades” (en Subercaseaux A 15).

Así y todo, una vez que el proceso de culturizar la nación para hacerla moderna se dio por iniciado, aquellos que tenían las herramientas para fomentar el desarrollo se dedicaron a ello.

Ahora bien, en la primera mitad del siglo XIX, este proceso de escriturar el país comenzó, necesariamente, con la importación de discursos europeos —paradoja también insólita de los entusiasmos independentistas— que tampoco se adecuaban exactamente a la realidad americana; pero, en fin, se hacía lo posible. Chilenos iban a Europa y europeos venían en viaje de placer o porque los distintos gobiernos invitaban a ingleses, alemanes, franceses a que recorrieran las tierras, ayudaran en la educación, en las ciencias y en los ejércitos e, incluso, se les invitaba a que colonizaran los confines patrios.

LOS INTELLECTUALES CRIOLLOS Y LA CONFORMACIÓN DE LA NACIÓN, EN EL SIGLO XIX

La primera generación de intelectuales criollos fue la que propulsó la Independencia del país. En este período, se cristalizaron las ideas de hombres como Camilo Henríquez (1769-1825), Manuel de Salas (1754-1842) y Juan Egaña (1768-1836). Al igual que los intelectuales de 1842, como Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), Francisco Bilbao (1823-1865) y Victorino Lastarria (1817-1888), los intelectuales de la primera mitad del siglo XIX creen en ciertos valores, códigos e ideas que se enmarcan dentro del liberalismo proveniente de Europa. Estos hombres de letras son intelectuales

que asumen la ilustración desde una racionalidad militante y que conciben a los fundamentos filosófico-políticos de las *luces* como la base de su pensamiento y de su acción, a la razón como instancia ordenadora del conocimiento, a la libertad como valor supremo y a la república como la forma de gobierno más adecuada para la nueva nación. Son letrados que participan del optimismo histórico y de la idea del progreso indefinido, que perciben a la educación como el instrumento para formar ciudadanos, y a la cultura letrada como el ámbito para esa formación (Subercaseaux B 2).

La educación se transformó en la columna vertebral del proyecto modernizador y la gramática y la ortografía se edificaron como la médula. Existe, a partir de 1820, una *voluntad racionalizadora* y el *saber* comienza a abrirse espacio en la sociedad, deja de ser una actividad privatizada (o al menos se intenta que deje de serlo), y se consolida e institucionaliza con la creación de la Universidad de Chile en la década del cuarenta (cf. Ramos 58s; 63). Por supuesto que todos estos esfuerzos no lograron escolarizar a todos los chilenos —no se ha logrado eso todavía—; sin embargo, sentaron las bases para un proyecto relativamente sustentable de progreso social y cultural.

A partir de 1842, y con la llegada de Andrés Bello, el Estado avaló la enseñanza de la gramática y de la ortografía, puesto que consideraba que las letras “*pulen*² el lenguaje y someten el extravío de la fantasía —de todo lo ‘espontáneo’, a tal efecto— a la regularidad de la razón. Por lo tanto, las letras proveen las condiciones necesarias para el ejercicio de la ley” (Ramos 63). En este sentido, “la escritura proveía un modelo, un depósito de formas, para la organización de las nuevas naciones” (Ramos 28). Al controlar la lengua y sus barbarismos, se controla todo lo demás, es un ejercicio de “disciplina y racionalización de la sociedad emergente” (Ramos 63). De la mano de los intelectuales, se instaura la *República de las Letras*, que tiene como pilar fundamental y signo de autoridad la *elocuencia* (cf. Ramos 60). Si quien sabe hablar tiene un pueblo que sabe escuchar y que se ha disciplinado a través de la

² Itálicas del autor.

gramática y de la ortografía, tiene asegurada la gobernabilidad y la contención del caos, ya que se han formado “sujetos suscritos al poder de la ley” (Ramos 64).

Bello y el resto de los intelectuales luchan contra la ausencia de escritura y de literatura. Poblar Chile de literatura le confiere al país “un rasgo distintivo de la barbarie. La literatura, entonces, diferenciaba a América Latina de África y Asia” (Ramos 68). Finalmente, tal y como nos lo dice Poulantzas (en Ramos 72), el Estado moderno es aquel que “ha sistematizado, si no descubierto, la gramática y la ortografía, erigiéndolas en redes del poder”. De esta forma, se instauró en Chile una estrategia de gobierno que volviera a las personas sujetos de ley capaces de entender qué se esperaba de ellos, cuáles eran sus derechos y cuáles, sus deberes.

Al bloque intelectual decimonónico le cupo hacerse cargo, de distintas maneras, del devenir histórico-político de Chile. La primera generación de 1810 tuvo sobre sus hombros la compleja tarea de desembarazarse de la administración española y de darle al país riendas propias para forjar su destino. La lucha por la libertad colectiva fue el principal bastión de estos intelectuales de comienzos de siglo y se esforzaron por dejar despejado el camino para “transformar los residuos de la mentalidad colonial en virtudes cívicas y en una nueva conciencia nacional” (Subercaseaux B 2; cf. 11). Esta generación se preocupó también de los pueblos indígenas y sus derechos. Aquellos que lucharon por la independencia de Chile “se consideraban herederos legítimos de los araucanos. El pensamiento republicano —tal como se infiere del primer escudo nacional (1812)— percibía en el pasado indígena su propia época clásica” (Subercaseaux B 11).

La generación de 1842 tomó el camino trazado por los intelectuales independentistas y se encargó de promover fehacientemente la emancipación mental y cultural de Chile de España. Buscó producir ideas para lograr asentar la nación y su alter ego, la literatura. Con la prensa ya establecida, la publicación de los escritos se facilitó considerablemente. La fundación de la Universidad de Chile les dio el marco de seriedad suficiente para legitimizar sus ideas. Esta generación

abogó por las libertades individuales y, a diferencia de los de 1810, quienes basaron sus ideas en autores como Montesquieu, Rousseau y Voltaire, los de 1842 tomaron también a pensadores como Constant, Pradt, Lamennais y Destutt de Tracy. Recibieron además influencias de extranjeros avecindados en Chile, como Sarmiento, cuya teoría sobre la civilización y la barbarie cambió la postura de la intelectualidad nacional frente a los indígenas.

A fin de cuentas, los intelectuales de 1810 se veían a sí mismos como los independizadores y, los de 1842, como los civilizadores de la nación, como aquellos que traerían el progreso y, a la postre, la felicidad a todos los individuos del país. La diferenciación entre el discurso liberal de la primera generación y de la segunda también incluyó un giro en el tono. El discurso liberal de los intelectuales de 1842 “se tornó más radical, más crítico, más de vanguardia, más lúdico, más volátil e impredecible, a la vez que menos funcional al orden establecido. Es un discurso que extrema cada vez más su propia lógica modernizante, a costa de seguir siendo meramente instrumental a una hegemonía social tradicional” (Jocelyn-Holt 28).

Dentro de esta estructura de modernización a través de la escritura, la creación de puentes, caminos, vías de trenes y puertos como trazos reales en el cuerpo del país, se convierte en una tarea que compite, en importancia, con la de la educación de la gente (cf. Ramos 36). Sin caminos ni vías de acceso, no se puede expandir la modernidad, no hay comercio ni se fortalece la sociedad. Hay una correlación poderosa entre la escritura del país y las obras públicas. Esta simbiosis entre la construcción de obras y la escritura de la historia de la nación se hace presente a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX. Y se hace presente también en el modo de ser intelectual de la época. Tendremos, entonces, intelectuales que escriben y que, en muchos casos, también ostentan cargos públicos a través de los cuales van haciendo trazos en el cuerpo del país.

Estos nuevos aires en la educación forjaron hombres intelectuales que pusieron, de distintas maneras y desde diferentes posturas, sus pensamientos al servicio de la construcción de la nación. Tal es el caso, por ejemplo, de Francisco

Bilbao, joven intelectual nacido en Chile, en 1823, que fue educado por Lastarria y que recibió la influencia de Bello. Bilbao, en 1844, escribió el artículo “Sociabilidad chilena” —en el que criticaba abiertamente al clero, la herencia española y a la aristocracia nacional—, que tuvo una recepción dispareja. Por un lado, el ala conservadora de la sociedad se escandalizó profundamente, lo acusó de blasfemo, lo condenó al pago de una multa de \$1.200.- y quemó su artículo a manos de un verdugo (cf. Arriagada 451). Por otro lado, ciertos miembros más liberales de la sociedad recibieron sus escritos como un viento fresco. Carmen Arriagada, en carta a Rugendas del 4 de julio de 1844, dice:

Ahora hay otra cosa que ha venido a distraer al público de su entusiasmo lírico. Hablo del papel o artículo impreso en el Crepúsculo y escrito por el joven Bilbao. Escrito que si bien puede tener algunas faltas de estilo, el fondo de la cuestión es tan santo, tan grande y justo, que se debe pasar por todo lo demás. Cuando este joven habla de igualdad, que defiende los derechos del hombre, que quiere la verdadera igualdad en el mundo, creo que nadie, a menos que no sea [sic] un propenso egoísta, puede quedarse indiferente (Arriagada 450).

Con su irrupción en la sociedad y en el círculo intelectual de la época, Bilbao y los letrados de 1842 despejaron el camino para que los jóvenes de la segunda mitad del siglo XIX se animaran también a construir la nación, para que alzarán la voz y afilaran la pluma.

JULIO BAÑADOS ESPINOSA, LIBERAL

En 1858, en el puerto de Valparaíso, nació Julio Bañados Espinosa, fruto del matrimonio de Ramón Bañados Berendique y de Virginia Espinosa Hidalgo. Pasó parte de su infancia en el Puerto y luego terminó su educación en Santiago, en el Instituto Nacional primero y finalmente en el colegio San Ignacio. Después estudió leyes en la Universidad de Chile y se graduó en 1882. Bañados recibió en sus estudios lo mejor de la educación liberal, a pesar de no pertenecer a la aristocracia y de ser de provincia. Igual a como lo hiciera Lastarria, Bañados

escogió como definición de su persona y como su aporte a la sociedad el quehacer intelectual. Si bien su alcurnia no le permitía acceder a los círculos más elevados de la sociedad chilena, sus escritos le abrieron puertas que lo condujeron a las clases altas y al gobierno de Chile en el período de Balmaceda.

Julio Bañados Espinosa fue un hombre multifacético que construyó su identidad a partir de lo que su época le ofreció. A temprana edad se inclinó por el liberalismo e hizo suyos los postulados que regirían el quehacer intelectual de todo el siglo XIX. Fue un lector ávido, que digirió en su adolescencia todos los clásicos de la literatura griega, romana y liberal. Asimismo, con 19 años, dio inicio a una escritura prolífica, en los más diversos ámbitos. Fue leyendista, historiador, economista, periodista; escribió tratados de leyes, analizó constituciones nacionales y extranjeras; usó el método comparativo en muchos de sus escritos legales e históricos; fue editor de varios periódicos; escribió discursos, coronas fúnebres, biografías y artículos de crítica literaria. No contento con esto, fue también abogado, político, bombero, diputado, ministro en diferentes carteras, pedagogo, y mandó construir escuelas, líneas férreas, cárceles y hospitales. Y todo lo anterior lo hizo entre los 20 y los 40 años (falleció el 17 de febrero de 1899, dos meses antes de cumplir los 41 años). De hecho, al momento de estallar la guerra civil, Bañados tenía 33 años y había sido diputado, por primera vez, a los 27 años, y ministro (de Justicia e Instrucción Pública), a los 30.

En 1884, se casó con Ester Valderrama Téllez, hija de Adolfo Valderrama Sáinz de la Peña y de Felipa Téllez Ossa. Juntos tuvieron cuatro hijas: tres antes de que Bañados se fuera desterrado (Virginia, Julieta y Laura) y una a su regreso (Olga), que nació cinco meses después de la muerte de nuestro autor.

También en 1884 y con 26 años, Julio Bañados publica su primer libro con artículos de su autoría: *Ensayos i bosquejos*.³ En 1888, con 30 años, publica su segundo libro, *Letras i Política*,⁴ en el que incluye sus artículos de prensa últimos. Este segundo libro sale a la luz cuando ya es diputado por Ovalle. Se nota en él

³ En adelante, se citará como EiB.

⁴ En adelante, se citará como LiP.

que Bañados ha madurado y que ha llegado donde quería llegar: a la tribuna, como hombre de Estado. Con estos libros, sienta las bases de su lugar en la estructura liberal y esboza su aporte a la nación. Estas primeras letras hacen un recuento de los valores liberales preponderantes en la época y sirven como prueba de que Bañados domina el abecedario liberal. Lo sitúan, además, en un punto estratégico del liberalismo de la época. Ha recibido la influencia del liberalismo de principios del siglo XIX y está expuesto también a la radicalización de las ideas y debe optar. Nuestro autor, finalmente, se radicaliza también, pero en una dirección diferente a la del resto de sus pares.

Con el correr del siglo, el liberalismo comienza a extremar sus postulados y cae en lo que fue una de las causas de la Revolución de 1891, el cambio de los valores en las clases altas:

Este proceso trajo consigo una pérdida de los antiguos ideales de la aristocracia ilustrada, ideales que implicaban nobleza de sangre y de espíritu y, sobre todo, sacrificio desinteresado por la patria y el progreso del país. En los círculos dirigentes primó un modelo social de refinamiento exterior y lujo, de frivolidad, hedonismo y ostentación mundana, todo ello en desmedro de los principios de antaño, del cultivo del espíritu y de la vida interior (Subercaseaux 43s).

Nuestro autor no estuvo ajeno a este proceso, pero, a diferencia de sus correligionarios, canaliza sus esfuerzos en el perfeccionamiento del sistema presidencial (que él llamará *representativo*), radicalización que también tuvo su participación en las causas de la Revolución.

Bañados, como todos los jóvenes liberales de su época, se opone fuertemente a las ideas conservadoras esgrimidas por la aristocracia. Los conservadores eran, a la postre, no sólo los herederos de los valores coloniales que los liberales denostaban, sino que eran también los que pretendían controlar económicamente el país por medio de la posesión de tierras, de una organización económica paternalista (la hacienda) y de la ostentación de viejos privilegios de casta (cf. González 51).

Los liberales, en cambio, traen ideas nuevas que pretenden borrar toda la tradición española anterior y asegurar el progreso. Se insertan en el vocabulario intelectual conceptos como *cambio*, *progreso*, *modernización*, *civilización* y *uropeización* que sirven como pilares de los nuevos valores que se quieren implantar: “la reforma de los aparatos del estado, una constitución escrita, [...] la educación pública, la igualdad formal ante la ley, el sufragio popular, la libertad individual, la libre competencia” (González 55).

Esta concepción del progreso tiene su origen en las ideas organicistas de Darwin, Comte y Spencer. Desde esta perspectiva positivista, que postula que el único conocimiento auténtico es el dado por el método científico, el progreso se entiende como una sucesión de etapas históricas que van avanzando, imparables, hacia su continuo perfeccionamiento. Este progreso se logrará, postulan los liberales, siempre y cuando se acaben los privilegios del clero y de los terratenientes y se exalten los sentimientos de patriotismo y nación (cf. González 55).

El progreso, sin embargo, no llega solo. Tal y como dice Domingo Arteaga Alemparte⁵ en cita de Bañados, “«La medida del progreso es la razón humana, que observa, compara i juzga, que relaciona i combina sus juicios hasta conseguir establecer reglas, principios i sistemas, i que llega así por la ciencia i el arte, al conocimiento i al ejercicio de lo útil, de lo verdadero i de lo bueno»” (EiB 78). Así las cosas, educar la razón del hombre es, por lejos, una de las principales tareas del liberalismo. Bañados, como heredero de las distintas corrientes liberales del siglo XIX, particularmente de las propulsadas por los intelectuales chilenos de

⁵ Domingo Arteaga Alemparte (1835-1880) fue un literato y periodista chileno que adscribió con fuerza el pensamiento liberal del siglo XIX. Escribió en *El Ferrocarril*, la *Revista Chilena*, *El comercio de Valparaíso*, entre muchos otros. Perteneció al *Círculo de Amigos de las Letras*, presidido por Victorino Lastarria. Fue electo diputado por Chillán en 1867 y, junto con Adolfo Valderrama, suegro de Bañados, y con Martín José Lira, fue uno de los representantes de la poesía clásica del movimiento literario de 1842. Bañados, en ocasión de la muerte de Arteaga, escribe un artículo, en 1881, titulado “Domingo Arteaga Alemparte”, que posteriormente publicó en *Ensayos i Bosquejos*, en 1884, y que es el que citamos.

1810 y de 1842, adscribe a un liberalismo amplio que incluye tanto las libertades colectivas como las individuales.

Citando a Arteaga, Bañados habla así de la libertad:

Las ideas de Domingo Arteaga Alemparte seguían distinto rumbo. Educado por un padre eminentemente liberal, liberal hasta el sacrificio, tenía por ideal político la libertad. Pero una libertad bien entendida, sin los vértigos de aquellos que creen que la persecución es un derecho cuando se hace a ideas u hombres de opuesto partido; sin los despotismos con gorro frijio o mitra. Luchaba [Arteaga] por establecer en esta lonja de tierra, una República honrada, de buenas finanzas, plenas garantías individuales, con prensa libre, pensamiento libre, sufragio libre, industria libre, reunión libre, seria en sus tratos, digna en sus relaciones internacionales, sin fueros para nadie, sin trabas para las religiones, sin patronato, con códigos, leyes i reglamentos fundados en la justicia i en el derecho, con una autoridad con los medios necesarios para rechazar la invasión extranjera i para poner ancho dique a las oleadas de las revoluciones intestinas. Libertad del pensamiento, libertad de la palabra, libertad de la acción (EiB 50s).

Esta libertad de pensamiento, palabra y acción promulgada por Bañados, va de la mano de un patriotismo acendrado y de una urgencia por escribir y por hacer.

De este modo, nuestro autor toma de la primera hornada de intelectuales los valores del patriotismo, la nobleza y la rectitud de espíritu, el amor por el trabajo y el refinamiento de la razón y toma, de la segunda, los objetivos para la nación: el orden; el progreso; la libertad de conciencia, “piedra angular del derecho moderno. Sin conciencia libre nada hai de bueno en política; sin conciencia libre el hombre es un pária, abdica su augusta personalidad y arroja al suelo la corona que le corresponde como rei de la creación” (LiP 11); la libertad de culto; la separación de la Iglesia del Estado; el respeto a las garantías individuales; la libertad electoral, de enseñanza y de comercio; el impulso de la educación en todo el país. Es una mezcla extraña entre las primeras virtudes liberales y la polarización de las ideas del momento.

Ante este escenario, nuestro autor busca una posición nueva: una política gubernamental que frene la decadencia de la sociedad —decadencia de la que él

ya es consciente— y afiance el liberalismo en la República. Un liberalismo político que él mismo desarrolla en su sistema presidencial.

En su ensayo sobre Arteaga, de 1884, Bañados detalla los objetivos liberales del *meeting* de septiembre de 1875 y los hace suyos:

1.^a Equilibrio e independencia recíproca de las diversas ramas del poder público, i para garantir estos fines establecimiento de incompatibilidad de funciones consiguientes.

2.^a Constitucion independiente i responsable del poder judicial.

3.^a Organizacion del poder electoral, basada en el orijen popular de sus funcionarios, en la proporcionalidad i libertad del sufragio i en prescindencia de toda intervencion oficial en los actos electorales.

4.^a Organizacion del poder municipal con toda independencia que requiere la administracion de los intereses locales, sin mas límite en el ejercicio de sus facultades que su armonía con las garantías jenerales i los principios que constituyen la unidad de nuestra lejislacion civil i política.

5.^a Separacion entre la Iglesia i el Estado, basada, 1.^o en la sujecion de todas las comunidades religiosas al derecho comun; 2.^o en la abolicion de fueros especiales i privilejios; 3.^o en la secularizacion de los cementerios; i 4.^o en el establecimiento del rejistro civil i del matrimonio civil.

6.^a Fomento progresivo de la instruccion pública mediante los esfuerzos del Estado i de las municipalidades. Libertad de enseñanza i de profesiones, limitada esta última en cuanto se exijan pruebas de competencia para el ejercicio de sus funciones públicas.

7.^a Igual reparticion de las cargas pecuniarias i personales exijidas por el Estado o las municipalidades.

8.^a Reforma de la Constitucion política, como el camino mas recto i espedito de llegar a la realizacion de las ideas precedentes i a la revision de las leyes civiles i administrativas que deben ponerse de acuerdo con tales ideas” (EiB 50-53).

Abunda en estos temas, cuando comenta sobre las ideas de Arteaga, en el mismo artículo:

Consecuente con sus principios, lo vemos como diputado defendiendo con elocuencia infatigable, la libertad electoral, la libertad de imprenta, las garantías individuales, la descentralizacion de las Municipalidades, la independencia del poder judicial la honradez en las cuestiones internacionales, la buena organizacion económica, la libertad en las discusiones parlamentarias, la pronta

civilización i colonización de Arauco, la equidad en las tarifas, la igualdad en los impuestos, la libertad de cultos, las incompatibilidades parlamentarias, la supresión del fuero eclesiástico, la abstención gubernativa en las elecciones, la libertad de enseñanza” (EiB 53).

Cabe destacar que Bañados tiene una propensión muy clara al enciclopedismo, que era una de las tendencias de la nueva literatura en América. Este enciclopedismo fue el que le permitió hacerse de una idea abierta y precisa de los valores liberales. Los artículos que escribió a tan temprana edad son, a fin de cuentas, un resumen exhaustivo de los valores liberales de la época.

LA LITERATURA LIBERAL: EN LA BÚSQUEDA DE UNA NUEVA AUTORIDAD QUE FOMENTE LA EXPANSIÓN DE LA MODERNIDAD

Este proceso modernizador imparable encontraba, como ya hemos dicho, sus impulsos en las ideas liberales importadas desde Europa. Es más, la literatura “de acuerdo con la concepción liberal— [debía tener] la capacidad de operar sobre las condiciones materiales para hacer efectivo el progreso social” (González 19), tal y como hemos visto, y debía también liberar a Chile del tutelaje de la España colonial. Esta nueva literatura chilena debía ser capaz de generar una emancipación mental de España y de construir un marco conceptual para la nación (cf. González 20). Tarea nada fácil, se comprende, pero —creían los esforzados intelectuales chilenos del siglo XIX— posible.

Esta nueva intelectualidad liberal busca, a su vez, definir una nueva autoridad a partir de las letras. Esta necesidad surge del haberse librado del tutelaje español y de estar, con fuerzas furibundas, intentando neutralizar el poderío de la Iglesia Católica, tanto en el Estado como en la sociedad. En esta nueva definición de la autoridad, y en oposición a las autoridades del pasado, los intelectuales liberales le dan una importancia superlativa a la racionalidad.

La racionalización de las ideas y la plasmación de las mismas en el papel les confirió la autoridad que necesitaban para pavimentar el camino hacia la modernidad. El sector liberal de los intelectuales nacionales encuentra, entonces,

un nuevo lugar de enunciación, distinto del propinado por el aparataje colonial, y que satisface mejor sus necesidades sociales, políticas, doctrinales y económicas y que surge, a su vez, de un nuevo despertar a una consciencia histórica colectiva diferente a la de España (cf. González 15). La prensa es, en este período, el nuevo escenario que da visibilidad y credibilidad. Desde la prensa se compite, en ideas y poderío, con el púlpito de la iglesia. Se busca, a la postre, trasladar la credibilidad de la gente, desde el sacerdote y la Iglesia, al intelectual político y el Estado. Se batalla lo que se considera una suerte de superstición fruto de la ignorancia, con la racionalidad.

Para la gran mayoría de los intelectuales chilenos, ya fueran de principios del siglo XIX, ya fueran de la segunda mitad del siglo, el legado español era un lastre que había que destruir no sólo por la ineptitud de sus jerarquías de gobierno, sino que también por la pesadez que creían que el catolicismo impuesto por España significaba para la razón, la verdad y el progreso social. Bilbao ya decía que la desespañolización era la llave del progreso (destina varias páginas, en “Sociabilidad Chilena”, para profundizar en los males heredados de España y lo mismo hace en *Evangelio Americano*). Lastarria pensaba otro tanto y Bañados asevera lo mismo, en 1884, cuando se queja de los vicios dejados por la Colonia en la nueva República “en cuyas instituciones palpitan i viven todavía las costumbres, la administración, los vicios i pocas virtudes de la monarquía española” (EiB 49).

Al lograr la emancipación mental de la estructura monárquica española, los intelectuales deben encontrar otra fuente de inspiración moderna —ya que, se ve, no son capaces de generar por sí mismos una fuente propia— y la hallan en las Repúblicas europeas. Tanto Francia, con su revolución, como Inglaterra y Alemania se convierten en el nuevo Norte de los intelectuales nacionales. Se importan discursos y se traducen hasta el infinito, no sólo porque haya que traducirlos al español, sino porque también hay que traducirlos a nuestra americanidad tan notoria. Los intelectuales criollos

son figuras que en la constitución de la modernidad ejercen por lo tanto una doble mediación. Por una parte son mediadores de las ideas y los valores ilustrados provenientes de Europa, que se trasladan a la periferia; pero, por otra, son también mediadores entre la élite local y la sociedad tradicional, a la que se proponen transformar e incorporar paulatinamente a la cultura letrada. Se trata, en definitiva de los primeros intelectuales modernos, a la Voltaire, que ejercen su oficio con vocación de lo público, intelectuales que tienen algo de agitadores políticos, bastante de profetas y no poco de directores espirituales (Subercaseaux B 3).

De este modo, la escritura de los intelectuales se convierte, asimismo, en un acto de digestión: se lee para nutrirse y luego se escribe para desarrollar, para fabricar una modernidad que es, en parte, aprendida, y, en parte, también, nueva.

Esta álgida construcción de una literatura nacional

servirá a los sectores dominantes para fijar y asegurar los emblemas necesarios de la imagen de unidad política nacional. Así, la «literatura» tendrá —de acuerdo con la concepción liberal— la capacidad de operar sobre las condiciones materiales para hacer efectivo el progreso social, y las historias literarias representarán el lenguaje institucionalizado de los intereses de estas clases que se atribuirán la formación de los estados nacionales (González 19).

Ahora bien, por desgracia, los ímpetus modernizadores y las ganas de borrar a España de la historia nacional estaban marcados por el sino del imposible. El parricidio que los intelectuales criollos pretendían ejecutar contaba con un sinnúmero de trabas que tenían que ver con el hecho innegable de que la cultura hispánica estaba impregnada por todos lados, no sólo en las costumbres y en la cotidianeidad, sino que también en las formas de gobierno. El liberalismo se tropezaba constantemente con estructuras mentales, sociales, políticas y administrativas que existían desde la Colonia y que eran sostenidas por los sectores tradicionales de la sociedad. El ingreso intempestivo de América en el mercado internacional no dejó tiempo para rediseñar las estructuras de poder y la inminencia de las necesidades productivas echó por tierra todo esfuerzo —si es que lo hubo en la práctica— de cambiar las costumbres de producción y las formas de jerarquía heredadas de la Colonia.

Así las cosas, “los ensayos, los artículos, los estudios de carácter sociológico y las polémicas están sostenidos por una voluntad libertaria de interpretación americana, sin advertir con suficiente agudeza que la modernización de las recientes naciones se hacía sobre una base aún feudal y esclavista” (González 23). Ante este escenario, ante esta intromisión insolente de la americanidad hispánica, los intelectuales reaccionan escribiendo más, asegurando realidades, definiendo espacios enunciativos, ensalzando con mayor fuerza el poder de la palabra, de la elocuencia. La nueva autoridad se recoge en los libros y se plasma luego en el papel. La realidad es la que se escribe y se hace, no necesariamente la que se ve o se vive.

La escritura, finalmente, busca subsanar “ideológicamente el peso de la tradición hispana” (González 23) y busca, además, hacerse presente en el mundo internacional a través de la publicación de libros.

NUEVAS IDEAS PARA UNA NUEVA NACIÓN: LA ESCRITURA

La llegada de las ideas europeas (y por europeas entiéndase distintas a las españolas) se dio en América por medio de las visitas extranjeras, de los viajes a Europa de los criollos y de la importación de libros desde Europa. El libro, entonces, es lo que marca la existencia. Se existe porque se es publicado y se puede leer. Chile existe no porque esté en una parte concreta del globo, sino porque es capaz de autodefinirse a través de la palabra, es capaz de plasmar en el papel digestiones propias, es capaz de generar ideas y es capaz de concebir libros que llegarán a otros confines. Del mismo modo, la individualidad del intelectual surge de su escritura y de la posterior publicación de sus escritos. La digestión que el intelectual haga, la sumatoria de sus lecturas e ideas, es lo que le dará, a la postre, una identidad, tal y como los libros escritos por los intelectuales chilenos le darán una identidad nacional a Chile.

Bajo estas circunstancias, la literatura busca propagar la ideología liberal del momento, he ahí la razón de la escritura incansable de novelas con

intenciones criollistas, de los cuadros de costumbres, de la poesía regionalista y de la reinterpretación de la historia. La idea es garantizar y expandir “un sentimiento de nacionalidad creado por los intelectuales de los sectores dominantes” (González 37). En esta nueva literatura nacional, se muestran los valores liberales una y otra vez, se les pone en boca de personajes del pueblo, se les aplica a la vida de la aristocracia, se reflejan en héroes nacionales e internacionales y se repiten incansablemente, con aires pedagógicos innegables.

Eminentemente,

la imagen de «nación» propinada por las élites combina, por un lado, todos los requisitos necesarios para justificar la existencia del moderno estado burgués sobre la base de la concepción hegeliana. Esto es, la unidimensionalización y homogeneización de todos los factores perturbadores de la unidad nacional (unidad de lengua, de raza, de religión, de cultura, de historia, de territorio), que tendrán que ser elaborados a partir de una estilización y mutilación de las realidades empíricas. Este *constructor* operará en disonancia con el carácter híbrido y heterogéneo de las sociedades latinoamericanas. Y, por otra parte, al estar estas clases urbanas más interesadas en la integración del respectivo país al sistema internacional, orientando sus gustos hacia los centros del poder mundial, tienden a divorciarse de la problemática interior. Esto significa que el cosmopolitismo atenúa y destruye la idiosincrasia y la conciencia nacionales, teniendo éstas que ser [re]construidas a partir de un conjunto de mitos e idealizaciones donde se propagan los contenidos de una supuesta nacionalidad (González 42).

Para lograr esto, por un lado, se exalta el progreso y, por otro, se mistifican las zonas rurales y el pasado indígena. Los personajes que inundan la literatura decimonónica *viven* el liberalismo, sin importar si es que nacieron en el siglo XVII o si es que nunca conocieron las ideas de Voltaire.

Veamos ahora cómo es que Bañados escribe en este escenario.

LEER, ESCRIBIR Y HACER, PILARES DE UNA SUBJETIVIDAD

A través de la escritura, a partir de 1884 (fecha de la publicación de *Ensayos i bosquejos*) y hasta antes de la Revolución, Bañados —que a la sazón escribe ensayos políticos, literarios e históricos— construye la nación desde el liberalismo aprendido tanto en la escuela como en la Universidad. Como la gran mayoría de los intelectuales del siglo XIX, se caracteriza por la seriedad y solemnidad con que realiza su quehacer intelectual (cf. Subercaseaux A 3).

En sus escritos, nuestro autor además juega con fabulaciones autobiográficas. Con sus textos, inicia una construcción de un personaje —el Julio Bañados literario, si se quiere— público y privado con determinadas características, con determinados valores, empeños, ideales e ideologías. Y construye, a su vez, una nación en ciernes que tiene también ciertos objetivos, ciertos valores y ciertos ideales. Se siente, al fin y al cabo, con el peso de seguir los pasos de Andrés Bello y arenga a los jóvenes como él a que hagan lo mismo: “Nosotros los jóvenes, hagamos lo que esté de nuestra parte, luchemos con firmeza i libremos cien batallas en las palestras del arte, para no hacernos indignos de recojer la herencia literaria del gran sabio americano” (EiB 504).

Esta actitud autobiográfica arriba descrita —a pesar de que su finalidad no sea netamente autobiográfica— tanto propia como de nación, define una manera de escribir y de leer (cf. Molloy 12) . En el siglo XIX, hay unas percepciones de nación que definen tanto las lecturas de la época como las escrituras. Se lee aquello que se percibe como útil para alcanzar la civilización y se escribe para fomentar el progreso. Es, finalmente, una “puesta en marcha de una mentalidad previa, de un horizonte de expectativas que interactúa con el texto. En esa interacción se pone en juego un código ideológico cultural en el que están imbricados una concepción de la historia y una vivencia del tiempo” (Subercaseaux A 6).

LECTURA, TRADUCCIÓN Y ESCRITURA COMO MEDIOS DE CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD

Julio Bañados comienza su proceso de construcción de identidad leyendo. A los 25 años, ya la lista de sus lecturas es interminable y nos lo hace notar gracias a las citas en sus artículos: ha leído todos los clásicos griegos, desde Homero, pasando por Platón, Safo y Plutarco, hasta las tragedias. Ha leído también los clásicos latinos: Virgilio, Horacio, César y muchos más. Ha leído la filosofía antigua y la contemporánea a su época, ha leído a franceses, alemanes y españoles. Ha leído todo lo que ha caído en sus manos porque cree fielmente en las palabras que cita de Domingo Arteaga Alemparte: “Formar hombres ilustrados es formar hombres dignos i libres, es llevar la mejor ofrenda al altar del verdadero progreso, de ese progreso que consiste en la victoria de la libertad inteligente del hombre sobre la ciega fatalidad” (EiB 39). Se lee para ser libre y se lee para salvarse de la fatalidad.

Estas lecturas de Bañados van conformando un ideario de mundo que, si bien es cierto es importado, es traducido para ser aplicado a la realidad americana. Estos libros leídos tienen siempre un mediador: o son una traducción de un texto extranjero o están en otro idioma y son, por así decirlo, traducidos en el acto mismo de leer. Muy a ratos el libro escogido para leer está escrito originalmente en español, es decir, en la lengua que usará el autor para narrar su propia nación, su propia historia y su propia cultura. Hay, entonces, una traducción literal lingüística y hay también una cultural. Se traduce ya no palabra por palabra, sino más bien narración por narración y construcción cultural por construcción cultural. Hay, definitivamente, una doble mediación. Leer es, a la vez, modificar un código determinado para ser aplicado a un otro distinto (cf. Molloy 39).

Leer a los europeos es buscarles a las ideas planteadas un acomodo, es resignificar los planteamientos para hacerlos posibles en América y, en particular, en Chile. Leer es, a fin de cuentas, un servicio para la nación. Desde esta perspectiva, tener libros que son leídos en un acto de servicio público le confiere al

poseedor/lector un halo de autoridad (cf. Molloy 51) y le ayudan a conformar una cierta individualidad: la elección de las lecturas es individual, el cómo se hacen las lecturas y el qué se hace con ellas confieren al lector una subjetividad que se va afirmando en la medida en que las lecturas van construyendo la mente, el espíritu y la moral del hombre letrado.

Bañados necesita que sus lecturas, que el acto mismo de leer y de traducir lingüística y culturalmente, se transformen en un hacer que sea válido para la construcción de sí mismo. La única manera de que esas lecturas puedan ser reconocidas y valoradas públicamente es por medio de la escritura. Leer, entonces, se convierte en el proceso oculto, privado e interno de la construcción de sí mismo. Se es lo que se lee, en primera instancia. Y, sin embargo, el sólo ser en la comodidad de la biblioteca no basta. No le basta particularmente a Bañados, quien no proviene de la aristocracia y que necesita, con suma urgencia, erigirse como un hombre apropiado para la sociedad. Apropiado digo, porque el hecho de no ser aristócrata le quita la gracia de la aceptación. El no pertenecer derechamente a la oligarquía y el venir de provincia le niegan derechos sociales y culturales que él debe luchar por recuperar —tal y como lo hiciera Lastarria— a través de la intelectualidad y de la escritura.

Las lecturas de Bañados parten en el canon y se enfrascan luego en los autores liberales prominentes de la época. Leer a los liberales, pero saber, al mismo tiempo, de clásicos, es como dominar el mundo con todas sus corrientes alternas. Ahora bien, no es suficiente con sólo leer, hay que forjar la construcción de sí mismo y eso, el acrisolamiento del conocimiento y de las ideas, se logra con la escritura.

A partir de los 19 años, en 1877, Bañados comienza la ardua tarea de construirse públicamente a sí mismo a través de la escritura. Los años de lecturas se ven plasmados en concienzudos artículos de historia, de crítica literaria, de biografías de personajes célebres, liberales y patriotas. Escribe para existir ante los demás. Y esta existencia empieza a hacerse realidad cuando logra ser escogido, entre sus compañeros, para hacer el discurso inaugural en la ceremonia

del centenario de Andrés Bello en 1881. A partir de entonces, toma las riendas de la literatura de su generación.

En este discurso, declara su amor a las letras, hace una crítica de la literatura del momento, juzga que ha decaído e invita a su generación a retomar la pluma:

Desde mi niñez he tenido por la literatura un amor entrañable, habiendo encontrado en ella antídoto eficaz para las heridas que abren en el corazón las contingencias i vicisitudes de la vida. Ahora bien, cuando veo que en mi país las letras están en plena agonía, cuando veo que se arrastran desesperadas por la tierra con el hielo de la muerte en el alma, cuando veo que las musas nacionales parecen preparar la mortaja precursora del sueño eterno, cuando veo que la estima por la bella literatura es privilegio de estrecho círculo de personas, cuando veo que las brisas heladas del indiferentismo apagan hasta la última chispa que centellea en la mente, cuando veo, en fin, que el arte literario [sic] se nos presenta a la vista como náufrago moribundo ¡ah! En tan triste situación no puedo ménos que lanzar la mirada al pasado i, evocando al maestro [Bello], abrigar la esperanza que [sic] este día será el comienzo de un gran movimiento, que este entusiasmo será el nuncio de una nueva era para las letras chilenas i que esta fiesta será la aurora de radiante sol que jamás por jamás dejará de brillar en el cielo intelectual de esta jóven República (EiB 503).

Esta declaración de principios literarios tiene que ver con la concepción de la época de que el progreso estaba, tal y como expusimos al principio de este capítulo, ligado con las letras, la elocuencia y la escritura como una forma de alcanzar la civilización. Tiene que ver también con el hecho de entender, ya no sólo el progreso y la civilización, sino que también la vida, como una construcción narrativa, como un relato (cf. Molloy 16). En este sentido, la escritura se transforma en un proceso de articulación de saberes, hechos, lecturas, vivencias, vidas y personajes que luego conforman la propia existencia, la guían y hasta la sustentan. Los recuerdos y las vivencias se mezclan en la escritura con otros lugares de la memoria que son los libros. Las lecturas son una forma de vivir. La vida y lo leído se funden en la mente de Bañados y se transforman en una misma fuente de recuerdos que luego son plasmados a través de la escritura. Esta

apropiación de lo leído lo llevará a escribir desde Chile sobre Europa en su juventud y luego, cuando la Revolución de 1891 le agujeree la vida, desde Europa sobre Chile, gracias a sus propios recuerdos y a la lectura de cientos de documentos que su esposa le enviará desde Santiago.

Esta fusión de recuerdos que se logra a través de la lectura se erige como una respuesta sólida y válida ante la crisis de autoridad que se da en el siglo XIX. La emancipación de América de España ha dejado a los nuevos escritores sin un referente dialógico claro (cf. Molloy 14s). Ya no se escribe para la Corona ni para la Iglesia y los escritos de Indias primigenios, esencialmente descriptivos, dan paso, con el ocaso de la Colonia, a reescrituras de pensadores europeos principalmente alemanes, ingleses y franceses y a reformulaciones de conceptos importados. Si bien es cierto que el proceso de mimesis del avance y de los discursos europeos se ve entorpecido por la americanidad que se atraviesa y hay una descontextualización de lo imitado que “a veces resulta en parodias involuntarias” (Ramos 39), surge de todos modos una nueva forma de hacer nación, que parte de las bases que sienta Bello, de su recontextualización del discurso europeo gracias a los cimientos de la elocuencia y la gramática. La lectura y la escritura, entonces, han cambiado su rumbo y han cambiado, a su vez, los rumbos de la nación.

LA ESCRITURA Y EL HACER

Molloy nos dice que “a esta crisis de autoridad corresponde un yo en crisis que escribe en un vacío interlocutorio” (14), sin embargo, este vacío no puede ser perenne. Es un vacío inicial que genera la fuerza para encontrar un nuevo interlocutor que Bañados sitúa en su sociedad y que, a la postre, se encuentra también en la Europa que conforman Francia, Inglaterra y Alemania, puesto que se escribe para que la sociedad chilena se construya y se escribe también para que el mundo civilizado sepa de la existencia de un Chile también civilizado. Nuestro autor decide que le hablará a su país y que no sólo le hablará, sino que,

de alguna manera, se fundirá con él: la construcción de sí mismo irá íntegramente relacionada con la construcción de la nación. Y la sociedad le responde. Bañados logra la notoriedad suficiente, con sus escritos, como para que la sociedad lo escoja para hacer un discurso sobre Andrés Bello en su centenario (en 1881). Antes de eso, en 1871, empieza a hacer clases de historia y gramática en el colegio Ignacio Reyes; en 1877, funda la Escuela Nocturna de Artesanos; es profesor del Instituto Nacional entre 1882 y 1887; luego es elegido profesor de Derecho de la Universidad de Chile; después es nombrado ministro de distintas carteras del gobierno de Balmaceda a partir de 1888; luego es desterrado en 1891; después es amnistiado en 1894; y finalmente es elegido diputado por Ovalle en el mismo año. La sociedad responde a su pluma elocuentemente.

La escritura, en el siglo XIX, entonces, conlleva necesariamente un *hacer*. No sólo está el acto mismo de la escritura, de las horas de horas arrastrando una pluma sobre un papel, sino que la escritura es, a fin de cuentas, *a work in progress*, el principio, el motor de un hacer mucho más profundo y trascendente, un trampolín para que aquel hombre que se ha construido con lecturas y escrituras sea, finalmente, un pilar de la nación, un hombre útil a los principios de la República, un ladrillo enorme y poderoso del progreso y la modernidad.

Hablando de Juan Martínez de Rozas, Bañados nos dice que el argentino “miraba los cargos públicos como la meta de sus aspiraciones, como la tabla de salvación de sus esperanzas i deseos, como el último escalon a que puede llegar un ser humano” (EiB 258). Nos parece que Bañados, a fin de cuentas, opinaba lo mismo. Los cargos públicos son, a la postre, el trono del *hacedor*.

La sociedad también reacciona a las ideas de Bañados. En un principio, cuando su escritura era, de cierta manera, una mimesis de los principios liberales ya establecidos por los autores europeos, sus ideas tienen una amplia aprobación social. Es alumno destacado tanto del colegio, como después de la Universidad; es conocido por los intelectuales nacionales y se ha preocupado él de conocer a personajes relevantes de la sociedad como Benjamín Vicuña Mackenna, quien le dedica su artículo “El roto de Chile i su cuna histórica” publicado en *El Ferrocarril*

en 1880. Se casa, de hecho, con una mujer aristocrática, hija de Adolfo Valderrama, posterior presidente del Senado de Balmaceda.

Bañados apunta, con sus artículos recopilados en *Ensayos i bosquejos* (1884) y *Letras i política* (1888), a tan temprana edad, a *hacer*. Pero, como todavía no puede ser parte de la nación como lo será después, con sus relatos primeros Bañados describe lo que será. Sus textos son una promesa de lo que él, a punta de esfuerzo y perseverancia, ofrecerá a Chile.

En su escrito sobre Domingo Arteaga Alemparte, Bañados cuenta que el poeta les dijo a él y a algunos otros jóvenes: “Cuando se nace sin ese poder superior que nos eleva sobre el resto de los mortales, es fácil adquirirlo en los libros, en la experiencia, en la observacion. Un hombre de voluntad puede reirse de la naturaleza, arrebatándole con la audacia de Prometeo el jénio que con frio egoismo le negó al nacer” (EiB 20). No es que Bañados no haya sido inteligente, ni lo dice él de sí mismo tampoco; pero, se ve, él cree también que el esfuerzo nunca está demás. Este entusiasmo, esta convicción de que con perseverancia, con lecturas infinitas y con un derramamiento de tinta proverbial se puede revolucionar el mundo acompañará a nuestro autor toda la vida. La perseverancia, en efecto, le sirve, ya en el destierro, de excusa y de exculpación: se ha equivocado quizás, pero ha sido perseverante en sus intentos por hacer progresar a su patria; ha salido todo mal, pero su perseverancia y su ímpetu nunca han decaído. De hecho, en su ensayo sobre Voltaire, y haciendo referencia a lo prolífico de su obra, Bañados dice: “Voltaire era incansable, se rejuvenecía con el trabajo. Asi es como se llega a trastornar un mundo, asi es como se llega a la posteridad” (EiB 383), siendo incansable, leyéndolo todo y escribiéndolo todo también.

LA CALIGRAFÍA LIBERAL: ANTIESPAÑOLA, EN PRO DE LA LIBERTAD Y PATRIOTA

Como hemos podido ver, en estas alturas de su juventud (entre los 18 y los 29 años), Bañados se refleja a sí mismo en las vidas y dichos de los que él

considera sus maestros. Nuestro joven autor, con sus propios escritos, busca, por un lado, llenar los vacíos de la nación (cf. Ramos 35) y, por otro, busca llenar sus propios vacíos de novel intelectual. La escritura de la vida de sus maestros (Arteaga, Bello, Portales, Voltaire, Camilo Henríquez, etc.) se convierte en un ejercicio de lo que él algún día será. Es como hacer *caligrafía*: de tanto escribir sobre nobles valores, sobre héroes nacionales y europeos, sobre guerras ajenas, sobre historias notables, él podrá, a fuerza de calibrar su mano, su mente y su espíritu, *ser como ellos, pensar como ellos y actuar como ellos*.

En este ejercicio caligráfico primero, Bañados es un poco ingenuo: podemos encontrar en sus escritos una especie de punteo de los valores prominentes de la época, que él se dedica a ensalzar. En primer lugar, cumple a cabalidad con el desdén hacia España y la Colonia. En segundo lugar, cumple también con explicar y fomentar el discurso liberal. Proclama como valor primordial la *libertad*, como ya hemos visto. Libertad para el hombre desde toda perspectiva y libertad para la nación. Principalmente, y tal y como lo dice en su artículo sobre Arteaga, la libertad debe ser “libertad del pensamiento, libertad de la palabra, libertad de la acción” (EiB 51). En este mismo artículo, Bañados expone cómo la libertad que pregona debe aplicarse también a la constitución de la República. La libertad debe verse en el equilibrio de las distintas ramas del poder público, en una Constitución independiente y responsable del poder judicial, en la organización del poder electoral, en la libertad de sufragio, en la organización del poder municipal independiente, en la separación entre Iglesia y Estado, en la libertad de enseñanza y en el fomento de la educación, etc.

En tercer lugar, Bañados nos presenta como valor innegable de su época el *patriotismo*. El patriotismo es una de las características transversales de sus personajes: patriotas son todos aquellos hombres y mujeres de sus textos. Nuevamente el ejercicio caligráfico lo transforma a él, entonces, en aquello sobre lo que escribe: en un patriota que se construye con la escritura y que construye, a su vez, su nación.

Así, el esfuerzo caligráfico de Bañados nos da a entender que ha hecho bien su tarea: maneja todos los conceptos que un liberal de tomo y lomo debe manejar. Conoce los principios que rigen el pensamiento de la época. Sabe tanto, que puede escribir de ello y puede hacerlo bien.

Si bien es cierto que Bañados escribe, en sus libros de 1884 y de 1888, sobre una amplia gama de personajes y, utiliza para eso, una amplia gama de subgéneros literarios, la transversalidad de su literatura se encuentra también en la propagación de las ideas liberales. En estos libros, escribe aunando las ideas de los intelectuales de 1810 y 1842. Y luego, cuando su papel político empieza a tomar alas, a partir de 1886 y ya más intensamente luego de 1888, formula una teoría política propia que explicará en los textos que escribe para sus clases en la Universidad de Chile y que desarrollará a cabalidad en sus discursos en el Congreso.

LA HAGIOGRAFÍA LIBERAL⁶

Vemos que esta transversalidad de los principios liberales en la literatura se muestra también en el método que usa para exponer estas ideas liberales: transforma a sus personajes, siempre, en santos de la causa liberal. Ya sea que escriba de literatura, de política, de historia, ya sea que esté narrando leyendas, Bañados se las ingenia, en sus primeros libros, para transformar en hagiografías liberales sus escritos y para santificar a sus protagonistas. Es un santo héroe liberal el escritor Arteaga Alemparte, es un héroe Voltaire, es un héroe Camilo Henríquez. Son héroes, también, sus personajes de leyenda.

En “Tegualda”, artículo publicado en *Ensayos i bosquejos* de 1884, el araucano Pilgüeno da la vida por la defensa de su patria (y no de su territorio. Bañados plantea la Araucanía como una patria que se defiende del ataque

⁶ Leí sobre el concepto de la *hagiografía* en los liberales chilenos, por primera vez, en el prólogo que Alejandro San Francisco escribió para la reedición que hizo de *Balmaceda, su historia y su gobierno*, de 2005.

bárbaro de los españoles). Este indio está dispuesto a dar su vida de tal manera, que ni siquiera los ruegos de su amada Tegualda lo detienen. Con arrojo y firmeza, Pilgüeno organiza a su gente para echar fuera a los invasores españoles y se arriesga, él mismo, en una batalla de titanes. Es, por supuesto, el indio más valiente, más gallardo y más inteligente de su clan. Tanto así, que es capaz de reunir a todos los mapuches y de dirigirlos en la guerra. Tegualda llora y suplica para que su amado no luche. Presiente en su corazón que su amado morirá y no logra aceptarlo.

El sentimentalismo de Tegualda es reprimido violentamente por su padre y por el mismo Pilgüeno. El padre le dice a su hija: “Primero que tú está la patria. Si [Pilgüeno] muere cumple con un deber sagrado. [...] Si tu esposo muere, llora, no su muerte, sino el no tener hijos para vengarlo. [...] Que no se diga que una hija de Bracol llora porque su marido va a luchar por la independencia de Arauco. Tu deber, el deber que te imponen tu padre i la sombra de tus antepasados, es alentar a Pilgüeno, es afinarle su lanza i preparar sus armas. Pilgüeno: decídete a morir en mis manos o a ir al combate” (EiB 128s). Ante esta arenga, Pilgüeno decide ir a la guerra y Tegualda contesta “Te sigo,... hasta la muerte” (129).

Aquí vemos que el santo liberal (Pilgüeno, el padre de Tegualda y los demás araucanos) tropiezan con la tentación del sentimentalismo que está, en este caso, encarnado en la mujer. El amor desmedido de Tegualda es el escollo que Pilgüeno y su suegro deben superar. Para doblegar a Tegualda, el padre lanza un discurso firme y racional que es indiscutible. A través del poder de la palabra, se doblegan los sentimientos de la mujer de tal manera, que no sólo decide apoyar a su marido sino que incluso está ahora dispuesta a dar su vida ella también. Así de fuerte e innegable es la proclama liberal: salvar la patria a todo precio, luchar por la libertad, son valores más altos que el amor y la pasión.

Esta historia de Tegualda tiene un paralelo sorprendente con la vida del propio Bañados. Una vez en el destierro, a partir de 1891 y hasta 1894, Bañados lucha contra los sentimientos de su mujer una y otra vez. Si bien es cierto que las cartas de Ester Valderrama no sobrevivieron para contarnos su versión de la

historia, en las cartas de Bañados se trasluce la batalla subrepticia de Valderrama por lograr que su marido, por fin, piense primero en la familia, en su matrimonio, en sus hijas. Y Bañados se niega. La patria está primero, está también en segundo lugar y también en el tercero. Bañados le escribe a su mujer, en carta del 30 de diciembre de 1891, lo siguiente: “Primero Chile que todo. Antes que la familia y que los intereses políticos y de partido, está la patria!” (58). Para este entonces, la caligrafía incesante de Bañados de la que hablábamos ya estaba dando todos sus frutos.

Esta tendencia hacia la hagiografía no se acaba con la primera juventud. Ya en el destierro, Bañados comienza su hagiografía última, la más importante, como si todas las anteriores hubieran sido meros ensayos de una apoteosis final: la historia del gobierno de Balmaceda. En ella, Bañados, entre 1891 y 1894, con documentos y con sus propios recuerdos, va construyendo una historia de buenas intenciones, de patriotismo y valentía, sin parangones. La fuerza de la palabra, su poder de convicción, se desperdiga enorme por las mil cuatrocientas páginas de explicaciones, cuentas, documentos, recuerdos, diálogos, telegramas e historias. No nos corresponde juzgar la veracidad de esta hagiografía, nos corresponde sólo reconocerla y valorarla como aquella obra que, creemos, Bañados consideró como la más importante de su vida, no por sus méritos literarios, sino que por su trascendencia histórica y por ser, finalmente, la obra en que puso en práctica de manera definitiva el modo de ser liberal del siglo XIX que él concibió, en contra de los cambios furibundos y notorios de los tiempos.

Las hagiografías primeras de Bañados,⁷ que encontramos en sus dos primeras publicaciones, son hechas a la medida de las necesidades ideológicas. Son una mezcla perfecta entre los personajes internacionales que son la base del pensamiento liberal (Voltaire, Bello, etc.) y los nacionales que han sabido

⁷ En *Ensayos i Bosquejos* de 1884: “Domingo Arteaga Alemparte”, “Tegualda”, “Plácido”, “Sor Francisca Ramírez”, “Chand-Bibi”, “Don Benjamín Vicuña Mackenna”, “Voltaire”, “Don Andrés Bello” y “Camilo Henríquez”. En *Letras i Política* de 1888: “Gladstone”, “José Echegaray”, “Isidoro Errázuriz”, “Francisco Fernández Rodilla”, “Diego Portales”, “José Ignacio Zenteno”, “Arturo Prat”, “Vicuña Mackenna”, “Rafael Barazarte”, “Luis Jhonson [sic] i Rafael Ramírez” y “Lucía de Miranda”.

desarrollar y poner en práctica estas ideas (Camilo Henríquez, Portales —como una especie de visionario—, Arteaga, Vicuña Mackenna, Balmaceda, etc.); son una mezcla entre los hechos históricos que pavimentaron la Independencia y la victoria en la guerra del Pacífico, y los estudios históricos contemporáneos sobre cómo gobernar las nuevas Repúblicas; entre la reescritura del pasado mapuche y el rechazo a la herencia colonial. En sus libros de juventud, publicados —como nos dice el propio autor— con modestia (cf. EiB vii), Bañados busca construir rápidamente la nueva nación. Sus escritos abarcan todas las áreas posibles, todos los sostenes del liberalismo y de su idea de nación. Escribe porque “Desde niño he tenido a las bellas letras un amor que, espero en Dios, no se borrará jamás de mi espíritu” y porque tiene “el firme propósito de contribuir, en algo siquiera, al movimiento intelectual del país” (EiB vii). Escribe, también, y, sobre todo, *publica*, porque no le basta con construir nación encerrado entre cuatro paredes, su aporte debe ser visible, reconocible, porque es, a su vez, parte de su propia construcción.

SUJETO PÚBLICO, SUJETO PRIVADO Y NACIÓN

Escribir es dar voz a aquello que no lo tiene (cf. Molloy 11). La América independiente se encontró, en el siglo XIX, con la fuerte realidad de que no tenía una voz propia. La voz que había surgido como americana tenía, durante la Conquista y la Colonia, un pesado acento español con el cual los nacidos en América no lograban identificarse. Las crónicas de indias narraban una barbarie con la cual los criollos no querían ser confundidos y las estructuras políticas coloniales les daban a los nuevos pueblos latinoamericanos una forma de gobierno que a los nacidos en América no les convenía. Luego de las luchas independentistas, estos mismos criollos, ya libres del yugo español, hubieron de asumir la mentada barbarie para poder, de algún modo, extirparla, y hubieron de tomar el control del gobierno y de las políticas públicas. La ausencia de voz y la sobreabundancia de barbarie se transformaron en un asunto de Estado: no se

podía ser nación respetable ante los ojos del mundo si es que la civilización no se había apoderado primero de todo.

Tal y como ya hemos visto, la civilización se instauró, a partir de la independencia, en América, a través de la escritura. En Chile, particularmente, las letras ocuparon un espacio central en la construcción de la nación: la creación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile, en 1842, da cuenta de la trascendencia que las letras tenían para la República. La civilización se medía en cantidad de ideas escritas, en cantidad de libros descriptivos, en cantidad de análisis literarios, en cantidad de páginas de historia. La escritura era la forma de salir al mundo, de darse a conocer, de tener peso intelectual y de asegurarse un lugar en el panteón nacional y, si se tenía suerte, también en el internacional.

EL PENSAMIENTO ILUSTRADO

Para poder darse una idea más exacta de la Ilustración en América, en general, y, en nuestro país, en particular, es preciso tomar en consideración que, en el Chile finisecular, los libros de la Ilustración llegaron mezclados ya con varios libros del Romanticismo y la diferenciación entre unas ideas y otras no estaba establecida a cabalidad. Pensemos que la Ilustración, en Europa, es una corriente del siglo XVIII y que el Romanticismo europeo comenzó a fines del mismo siglo y se consolidó en la primera mitad del XIX. Julio Bañados mismo nombra, en *Ensayos i bosquejos* (1884) y en *Letras i política* (1888), junto con una mayoría de autores de la Ilustración, a varios autores románticos —que hoy son considerados románticos, la verdad. En el período al que nos referimos, el término mismo no había sido acuñado todavía. Es fruto de estudios literarios posteriores, del siglo XX. En los siglos XVIII y XIX, el término *romántico* se asociaba más bien a lo moderno y a nuevos tipos de escritura (cf. Ferber 7)— y se nota que los ha leído a conciencia: habla de Lord Byron, Coleridge, Longfellow, Victor Hugo, Lamartine, Goethe, Chateaubriand, Jean-Jacques Rousseau y de Alfred de Musset. De lo anterior sacamos por conclusión que Julio Bañados, cuando habla de

romanticismo, lo hace pensando en las nuevas creaciones literarias y en los nuevos estilos y no necesariamente en el período literario que hoy conocemos como Romanticismo. Valga esta aclaración, puesto que el autor define a ciertos autores y ciertos estilos como *románticos* en incontables ocasiones. Valga la aclaración también porque, en general, los textos que estudian el siglo XIX en Latinoamérica tienen una tendencia a definir con exceso de estrictez la Ilustración y el Romanticismo como dos estructuras de pensamiento apartes, completamente diferentes y discordantes, que no se dan al mismo tiempo, cosa que es falsa al menos para la América que recibió, en muchos casos, juntas ambas influencias. Además, la Ilustración misma contiene varios de los aspectos que el Romanticismo desarrollará en profundidad después, puesto que es la estructura de pensamiento anterior.

El período de la Ilustración es ampliamente conocido por ser el momento en la historia en que la razón se transforma en el centro del mundo. A partir de los descubrimientos y avances del siglo XVII, en el siglo XVIII se llega al convencimiento de que, por medio de la razón, el ser humano podrá llegar a despejar los grandes misterios del universo y podrá alcanzar la felicidad completa, con una vida más justa, modernizada e igualitaria. El pensamiento ilustrado se opone a la tradición por la tradición y busca alcanzar el progreso por medio de la implantación de principios universales basados en la libertad. La Ilustración misma, como todo período histórico, está constituida por distintas corrientes, no todas uniformes. Injusto e impreciso sería decir que la Ilustración *sólo* se funda en la razón, así como injusto e impreciso sería decir que el Romanticismo *sólo reacciona* contra la exacerbación de la razón y cambia el foco hacia los sentimientos (cf. Day 64ss).

Tantos exponentes tiene cada período histórico, que es necesario buscar un término medio, porque ¿qué podrían tener en común un conservador como Hume, con un demócrata como Condorcet, viviendo revueltos en una sola y gran Ilustración? Gay define el problema así:

There were many *philosophes* in the eighteenth century, but there was only one Enlightenment. A loose, informal, wholly unorganized coalition of cultural critics, religious skeptics, and political reformers from Edinburgh to Naples, Paris to Berlin, Boston to Philadelphia, the *philosophes* made up a clamorous chorus, and there were some discordant voices among them, but what is striking is their general harmony, not their occasional discord. The men of the Enlightenment united on a vastly ambitious program, a program of secularism, humanity, cosmopolitanism, and freedom, above all, freedom in its many forms —freedom from arbitrary power, freedom of speech, freedom of trade, freedom to realize one's talents, freedom of aesthetic response, freedom, in a word, of moral man to make his own way in the world (Gay, I. xii, 3).

Dentro de este mar de ideas que es la Ilustración, hubo cabida también para los sentimientos y la pasión. Bien puede verse en el entusiasmo con que cada pensador ilustrado se lanzó a su tarea de modernizar, liberalizar y reorganizar el mundo. Diderot —el co-fundador de *L'encyclopédie*— escribió al respecto:

People ceaselessly proclaim against the passions, people impute to the passions all of men's pains, and forget that they are also the source of all his pleasures. It is an element of man's constitution of which we can say neither too many favorable, nor too many unfavorable things. But what makes me angry is that the passions are never regarded from any but the critical angle. People think they do reason an injury if they say a word in favor of its rivals. Yet it is only the passions, and the great passions, that can raise the soul to great things' (en Gay, II. 187ss).

Como podemos ver, si bien es cierto que la razón tiene un amplio predominio en la Ilustración, el sentimiento, la pasión son imposibles de dejar de lado. Day abunda en estas ideas cuando dice:

Rather than insisting on the sole importance of reason, it is truer to the nature of the Enlightenment in all its variety to characterize it more generally in terms of its questioning of traditional authorities, models and institutions. And while this questioning was frequently achieved by the exercise of critical intelligence, it was also conducted through asserting the value of feeling, as well as the importance of the individual subject and by proclaiming the purity and freedom of natural life in contrast with artificial, corrupt and over-rational contemporary civilization (71s).

Si realmente consideramos la existencia de los sentimientos en la Ilustración, nos es más fácil comprender no sólo la llegada del Romanticismo posterior, sino que también la radicalización de las ideas políticas dentro de la propia Ilustración. Si no se toma en cuenta la potencia de los sentimientos en el período y su importancia, la polarización de la política, la escalada ascendente del tono de las discusiones, y —llevándolo ahora al terreno nacional— las ideas de Julio Bañados y la misma Revolución de 1891, no tendrían ningún sentido.

Así las cosas, podemos ver que muchos de los temas asociados principalmente al Romanticismo tienen su precedente en la Ilustración:

a perception of the stultifying effect of an unthinking imitation of tradition, the emphasis on the political rights and the psychological capacities of the individual, the emphasis on feeling not to the exclusion of but *as well as* on reason, the emphasis on primitive simplicity and naturalness, on the importance of nature itself —were fundamentally Enlightenment preoccupations. And those emphases on ‘nature’ and ‘simplicity’, on ‘humanitarianism and sentimental morality’, [...] were Enlightenment emphases (Day 76).

Además, tanto la Ilustración como el Romanticismo, tienen como precedente principal la Revolución americana primero y la francesa después.

La idea del cambio, de avanzar hacia una sociedad más justa, la importancia de la construcción de la nación, la exaltación del individuo que logra el cambio social anhelado con su propio esfuerzo, son todos ideales ilustrados que se fueron contagiando desde Europa hasta América gracias al entusiasmo, a la pasión, al amor por la patria y el progreso, gracias, finalmente, a un torrente de sentimientos que fueron dirigidos por la razón hacia un objetivo universal: la libertad.

Por lo tanto, los impulsos racionalizados tan potentes no se entienden si es que no se toma en cuenta la pasión subyacente. De hecho, no se entiende a Julio Bañados si es que no se considera el sentimiento. Nuestro autor es arrebatado por la pasión libertaria. Tantas páginas escritas, tantos discursos promulgados, tantas batallas, tantos sacrificios, tanta laboriosidad no se entienden

si es que creemos que la Ilustración fue el período de la razón y nada más. Tomemos al propio Voltaire, a quien tan bien describe Bañados, en su artículo “Voltaire” publicado en *Ensayos i Bosquejos*, de 1884. Ese hombre, para lograr sentar las bases de la Revolución Francesa, para escribir sin descanso, para discutir, para salvar su vida incontables veces a pesar de complots, traiciones y persecuciones, tiene que haber estado inundado de pasión. Tampoco se entendería la importancia del corazón en la época. Si bien es cierto que el corazón es el que piensa, el que tiene muchas veces las características que en realidad tiene el cerebro, llama la atención que sea el corazón el que guíe, el que haga del ser humano un buen ser humano, siendo que es la razón y, por ende, el cerebro, la que debería dominar.

Llama la atención también que el liberalismo tome de la religión tantos términos y tantas formas de *evangelización*. Los liberales son *apóstoles* y, para serlo, para salir por el mundo a divulgar el liberalismo como un apóstol, hay que tener una buena cuota de pasión, de sentimiento, de convicción. La misma elocuencia, tan importante para la divulgación del pensamiento liberal, no es más que la pasión guiando las palabras de manera organizada. En este período ilustrado, pasión y razón iban de la mano. De hecho, la radicalización política es, de lleno, parte de la Ilustración, con toda su pasión: “The simultaneous emphasis on ‘reason’ and ‘feeling’ emerges often in the radical political tendency that was part of the Enlightenment’s ‘science of freedom’” (Day 71).

Teniendo todo lo anterior en consideración, pasemos ahora a ver cómo es que la razón fue encausando esta pasión arrolladora por un mundo mejor, en los albores del siglo XIX.

LAS CONCEPCIONES DEL INDIVIDUO, A PARTIR DEL SIGLO XVII

Para comprender cabalmente el concepto de subjetividad, en el siglo XIX, y para poder llegar a construir la subjetividad de Julio Bañados —tomando en consideración lo antes señalado—, es obligación hacer una rápida revisión de la

filosofía de la época y de la concepción de la individualidad en el período que nos atañe.⁸ En este repaso, pondré especial énfasis en los autores que Bañados nombra asiduamente en sus escritos.

Ya a partir del siglo XVII, con Descartes, se establece que el sujeto es porque piensa. La famosa frase *yo pienso, luego existo* cambia por completo la relación del individuo consigo mismo y con el mundo exterior. Entenderse a uno mismo como ser pensante y relacionarse con el entorno sobre la base del pensamiento abre las puertas para que el pensamiento sea el catalizador del mundo. Este catalizador toma la vida, los sentimientos, la pasión, la información y la analiza, la procesa y arroja resultados. Estos resultados son las explicaciones que del mundo se obtienen. Al hacer que la razón tome el control, las pasiones son el motor que hace que esta razón funcione. La razón, al funcionar, genera no sólo ideas, genera también individualidad. Los sentimientos solos son difíciles de separar, de especificar. Pero cuando los sentimientos, la pasión, son el motor y no el medio para procesar la realidad, las ideas se agolpan y pasan a ser *propias*. Surge el individuo con toda su potencia. La República liberal toma conciencia de esta nueva individualidad y la arrebató para sí.

La subjetividad se conquista resaltando la potencia del pensamiento individual, capaz de definir la verdad de todas las cosas y de reconstruir todo el saber. El demostrar la existencia del universo material “a partir de la realidad de una consciencia, define un nuevo modo de ser del hombre occidental, define los tiempos modernos” (Giannini 178).

Este nuevo hombre moderno, que ya ha sido capaz de dilucidar el comportamiento de los astros y la composición de las células, se da cuenta de que la realidad muchas veces tiene poco que ver con lo que los sentidos toscamente le presentan. Así las cosas, la conquista teórica de la realidad “parecía, pues, una obra exclusiva de la razón, guiada por esa herramienta formidable —producto y

⁸ Parte de las ideas aquí expresadas han sido extraídas del libro *Historia de la filosofía moderna* de Francisco Romero y del libro *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX* de Beatriz González Stephan.

espejo de esa misma razón— que eran las matemáticas. La razón humana podría ahora alegar haberse ganado el derecho a proclamar su total autonomía —frente a la religión, por ejemplo— y a considerarse supremo tribunal de todas las cosas que interesan al hombre” (Giannini 221). Estos gigantescos avances en el plano de las ciencias impulsan iguales cambios en el plano de la sociedad. Las costumbres y la vida política se suben también al tren del progreso. Se hace necesario repensar las estructuras de poder, los valores y las formas de entender al hombre en sociedad.

Gracias a John Locke, las bases del liberalismo se fueron asentando de manera creciente. La idea de que todos los hombres nacen iguales y libres y de que ninguno tiene derechos sobre los otros fue toda una revolución que caló hondo en las siguientes generaciones. Locke postula el disfrute de la libertad y de la propiedad privada, conceptos que, cree, llevan a la sociedad a organizarse en comunidades que defiendan estos principios. La autoridad de las comunidades es la que debe velar por el bienestar de cada individuo —en cuanto su bienestar no traspase el bien público— y por la preservación de la sociedad. Para el filósofo inglés, el bien del pueblo y la libertad de consciencia son las nuevas máximas que empujan a la sociedad. Para que los individuos se hagan útiles a la sociedad, es primordial educarlos de tal forma que alcancen la autonomía personal y sean activos y laboriosos en sus quehaceres.

Según Condorcet, un buen ciudadano

se interesa abiertamente por la felicidad, se rebela contra quienes quieran el mal o lo permiten, respeta a quienes detentan la autoridad, pero también los somete a crítica, combate los errores y prejuicios que pueden perturbar la paz o atentar contra los derechos de los hombres, en definitiva, buen ciudadano es quien ilustra a los hombres acerca de sus derechos y de sus verdaderos intereses, contribuyendo así a su «felicidad común» (Ginzo 141).

La ilustración, a fin de cuentas, busca el progreso y la modernidad para alcanzar la felicidad común. La búsqueda de la felicidad sigue siendo el motor de la humanidad. En la Edad Media, la felicidad se buscaba por medio de la religión. Dios le daba la vida eterna —la felicidad sin fin— a aquellos que siguieran sus

preceptos. La búsqueda de la felicidad es, al fin y al cabo, un anhelo, un sentimiento que no nace de la razón. En el siglo XVIII, se creyó que la religión había agotado sus posibilidades y se abandonó la idea de la vida eterna y se la cambió por una vida feliz en la tierra. Esa felicidad pues, ya no la daría Dios, sino que el Estado. La espiritualidad, el sentimiento, la pasión, dejarían de abocarse a las oraciones, y se centrarían en la construcción de un Estado moderno, progresista, igualitario, que atendiera a todos, en sus necesidades, por igual.

Para lograr un Estado sólido y capaz de donar felicidad en esta vida, era necesario echar a andar la mente de cada ser humano. La individualidad, fruto de la razón, podría lograrse sólo a través de una sólida disciplina y de estudios rigurosos sobre la base de la razón. El estudio, al fin y al cabo, busca el propio bien del alumno y así lo entenderá Leibniz, muchas lecturas mediante. En este sentido y para ayudar a los futuros alumnos, Leibniz se obsesiona con convertir el conocimiento en una colosal empresa estatal y social que domine todos los órdenes del saber, algo así como una consciencia científica universal que fomente el progreso ilimitado de la humanidad. La creación de *L'encyclopédie* en Francia es la muestra fehaciente de esto. Con ella, los autores querían aunar todos los conocimientos universales, para facilitar su estudio.

La búsqueda de la libertad de conciencia centra el quehacer filosófico en el individuo. Kant, ya a fines del siglo XVIII, al igual que Hume, enfoca sus estudios filosóficos en el hombre. El poeta inglés Pope anuncia que “el estudio más propio del hombre es el hombre mismo” (en Romero 199). La Ilustración explora las cuestiones humanas en todos los ámbitos: la ciencia, la matemática, la física, la historia, la literatura, la política, etc. y busca liberar al hombre racional del peso de la tradición, con sus limitaciones, para que encuentre la autonomía de su inteligencia que se logra sólo a través del estudio. Montesquieu dictamina que, en el individuo, “la única pasión duradera, la sola que se mantiene vigorosa hasta la vejez y nos depara una dicha constante” (Romero 247) es el estudio.

El proceso racionalizador también llega a la concepción del Estado. El individuo, de la mano del Estado y gracias a la razón, podrá alcanzar el progreso

—concepto trascendental en este período— y la felicidad. El progreso viene de un estado permanente de crítica de lo establecido y de curiosidad por el universo. Esto genera un profundo sentimiento de optimismo y confianza en el presente y, sobre todo, en el porvenir. Charles Perrault proclama que el progreso es la ley del espíritu humano: el hombre es perfectible y cada estadio en la historia de la humanidad es mejor que su precedente.⁹ Gracias al predominio de la razón, el hombre será cada vez más y más verdaderamente feliz. La razón reemplaza a las creencias religiosas. La felicidad no la da Dios, la alcanza el hombre a través de su propia inteligencia, como ya hemos dicho. Se imagina, el período de las Luces, el país ideal, llamado la República de las Letras, en el cual los conocimientos circularían libres y al alcance de todos, homogeneizando, iluminando y desperdigando felicidad.

La Ilustración se plantea a sí misma como un descubrimiento que hay que difundir y que se debe enseñar: el individuo debe aprender a pensar por sí mismo para ser libre, ejercer su libertad y cambiar su entorno. Todo lo anterior redundaba en una fervorosa actividad, el hombre tiene que ponerse a trabajar para propagar el nuevo descubrimiento de su individualidad y de una sociedad en conjunto que puede realmente hacerlo feliz. La ebullición llega a la industria, a la ciencia y al comercio y se ve respaldada por las ideas de Adam Smith: “la fuente de la riqueza no está en los metales preciosos ni en la tierra, sino en el trabajo” (Romero 237s).

La sociedad comprende que, para avanzar, debe hacer que cada individuo llegue al máximo grado de racionalización y de acción. Comprende, además, que para construirse a sí misma, la sociedad debe, primero, construir al individuo que necesita, por medio del estudio y de las facultades de la razón. Son el Estado y la sociedad también —según Lamettrie— quienes definen la moralidad: se considera

⁹ Vico establece que la civilización es un proceso cíclico: el espíritu del hombre asciende, desde los modos sensibles y fantásticos del conocimiento (historia ingenua —mitos y alegorías—) a los conceptuales o inteligibles; asciende desde la violencia a la moralidad y la justicia, y luego, con la llegada de la comodidad y el más alto estándar de cultura y bienestar, viene la decadencia y el regreso a los orígenes.

algo moral aquello que apunta al bien social; se considera inmoral aquello que apunta al interés egoísta.

Montesquieu instala la razón dentro del Estado, cuando establece que “la ley, en general, es la razón humana en tanto que gobierna todos los pueblos de la tierra, y las leyes políticas y civiles de cada nación no deben ser sino los casos particulares a que se aplica esa razón humana” (en Romero 250). La separación de los poderes del Estado que propone el francés se transforma en la base de la organización política y en la piedra angular de los derechos individuales.

El Marqués de Condorcet, uno de los autores preferidos de Julio Bañados y uno de los principales precursores de la sociología, asegura firmemente que la razón es el camino del hombre para alcanzar la felicidad y cree que la igualdad y la libertad son “derechos originarios fundados en la común naturaleza del hombre” (Romero 290). Piensa el Marqués, a su vez, que la soberanía reside en el pueblo, que las diferencias sociales son producidas por agentes externos y que es deber del Estado suprimirlas. La educación, según el filósofo francés, es la encargada de ilustrar los espíritus y es la que provee la formación al hombre para el recto ejercicio de la democracia.

Condorcet termina de redondear las ideas de Montesquieu, Turgot y Vico con respecto al progreso social sostenido de la humanidad, mostrando la influencia que cada etapa tiene sobre la siguiente; quiere describir cada cambio sucesivo de la humanidad como un avance permanente del ser humano hacia la más plena de las dichas. Esta descripción de la evolución de la humanidad podrá asegurarle a las generaciones futuras una especie de mapa de los pasos del progreso, para que nunca más el hombre pierda su rumbo y para que logre avanzar más rápidamente. Para Condorcet, el progreso es “consecuencia del desenvolvimiento anímico de los individuos reunidos en sociedad, y depende por tanto, en última instancia, del desarrollo de las facultades de cada individuo; el resultado de cada instante recoge los de los momentos anteriores y se integra a su vez en los de los posteriores. La perfectibilidad del hombre es ilimitada” (Romero 291).

La búsqueda de la verdad es para Turgot, Condorcet y la mayoría de los pensadores del siglo XVIII, el centro del quehacer filosófico-político. El intelectual es aquel que busca la verdad, la encuentra y ajusta la sociedad a su medida.

*

Julio Bañados fue construyendo una subjetividad acorde con su tiempo: su identidad ideológica se pliega a las corrientes liberales de la época. Su identidad de hombre público se construye a partir del patriotismo, la libertad, la igualdad, la razón, el estudio y el hacer. Y su identidad privada se sostiene en la voluntad férrea de ser un hombre *de bien*, según los estándares del siglo XIX, para lo cual echa mano a una laboriosidad incansable con una pasión y una perseverancia a prueba de traiciones, desdichas y destierros. Todo lo anterior explica por qué Balmaceda reparó en él: era un joven con ímpetus de gloria, con sinceras intenciones de hacer el bien en su país, con arrojo verdadero y con la perseverancia suficiente para estudiar y escribir todo lo que el liberalismo del momento necesitara. Así, Balmaceda premió sus esfuerzos muy pronto: el 2 de noviembre de 1888, con sólo 30 años, Bañados fue llamado a ser Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Luego, a partir del 20 de mayo de 1891, fue Ministro del Interior. Y, finalmente, desde el 3 de agosto de 1891, fue Ministro de Guerra y Marina.

SUBJETIVIDAD NACIONAL Y SUBJETIVIDAD INDIVIDUAL: DOS FRENTES DE UNA MISMA CONSTRUCCIÓN

Fue necesario, en el siglo XIX, para adquirir una voz propia, reestructurar la concepción de nación y la concepción del ciudadano de la nación y entrelazarlos. Michael White y David Epston dicen que “nuestras identidades personales se constituyen sobre la base de lo que ‘sabemos’ de nosotros mismos y sobre cómo nos describimos a nosotros mismos como personas” (viii) y este concepto puede aplicarse tanto a la nación como al ciudadano.

En cuanto a nación, Chile conoce plenamente su pasado de colonia española pobre. Sabe a ciencia cierta cómo España ha gobernado el territorio, sabe cuánta riqueza hay, cómo ha sido distribuida, cómo se ha explotado y sabe que la Corona ha ganado mucho más de lo que ha repartido. Sabe Chile también exactamente cuáles son las costumbres de España, cómo se han enraizado y conoce, por sobre todo, cada una de las falencias de un imperio gigante y desgastado que no ha logrado adecuarse a las necesidades de sus amplios territorios ni a las urgencias de las numerosas gentes que se ha anexo a su reino. Es desde este conocimiento profundo del mundo hispano que Chile decide definirse y opta por renegar de ese pasado. Este parricidio del que hablábamos antes es, por supuesto, un imposible. Sin embargo, es el punto de partida para forjar una nueva subjetividad para Chile que se funda en el poder de la palabra para ordenar y convencer.

Al no tener una voz propia y al tener esa necesidad imperiosa de cortar con el pasado colonial, la América hispana, en general, y Chile, en particular, se buscan una voz con la que hacer eco y la encuentran en las ideas que provienen del liberalismo europeo, que le han dado forma previamente a Inglaterra, Francia y Estados Unidos. La palabra que ordena la barbarie y convence construye una nueva subjetividad nacional que tiene su origen en el escribir y en el hacer, en la libertad y en el progreso, tal y como lo vimos anteriormente. De esta manera, el liberalismo comienza a ser el hilo conductor de este eco chileno que se esmera por pertenecer ya no a la España colonial, sino a la Europa libre, que lucha por convertir a Chile en una nación que genere personas ilustres a la altura de Voltaire en las letras, de Gladstone en la política, de Leroy Beaulieu en las finanzas y de Farragut en las batallas.

El liberalismo busca concederle a cada persona de una nación determinada libertades individuales y colectivas. Libertad de expresión, de prensa, de reunión, libertad de culto, de educación, de sufragio, y, como gran valor universal, el liberalismo promete, según sus precursores, la libertad de consciencia. Esta libertad de consciencia le da al ciudadano —que es quien ostenta esta consciencia

libre— una individualidad nunca antes vista en la historia política. Si se tiene una consciencia libre, esa consciencia tiene el derecho y, sobre todo, el deber de *ser*. La libertad de consciencia le da al ciudadano una individualidad para pensar libremente, le da el poder de tener ideas propias y de conquistar el mundo de la razón. Esta consciencia libre le permite al hombre, también, ser partícipe de su entorno y aportar al conjunto de sujetos de consciencias libres que conforman la nación.

El pensamiento de Hegel termina de redondear la estructura del liberalismo, a pesar de que el filósofo no era un liberal declarado. La defensa que hace Hegel de los derechos inalienables de los sujetos ayuda, enormemente, al fomento de las libertades colectivas e individuales. De hecho, “in the *Philosophy of Right* he states that everyone deserves certain basic rights just in so far as they are human beings, regardless of whether they are Catholics, Protestants or Jews” (Beiser 209). La influencia de Hegel en los postulados liberales les da directrices definidas: busca, la causa liberal,

el progreso ilimitado de las formas sociales, [cree en] el sentido perfectible de las formaciones humanas, [sitúa a] Europa como centro de irradiación de la cultura porque en ella se ha concretado la más elevada forma de espiritualidad e historicidad posibles, [hace lícita] la aspiración de las zonas periféricas a realizarse dentro del espacio de la civilización europea y [establece] la concepción del estado moderno como la forma más perfecta de realización de la Razón de las libertades individuales (González 86).

La aparición de las libertades individuales —a expensas de Hegel, de los románticos y de varios filósofos de la época y del período pre Revolución Francesa— gatilla la búsqueda de identidades propias. Las naciones requieren de una identidad nacional y los sujetos de esas naciones, ahora individualizados, requieren también de una identidad.

En este sentido, el ciudadano de este nuevo Chile liberal también debe encontrar su propia manera de construirse. El liberalismo le da un marco férreo para dibujarse y fundirse con la nueva sociedad. El ciudadano es el encargado de

hacer uso de esta nueva libertad que le ha sido proveída por el Estado. Es quien debe, por un lado, gozar de ella y, por otro, es quien debe defenderla.

El hombre libre, entonces, fundamenta su relación con el mundo que lo rodea y con la realidad sobre la base de la razón y, para gozar de su nueva libertad, el ciudadano liberal tiene, en primer lugar, que *comprender* que es dueño de esta libertad y debe saber cuán ancha es; debe, a su vez, saber dónde es que termina. Por lo tanto, la construcción del nuevo sujeto liberal comienza con la educación. La libertad es explicada a la ciudadanía a través de las letras y vive en los libros y tratados que sobre ella se han escrito. Así las cosas, el verdadero ciudadano liberal es aquel que se ha enterado, por medio de la lectura, de sus derechos y deberes. Es, el ciudadano liberal, un ciudadano letrado que absorbe su subjetividad colectiva por medio de la lectura. Pero en la lectura no se acaba su *ser* ciudadano. En la lectura recién comienza. A cambio de tantas ideas provenientes de los libros, el ciudadano debe poner en marcha la escritura para redefinir su entorno y es así como empieza a ser parte de la nación.

El individuo liberal ya no sólo es lo que sabe de sí mismo, sino que es también lo que la cultura del momento le dicta (cf. White y Epton viii), y es asimismo lo que cree que hay que ser. La individualidad que tanto defiende la causa liberal tiene una suerte de paradoja extraña: por un lado, le exige al ciudadano que tenga una consciencia libre y propia, que tenga una subjetividad única e irrepetible y, por otro, les exige, a este individuo y a su individualidad, que se fundan con la nación, que la construyan, que la protejan y hasta que den su vida por ella, en un arrojado de pasión. El individuo que surge del liberalismo debe dedicarse cien por cien a la construcción de la nación y debe olvidarse de sus propias necesidades, incluso debe olvidarse de las necesidades de su propia familia. Sólo así el individuo liberal puede abrazar esta empresa colectiva que es la República. La República liberal le da a cada persona su individualidad, pero, a cambio, exige de vuelta a ese individuo creado para sí, quiere sus ideas y su vida enroladas con el liberalismo.

En la Edad Media —época en la que el cuerpo y los espacios eran eminentemente públicos—, en la plaza pública no sólo se asesinaba a los maleantes en presencia del pueblo entero, sino que se exponían las vísceras, se dejaban para el escrutinio público las cabezas cortadas y hasta se esparcían las extremidades en el pueblo (cf. Bakhtin 93s). Con el advenimiento de la razón y de la higiene a fines del siglo XVIII, los cuerpos se fueron privatizando como una nueva forma de dominar la barbarie. Hubo “a progressive increase over this period in the disciplining of functions such as eating, urinating, defecating, spitting or blowing one’s nose”, proceso que tenía directa relación con “long-term social-structural changes related to processes of state formation on the one hand and, on the other hand, with the rise of a particular form of self-perception typical of modern individuals” (Fraser 11). En el siglo XIX, cuando la privacidad del cuerpo estaba ampliamente impartida, las ideas, en cambio, pasaron no sólo a ser públicas, sino que pasaron a ser exigidas como tributo a la nación. La publicación incesante de periódicos, revistas y libros, la escritura copiosa de opiniones sobre lo que fuera, no es otra cosa que la *publicación* de las ideas, es una forma de fundirse en este colectivo enorme que es la nación en ciernes.

Entonces la subjetividad del individuo está intrínsecamente ligada a la de la nación, como si la nación fuera esta entidad omnipresente que le ordena al sujeto qué debe ser y qué no. La nación liberal exige para sí hombres y mujeres trabajadores, estudiosos de su entorno, responsables, amantes del orden y del progreso, generosos con sus talentos y pródigos con la escritura, porque sólo al escribir el intelecto individual se torna público y se vuelve, además, como un virus que contagia a quien lee. Quien no escribe ni lee no logra fundir su individualidad en esta colectividad nacional, no *pertenece*.

La higiene ha privatizado los cuerpos, ha cerrado los espacios y el liberalismo ha hecho públicas las ideas. La pertenencia ya no es a un pueblo determinado porque se vive en tal parte o porque se comparten espacios públicos, la pertenencia ahora se logra cuando se hacen públicas las ideas a través de la

escritura y el resto las hace suyas por medio de la lectura. Leer y escribir en una sociedad determinada es, en el siglo XIX, pertenecer a ella.

LA REIVINDICACIÓN DE LOS ORÍGENES POR MEDIO DEL ESFUERZO Y LA EDUCACIÓN

Julio Bañados era un joven de provincia. Había nacido en Valparaíso en cuna mesocrática. Carecía de vínculos aristocráticos y sus padres distaban de conformar una familia acomodada. Su educación primaria y secundaria la recibió del Instituto Nacional y del colegio San Ignacio de Alonso de Ovalle. Era, como Lastarria, un hombre que debía insertarse en la sociedad capitalina sin tener sangre que validara sus méritos.

Dentro de la conformación de su subjetividad, para Bañados es importante presentarse como un individuo nacido bajo el alero de la concepción de mundo en la cual la ascendencia y la fortuna ya no son trascendentales. Sin credenciales para probar su valía, Julio Bañados toma lo que la sociedad le está ofreciendo para transformarse en un hombre de bien: la cultura ilustrada y liberal.

A fines del siglo XVIII —como ya hemos visto—, varios filósofos habían desarrollado ya el concepto de la igualdad. Entre ellos, Hegel, quien estableció que el sistema de castas, como fuera que se organizara, era, por lejos, la forma más atroz de opresión. El filósofo pensaba que “a person’s social role and place were ultimately determined by their choice, effort and ability” (en Beiser 247) y no por su lugar en la escala social. Bañados hizo suyas estas premisas. De hecho, posteriormente, cuando nuestro autor hizo pública su escritura, en varios de sus artículos hace referencia a lo poco acertado que es medir la altura de un hombre por su cuna. Sin ir más lejos, en “Plácido”, artículo que dedicó en *Ensayos i bosquejos* de 1884 al poeta cubano del mismo nombre, dice Bañados: “Sus estrofas empapadas de amor salvaje, no le abrieron [a Plácido] los salones de la nobleza. Al ver ese desprecio ridículo de hombres que ponen en la familia i el oríjen el valer humano, arrojó sobre ellos dardos agudos” (233).

No es casualidad que Bañados escoja hablar de hombres que se han construido a sí mismos, de estos *self-made men* que han cambiado el curso de la historia, con ímpetu, pasión y razón, a pesar de no pertenecer a las clases altas y de no siempre tener buena educación. Si bien es cierto que nuestro autor jamás hace referencia a sus propios orígenes, la preponderancia de héroes de cuna incierta nos habla de las esperanzas que él tiene para su propio futuro.

Sabiendo ya que su prominencia en la sociedad no dependerá de su cuna sino que de su propio esfuerzo, Bañados inicia la titánica empresa de hacerse sujeto en Chile. Nuestro joven autor encuentra, una vez más y gracias a la educación, en las ideas liberales una guía para construirse a sí mismo.

El hombre liberal debe alcanzar la conciencia de sí y debe dar inicio a la búsqueda de su propia libertad. La educación, en este contexto, no sólo sirve para ilustrar el devenir de la humanidad, sino que busca, en el siglo XIX, abrir la consciencia del individuo a su propia existencia. En la medida en que me educó, aprendo que tengo ciertos derechos que debo exigir y ciertos deberes con los que debo cumplir. Aprendo, también, que soy un ser libre y que debo, para ejercer mi libertad, hacer uso de la razón.

Detrás de las copiosas lecturas está la intención clara de la causa liberal de civilizar por medio de la razón. Si desde pequeños los niños aprenden a leer, a conocer sus derechos, a dominar su propia naturaleza, la barbarie será erradicada de ellos y podrán, luego, ejercer su razón a través de la escritura para dominar la barbarie del entorno. La razón debe ser, en el individuo, la que rija los sentimientos, los deseos, los miedos, las pasiones, las esperanzas y la voluntad. La libertad, a fin de cuentas, a partir de la Ilustración, se alcanza cuando se llega a un dominio propio férreo, a la independencia y a la autosuficiencia.

Ya hemos dicho que, antes de los veinte años, Bañados había leído a griegos y romanos, a franceses, ingleses y alemanes contemporáneos a él y había leído también a muchos latinoamericanos y chilenos. Así las cosas, a más lecturas, mayor civilización y mayor dominio de la barbarie propia y ajena. Las lecturas infinitas tienen el fin de ilustrar, de enseñar derechos y deberes, de

iluminar la conciencia y de hacerla autosuficiente y tienen, también, la función de erradicar la naturaleza desordenada del individuo (cf. Beiser 246). A mayor trabajo, mayor subyugación de la voluntad. Bien lo sabe Bañados, quien dedicó su adolescencia a leer incansablemente para que el trabajo doblegara sus pasiones a los devenires de la razón.

La ética del trabajo duro va de la mano con la convicción de que las deficiencias de origen se pueden remediar con esfuerzo y habilidad. Bañados postula que el hombre, por medio de la razón, el esfuerzo y el trabajo, puede optar por una vida diferente, independientemente de las condiciones adversas de cuna, educación y hasta de clima. Cuando Bañados ingresa a la arena pública a través de su escritura, en su ejercicio caligráfico para construir su propia identidad, incluye a personajes célebres que han logrado vencer la adversidad por medio del esfuerzo.

LOS PERSONAJES DE ORIGEN HUMILDE DE BAÑADOS

Nuestro autor presenta, en *Ensayos i bosquejos* (1884), varios personajes de origen humilde que llegan a las más altas cumbres de la posteridad gracias a su trabajo y tenacidad. Aparte de la vida de Plácido, Bañados relata los pormenores de la vida de Voltaire y nos cuenta que “Voltaire era de aquellos que saben defender su honra i dignidad con valor i enerjía. Tenia en sus venas sangre humilde; pero llevaba en su cerebro un jenio único en la Francia” (385). Para nuestro autor, el genio francés es, por lejos, uno de los talentos más sorprendentes que ha dado la humanidad: “La naturaleza ha de haber empleado un doble esfuerzo para producirlo. Creó en historia, en teatro, en filosofía, en poesía, en todo. Su ojo lo veia todo; su intelijencia lo percibia todo. Voltaire es la encarnacion de la grandeza humana” (409).

Vale la pena resaltar la apreciación que Bañados siente por Voltaire. El francés es el motor de la Revolución Francesa, el artífice intelectual de la puesta en escena de la igualdad, la fraternidad y la libertad. Voltaire es un ácido crítico

del pasado, actitud que Bañados replica en sus análisis de la Colonia en todos sus aspectos: políticos, literarios y sociales. El intelectual francés es inagotable en su trabajo, pródigo como pocos con su pluma y hábil en las discusiones y en su forma de moverse en la sociedad monárquica. En Julio Bañados, vemos replicadas varias de las características de Voltaire. El chileno es historiador también —asunto que trataremos en detalle más adelante—; debe, a partir de su origen medio, hacerse camino en la sociedad; y, al igual que Voltaire, busca con ansias la modernización de la cultura y de la vida por medio del trabajo ininterrumpido.

Volvamos al artículo de Plácido que escribió Bañados. Este joven poeta cubano es de cuna pobre y de origen criminal: es fruto de una violación. Nació en un barrio mísero y se crió con la reprobación de su madre y rodeado de delincuentes. Le tocó a Plácido vivir en un país con profundas desigualdades sociales:

El color de la piel —copia Bañados de *Juicio crítico de algunos poetas americanos* de los hermanos Amunátegui— establece entre los habitantes diferencias que la razón condena i que la justicia reprueba. Los blancos miran a los mulatos i a los negros como seres degradados de una casta inferior. El principio de que cada cual debe ser tratado segun su capacidad i su virtud no cuenta con muchos partidarios. Cada individuo trae su porvenir escrito en el color de su rostro. Los empleos i honores son para los blancos; las humillaciones i cargas para los mulatos; la esclavitud i el látigo para los negros. [...] Los amos mismos no son iguales entre sí. Los que han nacido en América no tienen las mismas preeminencias que los que han nacido en Europa; i los que han nacido condes o marqueses miran de alto a bajo a los que han nacido simples mortales. La sociedad está dividida en castas por medio de privilegios absurdos i distinciones odiosas. La casualidad del nacimiento es antepuesta en todo i por todo al mérito personal (EiB 235s).

Y le tocó nacer a Plácido, además, en el trópico. Dice Bañados sobre eso, haciendo eco con Montesquieu en su teoría de que la constitución de una nación depende, entre otras cosas, de la historia, el clima y la geografía: “Con respecto al clima ¿quién no sabe cómo es el clima de los trópicos? Allí la naturaleza es de fuego; allí se vive bajo un sol quemante i abrazador [sic]; allí el alma se enciende i el corazon arde; allí se respira aire caliente” (236). La sobreabundancia de

naturaleza, de calor, de corazones ardiendo es visto, por nuestro autor, como un problema. Cree Bañados que la naturaleza es aquello que hay que dominar con la razón, y que, mientras más naturaleza, más difícil es la empresa de su sujeción.

Finalmente, Plácido, con grandes esfuerzos, entre la miseria y el desprecio de los sectores sociales altos, se vuelve poeta mártir que lucha por la libertad de su patria contra las huestes españolas, a pesar de las nefastas influencias de la pobreza y del clima.

Para Bañados, un poeta tiene cuatro pilares en su vida: el nacimiento, la educación, la sociedad y el clima. En el caso de Plácido, Bañados encuentra que estos cuatro pilares están completamente corrompidos. Sobre esta corrupción dice:

Es cierto que el hombre obra según su libre albedrío; pero también es cierto que las combinaciones sociales encadenan la libertad i le ponen serios obstáculos en su ejercicio. Todos nacen iguales; pero el mundo exterior, las influencias de la sociedad, cambian lentamente la naturaleza humana i hacen una evolución en el fondo de la conciencia. Así el que nace entre harapos, miserias i espinas, poco a poco pierde su sensibilidad; el que es ignorante, el que no ha recibido un rayo de luz no puede dar amplio vuelo a su inteligencia; el que vive en el seno de un país, confundido con las turbas abyectas, carece de cultura i pierde sin querer la delicadeza de sus sentimientos; i el que abre sus ojos en el polo no puede tener el nervio del que nace en el ardiente clima del Ecuador (230).

En este tratado sobre la igualdad, Bañados explica cómo el entorno puede influir en el hombre y puede hacer que el resultado final sea un ser humano sin cultura y sin razón. Concuera nuestro autor —como ya dijimos— con ciertas teorías de la época que ponen acento en el clima y la geografía para explicar los distintos niveles de progreso alcanzados por determinadas sociedades.¹⁰ Si Bañados cree positivamente en la influencia del entorno sobre el individuo,

¹⁰ Hegel con sus teorías sobre cómo Europa es el centro de la civilización por la tríada alrededor del Mediterráneo; Montesquieu, como ya dijimos; Fontanelle también cree que el clima afecta en la evolución de las ciencias y las artes; etc.

comprendemos el arduo esfuerzo que pone en salvar a Chile, por medio de su trabajo, de la barbarie.

Plácido, sin embargo, vence su origen, su falta de oportunidades y hasta las influencias del clima gracias a su tenacidad y empeño. Explica Plácido, en su poema “La Palma i la Malva”, cómo es que el lugar y la condición del nacimiento no aseguran la grandeza de corazón:

Que un rayo me aniquile / Si no es verdad que lástima te tengo. / ¿Te tienes por mas grande, miserable, / Solo porque has nacido en alto puesto? / El lugar donde te hallas colocada / Es él grande, tú no; desde el soberbio / Monte do estás, no midas hasta el soto, / Mira lo que hai de tu cabeza al suelo. / Aunque ese monte crezca hasta el Olimpo, / Serás Malva, i no mas con todo eso. / Desengáñate, chica, no seas loca, / Jamas es grande el que nació rastrero, / I el que alimenta un corazon mezquino, / Es siempre bajo, aunque suba al cielo (233s).

Es el trabajo, más bien, lo que el individuo como miembro de la sociedad pueda producir, lo que otorga valor a un hombre.

Bañados sabe que, incluso si la educación fallara, el esfuerzo y la tenacidad del ser humano son suficientes para darle valía a un hombre. Es por eso que, a lo largo de sus *Cartas del Destierro*, cuando siente que debe justificarse ante la posteridad, Bañados resalta en sí mismo su perseverancia, sus intenciones de hacer todo lo que estuviera a su alcance por el bien de la patria. Ahí veremos que nuestro autor efectivamente puso en práctica aquello que aprendió en la caligrafía de sus dos libros primeros. De esto hablaremos en profundidad más adelante.

LA PLENITUD DEL SUJETO: SU VINCULACIÓN AL ESTADO

Para Bañados —en *Ensayos i bosquejos* de 1884—, “el Estado es una entidad llamada a hacer la felicidad de los ciudadanos por los medios que estén dentro del derecho i de la mas severa libertad. Nunca debe poner su fuerza o su poder en apoyo de ciertas creencias o de ciertos individuos para lastimar el derecho de los otros. Debe servir a todos sin distincion de ideas ni principios”

(413). En el Estado se encuentra la felicidad del hombre y esa felicidad puede entenderse, aceptarse y vivirse sólo a través de la educación. La educación de los individuos busca, en la República liberal, también enlazar al sujeto con su comunidad, por medio de la subyugación de su voluntad a la voluntad del Estado (cf. Beiser 237).

La participación en la construcción de la nación se convierte en la piedra angular de la subjetividad. Filósofos de la época, como Hegel, postulan que el individuo alcanza su plenitud sólo a través de su vinculación con el Estado, ya que la identidad de una persona finalmente depende sólo de su lugar en la sociedad y en la historia (cf. Beiser 281).

El cristianismo se hace insuficiente, en el universo liberal, para alcanzar la salvación verdadera. A partir del siglo XVIII, la religión se transforma en aquello que hay que superar para poder encontrar la verdad, puesto que las creencias religiosas están fuera de la razón y bordean peligrosamente la superstición. La razón, en cambio, ofrece un camino cierto para encontrar la verdad anhelada. El principio de la redención se logra con el estudio exhaustivo y la escritura copiosa, y, la redención final, la felicidad completa, se alcanza colaborando con el Estado. La salvación ya no viene desde afuera, no es dada por un mesías, viene ahora desde dentro, desde el mundo. La verdadera redención es la obtención de la libertad en este mundo y esa libertad sólo puede alcanzarse a través de la comunidad.

A partir de la Ilustración y en especial luego de la Revolución Francesa, la unión del individuo con el Estado es parte del camino hacia la felicidad: “the highest good —the supreme value of life— can be achieved only within the state, which shapes not only the identity of each individual but the very purpose and meaning of his life. [...] His worth and value as an individual depend entirely on what he contributes to society and state as the whole” (Beiser 277).

Bañados se toma muy en serio estas premisas. Luego de sus interminables estudios y de su escritura, Bañados abraza la carrera en el Estado como la forma de verdaderamente hacerse un hombre de bien. Julio Bañados

entró al engranaje del Estado como Ministro de Justicia e Instrucción Pública el 2 de noviembre de 1888 y, desde entonces, y hasta la guerra civil, siguió sirviendo al país en distintas carteras, como ya hemos visto. A su regreso del destierro, volvió como diputado por Ovalle una vez más.

El estudio y la escritura se complementan con el afán pedagógico —que, como hemos visto, Bañados cumplió al escribir y al ser profesor tanto del Instituto Nacional como de la Universidad— y con la carrera política. En los primeros años de su vida pública, sin embargo, es cuando, como escritor, Bañados traza su camino. Sus artículos (en especial aquellos recopilados y publicados en 1884 y 1888) son, como ya hemos dicho, el reflejo de lo que él será.

Los personajes de nuestro autor siempre cumplen a cabalidad con el servicio a la patria. Tal es el caso de Plácido quien, no contento con definir la grandeza del hombre más allá de su cuna, “obedeciendo a los dictados de su conciencia, se enroló en las filas revolucionarias i entusiasmó a la muchedumbre con sus versos varoniles” (EiB 234). Inicia Plácido su camino a dar la vida por la defensa de su patria ante la Corona española. De las arengas al ejército del poeta, Bañados cita el siguiente juramento: “Ser enemigo eterno del tirano, / Manchar, si me es posible, mis vestidos / Con su execrable sangre, por mi mano / Derramada con golpes repetidos, I morir a las manos del verdugo; / Si es necesario, por romper el yugo” (234).

Y murió Plácido, efectivamente. Bañados cuenta que “habiendo entrado a una maquinacion revolucionaria, fué tomado prisionero por orden de Odonell i condenado a muerte. El valiente poeta subió al cadalso con resignacion i cantando como el inmortal Chenier” (235). El poeta cubano venció su origen gracias a las letras y se fundió con su patria gracias a su valentía: dio la vida por su nación.

También sirve a su patria Camilo Henríquez, “el mas atrevido, el mas enérgico, el mas inteligente de los revolucionarios” (EiB 513) nos dice Bañados, en 1884, en su artículo “Camilo Henríquez”. Para Bañados, el redactor de *La Aurora* fue el gran filósofo de la libertad en Chile y, por lo tanto, un gran servidor de la

patria. En su artículo, nuestro autor nos explica el pensamiento del sacerdote y nos narra su vida y cómo su escritura sirvió para liberar a Chile del yugo colonial.

Bañados nos dice que, en *La Aurora*, Henríquez expuso con su pluma todos sus pensamientos libertarios, “su alma elevada i jenerosa se propuso entónces llevar a cabo la ardua tarea de defender desde la tribuna, el púlpito i la prensa los derechos del pueblo” (EiB 514). Con su escritura y su oratoria, Camilo Henríquez expuso que

el hombre es eminentemente libre, que tiene facultad de pensar, de decidir i de obrar lo que quiera sin otro límite que el derecho ajeno; que ningun poder humano puede poner trabas a sus libertades naturales, que el Creador mismo le ha reconocido la libertad mas ámplia i absoluta; se habia desengañado tambien que los tiranos i déspotas cometian un crimen atroz al esclavizar al jénero humano, crimen sin justificacion ante Dios i los hombres. Decia con Rousseau: el hombre nace libre i vive entre cadenas (EiB 513).

La exposición de estas ideas y su defensa por medio de las letras es lo que lleva a Camilo Henríquez a ser un héroe de la patria:

pocas veces se ha puesto en juego tanto talento, tanta constancia i tanta audacia en defensa de ciertas doctrinas. Es preciso tener presente que tenia que luchar con ideas arraigadas profundamente en los espíritus, con los sentimientos de corazones empedernidos, con las preocupaciones de un pueblo fanático i torpe que alimentaba en su pecho con orgullo i placer las patrañas mas fútiles, las creencias mas ridículas. ¡Hé aquí su gloria indisputable! ¡Hé aquí su obra inmortal que vivirá mientras arda en el pecho de algun americano el mas mínimo amor a la libertad! (EiB 514).

SENTIMIENTOS, NATURALEZA Y SUJETO LIBERAL

Llama la atención que Bañados, en sus escritos, narra varias historias de amor que se llevan a cabo en parajes que él mismo define como *orientales*, es decir, plagados de *verdura*, misteriosos, lejanos, indómitos. “Tegualda”, “Chand-Bibi”, “Sor Francisca Ramírez” (de 1884), “Lucía de Miranda” (de 1888), son todas leyendas que se desarrollan entre medio de una naturaleza salvaje, y tienen

personajes apasionados, valientes, y arriesgados. A simple vista, pareciera una contradicción; sin embargo, es una forma propia de la Ilustración para cuestionar la sociedad del momento. Este cuestionamiento a la civilización “through a eulogy of nature went hand in hand with the tendency of political radicals to word their challenge to the existing order with images of natural energy” (Day 74).

La abundancia de naturaleza va de la mano con unas historias de amor encendidas, apasionadas, llenas de sufrimiento y de sentimientos violentos. La llegada del amor permite la toma de conciencia de la existencia de las pasiones. Saber que existe la pasión y que se tiene dentro es el despertar del sujeto liberal. Cuando se sabe que la pasión existe y que se siente, entonces es posible canalizarla hacia la causa liberal. Como vimos en “Tegualda” y como veremos en “Chand-Bibi”, el advenimiento del amor le permite al ser humano las proezas que la República liberal necesita. Sin el despertar al amor, el sujeto liberal no tiene la fuerza para convertirse en lo que la República requiere. Sólo luego de que el individuo ha amado, puede canalizar su pasión para cumplir con lo que la nación le exige.

EL DESPERTAR DEL SUJETO LIBERAL: EL AMOR EN BAÑADOS

Veamos cómo esto que hemos explicado se da en la historia de Chand-Bibi —cuyo nombre significa Dama Blanca—, una reina de Oriente de quien se enamora el guerrero Salabat-Khan. Chand-Bibi no sólo era la mujer más bella del Indostán, sino que había sido educada a la perfección y “desde la cuna abrigaba una afición extraordinaria a las artes i al gobierno” (EiB 324). Como reina, la Dama Blanca

era noble con el vencido, jenerosa con los aliados, altiva con los enemigos, amante con la religión i heroica con la patria. En los rejios salones de sus palacios tenia la mansedumbre del cordero; en los campos de batalla, con la espada en la mano, el escudo en el pecho i la rabia en el corazón, tenia la impetuosidad del león. Pocas reinas han dado un impulso tan eficaz i vigoroso a las ciencias, a las artes i a las letras (EiB 324).

Esta reina fantástica, que encarna todos los atributos del individuo moderno y liberal (la educación, las artes, la guerra, la justicia, la nobleza, la generosidad, el trabajo en el gobierno, etc.), necesita de una cosa para alcanzar su apoteosis final: el amor, que es lo mismo que necesita el gran guerrero para pasar a la posteridad.

La posteridad, en la República liberal, ha pasado a llenar el vacío de la vida eterna. Llegar a la posteridad es lo que justifica los sacrificios del sujeto liberal. La individualidad logra su concreción no sólo con sus actos en esta tierra, sino cuando por fin la posteridad reconoce sus méritos. El ser humano ya no será juzgado por Dios, sino que por la historia, por una posteridad compuesta por los ciudadanos futuros, aquellos que habrán alcanzado la cúspide de la civilización. Ellos serán quienes evaluarán el trabajo de sus predecesores y deberán agradecer, como corresponde, los esfuerzos gracias a los cuales ellos viven en un mundo plenamente civilizado.

Tal y como en el cristianismo, el martirio es la llave dorada para la posteridad. El mártir liberal no ofrece su vida por amor al Creador, sino que por amor a la patria. La nación liberal, que ha dado la individualidad y que ha pedido la colectivización de las ideas, puede, a la postre, pedir también la vida.

Sigamos entonces con nuestra historia oriental. Salabat-Khan era oficial de los ejércitos de la Reina y era un guerrero eximio que, además, gustaba de la lira y tenía un gran corazón. Sin embargo, su cuna era humilde, no había nacido rey y sin ser rey no se puede aspirar a conquistar a una reina. El tema del origen, una vez más, es salvado a través del esfuerzo y del ímpetu. Se dice a sí mismo Salabat-Khan: “—Desgraciado de mí, no haber nacido en un trono; pero, Dios mio, tengo un corazón de acero i me conquistaré un reino” (EiB 326). Nótese que lo que tiene de acero es el corazón y no el cerebro. En el corazón habitan las pasiones y también la templanza, el espíritu de hierro para conquistar lo que se quiera. Con el cerebro se piensa *cómo* conquistar y con el corazón se tiene la fuerza *para* conquistar.

Antes de irse a tierras lejanas, el guerrero decide confesarle su amor a la Reina y le dice:

Mira! Sobre ese tronco pardusco se balancea como una flor una ave de espléndido plumaje i dulce voz: es el lanio. En ese concierto universal su canto responde al de los kókilas que pueblan a lo léjos el ramaje. Sus notas tiernamente moduladas parece que arrojan a las profundidades de los bosques como un llamado al placer ¡escucha! No dice? *Vivid de amor! vivid de amor!...* [...] Reina, quiero morir, pero quiero decirte ántes que te amo como las palomas a sus hijuelos, como los reyes a su trono, como Dios a sus creaturas (EiB 328s).

La Reina sabe que este amor que se profesan es imposible, le responde ella: “Soi reina i tú súbdito. Esta unión está maldita por las leyes divinas i humanas. [...] Pero me queda una esperanza. Tú eres valiente, la India está ardiendo en revoluciones, centenares de reinos buscan rei, vé a conquistar un trono i seré tu esposa” (EiB 330). A pesar de los impedimentos de rango, la Reina también le declara su amor. Con el amor encontrado, Salabat-Khan reafirma su coraje: “—Siento que mis miembros se templan como el acero. Adios, seré rei” espeta, y se marcha a la guerra.

El lanio, pájaro oriental, susurra al enamorado Salabat-Khan que *viva de amor*. En el texto, esta frase “vivid de amor!” es repetida numerosas veces, como un mantra en contra de la racionalización total. Y no es que Bañados tenga un paréntesis en su liberalismo acérrimo ni significa una contradicción en su doctrina, es, más bien, la tendencia propia de la época a cuestionarlo todo. Bañados, imbuido del racionalismo ilustrado, es víctima ya de la radicalización. Lo cuestiona todo y se siente con la libertad, además, de hacerlo. A pesar de su juventud, nuestro autor, repleto el corazón y la mente de lecturas ilustradas (y también de ciertas lecturas románticas), siente su importancia como individuo y cumple, impugnándolo todo.

El amor, la pasión, entonces, es parte vital del sujeto liberal. Tanto es así que la guerra, en el caso de Salabat-Khan, no hubiera sido posible sin el amor. El

amor le permite acumular el coraje necesario para enfrentar tres años de violencia salvaje.

La importancia del amor, en Bañados, se nos presenta como el paso primero para la entrada del hombre en la sociedad. Es la fuerza y el motor para que el ser humano, después, cuando ya haya alcanzado la conciencia de libertad, se asuma como el sujeto que es, con ciertos derechos y deberes, y se funda con su comunidad. El hombre, además, se reconoce como tal al verse en el otro: “in love the self (the subject) finds itself in the other (the object) as the other finds itself in the self. In the experience of love subject and object, self and other, realize their natures through one another, and moreover each of them recognizes itself only through the other” (Beiser 113).

Bañados, cuando analiza la escritura del poeta José Antonio Soffia, en 1884, nos describe el amor como una unión entre dos seres: “[Soffia] Ama solo a su esposa con un amor que no tiene representante en el día, amor inmortal como el alma, sin celos tempestuosos, sin negras nubes ni amargos recuerdos, con un cariño propio de espíritus altivos. Para el cantor de *Aconcagua* el amor es algo bipersonal, exclusivo de dos seres que funden sus corazones en un mismo crisol” (EiB 271). Esta fundición de los corazones le permite al individuo conocerse y dominarse, con lo que logra las amplias metas que el liberalismo le impone.

En el proceso del amor, el individuo se pierde a sí mismo, pero gana un *nosotros*, un todo que le sirve para reconocerse y valorarse. El sujeto deja de verse en oposición con el mundo y comienza a verse, más bien, en la unidad con él y esto le conviene de sobremanera a la República liberal. Si el hombre no logra entender que *debe* fundirse con el todo, no podrá trabajar realmente para la nación ni podrá donar sus ideas para la construcción de la modernidad.

El conocimiento del amor hace aparecer en Salabat-Khan el temple de acero necesario para ser el hombre que Chand-Bibi necesita. Si bien es cierto que el amor lo mueve a conquistarse un reino y le da la fuerza para hacerlo, el que finalmente *pueda* conquistárselo le es dado por la renovación espiritual-racional que el movimiento ilustrado da, se lo da la razón que le ha permitido ser el mejor

guerrero del Indostán. Este personaje, por supuesto, no pertenece al período de la Ilustración, pero el autor sí. Y Julio Bañados quiere, por sobre todo, resaltar que el esfuerzo personal puede conseguirle a uno un reino y, como punto cúlmine del esfuerzo liberal, la libertad y la posteridad.

En este caso particular, Chand-Bibi es también la nación. Dado que los soldados de su ejército “la amaban como a su patria”, sus ejércitos daban la vida por ella y ella es, en sí misma, la encarnación de los ideales liberales del momento. El amor entonces, la pasión, es el primer entrenamiento para dar la vida por la patria. Aquí la metáfora queda clarísima: el amor pasional hacia una mujer es lo que se debe extrapolar a la patria. La nación es madre y virgen, es mujer y procreadora, a ella hay que entregarse por entero una vez que el proceso de la hechura del individuo ha sido completado.

En el caso de la reina más bella del Indostán y de su amante, el amor les permite saltar a la posteridad, como ya hemos dicho. Ya es ella todo lo maravillosa que puede ser, en cuanto a mujer y en cuanto a reina, sólo le queda una entrega por ofrecer: dar la vida. Chand-Bibi se lanza a un pozo como una antigua Julieta del Oriente, cuando cree a su Romeo muerto y ve que las murallas de la ciudad han sido derribadas por el poderoso rey que quiere apropiarse de todo. Cuando llega Salabat-Khan y sabe de la muerte de su amada, se arroja él también al pozo, él, el guerrero que, superando cuna y desgracias, se había conquistado un reino para lograr el amor de su vida. A pesar de todo, lo que ambos logran finalmente es mejor que la completitud de su amor, logran el juicio justo de la posteridad, que los ha ensalzado como a dos héroes.

Bañados aprueba la idea de que es el amor el motor inicial del sujeto: “Sí. Nosotros somos de aquellos que piensan que toda la felicidad en la tierra se asila en el hogar, al lado de una mujer que nos adore” (EiB 272). A pesar de estas declaraciones tan apasionadas, Bañados también cree, como ya vimos, que es el Estado el que debe proveer la felicidad de los ciudadanos. Es el amor, entonces, el principio que ayuda al hombre a declararse libre, para luego fundirse con la nación.

Ahora bien, el amor, la pasión hacia una mujer, no sólo deben ser canalizados hacia la construcción de la nación, sino que deben estar regulados por el Estado, puesto que la familia, finalmente, es la que ofrece nuevos ciudadanos a la República. Por lo tanto, se requiere que ese amor sea reconocido por la sociedad con el matrimonio civil. Para Bañados, el matrimonio es la piedra fundamental de la sociedad, ya nos lo dice en su artículo “El matrimonio civil”, recopilado en su libro *Ensayos i bosquejos* de 1884, en el cual defiende la separación de la Iglesia del Estado en materias civiles.

Plantea nuestro autor que

el matrimonio, tanto como fuente i mantenedor de la especie, como sociedad de dos personas que se ausilian mutuamente en las luchas por la existencia i que se aunan para educar buenos hijos que con el tiempo serán buenos ciudadanos, es un contrato de mucha trascendencia que las leyes deben vijilarlo [sic] en su formacion i en sus consecuencias. Del matrimonio nacen los hijos, los hijos forman el hogar, el hogar da vida a la familia, las familias constituyen pequeñas sociedades i esas pequeñas sociedades forman los pueblos i las naciones. Cada matrimonio, pues, es el anillo de una cadena inmensa; es una de las mil gotas de agua que, uniéndose unas a otras, forman rios caudalosos i estensos (EiB 413s).

Nada se le escapa a la República liberal. Cada acción de los individuos debe ser conocida, normada y controlada. Sólo así la nación mantiene su homogeneidad y puede encausar a sus ciudadanos hacia el progreso infinito.

JULIO BAÑADOS, CIUDADANO DEL CHILE LIBERAL

Dentro del concepto de educación liberal, las nutridas lecturas son sólo una parte del trabajo; la otra parte está conformada por la escritura. Así como los estudiantes debían pasarse horas leyendo desde los clásicos en adelante, los jóvenes debían pasarse otras tantas horas luchando con las leyes de la gramática, la retórica y la elocuencia. En la escritura se mediría la profundidad de sus lecturas, el peso de sus ideas y sus ímpetus para contribuir a la nación.

Julio Bañados comienza su carrera en las letras con 19 años, cuando en 1877 publica “Tegualda”, que luego volverá a publicar en su primer libro *Ensayos i*

bosquejos de 1884, a los 26 años. Ya a tan corta edad, nuestro autor tiene artículos suficientes como para publicar un libro de más de quinientas páginas. La publicación de sus artículos es su ofrenda inicial a la República liberal, es el esfuerzo tangible de fundirse en la sociedad por medio de hacer públicas sus ideas. La entrada en el escenario nacional con la publicación de su primer libro sucede el mismo año en que Bañados se casa con Ester Valderrama (1884). El amor entonces, al igual que a Salabat-Khan, le ha revelado su subjetividad y le ha permitido, a su vez, fundirse con la nación y dirigir sus pasos hacia el hacer en el Estado. El matrimonio lo hace hombre y entonces inicia, como hombre, su aporte a la nación.

La publicación de su primer artículo en 1877 va de la mano con el hecho de haber sido nombrado profesor del Instituto Nacional, en la cátedra de Historia. La enseñanza, en este contexto, es otro de los medios para servir a la República liberal. Abrir la conciencia de los más jóvenes al dominio propio era tan importante como publicar artículos en la prensa. Bañados comienza haciendo clases en el Instituto Nacional y luego será profesor de la Universidad, en la facultad de Leyes. Para su curso de Derecho Constitucional es que Julio Bañados escribe el libro *Constituciones de Chile, Francia, Estados Unidos, República Argentina, Brasil, Bélgica, España, Inglaterra i Suiza* en 1889.

Este esfuerzo de fusión con la República se verá ratificado por la publicación de *Letras i política*, en 1888, y luego, cuando suba al poder junto con Balmaceda, su escritura tendrá una doble publicación: por un lado, él mismo será el orador de sus discursos ante las cámaras del Congreso y, por otro, esos discursos luego serán publicados en distintos libros que llevarán, por título, *Discursos de Julio Bañados Espinosa ante el Congreso nacional* (publicados entre 1890 y 1891).

SUJETO, NACIÓN Y NARRACIÓN: DE LA ESCRITURA AL HACER¹¹

Nuestra subjetividad está construida por una multiplicidad de historias que nos contamos a nosotros mismos y que contamos también a los demás. Estas historias, que van cambiando con el tiempo, se entrelazan, crecen, se acomodan. En el siglo XIX, dada la necesidad imperiosa de narrar que tienen los intelectuales liberales, las historias de las individualidades y de la colectividad de la nación son siempre frondosas. No es *toda* la nación la que se dedica a narrar, consideremos que, a la sazón, el analfabetismo se empinaba sobre el setenta por ciento de la población.¹² Quienes narran son los intelectuales liberales, un reducido grupo de la sociedad que está empeñado en construir una nación a la medida de sus propias necesidades y a imagen y semejanza de las pujantes naciones del hemisferio Norte.

En este contexto, no basta con narrar una vez un determinado episodio de la historia nacional, por ejemplo. Mientras más narraciones haya sobre la Independencia, sobre las batallas, sobre los presidentes, mejor. Asimismo, este afán narrativo es cierto también con respecto a las individualidades liberales: mientras más individuos salgan a la palestra, con sus vidas heroicas descritas y con su gallardía, mejor construido estará el espíritu de la República. Y también mientras más narradores haya, tanto más se habrá aportado a la nación.

Un individuo, a su vez, en el siglo XIX —desde la perspectiva liberal—, está compuesto no por una, sino que por varias historias y esas historias deben ser narradas mientras suceden —así la República va abundándose, creciendo, ampliándose—, y después, cuando la muerte llegue, deberán ser vueltas a narrar por la posteridad, por un *otro* que reconozca esa individualidad, con sus diversas historias, en un nuevo acto narrativo.

¹¹ En cuanto a la teoría de la narración, tomaré varios conceptos que aparecen en el libro de Jerome Bruner *Making Stories. Law, Literature, Life*.

¹² Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas. *Día internacional de la alfabetización*. Boletín informativo del Instituto Nacional de Estadísticas, año 2006. www.ine.cl [16 octubre 2012].

El narrar la nación —con amplitud narrativa, con ciertas reiteraciones, desde distintos ángulos— es, al mismo tiempo, el ir contando la historia de quien escribe. La escritura de un texto histórico supone detrás a un historiador; la escritura de un texto periodístico supone detrás a un periodista; la narración de un artículo político, de una crítica literaria, de una leyenda supone detrás —indefectiblemente— al político, al crítico y al escritor. Así las cosas, la publicación de un artículo o de un libro conlleva no sólo la colectivización de las ideas de la que hablábamos en el capítulo anterior, sino también una presentación, en el vecindario decente, de la individualidad.

Se es lo que se escribe, como ya hemos dicho tantas veces. De este modo, quien escribe, en la República liberal, es también un texto. La nación liberal está constituida por lectores-escritores que escriben la subjetividad de la nación y la propia y que leen e interpretan las ajenas, en una textificación interminable. La recursividad de la escritura-lectura es infinita: el sujeto lee su realidad individual y lee también a sus pares y lee la realidad circundante. A partir de esta lectura, construye, sobre la base de su interpretación, una nueva narración del entorno, de sí mismo y de los demás que el resto vuelve a reinterpretar y narrar.

La subjetividad pública de los hombres ilustrados, en el período que nos atañe, entonces, surge de la narración de una realidad determinada por el Estado y la cultura del momento: el liberalismo. Es, el liberalismo, el prisma hegemónico a través del cual la nación y sus individuos son narrados y leídos. Ahora bien, esta textificación y estas ideas de nación no tenían el apoyo de toda la sociedad. Como ya dijimos, muchos ni siquiera sabían leer y otros, los conservadores, por ejemplo, y la Iglesia, no comulgaban con las ideas de fondo ni con la forma de hacer nación que sostenían los liberales.

La oposición a esta estructura de país y de individualidad fue fuerte en muchísimas ocasiones. Los liberales no lograron aunar las ideas y las necesidades de todos en una sola gran República de las letras, por más empeño que hicieron. Es más, ni siquiera lograron ponerse de acuerdo entre ellos mismos. El liberalismo que representaba Balmaceda fue perdiendo adeptos y el Presidente,

de pronto, se encontró batallando no sólo contra los Conservadores, sino que también contra una amplia facción Liberal, porque no pudo mantenerlos a todos unidos bajo un mismo alero. La convicción de que la estructura liberal era la única vía hacia el progreso y la idea de la libertad en todos los ámbitos públicos tenían potentes adversarios. Lastarria fue duramente atacado por sus ideas liberales y por su origen. El hecho de que el incipiente sector medio se estuviera alzando con ideas propias, con voz y elocuencia, también generó escozor entre algunos liberales y entre los conservadores terratenientes del país. Al más pequeño signo de pérdida de poder, la oligarquía reaccionó con fuerza. Consideremos que, a fines del siglo XIX, hubo una guerra civil en el país producto de —entre otras cosas— el choque de dos visiones de mundo que convivían en el Chile de aquel entonces, en permanente tensión.

La textificación de la que hablábamos fue erradicada de golpe cuando estalló la guerra civil en 1891. La elaborada obsesión por definir la nación y la individualidad que ocupó a los intelectuales en tiempos de paz (de paz interna al menos, pues la guerra del Pacífico empañó la paz con nuestros vecinos por algunos años), se convirtió en un absurdo en tiempos de guerra civil. Iniciado el conflicto armado, el cuerpo olvidado luego de tanta narración se hizo presente abruptamente. Ya no importaba cómo se conformaba la nación en los estantes de la biblioteca y en las hojas de la prensa, ahora se quería conocer el *cuerpo* del país para transitarlo y poseerlo. Las historias sobre la nación y sus héroes fueron cambiadas por mapas del país en los que se dibujaban los planes de batallas. Los hombres no importaban por sus proezas intelectuales, importaban como hombres muertos o vivos, como hombres heridos en su cuerpo o sanos. Ya no se aportaba a la nación con la escritura, se aportaba con el hacer, con el avanzar, con el ocupar territorio, con el disparar.

Este cambio súbito y brusco de perspectiva tuvo su origen, precisamente, en esta divergencia de concepción de nación de la que hablábamos antes: muchos —los conservadores, la aristocracia terrateniente, los salitreros, la Iglesia— no comulgaban en lo más mínimo con las ideas liberales, ni con el

método liberal, ni tampoco con la economía y la forma de hacer sociedad liberal. Veremos después que la textificación, la narración incesante, su intención de educación universal, de iluminar y liberar las mentes, fue cambiada por el afán del progreso económico-industrial. La búsqueda de la libertad fue sobrepasada por la búsqueda del dinero y de los gustos que con él se obtienen; hacer nación dejó de ser el escribirla, pasó a ser el hacerla producir.

LA INDIVIDUALIDAD LIBERAL

Volvamos ahora al período pre-revolución. Estábamos hablando de la subjetividad pública que es definida por el liberalismo, en el contexto de los intelectuales ilustrados del país. El hombre público (la subjetividad pública), en este marco, se ajusta a lo que la nación requiere; así las cosas, con su capacidad narrativa y con su hacer, el intelectual liberal es útil a la construcción de la República liberal y se funde con ella, le dona sus ideas y su vida, cuando es necesario. La subjetividad individual, en cambio, surge de las falencias de la narrativa individual para ajustarse al canon establecido. En este sentido, y dado que tanto la interpretación individual como la escritura son insuficientes para representar fidedignamente la realidad —muy a pesar del racionalismo positivista reinante—, las identidades privadas de los sujetos liberales surgen de lo que se escapa a la estructura social, cultural, política del momento. Todo aquello distinto, original, que rebase los límites del liberalismo, es lo propio y privado del individuo.

Hay una individualidad privada nacional —lo propio de la chilenidad, digamos— y hay una individualidad pública nacional —la República liberal—. Hay también una individualidad pública de cada sujeto —el intelectual liberal que construye la nación— y hay, a su vez, una individualidad privada propia de cada sujeto —lo que conforma a Lastarria, a Vicuña Mackenna, a Bañados como seres humanos únicos y distintos—.

El sujeto privado, dentro de la República liberal, está dividido en dos. Por un lado, está la historia personal y familiar del individuo —su cotidianidad

doméstica— y, por otro, está su carácter, sus peculiaridades como persona, sus valores —lo que conforma su espíritu—. La historia personal suele estar limitada a algunos párrafos dentro de las biografías. En el caso de Julio Bañados, cuando escribe un artículo sobre un hombre que ha fallecido hace poco o cuando escribe una biografía, páginas y páginas suelen ser dedicadas al hombre público: a sus escritos, principalmente, y a sus obras, y tan sólo un par de párrafos, cuando mucho, son destinados, en cambio, al padre de familia, al esposo abnegado y al padre solícito. La narración de la vida privada, además, no servía mucho para la construcción de la nación. A quién le importaría saber si es que Vicuña Mackenna le llevaba el desayuno a la cama a su mujer o si es que Lastarria tenía queridas. La cosa estaba precisamente en *no saber* esas nimiedades, no fuera a ser que nuestro personaje se nos cayera del Olimpo.

Sin embargo, sí se dedican más páginas al carácter del individuo, a su patriotismo, a su buen corazón puesto al servicio de la nación. Esta parte privada del hombre, su carácter, sus valores, pasan a transformarse en bien público porque conforman no sólo el espíritu del sujeto en cuestión, sino también el espíritu de la República liberal. Si bien son una característica individual, al contextualizar al individuo dentro de la nación, esa parte de la individualidad se transforma en el corazón del país y se hace parte de la subjetividad pública de los individuos. He ahí la importancia del énfasis en el carácter voluntarioso, en el patriotismo, en la constancia, en la entrega a la nación de tales o cuáles individuos.

LA NARRACIÓN DE LA INDIVIDUALIDAD LIBERAL

Todos tenemos distintas historias sobre nuestro *ser*, sobre lo que somos o sobre lo que creemos que somos, que nos contamos a nosotros mismos y que contamos a los demás y siempre hay alguna historia —la que más nos acomode, la que más nos sirva— que es la que prevalece. El resto ve en nosotros también diversas facetas, diferentes historias y escoge de nosotros la historia que más le

convenga. En la República liberal, la historia conveniente, la necesaria, era la del carácter, del patriotismo, de los logros, de los escritos, de los haceres. Las biografías *debían* resaltar las páginas escritas gracias a qué carácter, a qué valentía, a tales valores, al enorme patriotismo, y debían narrar no sólo qué se había escrito, sino *cómo* se había escrito: con qué tipo de lenguaje, con cuánta elocuencia, con cuáles giros, con tales énfasis, con qué metáforas, con cuánto entusiasmo, con qué dedicación, con cuánta exactitud y ciencia, con cuánta pasión, con cuánto colorido, con cuánta extensión. Debían resaltarse además las cosas hechas: qué se escribió, desde qué perspectiva (novelas, artículos, historia, leyes, leyendas, etc.) y con cuánto entusiasmo, patriotismo, perseverancia; qué se hizo en el gobierno (ministerios, intendencias, etc.); qué se hizo para el progreso ilimitado del país (clases en la Universidad, puentes, caminos, kilómetros de la línea del tren; pequeñas revoluciones en el Congreso, en la prensa, en la plaza pública, etc.).

La valía del individuo finalmente se veía reflejada en lo que esa posteridad conformada por los *otros*, los sobrevivientes, los que vendrán y los que ya estaban viniendo, tenía que decir. Y es que, para darle sentido a nuestras vidas y a las vidas de los otros, la experiencia debe ser historiada y esa historificación es la que determina el significado y el valor de las experiencias acumuladas (cf. White y Epton 9s). Así, escritores y lectores juzgarían, aprenderían e imitarían las buenas acciones de los demás y su carácter y dejarían, a su vez, historias narradas para la posteridad siguiente, en una recursividad infinita.

LA NARRACIÓN DE LA REPÚBLICA LIBERAL

La necesidad de contar la nación y la individualidad obedece también a la urgencia de comprender los acontecimientos. La conquista de América no había sido un proceso sencillo, ni tampoco había sido fácil la Independencia. Si bien es cierto que en Chile hubo una cierta bonanza en el proceso independentista si lo comparamos con la seguidilla de revoluciones y de caudillos y guerras en el resto

de América, Chile tuvo otras dificultades: el clima era menos benigno, los indios eran más violentos y la distancia entre Chile y el mundo era infinitamente más difícil de sortear. Construir futuro y civilización en tal aislamiento y con tanto indio —pensaban los criollos— incendiándolo todo era una hazaña a ojos vista que requería, para su validación, una épica acorde que explicara y desenredara los sucesos.

Toda narración, cabe destacar, dista enormidades de ser inocente (cf. Bruner 5s). Siempre se busca enfatizar algo, explicar un hecho, convencer. En una historia cualquiera, el narrador da por hecho ciertas cosas y espera que el lector también las dé por hecho, ése es el principal acto de convencimiento, lo que no se dice, pero que se da por supuesto.

En el caso de la narración liberal, se da por sentado que el liberalismo es *el* camino y que no hay otro. Al lector no se le está presentando la causa liberal como una de las *posibles* opciones dentro de un abanico de estructuras para la nación, se le está presentado como *la única* forma de progreso y se le está instando a unirse a la empresa como si fuera la única empresa importante de todo el mundo.

El liberalismo, en la narración incesante, se transforma no sólo en la norma, sino que en lo *normal*. No nos olvidemos que, en la época, lo publicado *era* la verdad. Sin televisión ni Internet ni teléfono para corroborar o, por último, para conseguir otras opiniones, lo publicado por el entramado liberal, la historia contada por ese entramado, es la verdad absoluta y es lo normal, aquello a lo cual todos deben plegarse, so pena de salirse del canon, con el consiguiente castigo social que eso conlleva.

El advenimiento del liberalismo no solamente conformó la estructura narrativa de la nación, sino que también funcionó como marco de las subjetividades liberales, como ya hemos visto, tanto de los individuos como de la nación. El espíritu de los individuos y el de la nación —en la elite liberal— se definen según las exigencias del entramado liberal. Tal es el poder de la narración de los intelectuales ilustrados en el siglo XIX. Así las cosas, la vida se vive de

esta manera liberal en la elite ilustrada: la educación es liberal, lo que se escoge ser y hacer se ve influido por las narraciones que se acumulan en los estantes, que se multiplican en la prensa; lo que se anhela se alinea con el Estado, y lo que se está dispuesto a hacer está guiado por historias que no tienen, como hemos dicho, nada de inocentes.

La narración, además, *fija* la historia, las interpretaciones, la representación de la realidad. Lo escrito no sólo le confiere a lo narrado veracidad, sino que lo sostiene en el tiempo, le da futuro, si se quiere. La historia puede haber sido de tales o cuales maneras, pero lo que queda es lo que se cuenta de ella, no lo que realmente sucedió. Los héroes del momento trascienden sólo en la medida en que se escribe sobre ellos. La gallardía del ejército, el arrojo de los generales, la visión de los políticos del pasado (hasta del pasado sumamente cercano) existen en la medida en que son narrados, escriturados para la posteridad. Y los liberales creen, finalmente, que la visión que en el futuro se tendrá del pasado será liberal, porque el liberalismo es el único medio para llegar al futuro. Puede incluso que la realidad no haya sido liberal (de hecho, en muchos sentidos, no lo era: pocos sabían leer y entre los que leían, muchos no concordaban con estas ideas), pero lo que quedará será lo narrado, no lo que verdaderamente sucedió y, dado que el liberalismo prevalecerá, la posteridad, esos otros enjuiciadores, será, a fin de cuentas, liberal.

La forma en que se narra también afecta enormemente el cómo se percibe la realidad narrada. Pensemos que las narraciones, a fines del siglo XIX, tienen la influencia del positivismo, del enciclopedismo y del avance de la ciencia. El método científico, en el Chile finisecular, se va apoderando poco a poco de las humanidades (no es, para nada, una época imbuida de ciencia, como lo fue después el siglo XX, pero sí es un período en que la ciencia va multiplicando sus lazos). Así como es necesario tener un método de estudio de un animal determinado y es necesario diseccionarlo y describirlo acuciosamente, así también se hace con la gramática, la oratoria, la redacción y la narración. Ahora es preciso tener un plan, un orden, seguir las normas de la elocuencia, de la gramática (para

eso se han escrito cientos de tratados sobre el tema), del buen gusto (normas ésas siempre tan volátiles, pero reales), de la armonía y tener documentos que sostengan lo escrito. Nada fácil el asunto de escribir. Y, sin embargo, esta incipiente cientificación del proceso le concede a lo escrito un nuevo peso de realidad. Al valor de verdad de lo escrito y publicado se le suma el valor agregado de la estrictez de un cierto método científico, con su valor absoluto de verdad corroborada. Imposible arrancarse del mundo de progreso ilimitado y tan *comprobadamente verdadero* que ofrece el liberalismo (aunque —sepamos ahora— el avance de la ciencia haya alcanzado dimensiones infinitamente superiores después).

LA CIENCIA DE LA NARRACIÓN

El comienzo de la cientificación de la escritura —los análisis de Bello de la gramática, las definiciones de la elocuencia, las leyes de redacción, etc.—, en completa sintonía con el positivismo decimonónico reinante, tiene por objeto controlar y sanitizar los efectos de la escritura, de las distintas narraciones (cf. Bruner 11). La construcción de la nación era un asunto muy serio y no podía quedar nada al azar. Si la construcción era sobre la base de la escritura, entonces había que controlar al dedillo el cómo se escribía. No sorprende pues que la educación girara en torno a la elocuencia, la gramática y la oratoria. Controlar la escritura, además, dándole reglas, parámetros, le agregaba aún más veracidad a lo escrito. De este modo, junto con los análisis gramaticales, la crítica literaria toma vital importancia, ya que definirá tanto el buen gusto, como el uso correcto de las leyes de redacción y de la planificación de los textos.

Esta convencionalización de la narración exige también que el esquema de la comunicación sea definido: quién escribe y para quién(es). El proceso narrativo en sí mismo le otorga al escritor el estatus de intelectual. El contenido de su escritura (los libros citados, los temas analizados, los datos que nombra, cómo los usa, qué comprueba con ellos) le validan el título de intelectual. Este intelectual,

además, escribe desde el Chile decimonónico, mirando lánguidamente a una Europa bullente, que se ve como el centro del universo, como una cultura que ha resuelto ya sus problemas, que ha alcanzado lo que en América todavía no se logra. Este Chile, en todo caso, es un buen lugar para escribir porque, aunque figura en la periferia de lo que se ha decidido que es el centro de la cultura, es un país lleno de posibilidades, con una democracia que se vislumbra sólida, con problemas a medio camino de solucionarse —o eso pensaban al menos en ese entonces—, con gente que busca educarse y erradicar la barbarie con seriedad, esfuerzo y convicción liberal. De este modo, para quién se escribe es también una suerte de aliciente: se escribe para gente que efectivamente *quiere* leer lo escrito. En este país pequeño, se escribe para gente determinada: para los alumnos del Instituto Nacional, para los estudiantes de la Universidad de Chile, para la elite intelectual liberal, para los diarios tales y cuales, para los amigos que serán los primeros en leer lo que sea, para el resto de los intelectuales —todos conocidos o a punto de ser conocidos— que darán o no su aprobación, que le conferirán o no al intelectual la elevación al parnaso nacional. Se escribe, por si acaso, además, para Europa, por si les diera por saber español o por traducir. Se escribe para Europa también, en el fondo, porque es la escritura, a fin de cuentas, la que resalta la existencia de Chile en el extranjero. Y se escribe asimismo, por supuesto, para aquella posteridad esquiva, pero primordial.

Este conocimiento de los receptores de la narración ayuda de sobremanera en la planificación del texto. La claridad de saber desde dónde se escribe y para quiénes es impagable y será clave en el caso de Bañados. *Ensayos i bosquejos* (1884), *La batalla de Rancagua* (1884), *Gobierno parlamentario i sistema representativo* (1888) y *Letras i políticas* (1888) son escritos desde Chile, mirando hacia el exterior y buscando la gloria. *Ensayos i bosquejos* y *Letras i política* son escritos para los intelectuales del país y para los jóvenes ilustrados, para aquellos que aspiran a seguir el camino de las letras y de la construcción de la nación; así como también son específicamente para los jóvenes de la Universidad *La batalla de Rancagua* y *Gobierno parlamentario y sistema representativo*. Balmaceda, su

gobierno y la revolución de 1891 (1894) y *Cartas del destierro*, escritas entre 1891 y 1894, son, en cambio, escritos desde Francia y son una permanente justificación, entre otras cosas. Son escritos, el primero, para el país, y, el segundo, para Ester Valderrama, esposa de Bañados, y para la posteridad. Hablaremos de esto en profundidad en los siguientes capítulos.

Finalmente, la narración “conventionalizes the common forms of human mishap into genres—comedy, tragedy, romance, irony, or whatever format may lessen the sting of our fortuity. Stories reassert a kind of conventional wisdom about what can be expected, even (or specially) what can be expected to go wrong and what might be done to restore or cope with the situation” (Burner 31). La narración, entonces, busca ordenar el presente, civilizar, explicar, e intenta conformar un futuro *conocido*, que siga los pasos de lo ya alcanzado. Busca, la narración, también preparar para las eventualidades, busca enseñar con lo ya vivido por generaciones anteriores, busca evitar los errores del pasado con un análisis profundo de las circunstancias, los hechos y los personajes. Es, esta narración incesante, un espejo mágico que muestra el pasado, refleja el presente y proyecta el futuro.

Veamos ahora cómo esta narración del yo y de la nación se da en Julio Bañados y cómo esa narración se torna en un hacer.

EL ORDEN COMO CONCEPCIÓN ESTÉTICA Y SU RELACIÓN CON LA INDIVIDUALIDAD

El orden, como concepto político y de progreso, llegó a los parajes del Estado de Chile de la mano de Diego Portales. Haciendo una lectura profunda de la Colonia y de los tiempos que corrían, Portales ideó una forma para mantener a Chile lejos de los caudillismos que asolaban América Latina: con un poder político que se basara en la ley y en el orden, que fuera impersonal y que fuera realmente acatado siempre por todos los estamentos sociales, el llamado “peso de la noche”. Portales mismo define su concepto de gobierno de la siguiente manera:

La Democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República. La Monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra y ¿qué ganamos? La República es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un Gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el Gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos (Portales, I, 177).¹³

En este sentido, Portales busca, con su orden y sus leyes, construir los fundamentos de la nación. Según él, no hay manera de avanzar si es que no hay un orden férreo establecido en la estructura (las leyes) que genere orden en la vida cotidiana de las personas.

EL CONCEPTO DE *ORDEN* EN ANDRÉS BELLO

Andrés Bello, colaborador de Portales en la redacción de las leyes que darían estructura a Chile, en un principio y antes de meterse de lleno en la conformación de la nación chilena, era partidario de mantener el orden proveniente de España, en especial luego de ver las violentas consecuencias de la Revolución Francesa. Andrés Bello tenía fuertes lazos con la Colonia y la Corona española y, como sistema de orden, le parecían correctos. En la medida en que el imperio fue colapsando, Bello tuvo que hacerse de un nuevo orden a la fuerza, no por deseo revolucionario propio. Finalmente, con el correr del tiempo, hubo de rendirse a la evidencia de que, para poder avanzar, era necesario un orden que consistiera en fortalecer primero las instituciones nacionales, lejos del sistema monárquico español:

Mientras que algunos miembros de su generación se sintieron muy atraídos por Rousseau y los filósofos de la Ilustración, Bello se

¹³ Portales a Cea, en marzo de 1822.

mantuvo fiel a su educación clásica y religiosa. Lamentó el colapso del imperio español, intentó retornar a él en un momento crítico, pero al final se entregó de lleno a la causa de la Independencia. Pero para él la independencia no significaba un quiebre total con el pasado o la posibilidad de un nuevo orden revolucionario, sino que una transición hacia el reestablecimiento del orden legítimo (Jaksic 23s).

El orden legítimo pasaba por establecer instituciones legítimas que recibieran su legitimidad gracias a leyes escritas oficiales. La escritura, entonces, es la clave del nuevo orden en la cosmogonía de Bello.

La filosofía del orden de Bello queda claramente establecida en el estudio que hace de la lengua y, con esto, la ligación de la nación a la lengua y a la escritura es ineludible. Andrés Bello toma el producto del hombre: el habla, y lo ordena, porque entonces así ordenará el pensamiento y la nación. Al ordenarse el habla, podrá ordenarse el hacer del hombre. La precisión del lenguaje lo sorprende y ese orden que encuentra, un orden natural, lógico y estructurado, es lo que busca para la nación. En su prólogo al *Análisis*, Bello dice: “en las sutiles y fugitivas analogías de que depende la elección de las formas verbales se encuentra un encadenamiento maravilloso de relaciones metafísicas, eslabonadas con un orden y una precisión que sorprenden cuando se considera que se deben enteramente al uso popular, verdadero y único artífice de las lenguas” (Bello, V, 6).

La caída del imperio romano que Bello había estudiado en su juventud se parecía de sobremanera al colapso de la Corona española. La división de las lenguas que ocurrió durante la Edad Media hacía pensar que en Latinoamérica podría pasar algo similar. Desde esta perspectiva, el estudio filológico de Bello es un intento no sólo de ordenar el caos reinante, sino de construir identidades que fueran más allá del vínculo a ojos vista con España. La lengua podía construir nuevas identidades culturales y podía develar otras, ocultas al ojo poco aguzado, y esto era sumamente importante para la nueva nación.

El estudio filológico, en Bello, no se fundamenta en un amor puro a la lingüística, tiene, en realidad, una base netamente política. Hace una conexión interesantísima entre lenguaje, sociedad y política:

Bello tenía la esperanza de que, tal como la lengua castellana había surgido de su matriz latina [luego de la caída del imperio romano], manteniendo viejas tradiciones e incorporando otras nuevas (como la rima sonante en la poesía épica), Hispanoamérica [luego del colapso de la Colonia española] fortalecería un nuevo orden político mediante la preservación de la lengua castellana, para así evitar la multiplicidad de dialectos que conduciría a la incompreensión entre los pueblos y conllevaría su división. Una manera concreta en que la unidad lingüística ayudaría a la consolidación de la nación era el acceso que ella permitiría a las mejores tradiciones legales (Jaksic 83s).

Bello se centra en la unidad lingüística y, en especial, en los fenómenos de innovación dentro de la tradición para poder extrapolar las estructuras de orden de la lengua, a la nación. Éste es su modo de poner en práctica el liberalismo.

Dentro del espectro liberal, hubo distintas gradaciones en cuanto a la velocidad y a la profundidad del cambio que se quería establecer. Bello adscribía al paso lento y, ojalá, seguro, que evadía demandas radicales, pero que acogía el cambio paulatino. Bello se consideraba a sí mismo un defensor del *orden* por sobre todas las cosas y, desde esta perspectiva, las ideas radicales no ordenaban, sino que sembraban el caos. Por esta postura ponderada, sufrió muchas veces por el hecho de tener que subordinarse a gobiernos que no necesariamente eran tan equilibrados.

En este marco que Bello mismo se impuso, su función en el proceso de la construcción de la nación consistía en “estructurar la nacionalidad independiente sobre la base del cultivo y adaptación del castellano a las nuevas realidades políticas, y en cercano contacto, además, con la promoción del imperio de la ley” (Jaksic 84). En este sentido, el trabajo de Bello estaba en la biblioteca y en la lengua escrita. Con esta pauta, la lengua escrita, como ya hemos visto anteriormente, se transformó en el instrumento principal de ordenamiento, estructuración y definición de la nación y fue el camino que siguieron los demás intelectuales chilenos.

JULIO BAÑADOS Y EL CAMINO DEL ORDEN Y DEL PROGRESO

Julio Bañados fue el heredero de Portales y de Bello, en el aspecto del orden. Sus escritos pre Revolución buscan, incesantemente, ordenar el entorno para generar una nación también ordenada. Con la Revolución, el orden se transforma en el tema principal de su literatura. En *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891* (1894), Bañados explica la Revolución como el quiebre del orden en el país:

De aquí por qué en el plan de conducta, en los actos políticos y en las Constituciones de los Padres de la Patria se encuentra con caracteres elocuentes y como programa invariable: el amor al orden, el amor á la honradez administrativa, el amor al trabajo y el amor á Gobiernos poderosamente organizados sobre un principio de autoridad respetado y respetable (xiv).¹⁴

He insiste más adelante:

Es curioso observar, como demostración de los antecedentes sociológicos del pueblo chileno, que todos y cada uno de los gobernantes que se sucedieron después de la batalla de Maipo en 1818, exponían como programa de su administración, ó como razón de ser de su dictadura, ó como causa de sus resistencias á las reformas, la conservación del orden público y el respeto a principio de autoridad. En estos motivos fundó O'Higgins su dictadura y los obstáculos que opuso á la incorporación en las Cartas Fundamentales de 1818 y de 1822 de cambios más ó menos radicales en el orden político y administrativo (BGR xv).

Con el paso del tiempo, el paralelismo lengua-política instaurado por Bello, para ejercer el orden, se convirtió en literatura-política. Dadas las necesidades de transmisión de información que el liberalismo tenía en la segunda mitad del siglo XIX, y dado que ya estaban sentadas las bases gramaticales, el énfasis fue puesto en la oratoria y la redacción, y en el contenido, porque la gramática ya contaba con un marco teórico adecuado a la América Latina emergente. De hecho,

¹⁴ En *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*. En adelante BGR.

Bañados se oponía a la enseñanza del latín en las aulas, como si el tema lengua-política ya hubiese sido superado. En *Ensayos i Bosquejos*, Bañados cita a Domingo Arteaga Alemparte en su defensa del latín:

no solo [tiene] utilidad literaria, porque forma el gusto i da el secreto de la concision del estilo, sino que también tiene aplicaciones en el estudio de la retórica i de la poética; [...] el abogado lo necesita siempre, el sacerdote, el que se dedica a la botánica i a las ciencias físicas, el médico i, en jeneral, [...] debe aceptarse como base de los conocimientos humanos, porque su estudio es una gimnástica intelectual que fortifica el criterio (EiB 82).

Bañados, sin embargo, da cuenta del amplio rechazo que tiene el estudio del latín en la juventud, por ser una pérdida de tiempo, y denota su propia oposición:

Nosotros somos de aquellos que creemos que el estudio del latin es inútil para los hombres de hoy dia que tienen que estar en contínua comunidad de intereses con las naciones del viejo mundo. El viajero, el comerciante i todo pais donde la inmigracion i emigracion es creciente i numerosa, necesita idiomas vivos, nó idiomas fósiles. Aquello de la gimnástica intelectual es una bella patraña.

La intelijencia puede jugar a la gimnástica tanto con el latin como con las ciencias esperimentales, las matemáticas, los estudios de observación o la filosofía. Estos conocimientos, a la vez que dejan utilidad práctica, adiestran la intelijencia, dirijen el criterio, enfrenan la ima[gina]cion, pulen el juicio i transforman el carácter del individuo (EiB 84).

En política sucede algo similar, se supera el marco de la escritura: ya está el marco legal escrito en perfecto español latinoamericano y ahora es tiempo de *hacer*, pues las instituciones ya se han establecido, han sido legitimizadas por las leyes escritas y ahora hay que crear la nación con la pluma y con el hacer. Es el tiempo de darle *uso* a las estructuras. El *uso*, en este sentido, conlleva el *hacer propio* tanto en la lengua como en la nación.

Hecha esta breve introducción respecto del orden en los predecesores de Bañados, veamos ahora cómo Bañados nos presenta su estética del orden.

LA ESTÉTICA DEL ORDEN EN JULIO BAÑADOS

En su artículo “La instrucción pública en Chile” de 1885 (en LiP de 1888), nuestro autor, defendiendo la importancia de la educación pública y gratuita en el país, especifica la importancia de las artes, las letras y las ciencias en la constitución del individuo:

Las ciencias, las artes y las letras tienen la magia de despertar en el hombre ideas y sentimientos del todo desconocidos para el que vive entre las sombras de la ignorancia.

Las ciencias fortifican el criterio, dirijen el pensamiento por senderos limpios de los espejismos de ideales exagerados, concentran en la mente un fondo de sentido práctico que es guía seguro en las luchas y contingencias de la vida y habitúan la naturaleza entera a contemplar y juzgar las acciones y acontecimientos con la serena elevación del filósofo y la austera imparcialidad del pensador.

Las artes, a su vez, suavizan las pasiones y hormiguean en el corazón humano; bordan de flores las concepciones de la mente; dan cuerpo a los mil ideales que encierra rica fantasía; recojen en formas admirables las emociones y esperanzas de un hombre que sueña, que sufre o que delira y rompen las espinas que cubren el camino de la existencia, dando al alma dulce solaz, morales entretenimientos y agradable reposo.

Las letras, por su parte, abren a la inteligencia horizontes inmensos; dan calor y movimiento a las peregrinas ideas que adormecidas viven en el cerebro de grandes ingenios, elevan el espíritu a mundos desconocidos; y estimulan el deseo de poseer ese algo que se siente y se aspira, pero que no se sabe definir, cuando la inspiración abre sus alas poderosas en el corazón del artista” (LiP 145s).

La estética, como podemos ver, está íntimamente ligada a la modelación del espíritu y de la subjetividad. Aquello que las artes y las letras modelan en la realidad, se refleja en el espíritu del individuo. El hermooseamiento del entorno —ya sea a través de las artes visuales, ya sea a través de la música, ya sea a través de la literatura—, va de la mano con el embellecimiento del espíritu. Y, puesto que el espíritu individual es colectivizado en el de la República, el arte no

sólo suaviza las pasiones de los individuos, sino que de toda la nación, trayendo civilización donde no la haya.

La imaginación tiene mucho que ver en este proceso estético del orden, como es de suponerse. Tan importante es la imaginación, que es la que hace al buen poeta. Así nos lo dice Bañados en la crítica a los poemas de J.A. Soffia:

Entre las facultades principales que debe tener un buen poeta, figuran en primera línea, el ingenio y la imaginación. El ingenio concibe, la imaginación borda las concepciones; el ingenio da luz a una idea grande pero desnuda, la imaginación la viste con púrpura; el ingenio bosqueja, la imaginación retoca i distribuye el colorido i variados tintes. En el ejercicio de estas dos cualidades excepcionales es donde se distinguen los verdaderos hijos de las Musas de los copleros de aldea (EiB 268s).

Como podemos ver, la imaginación no puede ir sola. La loca de la casa tiene que estar siempre junto al ingenio porque el arte debe ser ordenado, no puede ser un vaivén de ideas sin distribución alguna. Un arte desordenado no podría cumplir con su objetivo civilizador. La civilización, para Bañados, está en la belleza y la belleza se logra en el orden.

Las letras, dentro de esta concepción estética, son la llave para llegar hasta los últimos confines del universo del conocimiento. Dado que las grandes ideas están plasmadas en papel, han sido colectivizadas. En esta colectivización, las ideas fluyen y generan nuevas ideas que, a su vez, serán plasmadas en papel y entonces el conocimiento comienza a expandirse y empieza a ser definido y democratizado. La enciclopedia, en este contexto, no es sólo un proyecto científico, es, también, un acto estético. El orden emanado del acto de enciclopedizar es una obra de arte en sí mismo. Y el orden, finalmente, es el acto civilizador y es, también, la civilización misma. En el orden, las cosas y las personas existen y cobran valor, se civilizan, se hacen útiles para el progreso, se hacen válidas como cultura, como sociedad, como economía, como historia, como pasado, presente y futuro.

Bañados cita el siguiente discurso de Arteaga Alemparte, a propósito de la inauguración del diario *La Semana*:

¡El arte i la ciencia! Es decir, el sentimiento, por una parte, que despierta a la imaginación guiada i enfrenada por la razón austera; i ésta, por otra, lanzada por ese mismo sentimiento i armada del raciocinio; el uno que busca sin tregua la expresión de la belleza; la otra que desancha sin descanso el campo de la verdad; en una palabra, las flores i los frutos de la inteligencia humana (EiB 26).

La imaginación sola no sirve porque no está ordenada. Es la razón la que logra sacar de la imaginación y de la belleza la *verdad*. Esta verdad en la belleza ordenada es la que civiliza. Luchar contra la incivilización es, a la postre, un acto estético.

A esta descripción sobre las artes, las ciencias y las letras hay que agregarle el engarce con la política. Las letras —las biografías, las leyendas históricas, el periodismo, la historiografía— clasificaban, durante gran parte del siglo XIX, dentro del rubro de la política, es más, eran el medio para hacer política y nación, no había otro. Así se explica, a su vez, la urgencia de la científicación de la escritura: la política debía ser científica, no podía ser al azar, sin rigurosidad, sin estar sujeta a las poderosas y verificadoras redes de la ciencia que se abría paso velozmente en el mundo. La construcción de la nación debía tener detrás el sustento de la ciencia (por incipiente que fuera el método científico en aquel entonces, por poco que se supiera de la ciencia en sí misma), dada la importancia de la política misma como medio para modernizar y conformar la subjetividad de la República.

Notemos que el primer libro que publica Bañados tiene por título *Ensayos i bosquejos* (1884). Es el recuento de su primera aproximación a las letras y a la arena pública. Podemos entender *ensayos*, por supuesto, como el tipo de artículo que está escribiendo, un ensayo, pero es también un *ensayo* de su propio ser, un bosquejo de lo que quiere ser y será, un pequeño experimento sobre los alcances de sus ideas, sobre la potencia de su escritura, sobre la recepción de su persona en el mundo real. Este libro contiene leyendas, biografías y crítica literaria. Se aventura un poco en la historia y otro poco en las leyes; pero, finalmente, el libro es eminentemente literario y está escrito con un trazo más bien tímido. Las

oraciones y los párrafos son más cortos, las ideas son lanzadas, si bien con firmeza y determinación, en frases cortas y concretas. Falta, si se quiere, una elaboración no por falta de profundidad en el pensamiento, sino porque no se conoce bien todavía el alcance de las propias palabras.

Cuatro años después, en 1888, vendrá *Letras i política*. En este libro, en cambio, nuestro autor incluye ya discursos políticos dados en el Congreso. Aquí Bañados ya es un político y escribe como tal. Sus párrafos y oraciones son más largos y más largos son también sus artículos. Se detiene más en cada idea, abunda más en detalles, en explicaciones, en citas. Si bien Bañados incluye textos literarios, crítica literaria e historia, hay también textos de derecho, economía y política que tienen directa relación con la contingencia del país y que reflejan mucho mejor el hilo conductor de su pensamiento como intelectual. En cuatro años, Bañados ha dejado de ser un proyecto, ahora simplemente es el intelectual que Chile necesita. Ha comenzado el ejercicio de su estética del orden y la está poniendo al servicio del país.

En Bañados, a diferencia de Sarmiento que, para civilizar, quería *erradicar* la barbarie (matándola en la persona de los indios, si fuera necesario; repoblando con una *mejor* raza), la civilización viene de la mano del *orden*, no de la erradicación. Y el acto de ordenar es un acto estético, como ya hemos dicho. Con el arte, la ciencia y las letras se ordenan las pasiones, se adornan los pensamientos y se plasman de manera bella y clara para universalizar el conocimiento, para crear juntos un espíritu de la República y para civilizar. El orden, a fin de cuentas, “es símbolo de paz” (LiP 147).

Bañados lleva el acto estético de ordenar al *hacer* cuando se transforma en hombre de Estado. Vemos, por ejemplo, cómo en “La Araucanía, su presente i su porvenir” (escrito en 1886 —publicado en la prensa justo antes de que se crearan las provincias de Malleco y Cautín—, y vuelto a publicar como artículo en *Letras i política*, en 1888), nuestro autor hace uso del orden para dar solución al inmenso problema indígena. No busca, Bañados, terminar con la raza india, quiere, más bien, ordenar su situación. Quiere leyes que amparen a los indios, que los

motiven, quiere justicia verdadera para ellos, quiere hacerlos hombres civilizados iguales a cualquier otro hombre civilizado en cualquier otro rincón del planeta.

Con este orden que propone Bañados para la Araucanía, la civilización le llega al araucano desde el Estado, cuando el Estado impone su autoridad; así al indio se le hace ciudadano de la nación: “Al indio que roba se le castiga, al que mata se le fusila, al que trabaja se le ampara, al que se subleva se le presenta batalla, al que pide tierras se le da en proporción de sus necesidades y de sus medios de cultivo y de explotación” (179). Y luego nuestro autor explica en detalle cómo es que se ha distribuido la propiedad privada entre los indígenas y sus territorios. Bañados sugiere que, para que este proceso de privatización sea realmente efectivo y para que el destino de progreso de los indios quede realmente en sus propias manos, se les debe dar a sus títulos de posesión la misma seriedad que a los de cualquier otro ciudadano de la República:

Esta estabilidad en el dominio indígena es, a nuestro juicio, la base más firme de pacificación y de progreso; porque despierta vivamente en el alma del poseedor el sentimiento de propiedad, piedra angular de una sociedad culta, punto de arranque de la civilización y la condición fundamental de existencia en el hombre que pertenece a un país organizado (180).

Si bien es cierto que nuestro autor quiere asegurarles a los araucanos los mismos derechos que a cualquier otro ciudadano (con lo que se distancia enormemente del pensamiento de Sarmiento), efectivamente no está tomando en consideración las diferencias culturales, sociales y de relación con el entorno.

El recurso de patriotizar y liberalizar a los araucanos fue usado ampliamente en el discurso liberal finisecular chileno y fue muy recurrente también en Bañados. Si bien es cierto que hay una intención de definir al individuo liberal y de darle universalidad —son liberales los criollos, los chilenos, los franceses, los orientales, los araucanos, los ingleses, etc.—, la *ciudadanización* del araucano tiene la intención, además, de construir la pacificación de la Araucanía al transformar, al menos en la literatura, a ese *otro araucano* en un *nosotros*. Sin embargo, la realidad era muy otra. La construcción de personajes araucanos

patriotas y liberales, aunque reconoce la gallardía del pueblo mapuche y eleva a los indios a ciudadanos de su propia nación, despoja al pueblo de su propia cultura que, por supuesto, era completamente distinta a la cultura homogeneizada que quería implantar el liberalismo. Este rechazo de las culturas ajenas que propaga el liberalismo —propulsado, no nos olvidemos, por una elite gobernadora excluyente— y el afán de instaurar la propiedad privada y el lucro a como diera lugar —pues ellos representaban el progreso—, condenó al pueblo araucano a la miseria: fue víctima de la usurpación de sus tierras y fue reducido a espacios pequeños y a terrenos poco productivos. Bañados, a fin de cuentas, era hijo de su tiempo y, aunque les confiere a los mapuches alma, derechos y ciudadanía, cree demasiado en su propio sistema como para ver que sus imposiciones y su orden arrasan con una cultura distinta también válida.

*

Finalmente, podemos ver cómo, a diferencia de corrientes como la de Sarmiento, mucho más extremas y alienantes, Bañados cree en la inclusión de los diversos elementos nacionales. Postula que a través de las artes, las ciencias y las letras —por medio del orden estético— el progreso puede y debe llegarles a todos por igual. Es deber del Estado lograr esta homogeneización. El Estado pasa a ser un agente estético, en cuyo poder ordenador descansa el futuro de la nación. El hombre lee, escribe, genera un arte que es tanto su propio espíritu como el espíritu de la nación completa. Cuando este hombre, que se ha entrenado en artes, ciencias y letras, hace su ingreso al Estado, el ejercicio estético entrenado además en política, historia, y leyes, se convierte en un *hacer*, en un ejercicio monumental de orden y embellecimiento nacional que traerá progreso y felicidad a todos los rincones de la República y a todos por igual, sin importar el clima, el origen, la raza ni la condición.

LEYENDAS, FICCIÓN E HISTORIA

La construcción de la identidad es un arte narrativo y, comúnmente, “narrative acts of self-making are usually guided by unspoken, implicit cultural models of what selfhood should be, might be—and, of course, shouldn’t be” (Bruner 65). Tomando esto en consideración, vemos que Julio Bañados narra, con su primera literatura (la de los libros *Ensayos i bosquejos* de 1884 y de *Letras i política* de 1888) su individualidad como historiador, crítico literario, periodista, abogado, profesor, cientista político, economista, escritor de ficción, biografista y publicista,¹⁵ según los parámetros del mundo liberal imperante entre los intelectuales chilenos.

La narración de la vida de otros es, en sí misma, un acto público —porque es una narración para los demás, visible, que construye el aspecto público de la nación— que busca construir la nación y es, a la vez, un acto privado —construye también la identidad propia del autor, en relación con la nación y en relación con sí mismo— en el que se va narrando la propia subjetividad, puesto que lo que se narra y cómo se narra delata, finalmente, las aspiraciones y la personalidad del narrador. Así las cosas, el yo narrador es siempre un personaje dentro de la propia autohistoria, puesto que le es imposible narrarse a sí mismo en toda la *verdad* real y con objetividad, y es, en el caso de la República liberal, un personaje público de la historia común.

¹⁵ En la época, por *publicista* se entendía todo aquel ‘autor que escribe del derecho público, ó el muy versado en esta ciencia. // El autor de libros, de cualquier especie que sean’. Esta definición aparece en el *Diccionario General de la Lengua Castellana* de Z. Vélez de Aragón, de 1891, s.v. *publicista*, página 1797. En el *Diccionario de la Real Academia Española*, de 1914, se puntualiza que el *publicista* es también una ‘persona que escribe para el público, generalmente de varias materias’, s.v. *publicista*.

LAS LEYENDAS, EL ESPACIO NARRATIVO DE LA MUJER

Bañados se inicia en la vida pública liberal con la escritura de ficción. En 1875 publica su primera y única novela, de la cual no se sabe el título ni hay registro alguno (cf. Figueroa 184).¹⁶ Siguiendo con el impulso ficcional, sus primeros artículos fueron leyendas. Entre julio de 1877 y principios de 1878 (con 19 años aproximadamente), nuestro autor escribe cuatro leyendas históricas: “Sor Francisca Ramírez (narración histórica)”, “Tegualda (leyenda)” y “Chand-Bibi (leyenda)” publicadas en *Ensayos i bosquejos* (1884) y “Lucía de Miranda” publicada en *Letras i política* (1888). La primera es la historia de una monja que llegó a Chile durante el período de la Conquista y que fue raptada por los araucanos. Le tocó, a Sor Francisca, quedar a cargo de un cacique que se enamoró de ella y que, por amor, la cuidó y finalmente se fue con ella hacia la civilización y sirvió de jardinero, en el convento de la monja, hasta el último día de su vida. “Tegualda”, como ya hemos visto, es la historia de una mapuche que, por amor a su hombre y a su patria, se hace valiente y da la vida. “Chand-Bibi” es la historia de la reina más bella del Indostán, que muere, junto a su guerrero amado, luego de haber ambos servido a la patria. “Lucía de Miranda” es la historia de una mujer española que siguió a su marido a las Indias, más precisamente al Paraná. Ambos se profesaban un amor intenso, profundo y eterno. En el Paraná, el rey de los timbúes se enamora de ella y la quiere para sí con un amor arrollador. Con sus pasiones desatadas por completo, el rey Mangora ataca a los españoles y muere en el intento. Los indios de su bando, en venganza, toman prisionera a Lucía y se la llevan al hermano del rey, Siripo, quien también queda prendado de la hermosa española y decide hacerla suya. En el intertanto, Hurtado, marido de Lucía, se interna en el bosque para rescatarla. Es tomado prisionero y Siripo hace jurar a los esposos que nunca más se verán ni se amarán y ellos, por supuesto, no

¹⁶ Tanto en Figueroa como en la descendencia de nuestro autor se habla de que Julio Bañados partió su trabajo como escritor, publicando una novela. Sin embargo, no hay registros de ella en ninguna parte. Tampoco está en la Biblioteca Nacional.

pueden cumplir con su promesa. Siripo se entera y los asesina: a ella en la hoguera y a él lo asaeta amarrado a un árbol.

En estas cuatro narraciones, cada cual siguiendo el hilo de su propia argumentación, sobresalen los valores del amor a la patria, del sacrificio (incluso del martirio), de la valentía, de la libertad, todos valores promulgados por el entramado liberal. Ellas revelan también la compleja relación que en Chile mismo se tenía con los mapuches, como ya hemos visto.

Cabe resaltar que estas cuatro historias son protagonizadas por mujeres. Es interesante ver que Bañados utiliza la ficción para representar a las mujeres valerosas y la no ficción para representar a los hombres patriotas, como si no hubieran existido datos concretos de mujeres del momento o del pasado reciente valerosas y comprometidas con la causa. Estas leyendas tienen personajes masculinos que bien podrían haber intitulado las narraciones y aun así Bañados escoge, como personajes centrales de sus leyendas, a mujeres.

El heroísmo en la mujer es representado en estas leyendas como lejano, de épocas anteriores; son mujeres que pertenecen al ámbito de la leyenda, del mito, no de la realidad. Y, sin embargo, la inclusión de la mujer a través de la leyenda busca inspirar a las mujeres modernas decimonónicas a ser también liberales, a darse por entero, como esposas y madres, a la nación. Bañados busca llegar a las mujeres por medio de historias de amor apasionado, adecuando el folletín a los deseos del conglomerado liberal. No es así, por supuesto, como describe él la utilidad de las leyendas y, sin embargo, de todos modos traslucen esta intención. Para nuestro autor, las leyendas son un excelente ejercicio narrativo —de lo cual hablaremos más adelante en este mismo apartado— y nada dice de los lectores de dichas leyendas.

La mujer debe ser valiente y estar siempre al lado de su marido, ayudándolo para que se done por completo a la República. El hombre es patriota y de sentimientos puros y ama honradamente a su mujer, con profundidad y fuerza, ése es el pago que recibe la mujer a cambio de sus sacrificios. Así amaba Hurtado a Lucía de Miranda: “Su marido le correspondía con un amor que ni la

muerte ni el infortunio pueden jamas disminuir, con uno de aquellos amores misteriosos y profundos que arden en el espíritu, que viven con él y que duran toda una eternidad” (LiP 323). Y, a cambio, la mujer del hombre liberal es fuerte y fiel. Lucía, cuando el rey Mangora le ofrece tierras, joyas y corona, le dice: “—Retírate, contesta Lucía. No puedo amar a nadie. No quiero ser reina. Quiero solo ser esposa de Sebastian [Hurtado] y madre de César” (LiP 325). La mujer tiene clarísimo cuál es su lugar: no el de reina, no el de mujer rodeada de riquezas, sino el de esposa que apoya a su marido en la obra de civilización y el de madre abnegada de los nuevos sujetos de la República. Madre y esposa valiente, además, capaz de surcar océanos, de enfrentarse a salvajes, de librar batallas y de morir. Cuando Lucía ve a su marido atado y listo para el sacrificio “Se arroja en medio de la multitud [de indios], separa a los Timbues, corta las ligaduras que oprimen a Hurtado, lo abraza lleno [sic] de ternura y le dice: —¡Sígueme, sígueme!” (LiP 333) y lo salva, en esa oportunidad, de la muerte.

LAS LEYENDAS HISTÓRICAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN

En *Letras i política* (1888), nuestro autor publica un artículo titulado “Las leyendas históricas”, escrito en 1877, misma época en la que efectivamente escribió sus propias leyendas históricas. En este artículo no hace alusión alguna al tema de la mujer ni a la preponderancia del uso de la ficción para incluirlas en la nación. Sí, en cambio, explica la importancia de la escritura de leyendas históricas para la construcción de la República.

Bañados nos dice que la escritura de leyendas históricas, en realidad, no es un simple capricho, sino que es un movimiento literario compuesto principalmente por jóvenes que comienzan en el campo de la literatura y que le están tomando el pulso a la narración. Alega, nuestro autor, que estos esfuerzos de los jóvenes escritores de la nación tienen, muchas veces, poca acogida dentro de los medios literarios locales:

Como chilenos sufrimos al contemplar la paralización en que están algunos géneros literarios debido a los obstáculos que se ponen al escritor, a la frialdad con que se acoge un libro nuevo, al desprecio que se tiene por los que sacrifican la mitad de su existencia en bien del progreso intelectual de la patria, y en fin a la acritud de ciertos críticos que creen obtener gran triunfo, obligando a un principiante a quebrar una pluma que quizás con el estudio y la constancia habría honrado la literatura nacional (LiP 363).

Y abunda en su queja el novel escritor cuando dice:

Aquí hai cien Zóilos para un poeta o prosista; aquí el que posee la audacia de presentarse con un libro ante el tribunal de la opinión pública, puede repetir al mirar a sus jueces el dicho muy conocido: quiero buscar jueces y solo encuentro enemigos. Nunca se ve una mano cariñosa que guíe al joven y lo anime y lo fortalezca y lo ayude y le entusiasme; tiene que escalar una cordillera llena de peligros sin encontrar en la penosa travesía una cara amiga, un servidor, un compañero que se compadezca de él y le dé el brazo, cuando cansado y sin fuerzas desfallece y cae (LiP 363s).

Para nuestro autor, este movimiento literario es muy importante dentro de la literatura nacional y cree que su fuerza se debe a cuatro causas fundamentales: “1.^a *El carácter especial de nuestra historia, fortalecido por el amor patrio*; 2.^a *Las facilidades que hai para obtener temas*; 3.^a *El impulso dado por los escritores envejecidos en el cultivo de las letras*; 4.^a *La importancia de este género literario*”¹⁷ (LiP 364). Chile, dice Bañados, ha sido escenario de una de las guerras más largas y sangrientas de la historia universal: la guerra de Arauco, épica inagotable digna de ser cantada por los mejores poetas. De aquí se pueden sacar leyendas interminables, mucha tinta puede correr narrando la vida y la valentía de “un pueblo de bárbaros, los bárbaros más valientes del mundo; nuestro territorio, desde Atacama a Chiloé y desde la cordillera hasta el Océano, está regado con su sangre y con sus lágrimas” (LiP 365) y con sus proezas.

Según Bañados, la historia de Chile puede dividirse en tres: Descubrimiento y Conquista; Colonia; y Chile independiente. De allí las fuentes de inspiración son

¹⁷ Las itálicas son del autor.

ilimitadas. El amor al país, a este Chile lleno de sacrificios, de triunfos, de batallas, de esfuerzos, debe entusiasmar a los chilenos a lanzarse a las letras. Insiste nuestro autor: “nuestra historia tiene un carácter eminentemente poético, heróico, propio, tanto para los historiadores serios, como para los poetas, para los leyendistas como para los novelistas” (LiP 366). Es más, “Todo chileno que se interesa por los destinos, por el engrandecimiento y por el progreso de su país, debe emplear su inteligencia, su labor, su constancia a la formación de la historia nacional, para que las demás naciones puedan ver las bellezas del pasado, los adelantos del presente y las expectativas del porvenir. [...] El gran móvil que obliga a los chilenos a escribir leyendas, es el amor al país” (LiP 366). Así, por medio de la ficción, Bañados ha establecido su amor a la patria, ha hecho su ingreso a la arena pública nacional y ha empezado a definir su subjetividad.

LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA INFORMACIÓN

Lo que diferencia a los narradores decimonónicos de los cronistas de Indias, explica Bañados, es que, siendo la Colonia “el reino de las tinieblas” (LiP 365), no había *acceso a la información*. Detalle realmente trascendental. No había imprentas y se hacían grandes esfuerzos en la época —según nuestro autor— por mantener al pueblo ignorante, además “Los cronistas de la colonia no podían disponer sino de aquellas fuentes históricas que contribuían eficazmente a presentar al gobierno español grande, perfecto y sin mancha” (LiP 367). Los archivos del Consejo de Indias y las bóvedas de Sevilla escondían todos los tesoros del saber y, para acceder a ellos, había que sortear un sinnúmero de impedimentos que hacían del derecho a la información un imposible. Esta falta crucial de información arrebató a los hombres uno de sus derechos fundamentales, la libertad de *pensamiento* (cf. LiP 33). El siglo XIX es libre, argumenta nuestro autor, porque se recibe información desde diversos lugares del mundo y, gracias a esto, los escritores pueden darle a su escritura distintos rumbos y pueden llegar realmente lejos en sus discusiones.

Pasada la época de la Independencia, después de la segunda mitad del siglo XIX, varios intelectuales chilenos, entre ellos Gay, Vicuña Mackenna, Barros Arana, el Arzobispo de Santiago don Rafael Valentín Valdivieso, etc., hicieron copiar los documentos de Indias y los trajeron a Chile. Así, luego de mucho, cualquiera tiene acceso a la información referente a los territorios de Chile y a su historia. Con esta facilidad y con el amor a la patria como impulso, indefectiblemente deben surgir historiadores, leyendistas y escritores de todo orden que estén prestos a narrar la nación.

La liberalización de la información y su democratización (aunque sabemos que en Chile el porcentaje de analfabetos era sumamente elevado y que, en la realidad, un pequeño círculo tenía verdadero acceso a la cultura de todo tipo) es un paso importantísimo hacia la realización del sueño liberal. La libertad de prensa y de expresión tienen detrás la idea de que todos deben tener acceso a la información. La información, en el siglo XIX, toma la forma de *datos* científicos, *documentos* en el caso de los historiadores y escritores. Bañados, cuando escriba *Balmaceda, su gobierno y la Revolución de 1891* hará honor a esta libertad —en la medida de sus posibilidades—, documentando cada una de sus aseveraciones. Pero de esto hablaremos en los siguientes capítulos.

EL DIFÍCIL CAMINO DE LAS LEYENDAS

Continuemos ahora con el artículo sobre las leyendas históricas. En él, Bañados, como escritor joven, define aquello que un escritor de corta edad y poca experiencia necesita para ver sus talentos fructificar: “Así como un niño sin padres necesita tutor, un publicista que principia necesita también un mentor que haya recorrido varias veces el sendero que quiere atravesar”. El tutor es una necesidad vital porque “Cualquiera que dirija sus miradas al campo de las letras sentirá un desfallecimiento creciente al contemplar tantos precipicios, tantos despeñaderos, tantas ilusiones perdidas, tantas esperanzas evaporadas, tantos talentos muertos al nacer” (LiP 369). Nada fácil el camino de un escritor que quiere abrirse paso en

el país. Por eso, recalca Bañados, los jóvenes se deciden a ir por un camino seguro: el de la imitación. Grandes revolucionarios de la patria se han lanzado al género de las leyendas: Amunátegui, Sanfuentes, Lastarria, Vicuña Mackenna, Solar, Soffia y otros más. Así las cosas, el camino de leyendista es un sendero seguro que permite, piensa Bañados, ciertos resguardos de esos críticos despiadados que toman gusto en destruirlo todo a su paso, sin dejar pluma ni inspiración vivas.

En cuanto al apoyo de los escritores mayores, Bañados contaba con el de Benjamín Vicuña Mackenna, de quien era amigo y de quien había sido secretario. Ya dice de él en su artículo “D. Benjamín Vicuña Mackenna” escrito en 1879 y publicado en *Ensayos i bosquejos* de 1884, refiriéndose a la personalidad de Vicuña y como ésta se refleja en sus escritos:

Aparece en ellos con su sonrisa picante, su buen humor, sus ocurrencias saladas, su palabra vibrante, su nerviosidad infatigable. Se retrata con talento. Hablad con él i ya os reireis con sus arranques, ya os indignareis al ver salir de sus labios rayos en vez de palabras, ya recorrereis medio mundo, ya os remontareis al cielo de la poesía. Tan dulces o tan bruscos coloquios los volvereis a encontrar en sus escritos, con tan espiritual amigo volvereis a conversar en sus obras (EiB 352).

El mismo Vicuña Mackenna le dedica a Bañados su artículo titulado “El roto de Chile i su cuna histórica” de 1880 (con lo que deducimos que la amistad prosiguió, a pesar de que no siempre Bañados concordó, en su artículo, con Vicuña Mackenna). Por el tono del artículo de Vicuña Mackenna, se presiente la relación de alumno-maestro que compartían. De hecho, en el artículo fúnebre que escribió Bañados cuando la muerte de Vicuña Mackenna, en 1886, nuestro autor se detiene en describir la vida privada de Vicuña por sobre sus méritos como escritor y hombre liberal. Y lo hace porque el dueño de “la mejor pluma de América” había sido su amigo personal. Dice Bañados:

Solo quiero llorar!... No pretendo escribir una biografía del eminente ciudadano a cuya memoria se dedica este libro. Que otros estudien con prolijidad al publicista, al funcionario, al político, al viajero, al fecundo escritor, al periodista, al incansable sembrador de

ideas. En una palabra, que otros se ocupen de las producciones de su gran cabeza. Yo me contento con echar unas cuantas miradas al fondo de su corazón, el más noble, el más expansivo y el más generoso que jamás haya latido en pecho chileno. [...] Y los que como yo lo conocieron en su hogar y los que como yo lo admiraron al calor de la lumbre de sincera amistad ¿qué podemos decir del buen hijo, del tierno esposo, del padre amante, del amigo sin tacha? (LiP 265s).

Y describe Bañados, efectivamente, los rincones del corazón del bate nacional. No en profundidad, pero sí hace referencia, con relativa extensión, a las cualidades de su alma y nombra a la esposa, a los hijos y a la madre.

Veremos luego, en la crítica literaria de Bañados, cómo nuestro autor, al hacer una exégesis de los escritos de su maestro, va desarrollando su propia opinión.

Dentro de los quehaceres de la narración de la historia nacional, Bañados —que de leyendista pasó rápidamente a historiador y a crítico literario— define con gran claridad —para tener escasos 19 años, además— la diferencia entre un *historiador* y un *tradicionalista*. A partir de esta definición que veremos a continuación (que dejaremos en palabras del autor), Bañados desarrolla sus facetas de literato e historiador, por lo que vale la pena tenerlas presente. Asimismo, estas definiciones nos permitirán comprender lo que se entendía por cotidianidad y por privado en el período que nos atañe.

TRADICIONALISTA (LEYENDISTA) VERSUS HISTORIADOR, DOS CARAS DE UNA MISMA HISTORIA

En el mismo artículo titulado “Las leyendas históricas”, Bañados nos dice:

El historiador narra aquellos acontecimientos que se rozan directamente con los destinos generales de un país o de una parte estensa de él; estudia los sucesos en su conjunto; las causas de las maquinaciones que hayan producido trascendentales consecuencias; las grandes agitaciones sociales, con sus tendencias y aspiraciones; las escenas importantes que resuelven un número dado de intrigas más o menos complicadas; pone en relieve los

caractéres que descuellan con un color especial y que los diferencian radicalmente entre sí; y por fin trata de pintar el cuadro de un país cualquiera en el cual se pueda reflejar su progreso, su civilización, sus glorias y sus grandezas (LiP 370).

El tradicionalista, en cambio, que escribe leyendas,

principia en donde queda el historiador. Toma a los personajes, no por su posición con respecto al país entero, sino como protagonistas de una acción particular y por el lado novelesco, extraordinario, doméstico: cosas que no pueden entrar en el plan de una historia bien concebida; toma los acontecimientos, no como las consecuencias de ciertas premisas dadas, no como motores de acción que han puesto en juego intereses de vital importancia, no como manifestaciones del progreso o retroceso de un pueblo; sino como un proscenio que dé más colorido a ciertas ideas y a ciertas personalidades (LiP 370).

Como podemos ver, las leyendas —la ficción a fin de cuentas—, entonces, son una puerta hacia el lado privado de la historia, hacia lo doméstico, hacia las relaciones humanas, donde el valor, el patriotismo y la fuerza se pueden narrar con toda una gama preciosa de *colores*. Estos colores de los que habla Bañados tienen relación con la forma de narrar. En las leyendas, quien escribe tiene más libertad narrativa y puede describir lugares, caracteres y situaciones con mayor soltura y haciendo uso de más recursos narrativos más cercanos a la novela que a la historia. La imaginación —respetando el contenido del episodio narrado— puede volar más en este tipo de género literario. No es preciso desplegar en las leyendas el rigor científico que se requiere para describir hechos históricos específicos. Hay más libertad narrativa.

En la ficción, esa domesticidad, la cotidianeidad, lo íntimo y privado, se ve representado en la mujer, como ya hemos dicho. La mujer es la protagonista de la cotidianeidad. Y la cotidianeidad, al ser representada —con grandes falencias, por supuesto, lo que muestran las leyendas no es la cotidianeidad real—, pasa a ser validada ante la sociedad. De este modo, se re-simboliza el lugar de la mujer y de la cotidianeidad en la escritura liberal ficcional de la historia nacional. La mujer y lo doméstico, a fin de cuentas, son los grandes ausentes en el entramado liberal

del momento y, en el afán de orden e inclusión de Bañados, esta omisión es arreglada en las leyendas. Por lo tanto, la riqueza de las leyendas de Bañados yace en que acercan la historia a la vida común del ciudadano cualquiera —aunque no sean la vidas de ciudadanos comunes y corrientes las representadas allí— e incluye aquello que ha quedado arbitrariamente fuera. En este orden estético de nuestro autor, no sólo los indígenas tienen su sitio en la República liberal, las mujeres también, desde lo doméstico e íntimo, tienen su espacio para hacer nación.

Finalmente tenemos que las leyendas muestran, con pinceladas precisas y coloridas, el ímpetu del corazón humano que es capaz de grandes proezas. En la historia, en cambio, los personajes deben ser narrados siempre engarzados con la nación, con las luchas, con los procesos históricos, sociales, económicos del momento. No cabe, en ese tipo de literatura, el ramillete frondoso de sentimientos, de arrebatos que las leyendas nos muestran. Son, estas leyendas históricas, el sentimiento ilustrado del que hablábamos hecho narración.

Ahora bien, este mundo privado que nos muestran las leyendas es, de todas maneras, una realidad mediatizada por el liberalismo y sus estructuras. No vemos en ellas la *realidad* de los ciudadanos chilenos, vemos un pedazo de la historia de una heroína, que resalta ciertas ideas determinadas, independientemente del período histórico real en el que suceden los hechos. En este sentido, la literatura, la ficción, están siendo *usadas* para narrar un ángulo de la realidad nacional, el ángulo que se quiere destacar, incluso son usadas para narrar aquello que *se quiere ser* por sobre lo que de verdad se es.

Siguiendo con la exposición de Bañados sobre tradicionalismo e historia, nuestro autor aterriza su explicación, poniéndonos un caso concreto: supongamos que alguien quisiera narrar la batalla de Rancagua (cosa que Bañados mismo hace en 1884 —recordemos que el artículo del que estamos hablando fue escrito en 1877, lo que da para pensar que quizás Bañados ya tenía este artículo sobre la batalla de Rancagua en mente—). Para abarcar tal empresa, el historiador “busca los antecedentes de ella y los eslabona sucesivamente con otros hechos

anteriores para buscarles concordancia racional; en seguida describe la defensa, pone en relieve las posiciones de los ejércitos, el valor jeneral de los soldados, la estrategia y por fin cuenta el desenlace y los efectos que producirá en la marcha de la revolución de la independencia y en los destinos de Chile” (LiP 371).

El tradicionalista, en cambio, “no entra a estudiar ni causas ni efectos; se vale de la batalla, es decir de su gran interés, de su poesía, de su sublimidad y de su belleza para dar a conocer a este oficial, a ese capitán o a aquel soldado, que han pasado desapercibidos al historiador, aun cuando sea un héroe que deja en la miseria a una familia o a un [sic] amante, y que sacrifica todos los encantos de la vida por la libertad de la patria” (LiP 371).

En resumidas cuentas, es el tradicionalista quien se preocupa de lo privado de la nación, al sacar a la luz lo privado de los individuos. De esta forma, la patria tiene su lado oficial, el del progreso a través de la ciencia y de la educación, el del Estado ordenado y ordenador que aglomera los pensamientos individuales y los colectiviza, el de los hombres de bien que juntos promueven la libertad de toda índole y trabajan por un futuro mejor; y tiene su lado íntimo, el de los hombres y mujeres aguerridos, de valores indelebles, de amor a la patria, de gallardía hasta el extremo del martirio, de pasiones furibundas y encendidas.

Bañados nos pone un ejemplo final, el de Bernardo O’Higgins, y nos explica que un historiador “pinta al héroe que luchó en Roble, que fué vencido en Rancagua, que estuvo en Chacabuco y Maipo, que fué dictador, que murió en el destierro, en una palabra describe lo que es necesario para conocer ciertos episodios en los que ha sido protagonista”. El tradicionalista, a su vez, “lo retrata en su hogar, en los vivac de los campos de batalla, en las tertulias de Santiago, en el colejo, en sus amores, en el campo” (LiP 371).

Termina nuestro autor haciendo un compendio de las perspectivas del historiador y del tradicionalista así: “En resumen, el historiador es sintético, el tradicionalista analítico; el primero jeneraliza, el segundo particulariza. De estos antecedentes se desprende que ámbos forman una sola personalidad, se completan, ponen en relieve la historia general de un país” (LiP 371s). El hecho

de que el historiador y el tradicionalista que escribe leyendas se *completan*, según nuestro autor, no deja de llamar la atención. Bañados considera —y vale la pena resaltarlo— que el individuo se compone tanto de su parte pública como de su parte privada. La individualidad del hombre le es dada no sólo por las acciones y los escritos para el progreso, sino también por su *espíritu*, por la cotidianidad de su vida, por sus pasiones y sentimientos, por sus amores, alegrías y furias. Y es necesario reflejar en la escritura tanto lo privado como lo público, para poder también reflejar las obras y el espíritu de la nación.

Ahora bien, Bañados no es un escritor costumbrista, ni costumbristas son tampoco las leyendas. La privacidad, en este momento histórico, y, específicamente, para nuestro autor, tiene que ver más con el espíritu que con la simpleza y sistematicidad de lo doméstico cotidiano. La nimiedad de lo doméstico no sale descrita en las leyendas. En ellas, más bien, se abunda sobre las pasiones, los arrebatos, los sentimientos internos que construyen el espíritu del personaje y, a la postre, el espíritu de la nación. Por lo tanto, en las leyendas encontraremos siempre la descripción de altos espíritus, de aquellas personalidades y caracteres que son útiles a la construcción del espíritu liberal de la República, para que sirvan de ejemplo al pueblo, a la elite y a todos quienes quieran hacerse útiles para el progreso del país.

El artículo de Bañados sobre las leyendas que nos atañe termina con nuestro autor recalcando la conveniencia de fomentar el gusto por las leyendas históricas en los jóvenes porque

ejercitan [en aquel que las escribe] todas las clases de estilo, lo ponen al cabo del mecanismo de una composición, lo ensayan en los retratos físicos y morales, en los caracteres de los protagonistas, en el estudio de las pasiones humanas y en la manera de pintarlas, en la narración, en las descripciones del terreno, en los discursos y diálogos, en las disertaciones, en los paralelos, en el corte y estructura de la frase, en la hilación [sic] que deben tener entre sí las partes de un capítulo y en muchas otras cosas de sumo interés para el principiante (LiP 372).

Además, este tipo de escritura promueve en los jóvenes el gusto por el estudio serio de los cronistas del país, por la literatura, y el amor a la patria. Y, al no ser piezas demasiado largas ni complicadas, tienen, las leyendas, la gracia de no desencantar al escritor ni de aburrir al lector.

Finalmente, el rol del tradicionalista, a través de la escritura de leyendas, les abre a los escritores jóvenes un mundo completo de estudios y posibilidades escriturales. Son las leyendas, opina Bañados, un buen ejercicio para pulir las artes literarias y narrativas y para abrirse paso en el difícil mundo intelectual chileno.

Poder escribir historia desde la perspectiva del tradicionalista, ayuda al ejercicio caligráfico del que hablábamos antes, es una forma de empezar a esbozar lo que se será posteriormente. Los jóvenes deben saber sobre las pasiones humanas, deben adentrarse en los caracteres físicos y morales de los grandes personajes de la historia y deben escribir sobre ellos, para afinar lo que serán después. Deben saber sobre discursos, territorios, elocuencia, ilación, para estar preparados para cuando a ellos mismos les toque ser los héroes nacionales y para que puedan iluminar con sus propios discursos, sus propias pasiones y su propio carácter a las nuevas generaciones.

LA NO FICCIÓN

A) BIOGRAFÍAS

Como hemos visto, la escritura de leyendas trae consigo el estudio serio de la historia nacional e internacional y permite al joven escritor ejercitarse en la caligrafía de su propio aporte a la República. Ahora bien, esta consagración al pasado debe arrojar asimismo, como resultado, otro tipo de escritos que le permitan al novel escritor la entrada, de a poco, al firmamento literario; y esa entrada se logra a través de la escritura de no ficción, porque la literatura de no

ficción es un aporte concreto a realidades concretas de la nación. La escritura de no ficción abre las puertas a la construcción, en el presente, de la nación.

Junto con el realce de personajes singulares que el tradicionalista escoge, es necesario sacar a la palestra a otros personajes de la historia de cuyas vidas hubiera documentación fidedigna como para hacer una biografía y no una leyenda. Dada esta premisa, Bañados ofreció a la nación diversas biografías. Estas biografías fueron publicadas, en primera instancia, como artículos en la prensa, y después Bañados las recopiló en *Ensayos i bosquejos* de 1884 y en *Letras i política* de 1888.

El largo de las biografías varía. La biografía de Domingo Arteaga Alemparte es la más larga de todas, con 90 páginas. El resto, en general, tiene entre 20 y 50 páginas, dependiendo del personaje. Los discursos fúnebres, en cambio, son breves, de no más de 7 páginas cada uno. Bañados escribe las biografías de Voltaire, Plácido y Camilo Henríquez (escritas en 1878); las de Domingo Arteaga Alemparte, Juan Martínez de Rozas y Andrés Bello (1881); Francisco Fernández Rodella (1881 o 1882, no está claro); la de José Etchegaray (1884); las de Gladstone, Diego Portales, José Ignacio Zenteno y el discurso fúnebre de Vicuña Mackenna (1886); Isidoro Errázuriz (1887); Miguel Luis Amunátegui (1888); Arturo Prat (en fecha no precisada, pero publicado en 1888 en LiP), y dos discursos fúnebres, el de Rafael Barazarte (1886) y el de Luis Jhonson [sic] y Rafael Ramírez (1887).

Como podemos apreciar, las biografías ocupan gran parte del quehacer literario de Bañados. La importancia de las biografías, según nuestro autor, es grande: sirven para agregarle a la nación personajes ilustres (cf. LiP 99), mientras más y mejores héroes, mejor construida estaría la República, como ya hemos visto. Las biografías, además, son usadas para fomentar el marco teórico liberal. En ellas encontramos definiciones —en boca del biografiado— de los más diversos temas del momento. En este sentido, el autor de la biografía podía tomar cierta distancia de los postulados y eso le daba un margen de error: si el postulado no estaba bien expresado, no era culpa del autor del artículo.

Asimismo, la escritura de estas biografías inserta al escritor dentro de la discusión de turno y le permite, de cierta manera, adueñarse de los postulados. Cuando no se tienen aún grandes declaraciones que hacer de boca propia, bien se pueden hacer citando a otros. La cita, en este caso, funciona como una segunda voz dentro del texto, que refuerza el pensamiento del entramado liberal y que refuerza, a su vez, la voz primera del propio autor de la biografía. Así, el autor escoge una determinada cita por sobre otras infinitas para comenzar a desarrollar su propia postura frente al mundo y su propia identidad intelectual dentro del país. En esta traslación de las ideas ajenas a los escritos propios, el autor no sólo crece en su propia calidad de intelectual liberal, sino que sigue en el proceso de fundirse en la totalidad de las ideas del país. De este modo, el autor forja su propio espíritu y su propia individualidad y forma parte del espíritu y del intelecto de la nación.

Para poner un ejemplo de lo que estamos hablando, veamos cómo Bañados desarrolla los siguientes términos completamente atinentes a la época, poniéndolos en boca de sus biografiados. En la biografía de Arteaga Alemparte, por ejemplo, encontramos la definición de *progreso*:

Bien sabido es que el progreso de un pueblo no es sino el aumento constante e indefinido de su actividad en las diversas esferas de la existencia; motivos pasajeros pueden acelerarlo en unas, retardarlo i hasta adormecerlo en otras; pero tarde o temprano ha de restablecerse el equilibrio i la armonía dominar sobre el desacuerdo (EiB 25).

Y sigue Bañados con la idea del progreso y la democracia en boca de Arteaga Alemparte:

A la verdad, la democracia es la síntesis de los progresos actuales. Me parece verla, no ménos que en la igualdad política i civil, por donde quiera que se atenuen las diferencias, que se acorten las distancias entre las sociedades humanas i entre las clases de cada sociedad. La diviso en los telégrafos eléctricos i en la navegacion por vapor, que acercan las naciones unas a otras. La diviso en el progreso de las manufacturas, en la perfeccion de sus imitaciones, que suministran telas a bajo precio iguales en apariencia a los mas preciados tejidos. La diviso en los trajes, cuya forma i condicion son unas mismas para el pobre i para el opulento. La diviso en la simplificacion de los hábitos i costumbres, que ha

jeneralizado i hecho fácil el trato social, desterrando ceremoniosas etiquetas. La diviso en la multiplicacion de las máquinas de la industria, que ha emancipado de un trabajo manual embrutecedor a millares de hombres. La diviso en los ferrocarriles, que ponen al alcance de los mas modestos haberes una locomocion espedita. Pero la diviso sobretodo [sic] en el periódico, que el mas indijente puede adquirir, que el mas atareado puede leer, en cuyas discusiones puede tomar parte un gran número de personas, en que las mas árduas cuestiones se presentan bajo un aspecto accesible a los mas ignorantes (EiB 38s).

Estos pensamientos de Arteaga tienen doble emisor: los concatenó Arteaga en su mente y los profirió y luego Bañados los recogió y los volvió a proferir para encaminar su pensamiento y su individualidad intelectual. Podemos ver cómo, en esta descripción del progreso, encontramos la definición de los emergentes sectores medios que ahora tienen acceso a las imitaciones de lo fino, que han visto simplificadas las complicadas normas sociales y que pueden —si es que saben leer— acceder a la prensa escrita con toda libertad. La democratización de los bienes de consumo es, al fin y al cabo, el principio de la conformación de los sectores medios. Y Bañados adscribe a este sector. Nunca lo dice directamente, aunque asume su origen más bien humilde en sus cartas y defiende, en sus discursos políticos, a los pobres y el derecho de todos a la misma educación, y se le nota en su estética inclusiva y en su orden que pretende democratizarlo todo para que cada ser de la nación sea un verdadero ciudadano.

En la misma biografía de Arteaga, Bañados desarrolla también otros conceptos clave de la época. Habla de la libertad, como vimos en el capítulo anterior; define el objetivo de la educación: “El ideal en la enseñanza del siglo es que los hombres tengan los medios necesarios para vivir, para adquirir los elementos indispensables para llenar sus necesidades. La enseñanza superior debe, pues, obedecer a este principio: facilitar al hombre los medios de subsistencia” (EiB 85) —apuntando siempre a todos los hombres y no a un grupo en particular—; habla del rechazo a la Colonia y su legado; define lo que ser liberal significa; etc.

Así, las biografías, aunque se refieran a un sujeto dentro del entramado social (liberal muchas veces) en particular, terminan siendo también, irremediablemente, una biografía del país, un recuento detallado de los avances de la República en ideas y en obras. Lo que un individuo concreto logra en la nación, conforma la nación. Lo que un sujeto realice es un triunfo para el conglomerado entero de la República y forma parte de cada uno de sus semas. Porque, a fin de cuentas, la narración de la nación es la constitución semántica de ella misma. Y sus semas van naciendo de lo que cada individuo realice. Si un ministro determinado hace un discurso sobre la libertad (desde la perspectiva liberal) impresionante o si otro hace muchos kilómetros de líneas férreas, no es sólo el individuo el que defiende la libertad o el que construye caminos, es la nación la que se define como respetuosa de la libertad y la que se industrializa.

Tenemos, finalmente, que las biografías, para Bañados, son el recuento real del presente y del pasado reciente, que cuantifica los haceres y define los semas de la nación, tanto en su espíritu, como en su progreso, y dejan, para el porvenir, un legado indefectible de civilización, libertad e igualdad.

B) LA CRÍTICA LITERARIA Y LA LABOR DEL HISTORIADOR

Como hemos esbozado ya, la crítica literaria es, por un lado, la cientificación de la escritura y es, por otro, la higienización del proceso narrativo, cosa de poder tener un verdadero control de lo que se narra. Es, además, la puesta en práctica de los conocimientos del autor y es la forma que tiene él mismo de abundar los conocimientos de la República y de fundirse en ella y en su espíritu.

Teniendo entonces todo esto en consideración, veamos cómo es que Julio Bañados ejerce su crítica literaria y cómo es que la crítica literaria se engarza también con la labor del historiador.

Nuestro autor se dedica a criticar, principalmente, poesía y textos históricos. No se adentra en prosa de ficción. Sí, en cambio, critica textos políticos,

económicos, históricos, y crítica también leyes, constituciones y discursos. Su crítica aparece en textos dedicados precisamente a la crítica y también en biografías, artículos políticos y económicos, en discursos políticos y en discursos fúnebres. Por medio de su crítica, además, Bañados analiza y critica también tiempos pasados, decisiones políticas, aspectos culturales, sociales e históricos, analiza y critica conceptos, gobiernos y vida de personajes, ideales, valores y principios. Asimismo, se enfrasca en discusiones sobre el plan de trabajo de tal o cual autor, de tal o cual obra; sobre el estilo, la elocuencia, la ilación, los saltos temporales; sobre la adhesión al clasicismo o al romanticismo; sobre la libertad y adecuación de las expresiones, la potencia de la imaginación, el buen uso de la razón para moderar los ímpetus; sobre la veracidad de la información y sobre el uso adecuado y pertinente de documentos, sobre la verdadera capacidad de investigación del autor con respecto al tema; sobre lo entretenido de la narración, sobre lo apropiado de la misma.

Como podemos ver, Bañados se explaya en sus críticas y sigue, él mismo, un método relativamente parejo y bastante riguroso para exponer sus razones. Gusta, en términos generales, de citar extensamente al autor que va a criticar, sobre todo si la crítica es de poesía. También cita ampliamente al autor cuando se trata de discursos políticos en los que se han explicado conceptos del liberalismo a los cuales Bañados adscribe. A partir de estas citas, Bañados elogia o critica, y arma, a su vez, su propio discurso sobre el tema en discusión.

La crítica literaria perfecciona la recursividad de la digestión de los discursos ajenos, puesto que es la puesta en escena del proceso mental que cada cual debe seguir al leer un escrito determinado. Un ejercicio de exégesis, si se quiere, que pone en funcionamiento y entrena la mente del individuo para convertirse en un ciudadano útil para la nación.

De este modo, el acto de criticar le da visibilidad —por medio de la publicación de las críticas— al conocimiento del crítico. En el acto de la crítica no sólo se está analizando un texto determinado, sino que se está dando cuenta de él y se está diciendo que se domina el conocimiento allí expuesto. Es, también, un

acto de opinión en el que se desarrollan, a partir de ideas ya expresadas, ideas nuevas para la construcción de la República.

En su biografía sobre Domingo Arteaga Alemparte, Bañados copia el discurso de Arteaga del 29 marzo de 1873, día en el que se fundó la Academia de Bellas Letras,¹⁸ y define así la importancia de la crítica literaria en la construcción de la República:

La Academia de Bellas Letras tiene por objeto el cultivo del arte literario, como espresion de la verdad filosófica, adoptando como regla de composicion i de crítica, en las obras científicas, su conformidad con los hechos demostrados de un modo positivo por la ciencia, i en las sociológicas i obras de bella literatura, su conformidad con las leyes del desarrollo de la naturaleza humana. En sus estudios dará preferencia al de la lengua castellana, como primer elemento del arte literario, para perfeccionarla, conforme a su índole, i adaptarla a los progresos sociales, científicos i literarios de la época (EiB 79).

Así, la crítica literaria cumple, en la segunda mitad del siglo XIX, con la labor de adecuar la lengua a los avances y progresos de la nación, desde el ideario positivista; todo lo anterior es parte de la idea de control y sanitización de la escritura de la que hablábamos antes. Nos encontramos, entonces, con que había que escribir y narrar, es cierto, pero no de cualquier forma. Era necesario seguir ciertos planes.

Bañados critica de igual manera, con la misma soltura y como si pertenecieran a los mismos géneros, la historia, el ensayo y la poesía. Para él es de vital importancia que el escrito analizado —de la índole que sea— se atenga a un plan de escritura, le interesa de sobremanera el orden en este sentido, por lo que sigue fiel a su principio estético. Por lo tanto, tenemos que nuestro autor critica con el mismo ahínco relaciones históricas y poemas variados, proyectos político-económicos y planes educacionales, artículos sobre principios morales y

¹⁸ Bañados fue, en 1880, director y pro-secretario de la Academia de Bellas Letras, mientras colaboraba ampliamente con distintos periódicos del momento (*El Túnel* y *La Voz de Limache*, *Los tiempos*, *El Nuevo Ferrocarril*, *La Revista Literaria*, *La Revista Chilena*, *Las Novedades*, *El Mercurio*, *La Época*, *La Patria*, etc.) (cf. Figueroa 185).

leyendas históricas. Sin ir más lejos, Bañados hace uso de la crítica literaria para rechazar todo un período histórico: la Colonia.

LA CRÍTICA INCISIVA DE BAÑADOS A LA COLONIA

Bañados, en varios de sus artículos y especialmente en “Cronistas nacionales” (escrito en 1878 y re-publicado en *Letras i política* en 1888), destruye minuciosamente las concepciones coloniales, haciendo eco con el resto de los intelectuales liberales. Para Bañados, la Colonia fue un período de ignorancia total:

la era colonial nos presenta las miserias y oscuridades de un sepulcro. Al sondear aquella época se sienten las emociones del que baja escalón por escalón al fondo de una tumba. El corazón se enfría al contemplar tanta pequeñez, tanto despotismo, tanto atraso; al ver a pueblos que viven sin saber por qué hai Dios, por qué jira la tierra y por qué alumbra el sol; al tener ante sí una vida tan muerta, una ignorancia tan supina y un servilismo tan cruel (LiP 31).

La falta de estudios científicos, la falta de democracia y la falta de libertad son los tres grandes enemigos de los que el liberalismo viene a salvar a los pueblos. En este entonces colonial, “el corazón late en el pecho sólo para distribuir sangre en las venas” (LiP 31), puesto que el mundo carece de pasión, de arrojío por las ciencias, las artes y la libertad. Sin pasión y sin conocimiento (dividido en ciencia y arte), la vida del ser humano es lo mismo que el sepulcro. El pensamiento liberal viene a destruir —por medio de la escritura: la crítica literaria y la historia, principalmente— el pensamiento colonial y sus estructuras de poder. Ahora bien, la destrucción del modelo anterior y la construcción del nuevo —dado el modelo de construcción: la narración— requiere de una supervisión constante que proviene, indefectiblemente, de la crítica literaria. He ahí la importancia vital de la crítica literaria, de la Academia de Bellas Letras y de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

La crítica literaria de Bañados a los textos coloniales y las críticas a la Colonia misma se abocan, primordialmente, a demostrar que la rigidez de vida y

de pensamiento instaurados por España en las Indias se ven reflejados en la monotonía de los escritos del momento. Porque, a fin de cuentas, la literatura es un reflejo del espíritu y del pensamiento de la época. Bañados, en su crítica, lucha contra la creencia en los milagros por sobre la ciencia, contra el exceso de respeto hacia la autoridad, contra el pensamiento chato y poco original, contra la vida social cerradísima y limitada. Esta ignorancia amparada por la máquina gobernante produce, según nuestro autor, una decadencia moral de la que sólo puede salirse a través del conocimiento y de los nuevos aires que trae el pensamiento liberal. La religiosidad ha resultado inútil para sostener la moral, por lo que es el desarrollo del intelecto lo que rectifica la moral y a la sociedad y es lo que ofrece la salvación encarnada en el progreso de los pueblos.

Para Bañados, esta ignorancia extrema redundaba en que los escritos de la época no tengan valor literario alguno. Al analizar el plan de escritura de los cronistas de Indias, Bañados considera que mezclan demasiados temas, tiempos y hechos. Le molesta la sobreabundancia de descripciones y detalles cotidianos que considera que no son propios de un historiador. Le parece que el estilo literario es monótono y pesado, lleno de lugares comunes y sin originalidad. Los personajes son siempre iguales: indios gallardos, españoles beatos y sumisos servidores del Rey; no hay creatividad en las historias ni en los caracteres, no se ve el progreso de la humanidad en estas narraciones, puesto que *no hay* progreso que reflejar.

Finalmente, nuestro autor piensa que las crónicas de Indias son obras sin mérito literario alguno también debido a la pobreza en el estilo, al poco arte en la narración, a la falta de tino para escoger los acontecimientos narrados y a la falta de orden. El caos estético, político y social que Bañados describe para la Colonia es exactamente lo que él busca combatir con su propia estructura estética del orden. Y claro nos queda esto cuando nos enteramos de que el único cronista que Bañados aprecia es el Abate Molina, precisamente porque escribió una Historia Natural de Chile sumamente descriptiva y ordenadora, que da cuenta de

los atributos geográfico-naturales del país y que se acerca mucho al concepto estético de orden de la enciclopedia.

Este afán ordenador —ya sea en historias naturales, ya sea en críticas literarias, ya sea en historia— lo vemos también en el propio Bañados, quien estructura sus críticas literarias siempre más o menos del mismo modo: invariablemente incluye un breve resumen de la obra en cuestión; luego describe los distintos aspectos de la obra en cuanto a su estructura; después analiza el plan de escritura en el orden de los acontecimientos, la ilación de los mismos, el estilo, lo entretenida o aburrida que ha resultado la lectura, lo original de la idea; y finalmente analiza la documentación, la veracidad de los hechos presentados, lo fiel que ha sido el escritor a la época, al acontecimiento, y a sí mismo y a su sociedad. Bañados necesita crear una historia de la literatura y de la historia escrita para poder graficar el progreso de su nación y para perpetuar ese orden, llevándolo a la mente de cada ciudadano. Estas ideas de orden, una vez instauradas en la mente de cada individuo, deberán reflejarse en el hacer.

EL ORDEN NARRATIVO

Tanto en la crítica literaria, como en sus análisis históricos, educacionales, políticos y económicos, Bañados gusta mucho de la *comparación*. De hecho, escribió, para su curso de Derecho Constitucional en la Universidad, el texto *Constituciones de Chile, Francia, Estados Unidos, República Argentina, Brasil, Bélgica, España, Inglaterra y Suiza, concordadas*, libro de 626 páginas publicado en 1889. Para Bañados, hacer un recuento de los logros de otros países y compararlos era importante porque le permitía evitarle a Chile los errores de los demás y podía, a su vez, reformular sistemas que, de alguna manera, ya habían sido probados. Esta contraposición de ideas, además, le parecía eficiente como *método científico* para exponer sus ideas y su sistema estético de orden para el país. No sólo en el libro antes mencionado, sino también en varios de sus artículos, Bañados se sume en un proceso comparativo de lo más diverso: de las

distintas medidas económicas tomadas por diferentes países en crisis en “Organización bancaria” (LiP), compara también los escritos de Arteaga con los de Andrés Bello (cf. EiB 93), etc.

Finalmente, Bañados, en su afán ordenador, hace hincapié en la importancia de la corrección. Bien puede un escritor equivocarse al escribir, pero no puede equivocarse al publicar. Los personajes mal delineados, las historias mal contadas o falseadas deben morir antes de ver la luz pública: “En literatura es lícito i a veces necesario el infanticidio. Los hijos contrahechos deben morir en el fuego. Es preciso aplicar ríjidamente las leyes espartanas” (EiB 351), no vaya a ser que el escritor se traicione a sí mismo y traicione a su patria con escritos que no se atengan a la verdad de la época y de las circunstancias.

En cuanto a la historia, nuestro autor pone especial énfasis en el orden cronológico en que se presentan los hechos, en la forma en que se describen los personajes y, por sobre todo, en la veracidad de los hechos y en la documentación, puesto que un historiador jamás puede ponerse a matizar ni a inventar; puede darle colorido a sus narraciones, pero nunca puede salirse de los marcos de la verdad. Así, declara Bañados que

Para que un libro sea escrito con las reglas de la estética, es preciso que exista en él, coherencia i armonía entre los sucesos que narra, que los hechos concuerden entre sí, de tal manera, que cuando estamos hablando de la campaña del Perú, por ejemplo, no se nos lleve a la revolucion de la independenciam, intercalando así del cabello sucesos del todo incongruentes con la narracion. Tal regla es un axioma en literatura tan claro i elemental como son en matemáticas que los radios de un mismo círculo son iguales o que el orden de los factores no altera el valor del producto (EiB 152s).

Como podemos ver, en el orden radica la estética para Bañados tanto para la literatura, como para la historia y para todo lo demás.

La obsesión por el orden cronológico tiene que ver con la labor del historiador en el mundo y en el propio devenir de la historia:

La historia de un suceso dado debe ser como un espejo en donde se proyecte en el mismo orden, tiempo, lugar i circunstancia. El historiador es como un fotógrafo que reproduce en un carton la

figura de algun paisaje o de alguna persona. Los hechos coexistentes deben en lo posible colocarse uno al lado del otro, sin que aparezca uno posterior ántes del anterior o vice-versa. Quitar de su lugar correspondiente un episodio es pernicioso i pugna con la claridad i el arte (EiB 153s).

Es impresionante cómo la estética del orden rige cada pensamiento y cada escrito de Bañados. Finalmente, este orden en el plan y en la cronología debe respetarse además porque, según nuestro autor, a los lectores se les incomoda con tantas idas y venidas en los escritos (cf. EiB 156).

La estética del orden es universal a todo el quehacer de Bañados. El orden en la presentación de los hechos le parece vital porque el historiador debe ser un espejo de la realidad, como él dice, no un analista de la misma. El análisis de los acontecimientos queda destinado a la *posteridad*, a esa posteridad arisca e inmanejable, situada en un futuro impreciso. Porque bien podría ser la posteridad el historiador; pero Bañados no lo cree así. Como hemos visto, el historiador debe atenerse a la documentación y ni siquiera puede darse el lujo de narrar con saltos temporales. En este sentido, la historia debe ser veraz y fidedigna porque, a la postre, su deber profundo consiste en ser la moralizadora del espíritu, tanto del espíritu de la nación, como del espíritu del individuo.

Para moralizar, aquello que ejerce como fuerza moralizadora debe estar fundado en la objetividad, de otro modo, en vez de moralizar pervertiría. Por eso el historiador debe documentarse lo más posible y atenerse a descripciones cronológicas y científicamente exactas, en las que los personajes sean bien delineados y los hechos sean presentados en todos sus detalles y en su orden original, con causas, efectos y consecuencias.

Veamos ahora cómo es que la crítica literaria y la historiografía trabajaban juntas en la pluma de Julio Bañados.

CRÍTICA LITERARIA E HISTORIOGRAFÍA

Nuestro autor, en los tiempos álgidos de la guerra del Pacífico, dando ya sus primeros pasos en la historia y en la defensa de la nación por medio de la crítica literaria, publica, el 1 de julio de 1879, el artículo titulado “Campaña al Perú en 1838 i 1839” (que luego vuelve a publicar en *Ensayos i bosquejos* en 1884). En él, hace un estudio crítico a la historia de Gonzalo Bulnes, historiador chileno, y da respuesta a Mariano Felipe Paz Soldán, escritor del Perú que refutó al señor Bulnes e hizo grandes descargos contra Chile (cf. EiB 135).

Haciendo uso de la pluma, Bañados destroza —y no exagero— el artículo de Bulnes desde la perspectiva literaria y desde la histórica, y defiende las posturas de Chile en la Campaña de 1838. Critica no sólo la falta de documentación de ambos autores, sino también el estilo, el plan de escritura y el orden de los acontecimientos, las fallas en la elocuencia y la ilación, los problemas de redacción y lo aburrido de los textos. Podemos ver que, finalmente, Bañados no sólo está criticando la veracidad de los hechos narrados, sino que también enjuicia intelectualmente a los escritores y, de paso, al Perú. Así las cosas, Chile es superior militarmente ante Perú en la guerra del Pacífico, y también es superior en la razón y, por ende, en el progreso y en el futuro que este progreso traerá.

Termina el artículo Bañados, diciendo:

Hemos terminado nuestra tarea de pulverizacion. Talvez nuestros lectores estrañarán ver que se nos han deslizado una que otra flecha hiriente; pero, nos justificarán al saber que hemos empleado la justa lei de represalias contra un escritor [Paz Soldán] que ha dado a la publicidad un estudio con el esclusivo objeto de manchar las glorias de nuestra patria. Mil veces al leer esas pájinas escritas con el odio mas audaz e implacable a nuestro pais, la sangre ha hervido en nuestras venas. Aquel que sabe lo que es sentir abrazada [sic] el alma con las llamaradas de una justa indignacion, sabrá tambien justificarnos como es debido. Pero, no por eso nuestra pluma ha dejado de discutir teniendo a la vista únicamente la verdad histórica i los documentos (EiB 199).

Si bien es cierto que Bañados *pulveriza* al escritor peruano, en general, cuando no escribe con sangre en el ojo, es bastante justo en sus críticas y suele argumentar bien. Incluso, en muchos de sus artículos, es capaz de criticar ciertos aspectos y de alabar otros con igual justicia y entusiasmo.

LASTARRIA Y VICUÑA MACKENNA

Siguiendo con sus arrojos de joven escritor, Bañados se aventura en la crítica de dos grandes plumas nacionales: Lastarria (1878) y Vicuña Mackenna (1879). Para nuestro autor, los *Recuerdos Literarios* de Lastarria tienen un plan en exceso autorreferente:

El plan de la obra, descansa sobre una base que no aceptamos. Los *Recuerdos Literarios* son un cuadro lleno de colorido i variedad, pero de cuyo fondo se destaca solitaria i majestuosa la figura del autor. Los hombres i acontecimientos que desfilan con májico brillo, son simples satélites que jiran al rededor [sic] de un centro, simples rayos luminosos que alumbran a un sol: al señor Lastarria. En cada capítulo, en cada página, en cada párrafo se le vé elaborando todos los proyectos, juzgando todos los acontecimientos, poniendo su mano en todos los sucesos, alumbrando con su inteligencia todas las oscuridades, penetrando en todos los abismos sociales i dirijiendo como caudillo todas las revoluciones. Como Dios, está en todas partes. El autor se sube a alta cima i desde allí dirige (EiB 217).

Así podemos ver que, para Bañados, los hechos —el hecho histórico, digamos— van, en importancia, por sobre quien los ha vivido. Incluso por sobre el autor mismo que narra. En este momento en que Bañados parte su ingreso a la literatura y al parnaso nacional, cree firmemente en que el individuo está al servicio de los hechos; es el hacedor, es cierto, pero no es el protagonista, postulado al que se mantendrá fiel cuando escriba *Balmaceda, su gobierno y la Revolución de 1891*, de 1894. La protagonista es, a fin de cuentas, la República, el espíritu de la misma, el conocimiento que abarca y acumula en los estantes de la literatura nacional. El autor es, en cambio, en su individualidad puntual, el mero artífice. Las biografías, que a primera vista podrían parecer un acto de

individualización, son, en su fondo, un acto de colectivización, un esfuerzo por construir el espíritu de la nación. Luego, porque es inevitable, las biografías narran también espíritus e historias individuales; pero lo primigenio, el impulso principal, es el de la construcción de la nación.

En su artículo sobre Lastarria, Bañados también incluye alabanzas para el autor: “Siguiendo con nuestro análisis literario, admiramos sobre manera [sic] el talento del autor i el arte que posee para hacer retratos” (EiB 223) y continúa con las alabanzas poco después: “El señor Lastarria posee un buril i un cincel verdaderamente prodijiosos. Cuando modela a los personajes, uno cree verlos en la imaginación, puede decir que los conoce, que ha hablado con ellos” (EiB 224). Bañados tiene esta tendencia a la ecuanimidad y a pensar que la realidad, finalmente, no es siempre negra o blanca: el hombre, a pesar de todo, si bien tiene partes oscuras, tiene también partes luminosas. Por lo tanto, en una crítica puede, por un lado, destrozar ciertos aspectos y, por otro, puede ensalzar unos distintos sin que eso signifique, bajo ningún punto de vista, contradicción alguna.

Adivinando la lluvia de críticas que su artículo sobre Lastarria le traerá, nuestro autor agrega al final, a modo de justificación, lo siguiente:

Ya hemos oído decir que es mucha audacia la de nuestra parte criticar a tan ilustre escritor; pero recordaremos el clásico dicho de ‘que se puede juzgar a Homero sin poder hacer uno solo de sus versos’.

También ya se nos ha dicho que somos muy niños para poder juzgar la obra de un anciano i muy ignorantes para poder estudiar a un sabio; pero poniendo ante todo a salvo el derecho que tiene cada cual de pensar lo que quiera i sobre lo que quiera, advertiremos que, si decimos la verdad, será verdad aunque seamos pequeños i si sostenemos un error, será error aunque seamos grandes.

Gracias al cielo, la verdad no es una herencia solo para ancianos o niños, reyes o súbditos, sabios o ignorantes; es una herencia que pertenece a la humanidad entera (EiB 228).

Esta actitud de sentirse con el derecho a dar su opinión a pesar de la corta edad, de la poca experiencia y de la poca alcurnia, le permite a Bañados hablar con soltura de cualquier tema. Ya luego, cuando la Revolución haga su ingreso y nuestro autor se vaya desterrado, este mismo arrojo le permitirá derogar muchos

de sus propios estipulados sobre el quehacer del historiador (como la distancia entre el historiador y el hecho histórico, por ejemplo, o el hecho de no sólo haber sido testigo, sino que además protagonista de los acontecimientos) para lanzarse en la justificación del gobierno de Balmaceda.

De Vicuña Mackenna —de quien Bañados era amigo personal, como ya dijimos—, nuestro autor parte explicando el carácter, puesto que es éste el que define la forma en que escribe y los temas que escoge. Lo describe como un hombre en permanente movimiento, de carácter nervioso, gracioso, de sensibilidad juguetona y oscilante, en quien superan siempre las pasiones a la razón; “De aquí —dice Bañados— la mezcla monstruosa, de esquisito gusto i poco tino, de filosofía i lijereza, de cólera i calma, de hábil criterio i fugaz perspicacia, de bellezas i fealdades, que constituyen el fondo de sus obras; de aquí porque en él descuellan tantas contradicciones, tantas opiniones incompatibles, tantos sentimientos diversos” (EiB 344). Dado que Bañados conoció efectivamente a Vicuña Mackenna y fue su amigo, las descripciones del carácter tormentoso, vacilante, gentil, arrebatado de “la inteligencia más poderosa del nuevo mundo” son generosas y coloridas:

Su corazon es bueno, es un corazon noble, abierto i espontáneo. Es capaz de dar cuanto tiene i cuanto ambiciona por algun amigo del alma o algun desdichado de la suerte; pero cegado por fuertes arranques, desaparecen májicamente tan bellas cualidades i solo salta a la superficie el hombre encendido por fulminantes cóleras. El señor Vicuña es siempre juguete de las impresiones del momento. No se esplica de otro modo que, conversando con él, acercándose a su lado, penetrando al fondo mismo de su conciencia, se vean, despues de pasada la tempestad, un arrepentimiento tan jeneroso, ideas tan puras, sentimientos tan caballerescos (EiB 344s).

Esta descripción del carácter de Vicuña apunta, no nos olvidemos, a construir también el carácter de la nación. Las bondades del carácter de Vicuña no sólo engalanan a su persona, sino que también a toda la República liberal.

Profundiza nuestro autor en el carácter de Vicuña y resalta, aparte de su buen corazón, su ingenio y su gracia: “Hai algo curioso en el carácter del señor

Vicuña. Vive con una sonrisa en los labios. En el infortunio, llora i rie; en las cóleras, amenaza i rie; en las polémicas, hiere i rie; en los combates, sablea i rie; en las investigaciones históricas, raciocina i rie. Por esto lo vereis en sus escritos siempre riendo i haciendo reir” (EiB 353) y esto es bueno y malo a la vez, según nuestro autor. A ratos, explica Bañados, tanta hilaridad juega en contra del efecto narrativo, de la tensión del relato. Otras veces, en cambio, ilumina los textos y los hace más livianos y amenos.

Bañados dice del plan de sus escritos, que Vicuña no piensa demasiado, simplemente escribe con la rapidez del vapor y la ligereza de una máquina. Esta falta de planificación de Vicuña tiene que ver con el proceso creativo que el escritor vive. Aclara Bañados que

hai naturalezas intelectuales de diversas clases. Hai unas que necesitan concentrar por largo tiempo su poder intelectual para arreglar alguna obra o descifrar algun problema. Hai otras que lo que no conciben en un momento dado no conciben en siglos de estudio. Las unas son naturalezas apáticas, difíciles de ajitarse, que piden crecidos empeños de voluntad para ponerse en movimiento; las otras son ardientes, nerviosas, que ponen en juego sus facultades por sí solas, sin esfuerzo. El señor Vicuña pertenece a las últimas (EiB 347).

Y se pregunta Bañados:

¿Es un error fundamental escribir así? Cuando un escritor de tal temperamento se ciega al extremo de negar que hai sol estando quemándose con sus rayos, cuando se pone a inventar en historia, entónces si que hai derecho para pedir la ira de Dios contra él; mas cuando escribe con prontitud, pero con seriedad, conciencia i justicia, entónces merece los aplausos de los que se interesan por el progreso del jénero humano.

El señor Vicuña escribe de ambas maneras. A veces, cuando por intereses políticos venda la justicia, cuando lleno de ilusiones quiere dar un colorido que no tiene un suceso histórico, cuando por causas determinadas pretende justificar o fusilar a determinados personajes: transforma en novela la historia i da juicios erroneos [sic]. Otras veces, también, hace brillar la verdad en toda [sic] su soberbio esplendor (EiB 348s).

Y la *invención* en la historia está prohibida para Bañados.

Bañados clasifica a Vicuña Mackenna como autor romántico acérrimo, no por lo que hoy conocemos como romanticismo, sino por su originalidad y arrojo a la hora de desechar los preceptos clásicos y hacerse de los suyos propios. Se ríe, Vicuña, de Aristóteles y Quintiliano, de la Academia Española y hasta de Cicerón:

desprecia a los clásicos, burla a los preceptistas i levantando sus trincheras entre los románticos mas exaltados, se ha creado él solo, con su propio jénio, principios antojadizos, una literatura i una gramática apartes, que carecen de trabas, que no aprisionan el alma del escritor, que libran de quemarse las pestañas en diccionarios i textos i que dan la libertad que tiene el potro en el desierto (EiB 355).

Escribe Vicuña con gramática propia y asimismo incorpora léxico del pueblo, lo que lo hace muy apreciado entre las masas. Y Bañados lo apoya en estas libertades nuevas, porque si no —considera— “el señor Vicuña perdería toda su espontaneidad”. Al hacer estas declaraciones sobre Vicuña Mackenna, Bañados se sitúa a sí mismo también dentro de determinados parámetros literarios:

Pertenecemos mas a la escuela romántica que a la clásica, somos mortales enemigos de aquellos que aprisionan la intelijencia del hombre en un saco de hierro obligándola a postrarse servilmente a reglas establecidas por cuatro o cinco preceptistas, no creemos que el gabinete del crítico deba convertirse en escuela de anatomía en donde los libros sufren lo que los cadáveres al hacérseles la autopsia, tenemos un autodesprecio por aquellas reglas arbitrarias que descansan en las aberraciones de partidos literarios; pero no aceptamos en ningun terreno i en ninguna circunstancia, que se pase sobre aquellos principios de estética que son inmutables como las leyes que rigen el universo, que están fundados en la eterna razon i cuyas raíces se estienden en la misma naturaleza humana (EiB 356).

Vislumbrando la contradicción que presentan sus declaraciones, Bañados clarifica, y especifica, a su vez, sus pensamientos sobre la labor del escritor:

No queremos nada del despotismo de Hermosilla, nó, mil veces no; queremos exclusivamente que se respete el buen gusto, que se pinte a los hombres como hombres, a los reyes como reyes; que se escriba respetando la verdad en los sucesos, en los acontecimientos, en todas las manifestaciones de la actividad humana; queremos que se tome como punto de partida en un juicio

crítico el sentido comun i la razon, únicas antorchas que deben alumbrar el tortuoso camino del que es ciudadano en la República de las letras. Demos la mas amplia libertad, una libertad amplísima, a los cultivadores del arte; pero exijamos una cosa, que como seres racionales, escribamos como racionales. Fortalezcamos con el estudio paciente i concienzudo nuestro gusto i en seguida juzguemos tomando por norma de conducta única i exclusivamente nuestra razon (EiB 357).

Bañados nos cuenta que Vicuña Mackenna, como historiador, es un hombre acucioso que analiza cada aspecto del personaje histórico. Para Vicuña “el historiador está obligado a tomar un escarpelo [sic] i un microscopio, i con la terquedad de un naturalista, debe estudiar los hombres i sus acontecimientos como quien estudia un insecto” (EiB 361). Abunda Vicuña —según Bañados— en chismes de familia, en archivos oscuros de contiendas olvidadas y le aconseja Bañados: “déjese de estar poniendo en relieve los deslices de nuestros abuelos, que para contemplar miserias nos basta pasar por los umbrales de una Casa de Correccion o de un Hospital” (EiB 365).

Nuestro autor no está de acuerdo con este método de Vicuña tan detallado de hacer historia y dice al respecto:

Así como aplaudimos las bondades del distinguido publicista i así como admiramos su fecundo ingenio, no podemos ménos que reaccionar con toda la enerjía del alma contra esa fiscalizacion completa de la vida de los hombres. Siguiendo ese pernicioso consejo, veremos mui pronto que la Historia se convertirá en vasta feria en donde los mas ínclitos servidores de la humanidad espondrán con siniestra desnudez sus flaquezas i miserias, inherentes a nuestra naturaleza de hombres; veremos que el alto tribunal de la posteridad, se cambiará en triste tribunal de provincia donde las pasiones desbordadas al extremo ahogan i salpican con lodo a juez i acusado (EiB 361).

Bañados no apoya este escudriñamiento tan detallado de Vicuña, porque cree que la historia escrita —como lo han dicho muchos historiadores antes que él, dice— “debe ser como un espejo que proyecte solamente los grandes acontecimientos i los grandes hechos, en una palabra, debe despreciar todo

aquello que no tenga íntima relación con los destinos de un país o la marcha de la humanidad” (EiB 362).

No se puede ir al detalle de la vida de cada quien, argumenta nuestro autor, porque no hay nadie en el mundo que le gane siempre a las tentaciones, “el hombre, aun el más elevado, tiene ciertas debilidades i flaquezas que lo acompañan desde la cuna al sepulcro”. Por lo tanto,

lo que se debe buscar en nosotros no es la perfección absoluta sino la relativa, se deben aplaudir las buenas obras i echar tierra a las pequeñeces que no han tenido serias consecuencias, se deben olvidar los deslices para dejar brillar aquellos actos que han empujado a un país o parte del género humano en la ancho [sic] vía del progreso i de la civilización. Siendo la historia la moralizadora del presente i del porvenir ¿a qué recoger basuras, a qué inclinarse i arrancar del hogar i del misterio puntos negros que se pierden en el brillo del conjunto como las manchas del sol? ¿a qué alumbrar hasta el fondo del corazón humano, que como el mar i los cielos tiene abismos? [...] Lo que nos interesa saber es quién ha podido en lo regular hacer triunfar la virtud, es quien ha conseguido bajar a la tumba con el convencimiento de haber hecho más obras buenas que malas (EiB 363s).

Esta definición de la historia que da Bañados puntualiza también, en gran parte, el concepto de lo que cada individuo deja para ser evaluado por la *posteridad*. La posteridad liberal —y he ahí la razón de estas biografías de Bañados en las cuales prácticamente no incluye detalles de la vida privada personal— deja fuera al sujeto privado. Le interesa el individuo en su cotidianeidad en la medida en que en ella se va conformando como ciudadano de la República con los valores éticos y morales que la nación necesita, pero no le interesa en nada la nimiedad de la cotidianeidad como conocemos hoy este concepto. Sí le interesa, como ya vimos, la conformación del carácter del individuo, porque tiene estrecha relación con la conformación del espíritu de la nación. La posteridad existe y el sujeto existe para ella, en la medida en que el individuo ha logrado enlazarse a la República liberal. Si el hombre no encuentra su puesto en la nación, si no trabaja de alguna manera dentro del engranaje del Estado, no existe para la posteridad liberal y no pertenece al país. La posteridad,

finalmente, desde esta perspectiva, es de manga ancha en cuanto al individuo privado y muy estrecha en cuanto al trabajo del sujeto por la nación.

En relación a la vida privada de los sujetos, Bañados cree que la fecunda imaginación de Vicuña Mackenna, que describe con una pluma suelta y colorida y que lo lleva a inventarles a los personajes históricos amores y discursos, desdichas y felicidades, es contraproducente para el historiador que quiere ser. “Mejor escriba novelas”, le aconseja, porque no se puede ser poeta e historiador al mismo tiempo (cf. EiB 370s). No se pueden presentar caricaturas de los personajes históricos, no se pueden poner énfasis donde no los hay y no se les puede obviar donde los haya. La historia debe ser objetiva, fidedigna en todo lo posible, documentada, debe, como ya hemos dicho, ser una fotografía de los hechos, no un cuadro imaginado a partir de un suceso particular. La historia ha de regirse por la ciencia en su objetividad, debe adecuarse a los parámetros científicos para que la posteridad pueda ser realmente justa al enjuiciar los hechos de una gran nación, y para que sirva de lecciones eternas a todos los ciudadanos presentes y del porvenir.

Bañados también abunda sobre cómo debe ser el historiador para poder escribir una historia que sea verdadera. Nos explica que el buen historiador debe, como ya hemos dicho, documentarse ampliamente, debe también ser absolutamente imparcial y no puede haber sido agente ni protagonista de los hechos narrados, cosa de poder tener temple de espíritu e independencia de juicio (cf. LiP 33). Aclara nuestro autor que hay ciertas personas que lisa y llanamente no pueden escribir historia, dados sus problemas morales, y especifica que quienes por avaricia o ambición o para adular a un poderoso desfiguren los hechos, quienes para favorecer a un grupo o gobierno o por miedo a ellos no tengan el valor de decir la verdad y quienes se dejen llevar por sus propias pasiones no pueden escribir historia fidedignamente. Tampoco pueden escribir historia aquellos que se dejen guiar por sus propios odios o que, por cualquier razón, no tengan independencia de cualquier tipo para decir la verdad absoluta (cf. LiP 34).

*

Como hemos podido constatar, en la estética del orden de Bañados, en este período, hay varias exigencias que se impone a sí mismo y que impone a los demás, en plena concordancia con la óptica positivista reinante. El orden no sólo debe ser físico (en cuanto a plan de escritura, a ilación y a orden cronológico), el orden debe ser también interior. La moral debe estar sujeta a un orden férreo no sólo para ser un buen hombre en general, sino para ser un hombre útil a la República en la escritura. La imparcialidad y la objetividad son dos valores que Bañados aprecia grandemente y que se esmera por cultivar. Esto, a la postre, le presentará un grave problema cuando Balmaceda le encomiende la escritura de la verdadera Historia de su gobierno. Bañados fue artífice, agente y protagonista de los hechos. Sin embargo, dadas las circunstancias históricas, y dada la petición que el Presidente-mártir le hace, Bañados se embarca en la escritura del gobierno de Balmaceda, haciendo esfuerzos sobrehumanos para ser objetivo e imparcial. No lo logra, por supuesto, pero sí logró dejarnos un libro detallado y documentado, escrito en orden cronológico y de manera impecable, sobre las circunstancias de la guerra civil.

EDUCACIÓN, LETRAS, POLÍTICA, LEYES: LAS CUATRO VERTIENTES DEL HACER

En sus biografías, Bañados, en su plan de escritura, siempre incluye la definición de las distintas *individualidades* del biografiado. Y el biografiado en cuestión siempre tiene una gran variedad de individualidades, como todos los sujetos liberales, por lo tanto, Julio Bañados también se las ingenia para cultivar las suyas propias. Estas individualidades le permiten al hombre liberal desarrollar diferentes aspectos de su espíritu y ejercer distintos valores y principios que se unen al gran espíritu de la nación liberal. Por ejemplo, en el caso del artículo de Bañados titulado “Don Miguel Luis Amunátegui”, en *Letras i Política* de 1888, luego de hacer una descripción del carácter de Amunátegui (hombre liberal y

patriota, amante de la instrucción pública, bondadoso, honrado, que en su corazón cultiva el amor a las letras, a la libertad política y civil, y a la verdad), divide la personalidad del autor en tres: el *educacionista*, el *político* y el *literato*.

LA EDUCACIÓN

Como profesor, Amunátegui profundizó en sus conocimientos en literatura y ejerció su *apostolado* con pasión y cariño por sus alumnos (Bañados fue uno de ellos, por lo que lo sabe con certeza), así, sus conocimientos y su legado se han hecho inmortales y ha preparado a otros para servir a la patria. Éste es el primer gran paso en el *hacer*.

Bañados también fue profesor: enseñó tanto en el Instituto Nacional y en varios liceos —desde los 19 años—, como en la Universidad. Como ya hemos dicho, para sus alumnos preparó varios textos que son usados hasta el día de hoy en la cátedra de Derecho Constitucional. Tan importantes fueron la pedagogía y la educación para Bañados que, posteriormente, fue ministro de Justicia e Instrucción Pública en el gobierno de Balmaceda¹⁹ y fomentó la educación grandemente en todos los niveles y en todo el país.

Para Bañados, “la grandeza de un país depende del estado de su instrucción pública” (LiP 145), puesto que el heroísmo no basta para sacar al hombre de la ignorancia y para generar progreso. El heroísmo, nos dice Bañados, debe ir de la mano del trabajo, la democracia, el estudio, las ciencias, las artes y

¹⁹ Julio Bañados fue ministro de Justicia e Instrucción pública, en el gabinete de José Manuel Balmaceda, entre el 2 de noviembre de 1888 y el 11 de junio de 1889 y luego de nuevo entre el 30 de mayo de 1890 y el 11 de agosto del mismo año. Como ministro, decretó la fundación del Instituto pedagógico en 1889; fundó el Liceo de Santiago en el mismo año. También promulgó el decreto que estableció el método concéntrico en la instrucción secundaria; declaró obligatoria la Educación Física en la primaria y en la secundaria y fundó el Instituto de Sordomudos. Entre otras cosas, ordenó la construcción de un nuevo edificio para la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile y otro para el Conservatorio de Música y Declamación (cf. http://historiapolitica.bcn.cl/resenas_parlamentarias/wiki/Julio_Ba%C3%B1ados_Espinosa). [6 de octubre de 2012]

las letras (cf. LiP 145s). Es más, nuestro autor cree que, para los tiempos que corrían, las revoluciones ya no se debían hacer derramando sangre, por la fuerza, sino que por medio de la educación y del estudio (cf. LiP 207s). La educación, finalmente, es capaz de moldear los caracteres y de salvarlos del error (cf. LiP 150). Cuando la educación, en Chile, fructifique, habrá mejores profesores y mejores profesionales y el progreso estará asegurado (cf. LiP 138).

LA EDUCACIÓN Y EL ESTADO

En su estética del orden, Bañados organiza la instrucción pública y estima que es necesario fomentar, aparte de las artes liberales y de la medicina, la enseñanza industrial, cosa de que haya empleo para los obreros, crezca la industria y haya dinero para seguir sosteniendo la educación. Sin embargo, no debe favorecerse un tipo de enseñanza por sobre el otro, puesto que se necesitan intelectuales en todas las áreas —sin que haya desmedro de unas sobre otras— para sacar adelante al país (cf. LiP 142).

Sostiene Bañados, además, que la educación debe ser *gratuita*. Y debe serlo porque —explica— los padres prefieren, en general, gastar su dinero en cosas diferentes al colegio, por un lado, y a los chicos, por otro, no les fascina tampoco la idea de ir a la escuela, pues ése es un sacrificio que se entiende con los años. Es por estas razones que la escuela debería ser gratuita y los profesores deberían ser cariñosos y benévolos, de modo de que los niños y jóvenes sientan ganas reales de estudiar y sus padres les ofrezcan verdaderamente la oportunidad de hacerlo. No sirve, abunda Bañados, el que haya pagos diferenciados, según las posibilidades de cada familia (esta discusión surge como respuesta al diputado por Linares, Zorobabel Rodríguez, quien fue el de la idea), porque el tener que declararse sin recursos es denigrante:

En verdad —sostiene Bañados—, el ser pobre no es un delito ni ante la propia conciencia, ni ante la ley, ni ante la moral, ni ante criterios ilustrados como el del honorable diputado por Linares. Pero en el colejio, dado el modo de ser de la sociedad, el declararse y el

ser pobre es casi una ignominia. [...] Obligar a un jóven que estudia en la Universidad a declararse pobre para pasar de un grado a otro, es establecer la desigualdad entre pudientes y no pudientes, es formar divisiones entre pobres y ricos, lo que choca con el principio de igualdad que sirve de piedra angular a una democracia y a una República (LiP 142).

Aparte de las razones anteriores, en Bañados se entienden también otras para defender la gratuidad de la educación: la primera y más obvia es porque el Estado liberal se ha declarado a sí mismo como *Estado Docente* y se ha comprometido a dar enseñanza gratuita a todo el que esté en edad de recibirla, y luego, porque el mismo Bañados y su familia tan numerosa tienen que haber sufrido bastante económicamente para que él lograra sacar adelante sus estudios de abogado y, por lo mismo, sabe que declararse pobre es una humillación inmerecida.

El sujeto liberal educador que hay en Bañados sostiene férreamente que la educación primaria debe ser *obligatoria*, que la enseñanza impartida por el Estado debe ser absolutamente *gratuita* y que debe haber *libertad* de enseñanza, es decir, tanto el Estado como los particulares pueden educar, siempre y cuando haya fiscalización y ciertas limitaciones (cf. LiP 143).

En su afán ordenador, Bañados también define y limita los derechos y deberes del Estado con respecto a la educación, y los derechos y deberes del pueblo, con respecto a la misma. Dado que el niño que nace le pertenece tanto a sus padres como al Estado (cf. LiP 135), el Estado debe velar por que ese niño se convierta, verdaderamente, en el ciudadano que la nación necesita. Considerando que el Estado, de alguna manera, *hará uso* del ciudadano, y en aras de la libertad y de la igualdad, es necesario que lo eduque gratuitamente. Así las cosas, el Estado debe “estudiar los planes de enseñanza, los sistemas de educación, los textos para el aprendizaje y [debe fiscalizar a] los maestros que son los inspiradores morales del alumno” (LiP 148).

Bañados define la relación entre el Estado y los ciudadanos —en cuanto a educación se refiere— de la siguiente manera, por medio de derechos y obligaciones recíprocas:

El uno, posee la facultad de exigir a sus gobernados que se ilustren y se pongan en aptitud de contribuir al progreso del país, y además posee la obligación de franquear a los mismos los medios indispensables para adquirir la educación que se les exige. Los gobernados, por su parte, tienen el deber correlativo de aprender y educarse, y el derecho de pedir al Estado facilidades para recibir las lecciones que necesitan. De esta sencilla fórmula desprendemos la lógica y justicia en que se funda la instrucción primaria obligatoria, piedra angular de una civilización seriamente comprendida y mejor aprovechada (LiP 150).

Para Bañados, no hay *igualdad* si es que los ciudadanos no reciben todos las mismas oportunidades para ser servidores útiles a la nación. Si hay diferencias en la preparación, entonces no todos podrán acceder a los cargos públicos y así se destruye el principio de la República liberal democrática y se pulverizan los sueños de la nación. La igualdad, entonces, debe partir por una educación gratuita para cada uno de los miembros de la patria, cosa de que no se mantenga en el tiempo la desigualdad que reina, en la segunda mitad del siglo XIX, cuando a la educación secundaria y superior sólo puede acceder la aristocracia (cf. LiP 151).

Aparte de la escritura misma, la pedagogía verdaderamente proporcionaba una forma de cerciorarse de que otros estuvieran también recibiendo el espíritu liberal. Permitía, a su vez, calar en los corazones de las nuevas generaciones y daba la oportunidad de hacerse de un nombre dentro del grupo de intelectuales del país. Un buen maestro se aseguraba, además, de educar correctamente a sus estudiantes para que ellos, cuando tuvieran que *ser la posteridad*, fueran justos en su juicio, tal y como Bañados estaba siendo justo con el juicio de sus maestros. Además, quien se ganaba un espacio entre los pedagogos del país corroboraba y validaba su sapiencia ante la sociedad.

LOS CARGOS PÚBLICOS EN EL ENTRAMADO LIBERAL

Una vez lanzado el sujeto liberal a la pedagogía —espacio que se había ganado, sin duda, por la calidad de su producción literaria—, podía continuar con el desarrollo del resto de sus individualidades, porque ya contaba con el prestigio para hacerlo. Notemos, además, que Bañados no sólo fue profesor sino que accedió a ser ministro de Justicia e Instrucción Pública. Como hemos visto en los apartados precedentes, la escritura de historia y de biografías era una especie de caligrafía para el sujeto liberal, con la cual ensayaba lo que sería en un futuro cercano. La caligrafía, finalmente, da paso al hombre público que asume una función clara dentro del Estado. La importancia del cargo público radica en que, ejerciéndolo, se ponen en práctica los derechos fundamentales de democracia e igualdad de cada ciudadano (cf. LiP 151).

Bañados, en su artículo “Incompatibilidades Parlamentarias” publicado en *Letras i política* de 1888, describe la importancia primordial de hacer de los ciudadanos sujetos capaces de ser electores y de ser elegidos para cargos públicos. Así, la igualdad y el principio democrático, pilares de la República liberal, son ejercidos por todos. He aquí la importancia de la educación. Es lo que habilita el ejercicio de la democracia. Y este ejercicio democrático es el que eleva al hombre al último escalafón de su perfección en la tierra (cf. EiB 258): el cargo público. La educación debe permitirle al hombre decidir qué es mejor para su futuro y debe permitirle, además, ser parte de ese futuro, poniendo su inteligencia y su hacer al servicio del país. Cuando el ciudadano liberal cumple con su educación y el Estado cumple con dársela, entonces está listo para ofrecerse en sacrificio por lo que sea que la nación requiera. Si la educación proveída por el Estado ha sido de calidad y ha logrado inculcar en los hombres el verdadero espíritu liberal, la nación puede exigir de los individuos sacrificios extraordinarios que los sujetos, finalmente, hacen gustosos, porque, a la postre, el patriotismo es, por lejos, el mejor epitafio para un ciudadano honrado (cf. EiB 238). A fin de

cuentas, la patria está por sobre el instinto de conservación, por sobre la familia y por sobre la propia individualidad (cf. EiB 239).

LAS LETRAS Y LA PRENSA

Podría pensarse que, con el ingreso del sujeto liberal al cargo público, la escritura pasa a un segundo plano, pero no es así, las letras no abandonan jamás al intelectual liberal de fines del siglo XIX. Las letras siguen siendo preponderantes, aunque ya no como ejercicio caligráfico, sino como parte estructural del hacer. De este modo, el periodismo se transforma en eje central del quehacer político del hombre público. Haciendo uso de las artes literarias, el hombre público esparce sus ideas, en la cotidianeidad, a través de la prensa. Las biografías quedan para ejercer la posteridad y la prensa se transforma en el nuevo bastión liberal, en el cual el ejercicio previo de esgrima de las escrituras anteriores se transforma en verdadera batalla de espadas.

La prensa, en la segunda mitad del siglo XIX, era el agente modernizador y educativo principal. Más que un periódico de noticias, la prensa era el medio de difusión por excelencia de las ideas doctrinarias del momento. Por lo tanto, el ser periodista se condecía más con la condición de político que la de literato (aunque el haber sido literato —o el serlo todavía— era primordial para poder participar de las batallas políticas sin ser menospreciado por las deficiencias escriturales. Si no se manejaban las reglas de redacción, no se tenía derecho de subir a la arena pública —con todo lo excluyente que esto puede ser—).

Bañados mismo se trenzó en magnas discusiones a través de la prensa con lo más granado del mundo intelectual. Varios de los artículos recogidos en *Letras i política* de 1888 e incluso varios artículos de *Ensayos i bosquejos* de 1884 fueron publicados primero en la prensa. La prensa y el púlpito en el Congreso eran los principales puntos de discusión de la política de manera pública. Ambos lugares estaban estrechamente relacionados, además, puesto que muchos de los discursos en el Congreso eran luego publicados una y otra vez en distintos

periódicos, con las correspondientes respuestas de los demás periodistas de los más diversos sectores políticos. De esta manera, se sanitizaba el discurso y se hacía creíble: ya no eran los postulados de un loco político o historiador, sino que era un artículo *publicado*, respaldado por otros que decidieron publicarlo y que lo consideraron digno de ser leído por los demás. Era un medio de legitimación de las ideas propias frente a la comunidad.

LAS LEYES

Esta forma combatiente antes descrita de ordenar el mundo y las ideas, si bien permitía construir modernidad y llevarla a distintos confines de la patria, tenía un par de problemas: por un lado, dado el alto nivel de analfabetismo reinante, había un amplio sector de la sociedad decimonónica que no se enteraba para nada de la contingencia política ni tenía derecho a voz en las discusiones y, por otro, los castillos en el aire ferozmente contruidos en las discusiones en la prensa no siempre lograban calar hondo en el devenir del país. La palabra promulgada en la prensa, si se quiere, se la llevaba el viento muchas veces. La que sí quedaba, en cambio, grabada para siempre en la nación y perduraba prácticamente incólume para la posteridad, era la que se hacía carne en las leyes de la República. No todos, por supuesto, tenían acceso a este modo tan completo y particular de engarzar la escritura con el hacer. Bañados, sin embargo, con su carrera de abogado y con su pluma de literato y de periodista bien afilada ya, tenía la llave maestra en sus manos. Cuando tuvo acceso al cargo de diputado por el departamento de Ovalle, primero, en 1885, y al de ministro de Justicia e Instrucción Pública, después, en 1888, las puertas le fueron abiertas para que la estética del orden se transformara finalmente en un hacer ordenador que traspasara los confines del papel y se convirtiera en palabra creadora de cambios reales en el país.

De este modo, la escritura de la nación pasó de ser lo que Bañados pensaba que el país podría ser, a lo que realmente debía ser y que todos debían

obedecer. En este contexto, la palabra y la escritura llegan a la cúspide de su poder y se convierten en un motor ordenador que se plasma en el papel, es cierto, pero que tiene un alcance superior a cualquier medio de comunicación imaginado. La estética del orden de Bañados traspasa los límites del reducido mundo intelectual de la República y se instala en todos los rincones de la nación. Entonces, “Once understood in the context of the narratives that give it meaning, law comes not merely a system of rules to be observed, but a world in which to live” (Cover 68).

Como dijimos, la narración —cualquiera que sea— nunca es inocente, siempre tiene un abanico de objetivos: desde crear la identidad propia y la del país, hasta convencer que el mundo es de una determinada manera. Finalmente, la narración busca crear una comunidad interpretativa que entienda el mundo de una forma definida. Bruner nos lo explica de la siguiente manera:

Stories, finally, provide models of the world [...]. Mythical stories in the ancient world [...] were intended as models for virtues and vices. To tell a story was to issue an invitation not to be as the story is but to see the world as embodied in the story. In time, the sharing of common stories creates an interpretive community, a matter of great moment not only for promoting cultural cohesion but for developing a body of law, the *corpus juris* (25).

Esta comunidad interpretativa era necesaria, puesto que, como podemos ver, los intelectuales liberales, con sus narraciones, tenían por fin crear una historia legal, querían generar un orden específico dentro del país que se formulara a través de sus leyes y que fuera obedecido gracias al poder ejercido por la ley, a través de la palabra.

En su artículo “Códigos de enjuiciamiento civil y criminal”, publicado en *Letras i política* en 1888, Bañados da cuenta de las intenciones de reformar el sistema judicial porque no se adapta a los nuevos tiempos:

Majistrados, abogados, agentes judiciales y todos los que directa o indirectamente han tenido que hacer en los Tribunales de Justicia, conocen de sobra la conveniencia que hai en reformar casi en absoluto los procedimientos en actual vijencia, procedimientos que, excelentes en otra época, hoy dia no reflejan los incesantes

progresos que ha hecho la ciencia de la legislación, las lecciones recojidas en la continua esperiencia de largos años de estudio y la práctica diaria por mas de cinco siglos de observacion atenta y de serias meditaciones. [...] Desde la promulgacion de las leyes de Alfonso el Sabio hasta el presente, se han cambiado muchas instituciones, se han planteado nuevas formas de gobierno, han crecido los derechos individuales, la sociedad ha encontrado en su organizacion íntima nuevos horizontes, las relaciones de los ciudadanos se han establecido sobre diversas formas y, en fin, todas las esferas de la actividad humana han experimentado trascendentales modificaciones (LiP 274).

Estas reformas que plantea Bañados puntualmente para el funcionamiento del sistema judicial son también válidas en el resto de los ámbitos.

La narrativa liberal, que llevaba al menos cuarenta años creando una comunidad interpretativa, necesitaba que su marco organizativo del mundo se plasmara finalmente en la estructura legal de la nación. Para lograr esto, “la lei debe siempre estar mas allá que la maldad, debe siempre aventajarla en las medidas de precaucion que hai que tomar para ahogar en su cuna las audaces tentativas que se hacen en contra de la honradez y de la justicia” (LiP 275).

Este afán de orden de Bañados en el ámbito legal es el último eslabón para transformar el escribir en un hacer que todos los demás conciudadanos están obligados a poner en práctica. En el afán de orden, Bañados escribe páginas y páginas sobre los derechos y deberes de los indios, de los imputados por un crimen, de los ministros, senadores y diputados, de los estudiantes, del Estado, de las municipalidades, del juez. No escatima esfuerzos para lograr que el orden impere en la República.

Estos esfuerzos escriturales iban acompañados de otros, más trabajosos quizás. Bañados siempre se las ingeniaba para visitar cada lugar que pretendía ordenar con sus escritos. Cuando habló de la Araucanía, hizo un viaje para recorrerla entera. Cuando fue diputado por tal o cual región, fue y vio con sus propios ojos las necesidades del lugar. Cuando hubo de defender la expansión de la línea del tren, visitó la zona. Y también y con mucho ahínco, siempre se preocupó primero de investigar: sus estudios comparados sobre educación,

constituciones, economías, literatura, etc., publicados en la prensa y recopilados en sus libros de 1884 y 1888, son una prueba fehaciente de sus afanes investigativos.

*

Como hemos podido ver, la estética del orden es el hilo conductor del quehacer de Bañados, primero, como escritor, y luego como hombre con cargo público. La narración incesante de nuestro autor comienza como una caligrafía de lo que será y ya después, cuando el hacer comience a fraguarse en la pedagogía y luego en el cargo público como diputado por el departamento de Ovalle, se transformará en lo que Bañados finalmente es: el intelectual liberal de fin de siglo que ha alcanzado el más alto escalafón de la ciudadanía: el trabajo en el Estado. Así, ya como hombre público, Bañados comienza un hacer incesante: funda escuelas, construye edificios, expande caminos y ordena frenéticamente la nación. Las acciones de hombre de Estado, sin embargo, no son, como podría creerse, el punto cúlmine del hacer del intelectual decimonónico. La cima de la acción viene dada por un regreso a la escritura en la formulación de leyes. Las leyes tienen un doble poder impresionante: por un lado, logran ser obedecidas y regulan el obrar del resto de los ciudadanos y, por otro, quedan para la posteridad y regularán también a otros ciudadanos nuevos y distintos que harán el juicio de la historia.

Las leyes logran meterse donde los escritos de la prensa no llegan: regulan la cotidianidad, dan permiso o prohíben, e influyen profundamente en la vida de cada individuo. No hay forma más concreta y precisa de influir en el devenir del país que a través de las leyes. Es la única manera de trascender los problemas intrínsecos de la escritura: llegan a todas partes independientemente de si la gente sabe leer o no e independientemente de si logran tener acceso a ellas o no. Las

leyes tienen el poder de fundirse en la cotidianeidad y modificarla.²⁰ Así de poderosas son las leyes y así de fuerte es su influencia en la vida de las personas. La domesticidad que no lograban reflejar las leyendas y a la que no se refería la historia es definida y modificada extensamente por las leyes.

BAÑADOS: PUBLICISTA, POLÍTICO Y JURISTA

El trabajo en leyes, como dijimos, llegó de la mano con la entrada de Bañados al Congreso.²¹ En el Congreso, la escritura original pasa a tener una voz y el escritor se convierte en orador. El discurso, entonces, adquiere no sólo firmeza en el papel, sino que una puesta en escena que incluye, de manera mucho más visible, al cuerpo del intelectual y entonces el *hacer* está consumado. La identidad propia, finalmente, cobra vida y está completa. Las ideas ya no vagan solas en un periódico, acompañadas de una firma, ahora salen de la boca de la persona que habla frente a un grupo de senadores y diputados elegidos democráticamente (lo más democráticamente posible, dadas las circunstancias de la época)²² y que ha sido, en sí misma, escogida entre lo más granado del país para ocupar ese puesto. Este ejercicio oral es la madurez de las ideas y es cuando se aúna el intelectual con el hombre público y se completa, idealmente, la identidad del ciudadano finisecular decimonónico.

Bañados ofreció —entre 1885 y 1891 y entre 1894 y 1899— un sinnúmero de discursos en el púlpito del Congreso. De él, dice Figueroa:

²⁰ Cuando la ley sobre los cinturones de seguridad fue establecida en Chile, cada ciudadano tuvo que ponerse el cinturón y la postura del mismo se convirtió en un acto reflejo de cada automovilista en todo el país. Así las cosas, una ley que, probablemente, nadie ha leído, ha transformado la cotidianeidad profundamente, a tal punto, que el abrocharse el cinturón ha pasado a ser un acto automático que es hecho apenas se sube una persona a un vehículo.

²¹ A partir de 1885, Bañados formó parte del Congreso como diputado de Ovalle, hasta el estallido de la Revolución. Luego, una vez amnistiado, en 1894, volvió al país para retomar su puesto como diputado por el departamento de Ovalle, cargo que ejerció hasta el día de su muerte, el 17 de febrero de 1899.

²² Bien sabemos que, en la realidad, estos puestos más bien se compraban y el ejercicio democrático poco tenía que ver con la ascensión a los puestos de autoridad.

En la oratoria del Congreso ha sabido conquistarse lugar preeminente por su elocuencia y la seguridad de sus juicios. Es un orador notable, de espresion sonora y animada, de reflexivo pensamiento y de una rara novedad en la forma de sus discursos. Ha sido, acaso, el orador político mas juvenil de nuestro parlamento, en el sentido científico, es decir, filosófico, de la apreciacion crítica moderna, y, sin duda, el mejor preparado, en sus cortos años, para los debates serios y fundamentales del cuerpo lejislativo. Verdadero orador parlamentario, de razonamiento y reposo, sin los arrebatos tribunicios de la pasion, ha decidido, en mas de una solemne ocasion, de la suerte de los partidos en lucha, sirviendo, con acrisolada honradez y patriotismo, los altos intereses del pais y en especial las profundas y aquilatadas convicciones de su credo liberal (184).

Bañados, en su ascensión al poder, en el Parlamento primero y con Balmaceda después, accede no sólo a la promulgación de leyes, sino que se convierte en el asesor político y legal del presidente. Sigue, de todos modos, con su trabajo de periodista, y funda el periódico *La Nación*, en 1890, para defender la postura del gobierno. En este diario, Bañados presenta a la opinión pública los postulados del gobierno y expone su concordancia con la Constitución. Como jurista, trabaja en el Proyecto de Reforma Constitucional durante el gobierno de Balmaceda, quizás la intervención legal más importante a la que podía aspirar. De hecho, el 20 de mayo de 1891, frente al Congreso, propone sus ideas para la reforma constitucional.

SISTEMA REPRESENTATIVO E INCOMPATIBILIDADES PARLAMENTARIAS

Bañados fue, desde sus orígenes como intelectual liberal, un férreo defensor del sistema representativo y esta idea de nación es el hilo conductor de sus alegatos legales. En su artículo “La Instrucción Pública en Chile”, publicado originalmente en 1885 y republicado en *Letras i Política* en 1888, nuestro autor explica el origen de estas ideas que, juzga, provienen de la raza sajona y su educación:

En la raza sajona [...] existe la tendencia de cultivar preferentemente la razón y el entendimiento, bases fundamentales de la personalidad humana. Producto de este modo de ser es la enseñanza experimental. Las maravillas originadas por el sistema representativo en Inglaterra y los prodigios producidos por la república democrática en los Estados Unidos, son consecuencias lógicas de una instrucción apoyada en la experiencia y en la práctica (LiP 149s).

Para nuestro autor, el sistema representativo se funda en las incompatibilidades parlamentarias que, por supuesto, él defiende. Hizo un discurso al respecto, en las sesiones del 20 y del 31 de agosto de 1888 del Congreso, titulado, precisamente, “Las Incompatibilidades Parlamentarias”. Explica que “Siempre he mirado las incompatibilidades parlamentarias como la piedra angular sobre que descansan las instituciones de un pueblo libre y siempre las he considerado como el ideal necesario para fundar de un modo racional la independencia de los poderes públicos” (LiP 386). Para Bañados, de esta reforma depende que el prestigio del partido liberal y de los empleados públicos sea reparado y de ella depende también la independencia del Congreso.

En esta oportunidad, las reformas que se plantean consisten en cambiar el artículo 23 de la Constitución política, por el siguiente:

Art. 23. No pueden ser elegidos diputados:

- 1° Los eclesiásticos regulares, y los párrocos y vice-párrocos
- 2° Los magistrados de los tribunales superiores de justicia, los jueces de letras y los funcionarios que ejercen el ministerio público;
- 3° Los intendentes de provincia y los gobernadores de plaza o departamento;
- 4° Las personas que tienen o caucionan contratos con el Estado sobre obras públicas o sobre provisión de cualquier especie de artículos;
- 5° Los chilenos a que se refiere el inciso 3.º del artículo 6.º, si no hubieran estado en posesión de su carta de naturalización a lo menos cinco años antes de ser elegidos.

El cargo de diputado es incompatible con todo empleo público retribuido y con toda función o comisión de la misma naturaleza. El electo debe optar entre el cargo de diputado y el empleo, función o comisión que desempeñe dentro de quince días si se hallare dentro del territorio de la República, dentro de ciento si estuviera ausente.

Estos plazos se contarán desde la aprobación de la elección. A falta de opción declarada dentro del plazo, el electo cesará en su cargo de diputado.

Ningún diputado, desde el momento de la elección y hasta seis meses después de terminar su cargo, puede ser nombrado para función, comisión o empleo públicos retribuidos (LiP 385).

Todas estas ideas planteadas buscan, finalmente, “la constitución científica del Estado; y es un proyecto que desarma en buena parte la omnipotencia del ejecutivo” (LiP 386). Nuestro autor es partidario de la autonomía del Poder Legislativo y de la separación absoluta de todos los Poderes, porque sino, plantea, se rompen “el equilibrio y las compensaciones de los organismos de que se compone una sociedad” (LiP 387).

Bañados hace un recuento de cómo se fue elaborando la Constitución chilena y va explicando cómo, a cada paso, los legisladores fueron optando por la independencia de los Poderes y las incompatibilidades parlamentarias. Y propone, finalmente, que las incompatibilidades parlamentarias sean reformas de carácter constitucional, puesto que afectan el derecho fundamental de la elegibilidad y, al darles carácter de leyes constitucionales, se les da más prestigio y se asegura su durabilidad y la estabilidad del país.

En sus postulados, como siempre, Bañados va, en un orden milimétrico y además comparativo, exponiendo sus ideas sobre la conveniencia para el progreso nacional de las incompatibilidades parlamentarias y del sistema representativo. Explica los fundamentos científicos para escoger las incompatibilidades parlamentarias por sobre otros sistemas y analiza las constituciones de 37 países comparativamente. Asegura, además, que con las incompatibilidades parlamentarias definidas, los jueces —ya ajenos al quehacer del Congreso— podrán juzgar con mayor libertad.

LA CONSTRUCCIÓN DEL *PUEBLO*

En su afán organizativo y legislativo, Bañados finalmente pretende realzar las funciones de los ciudadanos dentro de la República: “Lo que es preciso crear y lo que es preciso constituir entre nosotros es el *pueblo*²³ que como poder político es apenas una perspectiva y cuya existencia se ve solo en el papel y en las metáforas de la elocuencia tribunicia” (LiP 419). Los fraudes electorales se detendrán y el progreso será una realidad “el día en que el pueblo de Chile sea una realidad como poder, como influencia, como foco de opinión, como haz de acción y de propaganda, y como depositario de la soberanía nacional” (LiP 419).

Aquí podemos entender cuál fue la *radicalización* de las ideas de Bañados. La creación del pueblo como un poder dentro del Estado es una idea que debe haber recibido las más ácidas críticas por parte del sector aristocrático-terrateniente que, por su necesidad de mano de obra barata, habrá visto con pésimos ojos esto de educar a los inquilinos y, sobre todo, esto de darles derecho a pensar y a elegir por sí mismos. El poner al pueblo en la palestra como un grupo con poder dentro del Estado era una osadía que Bañados pagaría muy caro después.

Para que las ideas de Bañados y el partido liberal llegaran a conformar realmente un *pueblo*, había que asegurar el sistema representativo. Así, a través de las leyes y de la educación, se asegurarían las libertades colectivas e individuales, marco esencial para que los ciudadanos crezcan libres y sean productivos, tanto en el trabajo como en la procreación. Dentro de este sistema, la historia contada y recopilada por los intelectuales es la memoria del pueblo y la constituyente de la identidad nacional. Es, a su vez, la guía moral del pueblo y la que va ejerciendo la labor de la posteridad. En su afán narrativo, la historia, por un lado, educa para ser mejores y, por otro, permite no repetir errores cometidos por los antepasados.

²³ Itálicas del autor.

En el orden liberal inclusivo de Julio Bañados, caben todas las personas del país, desde la aristocracia hasta los indios, puesto que para nuestro autor todos son posibles ciudadanos útiles al progreso de la República. Para que esto sea así, el Estado debe asegurar la educación gratuita y de calidad para todo aquel que quiera acceder a ella, sin importar su condición económica o social.

La educación, el fomento de la propiedad privada y del lucro son los pilares sobre los cuales se sostiene el progreso de Chile. Todo lo anterior, unido a la industrialización del país y a la extensión de la línea férrea, asegura la moralización de la nación y su modernización.

*

Escribir leyes, reformar la Constitución es, finalmente, escribir el verdadero cuerpo de la República, es definir su cotidianeidad, su estructura, su moral y sus principios. A fin de cuentas, “el deber del periodista es solo indicar los puntos capitales y analizarlos con rapidez y al pasar. El hombre de prensa, como el ave que surca el mar, solo recorre la superficie, dejando al legislador y a los que dirijen el gobierno la misión de hacer prácticas las ideas, de darles cuerpo, de codificarlas y de sancionarlas con carácter obligatorio” (LiP 186s). Era de suponerse, con ese orden férreo de Bañados y con su carrera de abogado, que sus esfuerzos terminarían convirtiéndolo en legislador. Su identidad, finalmente, se basa en este proceso frenético de escritura que pasa, primero, por el ejercicio de la narración, en las leyendas y biografías, y que se va completando con la escritura de la historia nacional. El gran salto, desde el ejercicio caligráfico hacia la compleción de la identidad de intelectual liberal chileno, se da con la llegada al cargo público, como diputado de Ovalle en 1885. Sin embargo, este hacer no es suficiente. La escritura se redefine. Sigue siendo, en muchos casos, propagandística de las ideas políticas del momento, y es también, con mayor fuerza, la escritura indeleble de la moralidad de la nación. La posibilidad de modificar las leyes, de re-escribirlas según los nuevos tiempos, según los avances de la modernidad, es, por

lejos, la mejor manera de construir la nación. En esta nueva escritura, se re-define no sólo el pasado de la nación, sino que su presente y su futuro. Es la descripción acabada de la moral, las costumbres y la cotidianeidad del país. Es, a su vez, una guía clara y definitoria para las nuevas generaciones. Nada escrito en la prensa tendrá jamás tanto poder sobre el ciudadano común como la ley.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN: ESCRITURAS Y DESLIZAMIENTOS EN LA MODERNIDAD

En los capítulos anteriores, hemos visto cómo Julio Bañados se fue convirtiendo en un intelectual útil a la nación. Analizamos sus ideas y su forma de aportar a la República por medio de la escritura. También vimos cómo Bañados contribuyó, con sus ideas y su escritura, al entramado liberal y cómo, con esa misma escritura, fue construyendo su propia identidad, como intelectual liberal. En este capítulo, veremos cómo la guerra civil quebró el esquema que Bañados —junto con Balmaceda— tenía para la nación y cómo Julio Bañados enfrentó este tremendo escollo, una vez más, a través de la escritura. En sus escrituras últimas: *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*²⁴ y en las *Cartas del Destierro*²⁵ que escribió a su mujer, veremos la construcción que hace de su identidad, de la nación y de Balmaceda; y veremos también cómo, muy a pesar de todas las circunstancias, la escritura sigue siendo el modo que tiene para construir la nación y los antiguos valores de los intelectuales de la primera mitad del siglo siguen rigiendo su vida.

Ahora haremos una breve presentación de los textos de Bañados, luego veremos las causas de la revolución y terminaremos este capítulo con el análisis de la escritura última de Bañados.

LAS CARTAS DEL DESTIERRO²⁶

Luego de los desastres de Concón y Placilla, Bañados partió con lo puesto a un destierro incierto. En total, estuvo dos años y medio fuera del país. Su

²⁴ Esta obra fue publicada finalmente en París, en 1894, por los Hermanos Garnier.

²⁵ Las *Cartas del Destierro* fueron publicadas íntegras, en 2006, luego de un exhaustivo trabajo filológico que fue parte de mi tesis de Magister en lingüística, en la Universidad de Chile. Fueron publicadas, con la cooperación del historiador Alejandro San Francisco, en la editorial Bicentenario.

²⁶ Para la descripción de las cartas me he basado en la introducción que escribí para *Cartas del Destierro*, de 2006. Para las citas, usaré la sigla CD para referirme a esta obra.

periplo partió en Perú, siguió por Norteamérica y terminó en París, donde pasó la mayoría del tiempo. En sus viajes, se dedicó, con una disciplina espartana, a recorrer cada ciudad, para poder aprender lo mejor posible el funcionamiento de los avances que iba encontrando. Guardó registro de lo que vio en las cartas que escribió a su mujer. En sus cartas también fue dejando constancia del progreso de su obra *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*²⁷ y de las cosas que iba necesitando. Una vez en París, se dedicó a recorrer cada milímetro de la ciudad, con un afán científico, pero también con una suerte de ansiedad vital por hacer suyo un mundo que le era completamente desconocido —hablaremos de esto más adelante—.

Asimismo, Bañados refleja en sus cartas los bullados tiempos de fin de siglo. En Estados Unidos, visita la Casa Blanca y se entrevista con Mister Blaine, quien había sido agregado en Chile durante la Revolución. En el barco, camino a Francia, ve y escucha a Sara Bernhardt y su coro. Ya en tierras galas, hace largas descripciones de la colonia chilena en la Francia de fin de siglo y detalla fiestas, celebraciones del 14 de julio, almuerzos con personajes ilustres, y visitas a gente importante. En París va a clases con Luis Pasteur, asiste a las sesiones del Congreso francés y escucha a Churchill. En los baños de Aix-les-Bains, se encuentra con los reyes de Grecia e incluso tiene oportunidad de estar con el Príncipe de Gales. Rubén Darío le dedica el siguiente párrafo de su diario: “Yendo en una ocasión por los bulevares, oí que alguien me llamaba. Me encontré con un antiguo amigo chileno, Julio Bañados Espinosa, que había sido ministro principal de Balmaceda. Se ocupaba en escribir la historia de la administración de aquel infortunado presidente. Nos vimos repetidas veces” (cf. Felix, 2004).

Julio Bañados Espinosa escribió, de su puño y letra, 86 cartas desde el 29 de agosto de 1891 —día siguiente a las derrotas en Concón y Placilla y día del

²⁷ Bañados llama a su obra *la Historia*. Da la impresión, en sus cartas, que el título lo puso al final, luego de haber terminado de escribir. En adelante, en aras del espacio, llamaremos también la Historia, a la obra de Bañados. Cuando haya citas, será abreviado el título así BGR I, para el tomo I, y BGR II, para el tomo II.

saqueo— hasta el 4 de enero de 1894, fecha de la última carta que se tiene. Hay, además, dos cartas que tuvo que dictar a un amigo mientras estaba en el Perú, por encontrarse afectado de la mano. El total de 88 cartas está repartido de la siguiente manera:

| | 1891 | 1892 | 1893 | 1894 |
|------------|------|------|------|------|
| Enero | -- | 5 | 2 | 1 |
| Febrero | -- | 6 | 2 | -- |
| Marzo | -- | 4 | 2 | -- |
| Abril | -- | 4 | 3 | -- |
| Mayo | -- | 2 | 2 | -- |
| Junio | -- | 2 | 2 | -- |
| Julio | -- | 3 | 3 | -- |
| Agosto | 1 | 2 | 3 | -- |
| Septiembre | 5 | 4 | 2 | -- |
| Octubre | 4 | 2 | 2 | -- |
| Noviembre | 6 | 2 | 3 | -- |
| Diciembre | 6 | 2 | 1 | -- |

La frecuencia en que Julio Bañados escribe tiene directa relación con la cantidad de vapores disponibles. A mayor número de vapores saliendo hacia Chile, mayor número de cartas, independientemente del lugar en donde se encuentre. Cuando está en Perú, por ejemplo, los vapores hacia Chile son frecuentes y escribe a razón de una vez por semana. Ya en Francia, en cambio, los vapores son quincenales y, entonces, escribe, en promedio, dos cartas al mes.

No se sabe por qué discontinuó su correspondencia después de la carta del 4 de enero de 1894 y no poco antes de partir de Francia hacia Chile (se embarcó en abril del mismo año). Por lo tanto, puede que las cartas restantes, si las hubo, se hayan perdido.

La gran mayoría de las cartas están dirigidas a la esposa de Julio Bañados, doña Ester Valderrama Téllez. Sin embargo, hay también una dirigida a su suegro, don Adolfo Valderrama Sáenz de la Peña, y otras dos a cada una de sus hijas: Virginia y Julieta Bañados Valderrama. A su tercera hija, Laura, no le escribe porque es demasiado pequeña y no sabe leer.

BALMACEDA, SU GOBIERNO Y LA REVOLUCIÓN DE 1891

A partir de 1892 y principalmente durante 1893, Bañados dedica todos sus esfuerzos a la escritura de la *verdadera* Historia de Balmaceda, que el malogrado Presidente le encargó.

La obra está dividida en dos tomos: el primero tiene 720 páginas y está destinado a relatar principalmente la vida política de Balmaceda previo a ser elegido Presidente de la República.

El libro parte con un *Prólogo* —que analizaremos con detalle más adelante— en el que Bañados explica que, a pesar de estar envuelto directamente en los acontecimientos, será objetivo en su análisis y hará un recuento acabado de los sucesos vividos y de la administración Balmaceda.

Bañados parte haciendo un breve resumen de la infancia de Balmaceda y de sus estudios y ya luego se adentra en profundidad en la vida política del Presidente. Analiza su participación en la guerra del Pacífico *in extenso* y en el partido Liberal. Explica con lujo de detalles el programa liberal para el país (sistema de unión y patronato; cementerios y sepultación; separación del Estado y la Iglesia; registro civil; libertad de conciencia) y los escollos que es necesario sortear para lograrlo. Expone también, en detalle, la Constitución de 1833, las consiguientes modificaciones y los distintos ángulos del dilema protagonista del fin de siglo: sistema Parlamentario o sistema Representativo. También detalla los conflictos del gobierno de Santa María que heredó Balmaceda después. Y comienza su esbozo de los distintos episodios y de las razones que dieron pie a la Revolución de 1891. Finalmente, hace un recuento completo del gobierno de

Balmaceda en aquello que no atañe directamente a la Revolución, aunque siempre teniendo en vista que su objetivo principal es desentrañar las razones y hechos de la guerra civil. Así, presenta una visión muy detallada del estado de situación de la política interna y externa del país. De este modo resume Bañados la administración:

Balmaceda es el estadista que con mayor perseverancia y con más audacia que sus predecesores, juntos ó aislados, ha puesto en acción las calidades de empuje individual, de laboriosidad y de reforma en el sentido de disminuir las atribuciones del jefe del Estado, de independizar los poderes públicos, de descentralizar los servicios administrativos, de constituir la autonomía municipal y de dar vuelo gigantesco á obras de carácter reproductivo, como ser ferrocarriles, caminos carreteros, muelles, escuelas, establecimientos especiales de Instrucción.

Son tanto más plausibles su patriotismo, su iniciativa y los resultados obtenidos durante su fecundo Gobierno, cuanto que en el plan de sus vastas obras encontró pocos cooperadores convencidos y muchos enemigos públicos ó embozados. Para consumir sus proyectos de engrandecimiento nacional, tuvo todavía que resistir el torrente de dificultades políticas que sacudió toda su Administración y que ya conoce el elector en las primeras partes de esta Historia.

Balmaceda es la demostración práctica de dos indiscutibles verdades históricas:

La condición del mérito en la lucha; y

Los insignes Reformadores de un país ó Apóstoles de una gran causa pagan casi siempre con el dolor ó con su existencia los servicios que se prestan á su patria y á la humanidad (I 702s).

Después de esta cita, termina el tomo I con una extensa lista de los logros del gobierno de Balmaceda en los distintos ministerios.

El segundo tomo parte con la sublevación de la Escuadra tras el decreto del gobierno del 5 de enero de 1891, con el que se promulgó la ley de Presupuestos. Bañados irá intercalando descripciones detalladas de los preparativos de la Revolución, con las reacciones del gobierno. Alternará capítulos sobre análisis político de las situaciones desde el 5 de enero de 1891, con descripciones detalladas de escuadrones, regimientos, avances de la Escuadra revolucionaria, telegramas, artículos de prensa y opiniones variadas. Hace listas de diarios

balmacedistas y revolucionarios, de participantes de ambos bandos, de generales de ambos lados, de buques, armamentos, trenes, caballos. A su vez, va analizando las distintas causas de la Revolución, desde dos perspectivas: la revolucionaria y la balmacedista y va entretejiendo así su justificación histórica.

Desentraña con un grado sorprendente de objetividad —dadas las circunstancias— el hilo conductor de la Revolución, sus organizadores, sus fundamentos —tanto políticos, como económicos y sociales— y expone respuestas contundentes a los cuestionamientos revolucionarios con argumentos históricos, legales, económicos y políticos y muchas veces haciendo uso de su ya tradicional sistema comparativo.

A partir del capítulo XXVIII, Julio Bañados advierte que lo que narrará lo sacará de sus propios apuntes y, a pesar de esto, logra no ser el centro de la narración. Con generosidad, les cede, a Balmaceda y a la descripción realmente minuciosa de las batallas que le tocó dirigir, el lugar de honor.

Termina el segundo tomo en la página 784, con la siguiente cita del *Testamento Político*²⁸ de Balmaceda:

«No hay que desesperar de la causa que hemos sostenido, ni del porvenir», dice Balmaceda en su Testamento Político.

«Si nuestra bandera, encarnación del Gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo en tiempo no lejano; y con defensores numerosos y más afortunados que nosotros, flameará un día para honra de las instituciones chilenas y para dicha de mi patria, á la cual he amado sobre todas las cosas de la vida»

FIN

²⁸ En las citas del *Testamento Político* de Balmaceda, en adelante, se usará la sigla TP.

ANTECEDENTES DE LA GUERRA CIVIL

Durante el gobierno de Balmaceda, por primera vez, no sólo la aristocracia se veía envuelta en las discusiones, sino que los distintos sectores sociales estaban tomando partido. Dada la transversalidad del conflicto, la definición de las causas no puede hacerse desde una sola perspectiva. Hay que considerar, por ejemplo, que la pugna entre el Poder Ejecutivo, que quería instaurar el sistema presidencial, y el Parlamento, que quería el sistema parlamentario, no fue, a la sazón, la coyuntura insalvable. Tampoco lo fue la aprobación, por parte del Ejecutivo, del presupuesto anual sin la aprobación del Congreso. Si bien es cierto que éstas eran las razones esgrimidas por los opositores, había otra red de acontecimientos, mucho menos obvia, que también tuvo gran incidencia en el estallido de la guerra civil.

Desde la perspectiva económico-social, el gobierno se percibía a sí mismo como agente modernizador que incluiría al pueblo en las esferas públicas y disminuiría el poder oligárquico. “Según Julio Bañados Espinoza [sic] (15 de agosto de 1890), Chile, desde la Independencia, venía siendo gobernado por la oligarquía ilustrada, pero ‘desde hace algunos años se sienten en todos los ámbitos de la sociedad estremecimientos precursores de la entrada del pueblo a la dirección del gobierno; es deber —advertía— que dicha transformación, política, social y económica, se haga sin lágrimas, sin ruina ni dolorosas convulsiones” (Subercaseaux 21). Con este discurso vemos el inicio del problema social y del rechazo a la oligarquía. Balmaceda, además, estaba impulsando una economía de corte nacionalista que entró en conflicto con los capitales extranjeros. El Presidente concebía al “Estado como motor de toda actividad económica” (Subercaseaux 22) y se oponía al monopolio inglés del salitre.

Gracias a los impuestos provenientes de la industria salitrera, el gobierno de Balmaceda tuvo el dinero suficiente para impulsar importantes obras públicas. El efecto colateral fue que subió el precio de la mano de obra y esto afectó directamente a la oligarquía agricultora. El gobierno también había iniciado una

política nacionalista que chocó de frente contra los intereses de los empresarios del país (banqueros, mineros, comerciantes, etc.) y en especial contra los de John Thomas North y el imperialismo económico inglés. Según Ramírez Necochea, el problema económico sería, en realidad, la verdadera razón de la guerra civil.

Julio César Jobet también percibe el conflicto de 1891 como una “Pugna económica en el marco de un conflicto de clases” (en Subercaseaux 22). Necochea postula que éste no es “un conflicto intraoligarquía sino uno en que participan también las capas medias y populares, la mesocracia es derrotada por la aristocracia con el beneplácito del clero” (en Subercaseaux 23).

El conflicto social se fue agravando en la medida en que Balmaceda fue incapaz de unir al liberalismo bajo una doctrina común. El desacuerdo político se convirtió en un desacuerdo de tipo social: la desavenencia política era también, en realidad, producto de una desavenencia entre castas. De este modo, se logró darle “rango social al antibalmacedismo, articulando una postura que connotaba como de ‘buen tono’ el ser opositor” (Subercaseaux 24). Muchos liberales aristócratas y muchos militares se pasaron a la disidencia, lo que tuvo un alto costo para Balmaceda. Guillermo Palma dice que “Todos los caballeros están en la oposición, solamente los siúuticos, los infelices y los empleados públicos, están en el gobierno” (en Subercaseaux 26).

Es difícil descomponer esta compleja estructura de castas, sobre todo si consideramos que cada persona se cree perteneciente a una determinada y, sin embargo, eso no quiere decir que los miembros de esa casta determinada consideren a esa persona dentro de ella.

LA CUESTIÓN SOCIAL Y JULIO BAÑADOS

A Julio Bañados lo acusan, entre otras cosas, de ser siúutico. Esta acusación, que hoy en día podría ofender, en aquel entonces no sólo ofendió sino que fue una de las causas de la Revolución. Para entender esto, recordemos que Balmaceda fue escogido presidente gracias a su alianza con “casi todo el Partido

Liberal y la opinión radical con los monttinos que se han cuadrado como un solo hombre” y quedó entonces la oposición “compuesta de las *luminarias liberales*²⁹ y de los conservadores y los pocos radicales” (Orrego 122). Esta unión fue hecha entre caballeros, todos aristócratas, que consideraban que tenían rasgos en común, a saber, un político era, supuestamente, “alguien de juicio equilibrado, prudente, mesurado” (Barros y Vergara 177), alguien, además, que “mantiene una relación especial con los demás miembros de su clase” (Barros y Vergara 180). Balmaceda, sin embargo, con el correr de los meses, desde la perspectiva de la aristocracia, va cambiando sus alianzas y deja a los liberales que lucharon por él y busca la compañía de las *luminarias*. Luego se rodea de siúuticos politiqueros y termina queriendo atraer a los conservadores. En resumidas cuentas, ofendió a todos su amigos y a todos sus enemigos.

Sin embargo, independientemente de las alianzas políticas, el problema de los siúuticos era de gran importancia: la oposición al gobierno “no se hace a partir de una diferencia doctrinaria o de la evaluación de ciertas medidas, sino simplemente porque éste se ha rodeado de siúuticos” (Barros y Vergara 37). El diario *La Época*, “periódico independiente ligado a los liberales que habían apoyado a Balmaceda, concibe al Presidente como un desleal y traidor a sus orígenes” y el problema es que el rodearse de siúuticos significa “una afrenta a la honra” de sus antiguos aliados (Subercaseaux 26s). Si bien es cierto que hay, por supuesto, variadas razones para el estallido del conflicto, en el libro de Orrego Luco, *Memorias de un tiempo viejo*, el principal detonante es el conflicto con los siúuticos que se transforma, finalmente, en un conflicto de castas (cf. Subercaseaux 24).

Un siúutico es aquel que busca “arribar imitando los códigos que cree lo acercarán al plano de aquellos a quienes quiere imitar o, en el más ambicioso de los casos, lo harían parte del grupo al que sueña pertenecer” y el término aparece “como artillería para repeler el ascenso” (Contardo 24). Es, en buenas cuentas, el

²⁹ Cursivas del autor.

“individuo que viste, camina, habla o gesticula como elegante, pero que aparece como grotesco porque carece de naturalidad” (Subercaseaux 26).

A los siúuticos, en tiempos de Balmaceda, se les consideraba sólo para hacerles burla. No se los convidaba a ningún lado (cf. Orrego 60) y reírse de ellos “se transforma en un ejercicio de esparcimiento” (Contardo 128), como aquella vez en que, a la llegada de Julio Bañados al Club Hípico, “la muchachada le recibió con tremenda silbatina y gritos de *abajo los siúuticos del gobierno*” (Orrego 295). El mismo Orrego Luco relata varios encuentros con Julio Bañados y se nota la sorna, a pesar de que lo define también como su amigo:

Yo recordaba las múltiples y graciosas anécdotas de mi amigo Bañados Espinoza [sic]. Le había conocido muy íntimamente ya que era redactor de *La Época*. [...] Su facilidad para hablar y escribir eran extraordinarias, pero sus escritos no pasaban de ser vulgaridades. [...] se conquistaba a sus amigos por su franqueza y bonhomía campechana. Carecía por completo de sagacidad y de conocimiento de los hombres y circulaban acerca de él anécdotas sabrosas. (239; cf. 321).

En otra parte, el mismo Orrego dice: “Julio era muy simpático y exhuberante [sic] y tenía dotes de escritor y de tribuno. Yo creo, sin embargo, que como literato era bastante malo y como político tampoco tuvo un buen resultado” (185).

Era tal el rechazo hacia quienes recibían el mote de siúuticos que, cuando Acario Cotapos fue donde Isidoro Errázuriz a negociar, para encontrar una salida al conflicto incipiente, no aceptaron la negociación (que podría haber mejorado enormemente el desastre político imperante), porque enviar a Cotapos era como “pedir la mano de Adriana Cousiño por medio de la cocinera de la casa” (Orrego 304).

Las ofensas a la honra de Bañados y, por ende, a la de su familia, son constantes y persistentes, en especial, porque Bañados es prácticamente el brazo derecho de Balmaceda y los siúuticos, según los aristócratas, carecen de moral y de capacidad para gobernar, por lo que son indignos de confianza (cf. Contardo 122).

La moral le viene a la aristocracia conjuntamente con la antigüedad de sus tierras y las hazañas de sus antepasados y esa creencia era inamovible. La aristocracia tiene “un modo de ser [que] implica una suerte de clausura frente a la realidad. Un comportamiento típico repite fórmulas ya consagradas y tiende a prejuzgar o a ignorar cualquier novedad” (Barros y Vergara 20), tienen una visión de mundo totalizadora y de verdades absolutas (cf. Barros y Vergara 22). El poder de la aristocracia “aparece como de orden divino y quienes lo ejercen cobran la investidura moral de dignatarios de Dios” (Barros y Vergara 23) que la hace indiscutible. Bañados debe demostrar, constantemente, que tiene derecho a gobernar aunque no posea tierras ni haya en su familia glorias de la Conquista. Él es un hombre que ha debido ganarse el sustento con su trabajo y eso lo pone en una posición desventajosa con relación a aquellos que viven del trabajo que otros realizan en sus tierras. Hay, incluso, una superioridad moral en el ocio: “la oligarquía verá en la innecesariedad de trabajar, propia de su situación social, una suerte de reflejo de su supuesta excelencia. Al conferirle al trabajo una connotación negativa, podrá interpretar la discriminación entre trabajadores y no trabajadores en términos de superioridad e inferioridad moral” (Barros y Vergara 51).

Mandar, desde la perspectiva de Bañados, es enseñar al pueblo sus posibilidades y velar por que las alcance (cf. Barros y Vergara 167). En este sentido, con su cargo al lado de Balmaceda, Bañados habría quedado por sobre la aristocracia que ha sido la que ha mandado en Chile desde la llegada de los españoles. Simplemente la superaría. Entrar al gobierno y dirigir el país es la superación última de la lucha de clases instaurada por la oligarquía. Y esto, por supuesto, no puede ser, y todo artificio imaginable para que la aristocracia mantenga el poder es aceptado y puesto en práctica.

CHOQUE DE VISIONES DE MUNDO

Hay también, y no podemos negarlo, un choque importante de visiones de mundo y de valores. Encontramos los antiguos valores de los intelectuales de la primera mitad de siglo, que basaban su actuar en el honor, la disciplina y la justicia, junto con los nuevos modos de vida que están llegando gracias a la creación de nuevas fortunas procedentes de la minería y de la renovación de los procesos de agricultura. Esta gente quiere *divertirse* sin tantos rigores morales ni tanta austeridad. Así queda demostrado con la irrupción del saqueo luego del triunfo de la Revolución. El saqueo, como veremos más adelante, destruyó minuciosamente un orden no sólo físico, sino que moral: no se respetó el hogar de los vencidos. Y, es más, luego del saqueo se hicieron fiestas y más celebraciones, en donde se usaron distintos objetos de los vencidos. Esta actitud moral —inmoral— plantea una nueva jerarquía de valores que se opone a lo pregonado ya no sólo por los balmacedistas, sino que por una época completa, desde la Independencia.

LA PERSPECTIVA BALMACEDISTA DE PUÑO Y LETRA DE BAÑADOS

El escenario que le tocó a Balmaceda como presidente de la República no fue sencillo. Recibió un país que venía saliendo de la guerra del Pacífico, que tenía serios conflictos internos y que tenía grandes problemas con el Vaticano y con todos los estamentos de la Iglesia dentro del país.

Balmaceda no era para nada un aparecido —había trabajado activamente en la guerra del Pacífico y en las legaciones diplomáticas que vieron el tema de límites con Argentina, y era, desde hacía años, un protagonista del partido Liberal— y tenía experiencia y educación de sobra para manejar el país. Su proyecto de gobierno seguía claramente los principios liberales y tenía, a grandes rasgos, tres objetivos fundamentales (cf. Bañados, BGR I: 113-116): primero, lograr la unión del partido Liberal. El partido Liberal se hallaba escindido en varios

grupos y eso era un despropósito. Juntar las fuerzas ante el enemigo común —el partido Conservador— era lo más lógico y lo que daría mejores frutos.

Segundo, Balmaceda consideraba urgente suspender las campañas frontales, tanto en la prensa como en el púlpito, contra las creencias religiosas y contra la Iglesia. El gobierno precedente de Santa María había dejado muy malheridas las relaciones con el Vaticano y con los estamentos locales de la Iglesia. En 1885 no habían llegado a acuerdo sobre la terna más importante de obispos para el país y Santa María había puesto en jaque el Patronato de Chile. Recordemos que en ese entonces en que los poderes del Estado y de la Iglesia no estaban separados, el gobierno era el que proponía la terna de obispos y se trenzaba en largas discusiones con el Vaticano para llegar a acuerdos. El gobierno pagaba sueldos al clero y había un entramado muy complejo de influencias y contrainfluencias. En 1886, Balmaceda recibió este nido de víboras y, si bien seguía muy en pie la idea de separar por completo la Iglesia del Estado, el Presidente era de la opinión de que más valía conversar. Esto en especial porque el partido Conservador —que luchaba por los intereses de la Iglesia y por los suyos propios— venía polarizando el tema y promulgando una ruptura social que a ojos vista no favorecía a nadie.

Tercero y último, el gobierno de Balmaceda tenía por objetivo promover las obras públicas de carácter reproductivo, para invertir las sobras de las arcas fiscales y para convertir el salitre en entrada permanente. Este punto es vital dentro de la administración Balmaceda. Las ideas de progreso y orden que sostenía Balmaceda se veían materializadas en la construcción de líneas férreas, de escuelas públicas, de hospitales, de bibliotecas, etc. Y mucho esfuerzo, dinero y capital humano fue destinado a lograr esta expansión de las obras públicas.

De estos tres puntos, sólo el último tuvo éxito y fue realizado con relativa paz y con acuerdos medianamente generales. Los dos puntos primeros, sin embargo, fueron ampliamente rechazados y le valieron a Balmaceda la soledad en el poder, la enemistad de sus aliados y el aprovechamiento de sus enemigos.

Las enmiendas a la Carta Fundamental de 1833 le habían ido quitando poco a poco las atribuciones al Presidente de la República y las habían ido cediendo al Congreso de la Nación, que entonces tenía facultades para derribar ministerios y obstruir hasta el infinito las distintas propuestas. Valiéndose de estos artilugios, los enemigos de Balmaceda —que los tenía tanto en el partido Conservador como en el Liberal— fueron dificultando el avance de las reformas liberales, fueron minando la autoridad del Presidente y fueron fraguando, poco a poco, la Revolución.

Para Bañados, la Constitución de 1833 tenía por objetivo principal salvar al país de caudillismos y guerras interinas y por eso centraba todo el poder en el Presidente de la República. Esta Constitución, aclara, es el reflejo de lo que la sociedad chilena quería con ansias: paz, orden y progreso. Y así lo explica el propio autor, en el prólogo de BGR I:

en la Constitución de 1833 los poderes é instituciones del Estado eran simples satélites del Presidente de la República, único centro efectivo de autoridad, de Gobierno y de dirección política y administrativa.

Y este plan metódico de absorción de la soberanía nacional, aplicado con tanta energía y habilidad por los padres de nuestro régimen constitucional, no era inspirado por la falta de elevación moral, ni por amor al despotismo, ni siquiera por la ignorancia de la ciencia política: era el resultado lógico de la resistencia social contra el desorden, del odio á las revoluciones, y del propósito inquebrantable de asegurar la paz interior, aunque fuera con detrimento de los principios del derecho público, de las garantías individuales, de la independencia de los poderes, del *self government*, y de la República democrática y popular (xx).

Y Bañados refuerza esta idea, con una cita del Presidente Prieto, al proclamar la Constitución de 1833:

«Despreciando las teorías tan alucinadoras como impracticables, sólo han fijado su atención (los miembros de la Convención) en los medios de asegurar para siempre el orden y tranquilidad pública contra los riesgos de los vaivenes de partidos á que han estado expuestos. La reforma no es más que el modo de poner fin á las revoluciones y disturbios á que daba origen el desarreglo del sistema político en que nos colocó el triunfo de la

independencia. Es el medio de hacer efectiva la libertad nacional, que jamás podríamos obtener en su estado verdadero, mientras no estuviesen deslindadas con exactitud las facultades del gobierno y se hubiesen opuesto diques á la licencia» (xx-xxi).

Nuestro autor, empero, cree que las reformas hechas a la Constitución, aquellas que permitieron ese parlamentarismo extraño chileno, único en el mundo, con poderes para obstruir *ad infinitum* las propuestas en el Congreso y con la facultad de entorpecer la siempre muy seria labor del Gobierno, era la puerta de entrada a la Revolución:

Era patriótico, una vez obtenido el fin dominante que persiguieron en su obra los Constituyentes del 33 —cual era establecer á firme el orden interior— quitar de la Carta lo que tenía de antirepublicano [sic], de antidemocrático, de antiliberal, y de antirrepresentativo.

Pero, no era ni patriótico, ni racional, ni lógico, ni prudente, arrebatar á los poderes fundamentales lo que les pertenece en esencia, lo que constituye su razón de ser política, lo que afecta á su propio organismo, y lo que les reconoce la ciencia, las conveniencias sociales y la experiencia de los pueblos libres. Y todavía, tratándose de conseguirse tales reformas, no con leyes que modificaran el mecanismo constitucional, sino por la fuerza del sofisma, sin plan concebido ante las exigencias nacionales y el progreso social, por intereses personales y de círculo, por obtener fines transitorios, por combinaciones de partido, por transacciones que perseguían resultados de actualidad, por amor ú odio á determinados caudillos y candidatos, y por procedimientos revolucionarios.

En vez de irse francamente, en derechura, al equilibrio de los poderes y á la proporcional distribución de la soberanía entre estos mismos, se hizo sólo un cambio: —la dictadura que los constituyentes organizaran sobre la base del Ejecutivo, se quiso fundar sobre el Congreso por los que falsificaron la obra de aquellos.

Era un simple traspaso.

La libertad no ganaba nada.

La dictadura seguía.

Sólo se cambiaba el poder de un poder á otro poder.

Este libro [*Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*] está destinado á narrar las dolorosas consecuencias de este gravísimo error político (l xxvii-xxviii).

Así las cosas, los parlamentarios tenían en sus manos el poder de detener las acciones del gobierno a su antojo y las enmiendas a la Constitución del 33 habían dejado al Ejecutivo con las manos amarradas. De esta manera, en el gobierno de Balmaceda, sus enemigos paralizaron la administración.

Luego de semanas discutiendo sobre la ley de Presupuestos, los opositores al gobierno llevaron la obstrucción parlamentaria hasta límites insospechados, para presionar al Presidente para que nombrara ministros del agrado de la oposición. Balmaceda, para poder continuar con su gobierno, nombró a su círculo más cerrado en los distintos ministerios y el 5 de enero de 1891 prorroga, mediante decreto, la ley de Presupuestos. Como respuesta, los líderes del Congreso deponen a Balmaceda y el 7 de enero de 1891 se embarcan en una Escuadra hacia el Norte. Así comienza la revolución que llevaría a Chile a una cruenta guerra civil. En palabras de Bañados:

Lo que roza directamente con los orígenes de la Revolución de 1891, es el aplazamiento de hecho de las contribuciones, primera embestida audaz contra la Constitución consumada por parte del Congreso. [...]

Como este aplazamiento fué obra de la minoría, y como poco antes de la revolución de Enero de 1891 la misma ley fué suspendida por acuerdo de la mayoría del Congreso, postergaré para entonces el estudio constitucional de este acto. Me basta anticipar que lo considero abiertamente contrario á la Constitución, á la ciencia política, á las conveniencias sociales y al prestigio de los poderes fundamentales del Estado.

Dentro de esta persuasión, no es raro que estime tal procedimiento como el punto de arranque de la revolución de 1891, como la primera piedra que los contemporáneos arrancaron al sólido edificio del orden público admirablemente construído por Portales y Montt, ayudados éstos por eminentes hombres de Estado y por la sensatez del pueblo chileno.

La mayoría parlamentaria que sublevó la escuadra el 7 de enero de 1891, no hizo más que consumir la obra que inició la minoría de 1885 y principios de 1886. Salvo raras excepciones, fueron los mismos hombres y los mismos partidos los que perpetraron uno y otro atentado. [...]

¿De qué arbitrio se valió la oposición para impedir que la mayoría diera curso á ley de tan vital importancia para el país?

De la obstrucción (l 71s).

Éste fue el detonante de la Revolución.

Bañados explica también cuáles fueron los problemas iniciales que llevaron a Balmaceda a socavar el atrio sobre el que se había sostenido su candidatura y que era el sostén de su poder político.

Cuenta Bañados que el primer problema serio lo tuvo Balmaceda cuando se negó a participar en un banquete que le iban a ofrecer sus partidarios, luego del triunfo en las elecciones presidenciales. El Presidente contestó, rechazando la invitación, por medio del diario *Los Debates*. La parte más importante decía así:

«Agradezco este generoso deseo de mis correligionarios y amigos. Debo hacerles presente, sin embargo, que he formado el propósito de excusar manifestaciones en mi obsequio.

»Desearía conservar, en beneficio de mis conciudadanos, la situación de común confianza que me ha creado el voto de los chilenos, y por este motivo estimaré a Uds. muy sinceramente se dignen aceptar la razón de conducta de su siempre amigo,

J.M. Balmaceda (en Bañados, BGR I: 93s).

Bañados dice que “Esta contestación hirió la susceptibilidad de los amigos y dió alas á las esperanzas de la oposición” (I 94), que creyó verle un punto débil al nuevo Presidente. De ahí en adelante, según Bañados, las diferencias entre el Presidente y los distintos grupos Liberales se fueron ahondando, el partido Conservador —con el correr de los meses de la administración Balmaceda— fue aunando fuerzas con los disidentes y los vicios de los políticos, sus afanes de círculo, sus ambiciones de poder individual por sobre el bien común del país, fueron el principio del fin del orden y del progreso en Chile.

Este afán de Balmaceda de, por un lado, mantenerse neutro y, por otro, de unir a los Liberales en un solo partido, fue destrozando los lazos del pedestal que lo sostenía políticamente:

Entre los amigos surgió repentinamente una duda que se convirtió en recelo, en comienzo de desconfianzas, y en temor producido por el instinto de conservación que existe con igual vigor en el hombre y en el político.

Balmaceda al obrar así buscaba la realización de noble ideal, de ideal forjado en su buen corazón y en su inmenso patriotismo ciudadano.

Muy luego analizaré los eslabones de la cadena no interrumpida, que comenzó con el rechazo del banquete, que siguió con mil generosas tentativas frustradas de unión de las diversas ramas del partido Liberal, y que concluyó en la más tremenda tragedia política que se ha representado en Chile (I 94).

En los primeros meses de la administración, a los problemas dentro del partido Liberal se sumaba la cruenta lucha que se tenía con el partido Conservador:

Por una parte se hizo partido religioso político; y por otra se declaró radical absoluto en las cuestiones que no lastimaban sus creencias. De modo que, mientras para resistir las reformas civiles encendía en la República guerra parecida á la que inspiró las Cruzadas, guerra de intolerancia y de obcecada resistencia á toda expansión de la libertad de cultos; estimulaba por sus órganos de propaganda, cambios tan radicales como la libertad de profesiones, la libertad de enseñanza, la supresión del Estado Docente, la comuna autónoma, casi la anulación de la autoridad, la más completa descentralización administrativa, absoluta independencia judicial, el predominio dictatorial del Congreso, y la muerte política del Presidente de la República (I 107).

Para Bañados, esta actitud de Liberales y Conservadores se explica, finalmente, porque hay un cambio en los valores y principios de quienes están relacionados con la política:

Es un fenómeno extraño el que se observa en Chile. Mientras los políticos esgrimen sus primeras armas, son modestos, desinteresados, llenos de abnegación y flexibilidad. Apenas llegan al poder, sea como Ministros de Estado ó como Presidentes de Cámara, ú otro puesto de elevada categoría, el soldado de línea se torna en jefe indisciplinado; el simple miembro de un partido se coloca las presillas de general, y su empeño es poner casa aparte, es construir círculo personal propio. De aquí la descomposición de los partidos históricos, el mar revuelto en que se agita el Gobierno, el verdadero caos que cubre el horizonte y hace imposible que el timonel pueda imprimir al barco rumbos fijos y seguros (I 109).

En vista de todo lo antes dicho, Bañados, en sus reflexiones desde el destierro, en su Historia, alaba en Balmaceda su plan de obras públicas, pero le objeta, sin embargo, cómo intentó llevar a cabo la unión del partido Liberal y cómo trató de frenar la batalla natural que los Liberales tenían con los Conservadores. El principal problema que ve Bañados en todo esto es que Balmaceda no tomó en cuenta lo suficiente a los pequeños grupos Liberales, con la consiguiente ofensa que generó y la desconfianza que vino después. En cuanto a los Conservadores, Bañados dice que Balmaceda jamás tendría que haber cedido a sus presiones. Explica que no era necesario darles en el gusto, para lograr que aprobaran las reformas requeridas para el progreso de la República, puesto que este *abuenamamiento* con los Conservadores afectaba directamente la unión de los Liberales: “Y había error de táctica, porque las divisiones del partido Liberal eran más fáciles ante la neutralidad del enemigo común, que ante francas hostilidades con él. La ausencia del adversario produce confianza y rompe la disciplina del ejército mejor organizado. En cambio, la proximidad del mismo afirma la cohesión de todos y consolida su unión” (BGR I 115).

En oposición a lo que han dicho historiadores posteriores, para Julio Bañados, el origen de la Revolución está en la oligarquía. No la ve como una revolución transversal. Cree que las razones son menudencias legales que el pueblo no sospecha y, si logra oír de ellas, está fuera de su alcance llegar a comprenderlas a cabalidad. Los dimes y diretes sobre el sistema parlamentario y el sistema representativo, sobre las obstrucciones parlamentarias, sobre divisiones liberales y libertades personales van mucho más allá de los intereses del ciudadano común y corriente. Y así lo explica:

La Revolución del 7 de Enero no tuvo ninguna de esas causas profundas que agitan á una sociedad, que la remueven desde sus cimientos, que trastornan á las masas populares y que sacuden hasta las entrañas de un pueblo y hasta los quicios sobre que descansan las instituciones.

Fué un movimiento cuyas causas desconocía ó no alcanzaba á comprender casi todo el país.

La metafísica constitucional sobre los derechos respectivos del Congreso y del Ejecutivo, sobre los sistemas Parlamentario y

Representativo, es propia para jurisconsultos y estadistas; pero, no alcanzó á preocupar hondamente á la generalidad del país que carece de una educación política extensa y que vive siempre separado de las contiendas de los partidos y de la oligarquía que hasta hoy ha dirigido los destinos de Chile (BGR II: 52).

Para Bañados, el pueblo no tenía sufrimientos excesivos, de esos que lo hacen estallar en las calles. No había en Chile una situación como la que precedió la Revolución Francesa, en donde el pueblo estaba oprimido de verdad, pasando hambre y necesidades de todo tipo, mientras la aristocracia se bañaba en agua de rosas. Refuerza su opinión con la siguiente cita:

Abraham Konig, Ex-Ministro de Estado y uno de los *leaders* del partido Radical, publicó desde el destierro en *La Nación* de Buenos Aires, durante la Revolución, un artículo explicativo sobre los orígenes de la contienda y dice:

«La Revolución no ha nacido de un exceso de tiranía, ni de abusos del poder contra el pueblo; ha sido el resultado de una cuestión de derecho.

»La lucha entre el Presidente y el Congreso ha sido una alta cuestión constitucional; cada poder defendía sus prerrogativas alegando en su favor la historia, prácticas establecidas, textos y comentaristas. Hasta Octubre del año pasado [1890], la discusión tuvo lugar en el Congreso; cerrado éste por la terquedad del Presidente, continuó en la Comisión Conservadora y en la prensa.

»La aplicación de un precepto constitucional no está al alcance de todos, y, como es natural, los que se interesaban vivamente en la contienda eran los hombres ilustrados, los de buena posición social, que por su educación y cultura estaban en situación de comprender la gravedad del conflicto y apreciar sus consecuencias. En este sentido, la Revolución de Chile es aristocrática porque ha sido empeñada, sostenida y dirigida por las clases directoras de la sociedad» (BGR II: 51).

En este sentido, Bañados cita también a Valentín Letelier: “«Por mi parte, no he de negar yo que efectivamente en los primeros meses de la contienda política entre los dos grandes poderes del Estado, el pueblo se mostró del todo en todo indiferente á ella»” (BGR II: 53).

La revolución chilena, analiza Bañados, desde París, no fue como todas las revoluciones. No tuvo su origen en el pueblo. No había un pueblo descontento cuyas frustraciones explotaran en las calles:

La Revolución Francesa hizo estallido en el corazón del pueblo, porque éste tenía hambre, porque tenía sed, porque tenía frío, porque sentía los escozores en el cuerpo de las torturas de sus verdugos, porque se le obligaba á pagar contribuciones amasadas con las lágrimas y el dolor de hogares empobrecidos, porque palpitaban entre los harapos de la miseria, y porque sus derechos de hombre y de ciudadano no eran reconocidos ni en las exterioridades, ni en las apariencias (BGR II 53).

Y luego continúa Bañados, diciendo: “Pero, nada de esto había en Chile antes del 7 de Enero. Nadie pensaba en cambiar la forma de Gobierno, nunca el pueblo ha sido en Chile más feliz y ha estado con más trabajo, y sentido menos opresión, y más honrado en el exterior, y más orgulloso de haber nacido en esta estrecha lonja de tierra que parece ahogarse entre la cordillera y el mar, pero que es estímulo á la fortaleza física y moral de los que allí viven” (BGR II 54).

Sigue con sus reflexiones:

¿Qué demuestra todo esto?

Que la Revolución no ha sido hecha por el pueblo, ni para el pueblo, ni con el pueblo.

Ha sido concepción y obra de un grupo de caudillos que pusieron en juego sus influencias, su oro, su poder social y hasta la religión con sus cohortes y cofradías, para satisfacer planes políticos en beneficio de partidos políticos.

¿Con qué derecho entonces inician la Revolución á nombre del Congreso, poder que debe ser compuesto *de representantes del pueblo* y que jamás por jamás debe obrar más allá de las aspiraciones de sus mandatarios, *de ese pueblo que los elige y á cuyo nombre y por cuya voluntad están obligados á proceder?*³⁰

¿Con qué derecho hacen uso del poder que han recibido del pueblo para consumir un trastorno general del país sin la voluntad expresa ó siquiera tácita de ese mismo pueblo? (BGR II: 54).

³⁰ Itálicas del autor.

Termina esta reflexión diciendo que el saqueo tampoco fue obra del pueblo, sino que fue orquestado desde la clase alta y se notó en lo siguiente: cada grupo de saqueadores tenía un jefe que traía una lista con direcciones exactas de balmacedistas. No se saqueó ni una sola casa de los revolucionarios, ni siquiera por error. El jefe llevaba además una campanilla, con la que daba por terminado el saqueo, porque tenía tiempo limitado para saquear cada casa, para poder cumplir con la lista completa. Los papeles importantes encontrados en cada casa saqueada eran entregados al jefe de la cuadrilla. El saqueo fue simultáneo en distintos barrios. Y, finalmente, se respetó la vida de todas las personas al interior de las casas. Reflexiona Bañados que, si el saqueo hubiera sido realmente del pueblo, se hubieran saqueado casas de ambos bandos por igual, sin jefes y sin orden. No eran turbas agresivas, eran personas que estaban haciendo una especie de *trabajo*. Llegaban en silencio, destruían todo lo más rápido posible y luego se iban tan silenciosos como habían llegado (cf. BGR II: 600). De hecho, los descendientes de Bañados escucharon las historias del saqueo y afirman lo mismo: fue organizado por la aristocracia, en especial, por las mujeres. Mientras sus maridos hacían la guerra, ellas hacían listas de balmacedistas, con direcciones, santos y señas.

BAÑADOS, UN TESTIGO PRIVILEGIADO

Como vimos anteriormente, Julio Bañados trabajó codo a codo con Balmaceda y su círculo más cerrado para llevar a cabo la titánica empresa de darle al país orden, progreso y paz, desde la perspectiva liberal.

Desde 1885, Bañados fue diputado por Ovalle. Durante el gobierno de Balmaceda, fue Ministro de Justicia e Instrucción Pública desde el 2 de noviembre de 1888 hasta el 11 de junio de 1889 y luego de nuevo entre el 30 de mayo y el 11 de agosto de 1890. Fue Ministro del Interior entre el 20 de mayo y el 8 de agosto de 1891 y terminó los días de la administración Balmaceda como Ministro de Guerra en Campaña. Cuando empezó la Revolución, el 7 de enero de 1891, fue

nombrado Secretario General del Estado Mayor “en cuyo puesto tuvo una labor abrumadora en la organización del ejército y de las divisiones militares que debían guarnecer los puertos del litoral del norte” (Figueroa 186). Como Ministro de Guerra en Campaña, le tocó organizar personalmente la división del Ejército que protegía Concepción y dirigió, junto con los generales Alcérrica y Barbosa, las batallas de Concón y Placilla.

Nuestro autor pertenecía al círculo de confianza de Balmaceda y estuvo a cargo de organizar, justificar y difundir las ideas de Balmaceda en la prensa, en el púlpito y en todo lugar, durante el gobierno, entre 1886 y agosto de 1891. Por lo mismo, antes de su muerte, Balmaceda le encargó, en carta personal que le dejó junto con el *Testamento Político*, la escritura de la administración que habían realizado juntos:

«Escriba, de la administración que juntos hemos hecho, la historia verdadera. Dejo dicho á Emilia que le suministre todos los recursos necesarios para una publicación abundante y completa. Le he encargado también que Ud. escoja 2,000 volúmenes para sí, de mi Biblioteca.

»Con los Mensajes, las Memorias Ministeriales, El Diario Oficial y El Ferrocarril, puede hacer la obra.

»No la demore ni la precipite. Hágala bien (BGR II: 643s).

Balmaceda insta a Bañados a volver a hacer uso de las letras para contar la *verdadera* historia. Dado el comportamiento de los vencedores y dado, sobre todo, el saqueo, no era difícil imaginar que los revolucionarios intentarían borrar no sólo del suelo del país a los balmacedistas, sino que también de las páginas de la historia. Y, si es que algo quedaba en esas páginas, claramente no sería la *verdad* como la habían vivido Balmaceda y sus colaboradores. Entonces, la escritura de la *verdad* se convierte en la última tarea balmacedista, en la doblada de mano al destino aciago que les había tocado, la reivindicación ante la posteridad de su espíritu patriota, de sus buenas intenciones y de su trabajo infatigable.

Balmaceda, cuando escribe su *Testamento* y la carta para Bañados, no sabe en dónde se encuentra su fiel ministro ni qué vicisitudes ha vivido. Y resulta

que Julio Bañados, luego de dirigir las últimas batallas más importantes, ha debido saltar del caballo, con lo puesto, al buque norteamericano *Baltimore*. Tampoco sabe a ciencia cierta los profundos cambios sociales de los que la Revolución era el principio. Balmaceda echó mano a lo que conocía, la escritura, para seguir haciendo país. Con esta petición del pronto difunto Presidente, de escribir la historia verdadera, Bañados queda moralmente obligado a realizar una empresa titánica, la primera parte de la cual consiste en desentrañar *la verdad*. ¿Será capaz de encontrarla, estando tan profundamente envuelto en todos los acontecimientos? ¿Es posible la objetividad, en sus circunstancias de vencido, en tan gigantesca hecatombe, como él mismo llama a la derrota? En los próximos apartados veremos cómo Julio Bañados afronta esta petición enorme y difícilísima que Balmaceda le hace.

Analizaremos, en paralelo, *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891* y sus *Cartas del Destierro*, por haber sido escritas ambas cosas al mismo tiempo (entre 1891 y 1893) y porque, sólo al ver su conjunto es posible entender los esfuerzos que Bañados hace por encontrar la verdad no sólo de la administración Balmaceda, sino que de todo un período histórico, de su vida y de su propia identidad.

JULIO BAÑADOS: LA RECONSTRUCCIÓN

Ahora nos centraremos en los aspectos narrativos las obras de Julio Bañados antes mencionadas, para poder encontrar —si es que eso es posible en un análisis literario— al hombre detrás de las letras.

La construcción de la identidad de Bañados ha sido el hilo conductor de esta tesis. En capítulos anteriores, hemos visto cómo Bañados partió su conformación como intelectual nacional haciendo una *caligrafía* de lo que sería después, en *Ensayos i Bosquejos*, publicado en 1884 (libro que recoge sus primeros artículos, desde 1877). En *Letras i Política*, de 1888, “aparece mas maduro el criterio del escritor, pues sus artículos tienen un sello de firmeza y de

seguridad en las opiniones” (Figuroa 185). Y, efectivamente, Bañados lleva dos años ya en el gobierno de Balmaceda y ya ha sido diputado por Ovalle. Para ese entonces, la caligrafía se había cambiado por un trazo firme, seguro, que tenía sus efectos en las tribunas políticas y en la prensa. Bañados ya *era* lo que quería ser: un intelectual que construía la nación con su pluma y con su *hacer*; un hombre capaz de llevar sus palabras a la acción. No sólo dirigió *La Época* y escribió en *El Ferrocarril*, sino que, ya en el servicio activo a la patria, como ministro de Balmaceda, también fundó el Instituto Pedagógico, creó la Dirección y el Consejo de Prisiones, la Junta Directiva de Bellas Artes; dio vida al Liceo Santiago, trajo profesores europeos para el Liceo de Niñas de Valparaíso, reorganizó el plan de estudios de la Academia de Leyes, instituyó el Plan Concéntrico de Estudios y las clases obligatorias de gimnasia; fundó el diario *La Nación*, etc. (cf. Figuroa 186ss).

Balmaceda le abre a Bañados un mundo completo de posibilidades para seguir construyéndose como un intelectual útil a la nación y Bañados toma esas oportunidades con un entusiasmo desbordante. El hacer de nuestro autor está íntimamente ligado a las letras, como hemos visto. Esta unión sigue siendo igual de poderosa durante su quehacer en el gobierno balmacedista. Con la misma fuerza con la que hace modificaciones en educación, escribe artículos en la prensa defendiendo el accionar del gobierno. Con la misma dedicación con la que es bombero, escribe estudios comparativos sobre las constituciones, las leyes de presupuesto y los sistemas parlamentarios y representativos. Esta capacidad impresionante de Bañados para estructurar la realidad en palabras y para convertir las palabras en realidad le fue muy útil a Balmaceda y es a lo que recurre el Presidente, cuando todo lo demás ha fallado, al salir vencidos en la guerra civil.

Balmaceda está pensando en el porvenir de su legado, cuando le pide a Bañados que haga la historia verdadera de la administración. Bañados, sin embargo, ya no es el mismo, *no puede ser el mismo*, luego de todo lo que le ha tocado vivir. El ministro leal que tan pronto desenvaina la pluma como la espada, para servir a la causa liberal balmacedista, se lanza al destierro con una moneda

en los bolsillos y el traje averiado de guerra y sufre, en el barco que lo acoge, una suerte de ataque al corazón. ¿Cómo seguirá construyéndose este hombre —porque es hombre antes que ministro, es hombre antes que escritor, es hombre antes que liberal, aunque se olvide de ello en los fragores del patriotismo— después de todo lo que ha vivido, en sus escasos 33 años?

Para hacer este análisis, es absolutamente necesario trabajar en conjunto las *Cartas del Destierro y Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*, por haber sido todo escrito en el mismo período (1891-1893). Pero no es sólo la coincidencia temporal de la escritura la que nos lleva a tomar esta decisión. Es, además, el hecho de que estas escrituras están íntimamente ligadas, son, a la postre, las dos caras de una misma moneda. Esto es así porque, luego de la derrota en Concón y Placilla y del derrumbe completo del modelo que Balmaceda y Bañados construyeron juntos, Bañados, despojado de su familia, de su patria y de su honor, debe reconstruirse y reconstruir la administración de la que fue partícipe, con lo que se genera una especie de simbiosis en la que parece difícil separar a Bañados del gobierno de Balmaceda y de la patria misma.

Luego de haber leído ambas obras, no cabe duda de que son las más personales de Bañados y las más maduras. Tratar las cartas desde la perspectiva de las teorías de textos referenciales parece obvio y así lo haremos. Lo que es menos obvio es ver *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891* como un texto referencial y, sin embargo, también lo es.

La solicitud de escribir la administración que juntos han realizado viene de la mano del *Testamento Político* de Balmaceda. Este *Testamento* contiene la línea argumentativa que Bañados debe seguir en la defensa que Balmaceda le pide. Balmaceda ha dejado expuestos los puntos de vista fundamentales de su pensamiento y le ha dejado claros cuáles serán las trincheras de la defensa: la división de las tropas y la imposibilidad de presentar batalla en conjunto; el resumen de las batallas; el traspaso del mando al General Baquedano y todo lo que se acordó con él que después no cumplió, para asegurar el orden; el acuerdo de que no habría persecuciones; su decisión de no irse del país antes de que

terminara su mandato, idea que creció en el Presidente al ver que Baquedano no estaba cumpliendo con su palabra; ilegalidad de la Junta Revolucionaria versus la legalidad del gobierno balmacedista; justificación de las medidas tomadas, dadas las circunstancias; aclaración de que si la ley se aplica sólo a los vencidos, se establece entonces una dictadura política; injustificación de la persecución de los funcionarios de gobierno; al ser cerradas o destruidas todas las imprentas, el gobierno no ha podido defender sus opciones y sus actitudes en la Revolución, para poder fijar las verdaderas responsabilidades; el gobierno encarceló al menor número de personas posible y les dio un trato decente; los delitos de conspiración, de insurrección militar y otros han sido juzgados sólo en los casos más graves, pues no quiso el gobierno dudar de la rectitud de los hombres de armas; las montoneras, para evitar injusticias, fueron juzgadas por las Ordenanzas militares; en las guerras se producen hechos dolorosos que escapan a las órdenes y al poder de los jefes, los subalternos pueden cometer acciones con las que sus jefes no estén de acuerdo; Balmaceda todavía cree en el patriotismo de sus adversarios y espera que restauren pronto la paz; los funcionarios de gobierno han sido acusados, sus hogares destruidos y se les ha tratado como si el gobierno al que pertenecían no hubiera sido elegido dentro de los marcos de la ley y no se les ha permitido defensa; no lo sorprende la inconsecuencia y la inconstancia de los hombres que él ayudó en su gobierno y que ahora lo han traicionado; el daño del sistema parlamentario y las bondades del representativo para alcanzar una verdadera democracia: «El régimen parlamentario ha triunfado en los campos de batalla, pero esta victoria no prevalecerá» (19), la lista de desgracias que acarreará el sistema parlamentario es larga y se resume en el quiebre del orden.

Luego de esto, Balmaceda cuenta que había decidido entregarse a la Junta Revolucionaria, pero que, luego de ver los hechos últimos (el saqueo, las injusticias de toda índole, la falta de garantías) ha decidido que su entrega no tiene sentido, pues sería humillado de una manera que su cargo no permite:

»Pero se han venido sucediendo nuevos hechos, hasta entregarse mis actos, con abierta infracción constitucional, al juicio ordinario de los jueces de la Revolución.

»He debido detenerme.

»Hoy no se me respeta y se me somete a jueces especiales que no son los que la ley me señala. Mañana se me arrastraría al Senado para ser juzgado por los Senadores que me hicieron la Revolución, y entregarme en seguida al criterio de los jueces que separé de sus puestos por Revolucionarios. Mi sometimiento al Gobierno de la Revolución en estas condiciones, sería un acto de insanidad política. Aun podría evadirme saliendo de Chile, pero este camino no se aviene a la dignidad de mis antecedentes ni a la altivez de chileno y de caballero (TP 17s).

Y más adelante, dictamina: “Mi vida pública ha concluído. Debo, por lo mismo a mis amigos y a mis conciudadanos la palabra íntima de mi experiencia y de mi conocimiento político” (18s), deuda que tendrá que saldar Bañados con su Historia, pues Balmaceda no vivirá para hacer el traspaso de esa experiencia y de esos conocimientos. Y como si supiera lo difícil de la empresa, agrega después Balmaceda: “»No hay que desesperar de la causa que hemos sostenido del porvenir” (20) y se despide diciendo “»Cuando Uds. y los amigos me recuerden, crean que mi espíritu, con todos sus más delicados afectos, estará en medio de Uds.” (21).

Las similitudes con el mesías que deja a sus apóstoles la iglesia y el Espíritu Santo es innegable y Bañados es Juan, el encargado de contar la verdadera historia y de difundirla. Para lograrlo, Balmaceda lo acompañará en espíritu y ha dejado a su esposa indicaciones precisas de ayudar a Bañados en todo lo necesario para que éste pueda escribir la Historia sin demora y bien.

Nuestro autor, entonces, cuando ya recibe los encargos de Balmaceda, se ve con la enorme tarea de reflejar como corresponde a Balmaceda y su gobierno y de hacerse a sí mismo de nuevo, luego del desastre. Descubrir cómo Bañados se construye a sí mismo y va construyendo, a su vez, la Historia que se le encarga, es el objetivo de este capítulo.

CARTAS DEL DESTIERRO Y BALMACEDA, SU GOBIERNO Y REVOLUCIÓN DE 1891,
DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA AUTOBIOGRÁFICA

Las teorías de los textos referenciales nos ofrecen un marco adecuado para el análisis de las cartas de Bañados y, aunque no lo parezca, nos ofrecen también un marco para analizar *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*: “Las autobiografías pueden darse de manera constitutiva como tales o entrar en ese papel de manera condicional, cuando una época desea considerar como literarias obras cuya intención primordial era otra (moral, histórica, científica)” (Amícola 19). Esta obra de Bañados puede leerse simplemente como un texto histórico y nada más o puede desglosarse en un sinnúmero de subgéneros de una riqueza invaluable. Es, por supuesto, un libro eminentemente histórico, no cabe duda de ello, sin embargo, es también un libro biográfico: relata la vida de Balmaceda, de Santa María, de varios Generales, periodistas y demás participantes de la guerra del Pacífico y de la guerra civil y relata parte de la historia de Chile. Es un libro de viajes: un viaje por la historia y los acontecimientos y un viaje por los distintos rincones de Chile que Bañados describe con gracia. Es un libro de aventuras: las batallas, con todos sus detalles: fechas, horas, muertos, sangre derramada, sentimientos de los protagonistas. Y es, por último, un libro autobiográfico: Bañados es testigo y actor de gran parte de los hechos y, aunque promete objetividad y en muchos aspectos la logra, hay partes en que definitivamente su participación tanto en los hechos como en la narración, como protagonista, es innegable. Sobre todo a partir del capítulo XXVIII del tomo II, cuando advierte que, de ahí en adelante, su relato tendrá una forma similar al diario de vida.

Las cartas, en este sentido, comparten esta misma amplitud de géneros: son documentos históricos y en ellas hay análisis históricos y políticos. Son también relatos de viajes: Bañados recorre cada milímetro de las ciudades que visita y cuenta todo a su esposa y a su familia con lujo de detalles. Son un viaje por la escritura de la Historia también: en ellas nos informamos de los pormenores y vicisitudes del escritor, de los documentos que le faltan, de los que le han

llegado, de las páginas que ha avanzado, de su plan de escritura. Y, por supuesto, son también autobiográficas, aunque Bañados diga que guardará en su corazón sus sentimientos y pesares.

En las Cartas vemos reflejada la cotidianidad de Bañados en las instrucciones para su esposa y en los relatos de su vida diaria, tal como en la Historia vemos la cotidianidad del gobierno de Balmaceda en la menudencia de leyes, reuniones, artículos y decisiones. En este sentido, la cotidianidad, que se había mantenido al margen de la pluma de Bañados, pasa a ser la protagonista de sus escritos.

En capítulos anteriores vimos a Bañados como un intelectual que ha leído a todos los clásicos de la antigüedad y a todos los liberales prominentes de su época. Esta influencia se le nota al momento de escribir su Historia de Balmaceda y sus Cartas. La aparición del *yo* en la escritura clásica tiene unas características determinadas. El hombre de las clases superiores de la Grecia antigua no podía vivir su vida desde las sombras, en silencio, pues su vida en el ágora le daba una connotación de ser social única y una visibilidad que era necesaria para conformar al hombre público. De este modo, en el mundo clásico, la vida giraba en función de los otros, dentro de una comunidad determinada (cf. Bajtín 281-283). En el período liberal, el púlpito tiene una importancia inusitada, es el lugar que le confería a un hombre su puesto en el mundo intelectual del momento, puesto que le era designado por sus pares. La Revolución dejó a Balmaceda y a Bañados sin púlpito desde donde *ser*, dentro del mundo intelectual en el que se movían. No sólo se quedó Bañados sin púlpito, sino que sin país. Lo único que tiene, para la constitución de sí mismo, de Balmaceda y del país, es la escritura.

Ensayos i Bosquejos (1884) y *Letras i Política* (1888), como ya hemos dicho, fueron dos libros que escribió Bañados como escaleras para llegar al parnaso liberal. Escribió esos libros desde Santiago de Chile, un lugar periférico, imbuido de barbarie que es vencida todos los días con las letras de los intelectuales del país. Su situación personal es estable: tiene una esposa, un salario fijo, un escritorio donde escribir, comida caliente sobre la mesa, cama,

estabilidad emocional, aprecio de sus conciudadanos. Desde este lugar seguro, cobijado, al que llamaremos *adentro*, y que es previsible, rutinario y estructurado, Bañados escribe hacia *afuera*, hacia el espacio del acontecimiento (cf. Delgado 29ss), hacia la Europa ya civilizada, donde pasa todo lo que en Chile se quiere aprender, se quiere imitar y se quiere ser y que es también, a pesar de todo, *desconocida*.

Bañados escribe desde la comodidad de su *adentro*, en completo control de su cotidianidad, por lo tanto, la misma sigue invisible, porque está segura, es estable y el autor maneja rutinas, calles, lugares, tránsitos, personas, ropas, horarios, trabajos y todo en derredor. El *adentro* es el lugar de la cotidianidad, es la zona segura y cómoda, donde todos nos movemos con naturalidad porque conocemos sus espacios y contornos, sus límites y problemas. El *adentro* es el lugar protegido del hogar y, también, del país propio, en oposición a otro país, un *afuera* desconocido y que agrede en su novedad inmanejable.

Desde la comodidad de su *adentro*, desde su hogar y desde el Chile que conoce, Bañados tiene la holgura para escribir de lo *público* sin que tenga la necesidad de inmiscuir su intimidad en lo que escribe. Si bien es cierto que esta escritura, como vimos en capítulos anteriores, le fue útil para definirse como persona dentro del espectro liberal (como historiador, como profesor, como orador, como crítico literario, como escritor, como filósofo, como publicista), no buscaba la definición del interior de su *yo*. No era necesario probar, con la leyenda de *Tegualda*, su honor, ni necesitaba justificarse a sí mismo cuando hablaba de la situación de los indios en la Araucanía. Lo que probaba en ese entonces era su valía intelectual y demostraba que había hecho los suficientes ejercicios escriturales y los suficientes procesos mentales como para ser recibido en los púlpitos, en el Congreso, en la prensa y en donde fuera necesario escribir y hacer por el bien de la nación. La menudencia de la cotidianidad, tanto familiar como política, no tenía cabida en ese entonces.

Desde su *adentro*, Bañados apunta —como apuntaban de alguna manera todos los intelectuales del país— a construir Chile ante los ojos del mundo. Por lo

tanto, la información que se comparte con ese *mundo* es pública y es sobre Chile. No es necesario construirse una identidad privada nueva. Se está construyendo la identidad pública solamente, porque la privada ya está definida.

Una vez en el destierro, especialmente cuando escribe desde Estados Unidos y Francia, Julio Bañados está escribiendo desde el centro de la civilización y esa civilización, a pesar de ser absolutamente estructurada —infinitamente más que el Chile de sus amores— es para él un caos que no puede dominar. La cotidianeidad le es completamente inmanejable y entonces salta a la vista como aquello de lo que se debe hablar. Esta nueva cotidianeidad agresora se visibiliza, con la escritura, en su imposibilidad de ser sometida en la realidad.

La estabilidad de la que Bañados había disfrutado en sus primeros textos, en especial la estabilidad de locaciones: hogar estable, lugar de trabajo fijo, ciudad conocida, es borrada y cambiada por un nomadismo que en nada se condice con la civilización en la que se encuentra y esto es una paradoja injusta que le habrá recordado siempre su origen bárbaro, comparativamente. Si bien Bañados se encuentra en París, la ciudad Luz, el centro del mundo, el anhelo de todo hombre que estaba construyendo civilización en la periferia, se halla, en realidad, en una suerte de *no lugar*: “espacios del anonimato, lugares monótonos y fríos a los que no les corresponde identidad ni memoria y que no tienen nada que ver con contextos espaciales culturalmente identificados e identificadores” (Delgado 60). Este *no lugar* le resulta todavía más agresivo porque vive en él sin los recursos necesarios para convertirlo en *lugar*. Nunca podrá tener en París una casa a su altura, nunca podrá tener consigo a su familia ni a sus amigos, nunca podrá tener recuerdos de infancia en París (aunque esto parezca una exageración, la no tenencia de recuerdos en un lugar determinado al que recién se llega hace todo siempre más difícil) ni podrá tener sus cosas personales, sus libros, sus apuntes, sus obras escritas, porque o ya no existen por el saqueo o porque no hay dinero para mandárselas.

En estas circunstancias, Bañados escribe desde un *afuera* (cf. Delgado 30ss), París, hacia el *adentro* perdido, Santiago, su familia y su país. El *afuera* en

el que se encuentra ha sido instaurado en su vida por la Revolución que trajo el caos y que lo ha dejado en un afuera doble: por un lado, se encuentra en París, una ciudad que no domina y que le es ajena; y, por otro, el Chile que él conocía ya ha dejado de existir y no le pertenece. Chile ha cambiado, ha dejado de ser la cotidianeidad conocida para convertirse en un caos desconocido.

Ante este doble afuera, Bañados se esfuerza por hacerse de un *adentro* y se lo hace a través de la escritura: ordena Chile con su Historia y se crea una cotidianeidad inventada, imaginaria, con su esposa, por medio de sus cartas.

A partir del 7 de enero de 1891, con la sublevación de la Escuadra y el quiebre del orden y del progreso en Chile, se rompe en el país la cotidianeidad cómoda y manejable y se instaura, en la ciudad y en el ambiente social, un *afuera* desconocido, incómodo, feroz e inmanejable. Así, el inicio de la Revolución da comienzo a una especie de *extrañamiento* del país: los revolucionarios convirtieron a Chile en algo que no era, un país desordenado, lleno de barbarie, de gente fuera de la ley, que hace estragos en las calles, que no cumple con códigos éticos y de honor mínimos, que en vez de escribir y construir, destruye. A partir de ese momento, el *adentro* conocido y cotidiano comienza una espiral muy poco feliz de deterioro sostenido que tendrá su punto más alto y definitivo en el *saqueo* del 29 de agosto de 1891.

Bañados, en París, se encuentra en un afuera que le es muy poco confortable y escribe para reconectarse con el *adentro* perdido: su país y su familia. Su lucha, entonces, es por reconectarse con su *adentro* primigenio: su familia, y por generar una especie de cotidianeidad nueva con su esposa, cuyo espacio de realización son las cartas escritas con regularidad, sujetas a una rutina de vapores, de tintas y de papel. Su lucha, en este sentido, es por reconstruir una suerte de cotidianeidad virtual, un espacio de contacto con su familia y sus afectos, una rutina de cuerpo y espíritu que le ayude a volver a saber quién es y qué tiene, en un mundo que ha sido arrasado (su mundo).

Por otro lado, Bañados también busca reconstruir el *adentro* perdido de Chile (el orden, la cotidianeidad conocida, segura y eficiente), que ha sido

destruido con la barbarie de una revolución que Bañados considera innecesaria e injusta. El espacio de realización de esta reconstrucción del adentro está conformado por las cientos de páginas que escribe de la Historia de Balmaceda. Estos adentros, necesariamente, son referenciales y tienen directa relación con Julio Bañados y con la construcción interna que él hace de sí mismo y de su país.

LA CONSTRUCCIÓN DEL YO Y DEL ESPACIO INTERIOR DESDE EL AFUERA

Delgado nos dice que estar afuera, en todo sentido, “es también estar *fuera de sí*, dado que es uno mismo lo primero que se abandona cuando se sale” (33). El shock de salir de la propia cotidianeidad trae consigo una suerte de abandono de uno mismo. Para sobrevivir al entorno, la atención se centra en el afuera y el individuo tiene a olvidar quién es. La irrupción del afuera en la vida del sujeto trae consigo la destrucción de la historia que el individuo se ha contado de sí mismo, pues esa historia ya no tiene sentido en el nuevo entorno. Cuando esto sucede, es necesario recontarse la historia de sí mismo. Bañados, en su lucha por mantener el orden y la cotidianeidad propia y del país, pierde. Pierde en la guerra, pierde su país y se pierde a sí mismo. El extrañamiento del país implantado con los inicios de la Revolución instauro el afuera en el país y en la vida de Bañados. Ese afuera se profundiza con el destierro. París, si bien el centro de la civilización, es un afuera para Bañados en su imposibilidad de asirla, en el desconocimiento que tiene Bañados de Europa, de París, de las calles y de la modernidad real.

Para sobrevivir al afuera, no queda más que deslizarse (cf. Delgado 33), porque detenerse en todos los detalles desconocidos es enloquecedor. El afuera en que se ha transformado Chile hace que Bañados no pueda reconocer su propio país. Si se detuviera en todos los detalles, en todo lo que ha cambiado, en todo lo que ya no sabe cómo funciona, sería el desquiciamiento. Lo mismo le sucede en París, debe deslizarse para poder aprehender lo nuevo que lo circunda. Para que lo cortopunzante no se le entierre, Bañados debe deslizarse rápido, en un intento de asimilar la mayor cantidad de cosas posibles, en el menor tiempo posible.

Bañados, entonces, para poder sobrevivir en el afuera feroz en que se encuentra, lejos de la cotidianeidad de su familia y de su país, lanzado ahí por la Revolución, *se desliza*. Su deslizamiento es de cuatro maneras: Primero, se desliza hacia fuera dentro de su propio país; segundo, se desliza por mares y calles; tercero, se desliza por la memoria; y, cuarto, se desliza por el papel con la escritura.

DESLIZÁNDOSE HACIA FUERA POR CHILE

El primer deslizamiento hacia afuera, como dijimos, fue dado por los revolucionarios que introdujeron en Chile un desorden no permitido. Este extrañamiento sucedió en contra absoluta de la voluntad de Balmaceda y de sus partidarios. Ante este extrañamiento, Balmaceda y su gente contestó, primero, en la tribuna, con una serie de intenciones de paz que fueron infructuosas y luego, todavía por medio de las letras, con una serie de medidas para frenar el avance de la Revolución. La voz de esas medidas la tuvo Julio Bañados en el Congreso, en defensa del orden:

Penetrado Balmaceda hasta el fondo de su conciencia, que su deber era conservar el principio de autoridad, prenda de orden para el porvenir, con el carácter de Montt, la abnegación de Prieto y de Bulnes, y el espíritu de sacrificio de Portales, optó desde los primeros momentos por un plan de represión que ahogara la Revolución en su cuna, ó que impidiera su ensanche, ó que evitara el contagio en las partes sanas del país ó que corrigiera delitos llevados á cabo para socavar el Gobierno y los elementos destinados á su defensa.

El plan de Balmaceda, en general, está bosquejado en las palabras que como Ministro del Interior dije en el Senado, en sesión del 31 de Julio de 1891 á propósito de las ideas del Gobierno sobre medidas precautorias contra caudillos de la Revolución. [...]

Respecto de los delitos políticos, ó sea la actitud que pueden tomar algunas personas en favor de la Revolución, el Gobierno ha tenido implantados tres sistemas de corrección: la encarcelación inmediata, el extrañamiento fuera de la República y la relegación á un punto determinado del país ó á la casa habitación de los delincuentes (BGR II 229s).

Estas medidas significaron también la expulsión de Bañados de su propia comunidad. Ser el portador de tamañas medidas, el haber sido escogido para explicarlas frente al país, fue distanciándolo de sus pares y fue polarizando su postura. El deslizamiento hacia fuera, del que es víctima él y todo el país, es cada vez mayor.

En las batallas que tuvo que dirigir, tuvo que deslizarse por el país ya no como un transeúnte más que se dirige de un punto a otro, dentro de una cotidianeidad cómoda y manejable, albergado por un orden conocido, sino que para defender al país de aquellos que estaban destruyendo la cotidianeidad, el adentro de todos los chilenos. Los cerros ya no son espacios para líneas férreas sino que lugares que hay que defender. Las ciudades ya no son centros neurálgicos de civilización, sino que espacios que hay que fortificar para evitar saqueos. Bañados tiene que recorrer el país imaginando el desorden y tratando de evitarlo:

Á la 1 1/4 p. m. salí de la Estación.

El convoy que llevaba el Regimiento Arauco había partido poco antes, pero en el camino nos juntamos.

A las 5 1/4 llegué a Quillota y á las 6 p. m. á Quilpué.

No pensé en detenerme allí; pero varios de los que iban en el convoy dijeron que en la Estación se divisaban tropas.

Detenido el convoy, reconozco en primer lugar al Coronel Lopetegui, y por él se supo la derrota de Concón. [...]

Á las 10 p. m. Dejé á Quilpué con dirección á Quillota.

La línea estaba llena de fugitivos que venían bajando de las alturas que rodean á Quilpué y Peña Blanca.

En esta última Estación pude saber por telegramas sucesivos del vecino Puerto y de Viña del Mar que el enemigo no había avanzado y que había tiempo de salvar á Valparaíso (II BGR 513s).

Y no logra su cometido. El desorden se cuela por todas las rendijas: avanza por los valles y mares, y avanza en los corazones de los chilenos que se van sumando a la Revolución:

La noticia de la sublevación de la Escuadra, comunicada desde Valparaíso á la Moneda en la mañana del 7 de Enero, produjo

profunda extrañeza en el Presidente de la República y en los principales cooperadores de su política.

Ni Balmaceda, ni muchos de los que lo acompañaron en sus horas de amargura, creyeron capaz [sic] á los directores de la Coalición Parlamentaria de llegar hasta la Revolución. Y si podían de cuando en cuando abrigar sospechas interiores acerca de algunos jefes del Ejército, nunca imaginaron que la Escuadra, con tan honrosas tradiciones de respeto al orden público, con su alejamiento de los focos ardientes de la política, con la decidida protección que á manos llenas había recibido de la Administración Balmaceda, con el ejemplo recibido de los fundadores de la Armada en horas de crisis supremas para la República, y con la naturaleza tan especial como exclusiva de su institución, como es la de defender la honra nacional de guerras exteriores; nunca imaginaron, lo repito, que la Escuadra pudiera convertirse en instrumento de los partidos antagónicos, en fuerza material destinada á inclinar la balanza de las ambiciones de círculo en este ó aquel sentido, y en palanca que, desde punto inaccesible al ejército, sobre un Océano que era defensa contra todo peligro inmediato de parte del Gobierno, y con las seguridades del que da fuego de mampuesto contra el enemigo que se bate á pecho descubierto, estuviera destinada á demoler el sólido edificio del principio de autoridad en Chile levantado con la sangre, el esfuerzo, la abnegación patriótica, el sacrificio generoso y la inteligencia de varias generaciones de hombres de Estado y de ciudadanos con acabada concepción de cuales son los fundamentos sobre que deben descansar el progreso y el crédito de un país en el concierto de los pueblos civilizados (BGR II 13s).

La Revolución se apodera de todo: “El secreto de la victoria de los Revolucionarios ha sido la traición de parte de oficiales y soldados del Ejército del Gobierno” (II BGR 577; con respecto a las traiciones sucesivas, véase también II 108, 505, 550) y contra eso, Bañados nada podía hacer. A tanto llegó la traición, que a Balmaceda, en La Moneda, le llegó un telegrama apócrifo firmado por Vicuña y Bañados, en el que le decían que iban con tropas a Santiago, porque estaban al tanto de los saqueos (cf. Rodríguez 84).

El afuera, entonces, fue ganando espacio en un Chile que poco a poco ya no era el mismo y que Bañados, Balmaceda y su círculo cercano ya no podían reconocer como propio.

Bañados, cuando ya sabe que todo está perdido, cuando ve a su alrededor y no logra reconocer su entorno y sabe sus seguridades violadas, hace un acto voluntario de extrañamiento y abandona su caballo y se sube al *Baltimore*, nave norteamericana en donde dará inicio a su destierro.

Mientras tanto, sin que Bañados lo sepa, el país sigue su propio proceso de extrañamiento y se embarca en un camino de enajenación en el cual la ruptura con el orden establecido, en todo sentido, es absoluta.

Desde un principio, la Revolución es *ajena*, en el sentido de desconocida, atípica, desconectada de la realidad universal y nacional. Es una revolución cuyos orígenes son, por decirlo de alguna manera, *inmorales*, injustificados, para Bañados y su gente. No proviene del pueblo para el pueblo, proviene de la aristocracia, como vimos antes, para la aristocracia y su nueva manera de querer ver el mundo. Estas maneras constituyen la implantación del *afuera*, desde la perspectiva de Bañados.

EL SAQUEO

El 29 de agosto de 1891, en contra de todo el orden establecido desde la Independencia, y, en contra de la lógica de orden instaurada por Balmaceda y por Bañados, la oligarquía se embarcó en una noche de destrucción organizada, para terminar de establecer valores nuevos, para una sociedad nueva.

Para lograr lo anterior, la Revolución quebró el orden físico de los espacios y de las ciudades: Valparaíso ya no es una ciudad portuaria-mercantil, es un campo de batalla. El mar ya no es una ruta comercial, es un medio para que naveguen los enemigos. Santiago deja de ser una ciudad moderna (o con aspiraciones modernas), ordenada, comedida, es una revuelta completa, el epítome de la barbarie hecho carne en el saqueo completo de las casas de los partidarios del gobierno balmacedista y, en especial, de la propia casa de Bañados.

Con el saqueo se rompen las normas sociales del uso de la calle y las relaciones entre las personas. El apoderamiento de la calle por grupos violentos disuelve las filiaciones entre las personas y entre las personas y las normas sociales. Hay una especie de *extrañamiento*, en donde se desechan las reglas establecidas y todo es posible. El adentro cómodo y protegido es invadido por el afuera desconocido e indomable. El uso de la calle, antes un hecho rutinario y que no generaba mayores ansiedades, cambia. Los balmacedistas ya no pueden usar las calles y sus cosas —antes guardadas y protegidas en el adentro— son lanzadas a esas calles que ellos mismos no pueden usar. La destrucción de sus hogares, entonces, los deja para siempre en un *no lugar*: no pueden estar en las calles (el afuera) y no pueden vivir en sus casas (el adentro).

En el saqueo, el peatón, antes anónimo y solitario, reafirma su identidad (revolucionaria) en la masa, y adquiere niveles máximos de protagonismo, tanto, que se apropia, con otros como él, de calles, plazas, hogares ajenos, avenidas (cf. Delgado 155) y convierte a la ciudad en un escenario para exponer sus propias ideas.

Santiago convertido en un escenario, por las turbas dirigidas desde la oligarquía, es testigo del ritual que liberará a Chile de los antiguos valores, principios e ideas. El saqueo, como rito de iniciación, es una secuencia de actos pautados y organizados, reiterativos, considerados obligatorios y necesarios, que generarán un cambio inevitable tanto en la ciudad como en sus habitantes (cf. Delgado 158) y en la sociedad.

En este sentido, la forma de recorrer las calles y los espacios escogidos (las casas de los balmacedistas) hilvanan un discurso que no tiene nada de inocente ni nada dejado al azar:

Son los lugares escogidos para hilvanar con ellos un discurso lo que le permite a la colectividad peripatética que ha sobrevenido, decir alguna cosa, hacer proposiciones, llevar a cabo interpretaciones, emitir enunciados, al mismo tiempo que elabora con todos los otros puntos evitados o ignorados, un auténtico contradiscurso o discurso negativo. Se trata no de hablar en voz alta y a coro por la ciudad, sino a través de ella, como si los lugares no

fueran sólo puntos en un mapa, sino los elementos moleculares de un lenguaje (Delgado 161).

Los saqueadores se movían en silencio por las calles, con órdenes precisas y sabían lo que debían hacer. Los puntos en los que se detenían y la destrucción que generaban era la declaración del exilio dentro de la propia ciudad, era la institución del *no lugar* para los balmacedistas, la instauración de un nuevo orden. El hecho de que dejaran indemnes las demás casas, es el contradiscurso de la aprobación. Se les deja libres porque están incluidas dentro de la sociedad. Las otras, las destruidas, quedarán como un ejemplo de escarnio público, cuando salga el sol. Martina Barros de Orrego relata así las visiones del saqueo:

Al día siguiente del triunfo de la revolución, pasaba yo delante de la casa de doña Encarnación [Fernández, madre de Balmaceda], que tenía sus ventanas abiertas, dejando ver toda la desolación en que la había dejado el saqueo. Yo me conmoví profundamente al ver aquel desastre [...].

Sólo ví los saqueos en la parte central de la ciudad; fueron muchos. En los alrededores de mi casa fueron saqueadas las de doña Encarnación, el palacio de la Alhambra de Claudio Vicuña, el hermoso palacio de los Ovalle que hoy ocupa el Club Conservador, en la calle de Compañía. Desde los altos de esa casa ví arrojar a la calle un piano de cola! (216s).

El que legiones pudieran pasearse por la ciudad, destruyendo, de manera impune (no hubo castigo después ni investigación alguna) es el signo de la victoria y es una legitimación, exacerbada por el hecho de que los balmacedistas, en cambio, sí fueron juzgados por la Junta Revolucionaria en los meses sucesivos, por el simple hecho de ser balmacedistas. El saqueo es el triunfo de las fuerzas culturales y sociales que fueron exhibidas sobre las calles de la ciudad.

Se han borrado del cuerpo de Santiago las casas balmacedistas. El nuevo Estado se adueña de las calles y de las casas de los adversarios, al destruirlas y, por lo tanto, se adueña también del país.

La calle, como escenario, ha sido el marco de una demostración de fuerza que se condijo con la que llevaron a cabo los ejércitos revolucionarios a lo largo y

ancho del país. Fue llevar la guerra depurada a la capital (la destrucción selectiva), para que no quedara duda del triunfo de un nuevo orden que necesitó del caos para imponerse.

El saqueo también fue una especie de pantomima para el pueblo, escenificada en su terreno cotidiano: la calle. La gente que no tenía acceso a comprender la compleja trama político-social-económica que había tras la guerra civil, no se sentía parte del acontecer nacional. El saqueo de Santiago era la pantalla para involucrar a todos los estamentos sociales dentro de la Revolución. Si se era militar, se estaba combatiendo con el ejército balmacedista; si se era oligarca, se le combatía en las tribunas y en la prensa; si se era del pueblo, se le combatía en la calle, con las turbas, aunque no fuera cierto. El pueblo no fue el que saqueó, pero era fácil creer que sí había tenido participación. El saqueo, de este modo, es vital para incluir a todos los estamentos sociales dentro de la Revolución y para procurar la adscripción de todos a los nuevos paradigmas, ya sea por convencimiento, ya sea por miedo a sufrir un trato semejante.

El saqueo también es una suerte de engaño, en donde se le convence al pueblo de que la nueva administración no está de acuerdo con el lujo y los valores aristocráticos y crea una ilusión de igualdad al tener a la oligarquía, junto a una turba seleccionada, destrozando viviendas de gente adinerada que había ostentado el poder injustamente.

La destrucción de las casas balmacedistas le permite al vulgo ver qué había adentro. Es una apertura de la intimidad, de la privacidad y de la cotidianeidad de un cierto grupo social, para que el resto *mire*, como si las calles se convirtieran en un museo sociológico que da la ilusión, nuevamente, de que los límites sociales han sido rotos. Se crea un *nosotros*, los revolucionarios, contra un *ellos*, los balmacedistas destrozados, desmembrados, descastados y desterrados, amparado por el anonimato que da la masa en la calle.

Juan Mackenna (en Subercaseaux 40s) describe el saqueo así:

Hordas recorrían la ciudad agitando cintas rojas... hubo madres que desconocieron a sus hijos, e hijos que olvidaron a sus madres... capitaneando la turba iba un sujeto a caballo que llevaba

las listas de las casas para el saqueo... el palacio morisco de don Claudio Vicuña fue horrorosamente despedazado tal como la casa de don J. Rafael Balmaceda, donde ni siquiera las cañerías de agua potable se dejaron en su lugar... y así las residencias de don Víctor Echaurren Valero, de don Adolfo Eastman, de los Valdés Carrera [sigue una larga lista]... y en fin, más de mil hogares devastados y profanados ante la mirada indiferente de los vencedores. Valiosas bibliotecas fueron reducidas a cenizas como la notabilísima del Senador y Secretario General de la Universidad de Chile, don Adolfo Valderrama, la del Ministro de la Corte Suprema, don Manuel E. Ballesteros [...] La obra de treinta años del notable publicista Dr. Jacinto Chacón fue despedazada y arrojada a un basural...

La orgía terminó gracias a un aguacero de inusitada magnitud, si no hubiera sido por eso, probablemente habría sido peor.

Adolfo Valderrama, presidente del Senado, médico, poeta y Secretario General de la Universidad de Chile, y suegro de Bañados, había logrado hacerse de una biblioteca completísima, de varios miles de volúmenes. Y entonces, durante el saqueo de la casa, esos millares de libros, en vez de ser robados, fueron quemados, junto con los cuadros y el piano, en un acto de barbarie y rebeldía puras.

Valderrama mismo tuvo la oportunidad de narrar el saqueo de la siguiente manera: "Echados a la calle todos los empleados civiles y militares, muchos de los cuales quedaron en la más espantosa miseria [...] nuestros amigos fueron arrojados [...] por odios y persecuciones, de que no hay ejemplo en la historia de las revoluciones. [...] El saqueo del 29 de agosto de 1891, en Santiago, fue el atentado más horroroso que registran los anales de la insensatez humana" (*Gran Convención* 16).

El historiador Alejandro San Francisco relata el saqueo así:

Esta situación fue considerada como una manifestación evidente del odio fratricida y la falta de respeto por los vencidos. Se estima que fueron saqueadas más de 150 casas, aunque más de 400 sufrieron algún tipo de ataque. El saqueo, además, tenía un elemento agravante: las turbas no atacaron al azar, sino que se dirigieron exclusivamente contra las propiedades de los balmacedistas, a través de listas previamente confeccionadas. Después de la guerra siguieron las persecuciones legales, a través

del juicio a los ministros de Balmaceda, así como las destituciones de los civiles y militares que sostuvieron su gobierno durante el enfrentamiento armado (345).

Julio Bañados, en su libro *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*, en el tomo II, dedica un capítulo completo al saqueo. Describe la preocupación de Balmaceda por el orden público y la petición que el todavía Presidente le hizo al general Baquedano para que resguardara la paz en Santiago y el resto del país:

Había también plena confianza en el General Baquedano, cuyos servicios al país en la guerra del Pacífico, cuya neutralidad política y cuyos antecedentes personales como hombre y como soldado, habían despertado en el país universal simpatía. La prueba de confianza que le daba Balmaceda, era otra razón más para creer en que el General sabría defender las personas y las propiedades, tal como lo había prometido en solemne conferencia histórica [con Balmaceda y algunos de sus ministros] (BGR II 599).

En esta esperanza, nos cuenta Bañados, Balmaceda y sus partidarios se quedaron tranquilos y no evacuaron a sus familias de sus casas. Confiaron en la palabra del general Baquedano y entendieron que los odios se concentraría en las personas participantes del gobierno y no en sus familias y amigos.

Pero Baquedano no cumplió. Por desgracia no fue porque no *pudo*, sino que porque *no quiso* cumplir. Así lo relata Bañados, en la voz del Coronel Jarpa, Jefe de las Fuerzas existentes en Santiago:

»*Jarpa*: Señor, dos son los objetos que nos han traído [hasta la casa de Baquedano]: el que dejó expuesto, y el recibir de S.S. las instrucciones del caso para evitar el saqueo y el pillaje que necesariamente habría de producirse si no se toman medidas muy enérgicas para contener al populacho, sobre todo en los primeros momentos. Desde luego creo que debe en el acto ordenarse á dos Regimientos de Línea que circunden la Moneda, puesto que ha de ser el lugar donde primero acudirán y donde principiarán á producirse los desórdenes (¡quién me hubiera dicho que iba á ser la primera víctima!), hacer ensillar la Caballería y al amanecer hacerla salir en piquetes de 20 á 25 hombres al mando de un Oficial para disolver las pobladas, evitar los saqueos y guardar el orden...

»*Baquedano*, interrumpiendo: Nada, Coronel. Ni un solo soldado debe salir de sus cuarteles, deben sólo permanecer listos no más para acudir donde se les llame, lo demás sería provocar al pueblo. Por otra parte fíjese, Coronel, que *bastará que el pueblo sepa que Baquedano está en la Moneda y es el Presidente* para que nadie cometa desacato de ninguna especie (BGR II: 615).

El saqueo, entonces, comenzó a la mañana siguiente, el 29 de agosto de 1891:

Mientras las familias de los partidarios de Balmaceda, se entregaban en brazos del reposo, se ven súbitamente aquí y allá, á las 8 de la mañana del 29, á plena luz del día, varias bandas organizadas que asaltan las casas y las entregan al más metódico y terrible pillaje que recuerda la historia del mundo civilizado.

Se necesitaría la pluma tétrica del Dante, ó las inspiraciones sombrías de Edgard Poe, para pintar las escenas espantosas que presencié Santiago durante los saqueos perpetrados el 29 de Agosto.

La época moderna y contemporánea no registra en sus fastos tormentosos, escenas más depresivas de la cultura social, más denigrantes de la moralidad humana y mas propias de la barbarie.

Una serie de partidas de cincuenta á cien hombres, armados de hachas ó de instrumentos especiales de destrucción, dirigidas en su mayor parte por personas de posición social, organizados como Regimientos de Línea, con un plan que había sido fríamente meditado, con Jefes que llevaban listas con el domicilio de las personas cuyas casas debían ser entregadas al pillaje, y campanillas para medir el tiempo que se debía dedicar á cada hogar; se lanzaron con método irreprochable, sin bulla ni tumulto, como tropas que se dirigen á una parada militar, á las habitaciones del Jefe del Estado, de los Ministros que lo acompañaron durante la Revolución, de los miembros del Congreso Constituyente y de la Municipalidad de Santiago, de los Magistrados de los Tribunales de Justicia y de otros altos funcionarios políticos y administrativos; y destruyeron puertas, ventanas, techos, muebles, obras de arte, libros y cuanto una familia posee para su uso personal y vida doméstica (BGR II: 599s).

A continuación, Bañados describe las características del saqueo:

La demostración más controvertible del carácter político y fríamente meditado de los saqueos del 29, se encuentra en los distintivos característicos que tuvo.

En primer lugar se ejecutó sólo en las casas de los partidarios de Balmaceda;

En segundo lugar, se hizo con respeto absoluto de la vida de las personas;

En tercer lugar, los asaltantes iban organizados en partidas especiales que reconocían Jefes;

En cuarto lugar, los papeles importantes del dueño de casa eran extraídos con sumo cuidado y entregados á los Jefes de Partida;

En quinto lugar, el saqueo se llevó a cabo con conocimiento profundo del domicilio de los amigos del Gobierno de Balmaceda;

En sexto lugar, el vandalismo se hizo con tal disciplina, método y organización que cada partida de iconoclastas debía emplear un tiempo más ó menos calculado para su ejecución, porque se había distribuído con anterioridad el número de casas que correspondía á cada grupo y previsto aproximativamente el tiempo que debía dedicarse á cada una de ellas;

Y en séptimo lugar, el saqueo se hizo con increíble simultaneidad en diversos barrios de la ciudad (BGR II 600).

En aras de la objetividad, Bañados transcribe también el relato del saqueo que hizo J.G. Kennedy, Ministro Plenipotenciario de Inglaterra en Chile, opositor al gobierno de Balmaceda y partidario de la Revolución. En esta narración, Kennedy relata que el saqueo fue, efectivamente, un acto *político* con la venia de las autoridades:

Y para que se crea que no exagero ni hablo con parcialidad, antes de recordar los detalles, reproduciré una narración que confirma lo dicho a que estoy seguro inspirará confianza al mundo entero.

J.G. Kennedy, Ministro Plenipotenciario de la Inglaterra en Chile, opositor profundo de la política de Balmaceda, partidario celoso de los Revolucionarios y persona más preparada, en consecuencia, á dar á éstos la razón que á los otros, en nota privada dirigida al Presidente del Consejo de Ministros de su país, el Marqués de Salisbury, dice á la letra lo que sigue:

»El Señor J.G. Kennedy al Marqués de Salisbury. — (Recibida Octubre 10). — Me permito someter á V.S. algunas observaciones referentes á la destrucción que la propiedad particular sufrió en Santiago algunas horas después de la fuga del Presidente, destrucción á que hice referencia en mi oficio del 29 del corriente.

»Este saqueo ó destrucción fué ejecutado y organizado de un modo particular, y en la realidad fué una demostración política en

contra de todos aquellos que se habían especialmente identificado durante el imperio del terror establecido por el ex-Presidente Balmaceda.

»Los rasgos peculiares del saqueo fueron: que se efectuó sistemáticamente, por bandas organizadas obedeciendo á las órdenes de jefes ó conductores, quienes montados en sus caballos dirigían las operaciones, tocando una campanilla y consultando la lista que contenía el nombre y la dirección de los propietarios sentenciados, y rasgo particular fué también que el objeto de los saqueadores se limitase únicamente á la destrucción de la propiedad; aparentemente aparece que ni robaron, ni asaltaron á los propietarios ó habitantes de las casas.

»En la mañana del 29, después de mi visita al General Baquedano, me dirigí á inspeccionar las residencias de Don Claudio Vicuña, el Presidente electo, y de Don Adolfo Eastman, Presidente del Senado. Estas casas, como también la de Don Ruperto Ovalle, eran unas de las mejores residencias de Santiago, de las más lujosamente amuebladas, conteniendo buenos cuadros modernos por artistas europeos y además valiosos objetos de arte.

»Cada una de estas casas presentaba la misma apariencia de completa destrucción, nada quedaba sino las murallas peladas, mientras que los pisos de las piezas y de los patios eran totalmente cubiertos con los fragmentos de muebles, cristales, porcelanas, etc.

»Yo personalmente presencié las operaciones de los devastadores de la casa del Señor Eastman; éstos ejecutaron su obra de destrucción sin meter ruido ó desorden innecesario, y mientras duraba el saqueo observé que una compañía de soldados pasó en frente de la casa sin demostrar la menor intención de intervenir. [...]

»Otra prueba del carácter político del saqueo de las casas me la suministró el que sufrió un súbdito británico, á quien, por lo que he sabido le destruyeron su mueblaje. El sujeto en cuestión es un canadiense [sic], residente en una calle muy tranquila y que de ningún modo habíase nunca metido en política; pero después de algunas investigaciones supe que, ahora pocos meses pasados, se había casado con la hija de un miembro del Congreso, persona adicta al Presidente. (BGR II: 601ss)

Luego del saqueo, se destituyó a todos los balmacedistas de los cargos públicos, a Adolfo Valderrama se le prohibió la entrada a la Academia y a la Universidad de Chile, a duras penas pudo ejercer su profesión de médico, perdió su casa, y su esposa, Felipa Téllez Ossa, perdió toda su fortuna. La barbarie no

sólo fue reinstaurada sino que fue legitimizada por los vencedores y el gobierno que conformaron.

El cuerpo saqueado de la ciudad se vuelve grotesco, por medio de la barbarie, porque deja tras de sí sus ruinas, es un cuerpo transformado en desperdicio, traspasado por la violencia, abierto en su abdomen, agujereado, quemado, ultrajado en la profundidad de sus venas (ni siquiera las cañerías de agua potable se dejaron), con protuberancias a punto de estallar. Entonces, “the artistic logic of the grotesque image ignores the closed, smooth and impenetrable surface of the body and retains only its excrescences (sprouts, buds) and orifices, only that which leads beyond the body’s limited space or into the body’s depths” (Bakhtin 93) y son los interiores de la ciudad destrozados lo único remanente.

En el saqueo, el espacio urbano es utilizado ya no para transitar de un punto a otro, respetando el *uso común* y las normas de la sociedad, sino que es usado para demostrar la insubordinación. Se transforma en el escenario de la insurrección política, moral y social. En una guerra civil, la gente utiliza el espacio urbano ya no para seguir normas, respetar el orden y llevar a cabo su cotidianeidad, sino que es usado para generar caos, para destripar lo privado e implantar lo extraordinario. El territorio que antes había sido considerado *hogar* —la ciudad en que se habita y el espacio físico cerrado en el que se vive— se convierte en un lugar de peligro y de situaciones inesperadas que no calzan con lo cotidiano. En el saqueo, particularmente, lo cotidiano es destruido y desperdigado por las calles. Se abre una herida incurable en el ámbito de lo privado, desde donde sale hacia lo público, y esto genera rabia, vergüenza, humillación y no tiene vuelta.

La Revolución, entonces, rompe las barreras del cuerpo de la ciudad y del cuerpo del individuo, trae el afuera hacia el adentro y lo destruye. A los balmacedistas se les destruye su espacio en la ciudad y se los deja en una permanente *inadecuación*: no tienen un lugar adecuado donde vivir, ni ropas adecuadas, ni son ellos mismos adecuados dentro del país.

En el peor de los casos, la inadecuación balmacedista es tal, que no sólo sus casas son destruidas, sino que también sus cuerpos. La destrucción más impactante de los cuerpos balmacedistas es quizás la muerte de los Generales Alcérrica y Barbosa. Es tan fuerte el modo en que fueron asesinados, que se convirtieron en el ejemplo de la barbarie revolucionaria. Bañados, en vez de relatar por sí mismo los hechos, prefiere copiar un relato de un soldado revolucionario, para guardar la objetividad:

Prefiero que la narren [la muerte de los generales] los escritores de la Revolución, para que no se dude de mi imparcialidad y para que tan tremendo crimen aparezca en toda su desnudez y con los detalles expuestos por los mismos victimarios de esos dos Generales, glorias ilustres y sin mancha del Ejército leal de Chile.

Cuenta el Corresponsal Oficial del Ejército Revolucionario que Alcérrica, después de haberse batido como un león, se retiró hacia el camino de Pólvora con unos cuantos de su escolta. Muy pronto fué perseguido á balazos por oficiales y soldados de Caballería. «Á poco andar se encontró abandonado. Sus acompañantes ó habían muerto ó se habían desbandado».

»Al verse solo, Alcérrica echó mano á su revólver, y, sin detener un segundo su desenfrenada carrera, volvía á cada momento para observar á los que lo seguían, disparando sobre la marcha, como eximio jinete que era, contra los que le iban más á los alcances. De este modo mantuvo durante algunos segundos considerable ventaja —de unos veinticinco á treinta metros— sobre sus perseguidores; pero muerto en esos momentos su caballo por uno de los muchos tiros que se le dirigían, y herido él mismo en la cabeza, saltó ligeramente al suelo para no verse cogido por el cadáver de su cabalgadura, y siempre con revólver en mano, pero sin kepis, continuó de á pie su carrera.

»Grupos del Esmeralda y del Tarapacá que por ese punto se encontraban y que no habían salido al camino por temor á las balas que desde atrás llovían sobre el fugitivo, corrieron entonces á cortarlo; y viéndose Alcérrica en tanto apuro y encontrando á su paso una puertecilla de escape que parecía salirle al encuentro en un ángulo saliente de la casa de D. José Espínola, Subdelegado del Alto del Puerto, entró por ella al pequeño patio de la casa, torció prestamente a su derecha, penetró en un cuarto abandonado desde hacía pocos días á causa de un anegamiento, y encontrando allí un catre de fierro, en el que sólo había un colchón y una pequeña almohada, se acurrucó junto al catre y metió la herida cabeza, de la que brotaba á torrentes la sangre, debajo de la almohada.

»No transcurrieron más que cuatro ó cinco segundos sin que el grupo de soldados, en su mayor parte del Esmeralda, con los cuales venía el teniente de este cuerpo D. Lincoln Luco Huici, herido levemente poco antes, penetrase en seguimiento de Alcérrica y descubriese su paradero.

»Herido al punto por tres ó cuatro balazos fué sacado cadáver del estrecho cuarto y llevado al campo abierto que se extiende hacia el interior de la casa para el lado de la Placilla, en el mismo punto poco antes había servido de acantonamiento á la acumulación de tropas de la izquierda balmacedista».

La muerte de Barbosa fué no menos heroica para el general y no menos alevosa para sus verdugos. [...]

»Éste [Barbosa] se dedicaba con admirable empeño á contener á los infantes y, atajando los grupos, perorándolos, convenciéndolos, lograba, ayudado por algunos oficiales subalternos de infantería y artillería, formar un considerable núcleo de tropa en aquella parte del Alto, cerca de la casa de D. Ecequiel Llanos. Haciéndoles notas que los asaltantes no eran más que soldados de caballería muy inferiores en número á las tropas gobiernistas y que no había motivo para dejarse dominar por el pánico, siendo, por el contrario, muy fácil arrojarlos de la posición que por sorpresa conquistaran, logró devolver el ánimo á los acobardados, llevarlos hacia el punto ocupado por nuestros jinetes y romper el fuego por la espalda de éstos en los momentos en que la sableadura tocaba á su fin. [...]

»Barbosa, seguido por algunos oficiales y tropa, buscaba refugio dentro de la casa del señor Llanos; pero como la nueva carga de lanceros que ya mencionamos hacía refluir hacia ella á gran número de azorados fugitivos, Barbosa, para no verse envuelto con ellos en la segunda acometida que los nuestros no dejarían de dar á tan visible sitio, montó nuevamente en el primer caballo que encontró á mano, salió al camino, y se lanzó á todo galope en la misma dirección que pocos momentos antes había seguido Alcérrica.

»Pero nuestros lanceros daban entonces su carga hacia ese lado, y pronto descubrieron aquel jinete que se alejaba. Apretaron más su carrera, le ganaron pronto considerable espacio, y con la terrible alegría que en esos instantes es natural, reconocieron al general en Jefe del Ejército enemigo. Se lanzaron entonces furiosos á su alcance, espoleando sin compasión á sus cabalgaduras, y luego los que mejores caballos montaban adelantaron gran trecho á sus propios compañeros.

»Barbosa conoció pronto la persecución de que era objeto, y fiando muy poco en sus dotes ecuestres, procuró buscar refugio en donde encastillarse para morir como soldado. La casa de Don Secundino Soto, situada unos pocos metros más allá, y en la corrida

del mismo lado que la de Don José Espínola, en donde uno ó dos minutos antes era muerto Alcérrica, le ofreció asilo que buscaba. Encontrando la puerta de la calle entreabierta, penetró en ella de á caballo, preparó su revólver, entró á una pieza contigua, unida á la anterior por el vano de una puerta sin hojas, y allí determinó establecer su defensa. [...]

»Los primeros que llegaron como un torbellino á la casa de Don Secundino Soto fueron cinco ó seis soldados de lanceros y el Alférez Don Carlos Fuenzalida, del mismo regimiento. Remataron sus caballos junto á la puerta de calle, se precipitaron al suelo y penetraron en la casa. El caballo de Barbosa estaba allí: su dueño no debía encontrarse lejos. Mientras algunos penetraban al interior, sospechosos de que el fugitivo hubiera corrido á buscar refugio entre el bosque de la vecina falda, un lancero se dirigió á la pieza contigua con el intento de registrarla. Pero no bien hubo puesto el pie en el umbral, resonó un disparo de revólver, el proyectil atravesó el hombro izquierdo al soldado, que retrocedió en el acto, y las voces de éste y el estampido del tiro anunciaron á los demás que la fiera se hallaba acorralada.

»Pero la fiera se defendía con resolución y serenidad. Dos nuevos soldados pretendieron entrar, y ambos cayeron heridos. La pieza estaba á oscuras, y los desmontados jinetes, deslumbrados por la luz del día, no podían divisar a Barbosa, perdido en el fondo de la pieza y cambiando de sitio después de cada disparo, apuntaba sobre el blanco seguro que le presentaban aquellos hombres, iluminados como estaban por su espalda por la luz que les venía de afuera. Además, sus largas lanzas, excelentes para una carga y superiores á cualquiera [sic] otra arma blanca contra un enemigo parapetado, eran inútiles y hasta incómodas en aquel cuarto estrecho y lleno de muebles.

»Estos inconvenientes exasperaban á cada instante más á los soldados, los cuales en su pasajera impotencia se desataban en violentos insultos y espantosas amenazas contra el caudillo balmacedista. Barbosa desde adentro, resuelto ya á morir matando, enfurecido, indómito, contestaba también con injurias las amenazas de sus enemigos.

»—Sí, les gritaba. Ahora es tiempo de que me coman, perros. Mátenme, perros.

»Y preparaba de nuevo su revólver.

»Tan terrible escena no podía, sin embargo, prolongarse. El Alférez Fuenzalida llegaba, llamado por los suyos, y sin vacilar un instante entraba repentinamente y revólver en mano á la oscura pieza. Barbosa le dirigía entonces dos ó tres tiros sin apuntarle; el fogonazo guiaba la puntería del Alférez Fuenzalida, y un duelo, un mortal duelo á oscuras, comenzaba dentro del cuarto. Ninguna de

las balas del General balmacedista logró herir al joven oficial opositor, y en cambio, dos de los cinco tiros que éste le dirigió causaron graves ya que no mortales lesiones á su adversario.

»Mientras esto ocurría adentro con la rapidez del rayo, grupos guías y de carabineros iban aumentando el número de los que ocupaban la casa. Barbosa, con los tiros de su revólver agotados, y, por supuesto, sin tiempo y oportunidad para cargarlo de nuevo, puso mano á su espada y arremetió con ella á su adversario.

»Su arrojo resultó inútil. Ya el cuarto estaba lleno de soldados de los tres escuadrones. El duelo degeneró entonces en matanza. Barbosa, herido pero siempre defendiéndose, fué sacado á la pieza de afuera á sablazos. En medio del vocerío de la tropa, todavía á intervalos se escuchaban sus ultrajes, que repetía á modo de estribillo:

»—Cómanme, perros. Ahora es tiempo de que me coman, perros.

»Semejantes palabras se hallaban muy lejos, por cierto, de calmar la desbordada furia de los soldados.

»Por fin, herido en varias partes, inutilizando el brazo derecho por un sablazo que le hizo soltar la espada, caía de bruces al suelo, arrollado por repetidos golpes de lanza y de sable y hasta por tiros de carabina. La vida se le escapaba por momentos, y nuevos golpes lo dejaron pronto exánime. Sólo cuando sus captores se convencieron de que estaba muerto, cesaron de maltratarlo y de herirlo. Y entonces, orgullosos con su presa, determinaron sacar el cadáver de aquel estrecho recinto y llevarlo al otro lado de la calle, bajo la ramada de la posada de Don Manuel Soto, á fin de satisfacer así la ardiente curiosidad de los soldados.

»Arrastraron, en efecto, el cadáver hasta ese sitio, y á ésta, si lo era, se limitó la profanación con que tanta alharaca formaron y siguen formando los balmacedistas chilenos y extranjeros.» (BGR II: 568-574).

Aquí podemos ver que el adentro privado de los espacios corporales es ultrajado, para ultrajar también la memoria, la honra y la vida de esas personas: “La profanación de los cadáveres de ambos Jefes no se limitó al despojo de lo que tenían, al charqueo, á risotadas e insultos. Fueron llevados al cementerio, desde la Placilla á Valparaíso, en un miserable carretón de la Policía Urbana, uno de los que sirven ordinariamente para el aseo de la ciudad. [...] ¿Eran por ventura unos desconocidos esos dos Generales y unos advenedizos?” (BGR II: 575).

Estos hombres han dejado su sangre, su honra, su historia y su privacidad regada por los suelos y es un desperdicio, desde la perspectiva modernizadora que manejan Balmaceda y Bañados, pues es debido al caos. Lo grotesco “ignores the impenetrable surface that closes and limits the body as a separate and completed phenomenon. The grotesque image displays not only the outward but also the inner features of the body: blood, bowels, heart and other organs” (Bakhtin 93), y toma posesión de la realidad.

Este retroceso en la modernidad es corroborado por Raúl Silva Castro (en Subercaseaux 45) cuando dice que “la revolución de 1891 arrebató a Chile la primacía de la renovación modernista”.

Bañados no es indiferente a esta barbarie y al regreso de lo grotesco. Por un lado, en su primera carta, hace un relato descarnado de los combates, los muertos, los campos de batalla y de la destrucción del cuerpo del país. El cuerpo del país: sus calles y caminos, las ciudades, los puertos, los trenes, aquello que antes era usado como un medio para llegar a un fin, se transforman en fines en sí mismos. Y, por otro, pone en la palestra su propio corazón y el descalabro de su propio cuerpo. Ambas cosas las vemos reflejadas en la séptima línea de su primera carta: “Desde que salí a Concepcion, ocupé todas mis fuerzas en organizar la Division que sucumbio en la batalla de Placilla, horrible hecatombe que me tiene desgarrado el corazon” (3). La batalla de Placilla fue un desastre que culminó con el bombardeo, desde el mar, de Valparaíso. El cuerpo del país se ha destruido tal y como se ha desgarrado su propio corazón. Su cuerpo enfermo hace eco con la destrucción física y el mal tiempo que azotan al país: “En Concepcion pasé muchas trasnochadas e hize largas expediciones en medio de la lluvia, no obstante mi convalecencia de la grave pulmonía ultima” (CD 3).

Las batallas exteriores explotan en el interior del cuerpo de Bañados. Su cuerpo se hace presente y es un espejo de las heridas de Chile. Ya arriba del *Baltimore* le sucede lo siguiente: “Me dio como un ataque al corazon i el medico del buque me curó con cariño” (CD 8), es como si su corazón hubiera recibido los bombardeos y las balaceras que perforaron el suelo nacional. Luego, unas cartas

más adelante, dice: “He sentido durante dos días algunos dolores reumáticos algo algudos [sic]” (23).

Frente a los intentos enemigos de volar puentes, Bañados contrapone su propio esfuerzo físico: “A pesar de que en los puentes entre Concepción i Santiago se habían hecho más de veinte tentativas para volarlos i a pesar de las delaciones q’ tenía de traiciones en maquinistas, hice la gigantesca hombrada de emprender el viaje durante todo el día i toda la noche,³¹ para llegar a tiempo al campo de batalla” (CD 4). Ante la destrucción de su propio ejército: “Todos me hablan de que nuestro ejército estaba hecho pedazos, que todo era destrucción, desorganización i desbande” (CD 4), Bañados comienza la reorganización de las tropas y: *reúne* a los jefes, *deja* instrucciones escritas, se *dirige* a Quillota (cf. 4s), todos verbos de movimiento corporal que cobran mayor preponderancia cuando informa que lleva 40 horas sin dormir. El esfuerzo de su cuerpo es gigante. Las balas lo rodean y su cuerpo reacciona: “Quedé sordo, ronco i como atontado con el ruido i el silvar de las balas i lo que alenté a los que se retiraban. Bástete saber que estuve más de una hora a menos de dos cuerdas del enemigo, recibiendo un fuego horrible de rifles que disparan cerca de tres mil metros” (CD 6s).

Bañados, en el momento mismo de las batallas, lucha contra el enemigo, contra las traiciones, contra el caos absoluto ya no con su escritura —lo grotesco y la barbarie no dan cabida a la inscripción— sino con su propio cuerpo que ha perdido sus límites y se ha fundido con el cuerpo de su país, de sus tropas y hasta de sus enemigos.

La simbiosis del cuerpo de Bañados con el cuerpo del país es una reminiscencia del antiguo concepto de cuerpo, del sujeto premoderno, en donde los límites del sujeto no están definidos y es difícil entender al sujeto sin su entorno, sin su hábitat natural, sin su familia y sin su comunidad.

Lo que Bañados realmente estaba buscando era la *modernidad*. Y la modernidad le llegó de la manera que no esperaba y, de hecho, no fue capaz de

³¹ Estos y todos los demás subrayados en las citas de Bañados son del autor.

identificarla cuando hizo su brutal entrada en su vida, en su país y en su territorio, tanto físico, como emocional y corporal. El estallido de la guerra civil, que vino a romper el orden que Bañados, Balmaceda y sus predecesores venían construyendo desde la Independencia, a pesar de que trajo consigo una barbarie de la que Chile había huido desde su nacimiento, trajo también la ansiada modernidad. Y la trajo porque la guerra fue, entre otras cosas y desde la perspectiva social, una batalla por cambiar los paradigmas valóricos desde los antiguos conceptos intelectuales de construcción de la nación a través de la escritura, el honor y el patriotismo, a las nuevas ideas de construcción de la nación a través de la industria, la producción y el dinero.

La guerra civil, con sus injusticias, con su destrucción, cambió los comportamientos y, a través del ultraje, de la exposición de lo privado, de las vísceras, de la sangre, del borramiento de los balmacedistas en todo sentido y de un reciclaje de las calles y de la ciudad, trajo una nueva manera de definir al sujeto. No se es ya un solo país, se es balmacedista o revolucionario, llegan los límites, impera un nuevo orden.

EL DESLIZAMIENTO POR MARES Y CALLES

EL DESTIERRO

El destierro lo comenzó Bañados, con 33 años, cuando vio que todo estaba perdido y que su vida no sería respetada por los revolucionarios. Solo y con lo puesto, en Valparaíso, pidió asilo en el buque norteamericano *Baltimore* y dio inicio, desde allí, a un deslizamiento por los mares que seguiría después por las calles del centro de la civilización.

El destierro significó para Bañados un corte violento con su comunidad, su familia y su cotidianeidad y su cuerpo pasó a ser su propio límite. La solidaridad que mezcla a Julio Bañados con la colectividad es cortada por el repudio que los revolucionarios, en el poder, sienten por él. Ese repudio es repartido por toda la

comunidad y Bañados debe irse porque, sin no, perderá la vida a manos del nuevo gobierno. El gobierno revolucionario, para profundizar los límites, criminaliza a Bañados: “El criminal es un hombre desheredado del vínculo social, [porque] impone su voluntad en contra de la voluntad y los valores del grupo” (Le Breton 35). Bañados es acusado, junto con Balmaceda, de haber impuesto una dictadura en contra de la Constitución. Así lo explican los propios revolucionarios:

«*Valparaíso, 6 de Enero de 1891.* — El Presidente de la República en un Manifiesto dirigido á la Nación, ha declarado que, no pudiendo gobernar de acuerdo con el Congreso Nacional como la Constitución lo ordena y como lo han hecho sus antecesores, ha resuelto mantener las Fuerzas de Mar y Tierra sin autorización legislativa y hacer los gastos públicos sin Ley de Presupuestos.

De este modo, y por primera vez en Chile, el Presidente de la República se ha colocado fuera del régimen constitucional, ha renunciado la autoridad legítima de que estaba investido y ha querido asumir un poder personal y arbitrario que no tiene otro origen que su voluntad ni otros límites que aquellos que los acontecimientos puedan señalarle.

En tan grave emergencia, al Congreso Nacional corresponde tomar á su cargo la defensa de la Constitución y adoptar todas las medidas que las circunstancias exijan para restablecer su imperio (BGR II: 9s).

La disidencia del criminal lleva a cabo “un desmembramiento del cuerpo social, y por eso es castigado, metafóricamente, con el desmembramiento de su propio cuerpo” (Le Breton 35). En el caso de los partidarios del gobierno de Balmaceda, el castigo no fue metafórico: se desmembraron los cuerpos físicos de los balmacedistas, se destruyeron sus casas y se les desmembró de la comunidad, en el caso de los que fueron desterrados, como Bañados.

El exilio es un salto involuntario hacia el afuera total. Si bien Bañados va desde la periferia —Santiago— considerada bárbara, al centro de la civilización, en París, el afuera le es a Bañados un *no lugar*: se va a un lugar con el que no hay vínculos, no le corresponde identidad ni memoria (cf. Delgado 60). El destierro es el silencio y la oscuridad, es quedarse de verdad sin tierra, es como andar en el desierto, donde nada se ve, nada se siente, nada se conoce. El *no lugar* es un

desierto metafórico, es el lugar donde el cuerpo se siente en todos sus límites y es, de alguna manera, un cuerpo *cautivo* (cf. Le Breton 94).

El cuerpo, a Bañados, le aproblemata, es el cuerpo el desterrado, es su cuerpo el que debe *irse*, el que lo separa de su familia, de su tierra y de su cotidianeidad: “La separación [física] del ser amado que implica la experiencia de la soledad, es, en primer término, una prueba del cuerpo” (Le Breton 94) y se vive en el cuerpo, lo limita, define al sujeto, lo hace presente. La distancia hace que se tome conciencia del cuerpo, de su ubicación, de sus dolores, de las ausencias. El dolor, el cansancio, se viven con extrañeza, remiten al cuerpo, y lo reducen a uno a uno mismo, a la conciencia de los límites propios. Es en el cuerpo que se hace efectivo el destierro.

El destierro es el borramiento de una persona de un determinado lugar. Bañados, con su exilio, es borrado del escenario político público y del escenario familiar privado. Es despojado de su cotidianeidad y se le borra de la vida social chilena. Ante esta desaparición del cuerpo balmacedista, en el destierro, en las condiciones azarosas y difíciles que la pobreza abrupta y el alejamiento producen, como vimos, el cuerpo aparece en toda su magnitud y se enferma y se hace necesario describirlo. El cuerpo que, en la cotidianeidad, caminaba invisible por un adentro protegido, en el destierro, en el afuera, se pone alerta y existe insistentemente, como el límite feroz del sujeto desterrado (cf. Le Breton 98). A Bañados, con sólo 33 años, el cuerpo se le hace presente y suele describir sus dolencias seguidas de las dolencias del corazón, como en esta carta desde Lima, del 28 de septiembre de 1891:

Hijita:— Mi salud ha estado un poco quebrantada. El cambio de Estacion es rapido i en un mismo dia suele haber sol, neblina, frio i llovizna. He sentido durante dos dias algunos dolores reumaticos algo algudos [sic]. Ya se han detenido. Estraño mucho tambien la comida. Es con mucha grasa, pesada e indijesta. No he tenido indigestiones; pero, sufro de frecuente estitiquez. Por lo demas estoy bien.

Mi tristeza se aumenta, en lugar de disminuir. Cuando me encierro en mi pieza i me veo tan solo, sin querer se me llenan los ojos de lágrimas. No tengo ni caracter, ni educacion, para vivir asi.

Te aseguro que te hecho [sic] mucho de menos, lo mismo que mi pobre familia, mi patria i mis hijitas. ¡Pobres tres ratitas! ¡Cuánto sufro por ellas! ¡Cuánto lloro! Si supieran, lo que sufro por ellas! No tengo mas retratitos que los chiquitos que les hicistes sacar para mi cartera. No puedo verlos sin sufrir mucho (23).

Más grave aún es lo que relata en su carta del 4 de noviembre 1891:

Hijita de mi corazon:— Te escribo lleno de zozobras i perplejidades. El ultimo vapor no pude escribirte, porque no me lo permitió la salud. Ahora que estoi bueno, te puedo hablar la verdad del pasado. A los pocos dias de llegar, sufrí los primeros efectos del cambio de clima. Cansancio, insomnios, calor i frio con pocas horas de diferencia, fatigas, cierto malestar jeneral. Lo atribuí todo al dolor de mis desgracias i a la separacion de mi familia. Mui luego comprendí que en ello influía tambien el clima. Me vio un medico i me dio quinina. Tomé seis dias i me senti bien. Pasan pocos dias i se me cae el párpado del ojo derecho. Me puse el remedio que me recetó Barrenechea en Santiago i mejoré en cuatro dias. Tres dias despues se me cae el párpado del ojo izquierdo, i esta vez con irritacion i agudos dolores en la órbita. Llamé al oculista i nada. Busque otro medico i nada. Estuve quince dias sin salir i mui molesto. Sané al fin con un remedio casero que me dio una familia, pariente de Marquez.

Apenas sano del ojo, me da la influenza i una bronquitis con toz [sic] tan fuerte que una noche me salio sangre. Llamé un buen medico. Me vio tres veces. Ayer la ultima vez. No me encontro nada ni en el pecho, ni en los pulmones, ni en el corazon. Me dijo era una bronquitis. Estoi mejor, aunque me cuido mucho (34).

El 25 de noviembre, todavía desde Lima, el propio Bañados explica cómo sus dolores destruyen su cuerpo, pero no su alma, reflejo de todo lo atroz que vivió durante la Revolución:

Hijita:—

Mi salud mejor; pero, sigo adelgazándome extraordinariamente. La ausencia de mi familia y de mi país, me mina y mata lentamente. En valde [sic] cultivo relaciones con numerosos escritores y políticos y en valde [sic] visito algunas casas de respeto; la tristeza no me abandona, asi como tampoco debilita mi caracter. La nostalgia destruye solo mi cuerpo. El alma queda intacta (45).

Con esta nueva definición de los límites del sujeto, hace su entrada definitiva la *modernidad*:

La distinción del cuerpo y de la presencia humana es la herencia histórica del hecho de que la concepción de persona haya sido aislada del componente comunitario cósmico, y el efecto de la ruptura que se operó en el hombre. El cuerpo de la modernidad, resultado de un retroceso de las condiciones populares y de la llegada del individualismo occidental, marca la frontera entre un individuo y otro, el repliegue del sujeto sobre sí mismo (Le Breton 23).

La Revolución, como vimos, tuvo, dentro de sus causas, una vertiente económica: las reformas de Balmaceda atentaban principalmente contra los intereses de los salitreros en el Norte y, en especial, contra los intereses de John Thomas North. El mismo Bañados se pregunta cuánta influencia habrá tenido North en el desarrollo de los acontecimientos en Chile:

¿Qué concordancia existe entre M. North y las causas de oposición á Balmaceda de parte de varias personalidades políticas, sociales, y del foro?

¿Cuánta influencia han tenido los intereses de este acaudalado industrial en la marcha política de Chile á contar desde la sentencia del Consejo de Estado y desde que Balmaceda trató con tanta altura y hasta con intransigencia al que denomina la prensa inglesa el Rey del Salitre? (BGR I: 318).

North, con sus ansias de poder, con su acaparamiento, con su individualismo, es el epítome del sujeto moderno: “El comerciante es el prototipo del individuo moderno, el hombre cuyas ambiciones superan los marcos establecidos, el hombre cosmopolita por excelencia, que convierte al interés personal en el móvil de las acciones, aun en detrimento del ‘bien general’” (Le Breton 39). Su influencia fue preponderante en una sociedad que buscaba la modernidad a ultranza. North, que venía de Inglaterra, que había logrado una fortuna en tierra extranjera, que tenía lujos y que no tenía esa tendencia más austera del chileno tradicional, era el nuevo modelo y marcaba tendencia. El Rey del Salitre representa al individuo que “tiende a convertirse en el lugar autónomo

de las elecciones y valores. Ya no está regido por la preocupación por la comunidad y por el respeto por las tradiciones” (Le Breton 39).

El hombre, que con su cuerpo definía el *ser*, empieza a definir su cuerpo a través del *poseer*. En este sentido, el saqueo despojó a los balmacedistas de su modernidad propia. Luz y Julio Güemes Bañados y Ximena Pinto Bañados, nietos de nuestro autor, recordaban historias que su abuela contaba sobre los bailes que hicieron los revolucionarios después del triunfo, en los que exhibían las joyas y los vestidos de los balmacedistas como botines de guerra, en un acto de humillación total.

De este modo, en un Chile cada vez más industrializado, la modernidad se apropia de las conductas sociales y se impone de manera brutal, con una revolución y arbitrariamente despoja a otros, los balmacedistas, de la modernidad que ya habían alcanzado.

JULIO BAÑADOS EL TRANSEÚNTE

Tal como ya vimos, Bañados, mientras estaba en Chile, tenía una vida estable, con una cotidianeidad fija, cómoda, protegida; vivía en una suerte de *civilización interior*, en donde todo tenía un orden. A su vez, luchaba por una *civilización exterior*, con importantes medidas de orden, para alcanzar un progreso a la altura de los países europeos. El orden, a fin de cuentas, no es más que una cotidianeidad generalizada, igual para todos, inclusiva, homogeneizadora. Y analizamos en el capítulo anterior, la importancia del orden en Bañados.

La Revolución vino a alterar este orden, a romper con la cotidianeidad, a dejar a algunos incluso *sin* ella y vino a expulsar a muchos de Chile. Bañados, ya en el destierro, comienza una lucha furibunda de sobrevivencia que consiste en *hacer* cotidianeidad, siendo fiel a esa necesidad universal de orden.

Para lo anterior, cuando ha pasado ya el golpe inicial de la pérdida, Bañados busca, con desesperación, *ordenar* dentro del nomadismo en el que se encuentra y ordena, por supuesto, a través de la escritura. Sus primeros intentos

de orden se ven en sus cartas, cuando detalla las cosas que hace. Esta descripción que hace no es cualquier descripción, es, más bien, un intento por cotidianizar sus actividades, como si, al ponerlas por escrito, obtuvieran carácter de *oficiales* y se validaran como cotidianeidad. Esta cotidianeidad, sin embargo, en un principio dista mucho de la que tenía en Santiago y consiste en lo que *no* tiene y en lo que *no* hace:

Llevo vida de anacoreta. Paso como un Caton. No he ido a ningun club i solo dos veces al Teatro, por estar convidado. No tomo vino, ando a pie, visito solo a hombres, i tengo solo un terno de ropa i un sobre todo [sic]. Todo es costra. Gasto una camisa por semana. Lo demas son cuellos i puños postizos. No he comprado ni un libro. Leo los que me han regalado aquí. No tomo onces ni te en la noche. No gasto ni en un extra. No convido a nadie a comer ni a almorzar. No asisto a paseo alguno que cueste plata. En una palabra, soi el mas aplicado alumno en la Escuela de la pobreza i el ahorro. Los diez días de Paris voi a pasarlos a razon de 15 francos diarios. Es decir lo mismo que gasto en Lima. Ya sabes tu que he sido auxiliado por Claudio i Ruperto Ovalle con 300 soles para mi viaje. El resto lo pagaré yo (28).

En carta del 21 de octubre de 1891, continúa con sus descripciones de su nueva cotidianeidad, en Lima:

Aquí, por si no recibes las cartas anteriores, llevo una vida horrible. Te repetiré lo que hago. Para no gastar mas de la pension justa, he suprimido el desayuno, las onces, el vino i el te en la noche. No he ido a paseo alguno pagado, sin invitación de otro.

En la brutal ociosidad en que estoi, recorro la ciudad, pago visitas, voi a Camaras i edificios publicos. ¿Que quieres que haga? Tengo por pieza un cuarto de dos metros i medio de ancho por cinco de largo. Mi saloncito, es una parte de la misma pieza. I todavía en el tercer piso. Mala ventilacion, muebles de junco, alfombra mala i servicio detestable (30).

En el extracto anterior vemos que menciona sus recorridos por la ciudad. *Moverse* parece ser la solución de Bañados para todos sus males. Bañados está viviendo una situación que se sale por completo de la norma y de lo cotidiano, una situación que, de hecho, va en contra de todo lo que él peleó durante su vida pública. Este situación extrema lo lleva a luchar contra la desesperanza y contra

la desolación que siente y contra el cuerpo que, para su corta edad, le ha reaccionado de muy mala manera. Habla, en las primeras cartas, muchas veces de suicidio. Esta lucha por la sobrevivencia “se renueva cada día [e] implica, en primer término, una lucha contra el propio cuerpo” (Le Breton 95). Como vimos, el cuerpo de este Bañados de 33 años cumplidos en abril de 1891 reacciona mal a todos estos cambios brutales y nuestro autor debe hacer un esfuerzo por controlar su cuerpo, por obligarlo a comer, por forzarlo a salir y a vivir. De hecho, convencido de que el clima de Lima le es adverso, se va a Supe y desde allí escribe el 23 de diciembre de 1891:

Hijita:-

Al fin!

Despues de haber dejado en Lima diez kilos, despues de haber pasado alli las amarguras del Cristo, despues de haber soportado la luna de espinas del destierro y despues de haber estado a un paso del suicidio por desesperacion o de la muerte por una serie de dolencias espirituales y corporales; estoi en este delicioso lugar de baños.

He realizado mi ideal.

Arrullado sin cesar por las olas que rompen a pocos pasos de la casa en que vivo, clima suave, tranquilidad completa, separacion del mundo, soledad relativa, sueño, hambre, mucho no hacer nada, olvido de politica y dolencias del alma; he aqui la sintesis de lo que tengo en perspectiva, de lo que me rodea, del oasis en que vivo al fin en paz.

En Lima no tenía apetito y me secaba y consumía a paso de carga; no podía dormir por las inquietudes de mi alma; no podía trabajar porque la debilidad me devoraba; no podía sufrir en silencio porque me perseguían las visitas sin cesar; no podía ni comerme a solas el pan de mis infortunios, porque chilenos y buenos peruanos me acompañaban por compasion a mis nostalgias.

Hoy estoi en un hogar que tiene para conmigo sentimientos de hospitalidad que nunca, ni yo, ni tu, ni mis hijos, podran agradecer jamas lo bastante (55).

Y en los alrededores, Bañados sigue moviéndose, haciendo paseos y saliendo cada vez que puede.

En este afán de deslizamiento, Bañados anuncia que llevará, en Europa, *vida de estudiante*. Con esto, manifiesta, desde antes de llegar, que ésa será su

forma de *adueñarse* de su entorno. Su resolución la comunica en carta desde Lima, el 17 de febrero de 1892:

Estoi, pues, resuelto a embarcarme el 15 de Marzo y en Europa permaneceré durante el resto de mi destierro. Allí estudiaré todo, porque pienso llevar vida de estudiante. Difícil o imposible que se me presente otra oportunidad en mi vida para conocer algo de la Europa, siquiera París, Londres y Berlin (75).

Y luego de nuevo, el 20 de febrero del mismo año: “¡Parece que al fin Dios se apiada de mí! ¡Esto de que el destierro llegue a convertirse en escuela para mi, es lo mejor que puede desearse!” (77). El *estudio* como veremos más adelante, consiste, para Bañados, en circular por París con mapas, horas, y una paciencia a prueba de todo.

El 15 de marzo de 1892, desde El Callao, en el barco *Arequipa*, ya más repuesto y convencido de que tanto en el Perú como en Argentina no encontrará nunca un trabajo digno, y hecho a la idea de que en París podrá aprender cosas que le abrirán después mejores oportunidades de trabajo, Bañados emprende su viaje Francia.

En absoluta conciencia de lo difícil de su tránsito, Bañados celebra sus pequeñas adaptaciones al entorno (en carta desde Paita, último puerto de Perú, el 18 de marzo de 1892): “Salud esplendida. Sin mareo. Navegacion felicisima. Parece que mi estrella vuelve a lucir con brillo” (87).

El *estudio* de Bañados partió ya durante su viaje hacia Europa, en una parada que hizo en Nueva York, desde donde fue a las cataratas del Niágara. Así es como nuestro autor describe su estudio, en carta del 18 de abril de 1892, día de su cumpleaños:

Despues de almorzar en el Hotel “Prospect House”, salí en coche a las 8.25 A.M. a la Catarata. No tengo palabras con que describirte este fenomeno de la naturaleza. Es imposible concebir maravilla superior. La inteligencia y el espiritu se abaten ante aquella monumental produccion de la naturaleza. Estuve estudiándolo todo desde las 8 1/2 A.M., hora en que pasé los primeros rápidos del Niagara, hasta las 2 P.M. en que volví a tomar un poco de lunch.

Volví de nuevo desde las 2 3/4 P.M. hasta las 6 1/2 P.M. en que volví a comer y despues tomar el tren a Nueva York a las 8.26 P.M.

Todo, punto por punto, palmo a palmo de tierra y aguas, lo vi, lo palpé y le apliqué todas mis facultades y todos mis sentidos. Estudie los dos grandes brazos de la Catarata, desde 25 cuadras arriba del rio Niagara hasta 25 cuadras despues del salto de las aguas, desde la superficie hasta el lugar donde cae, desde las espaldas hasta su frente, desde el costado derecho al izquierdo. Me humedeci con las aguas de ambos brazos de la Catarata, bebí sus aguas y todo lo analize con la curiosidad inagotable y vehemente que tu me conoces (102s).

Y concluye su estudio de lo que pudo ver de Estados Unidos con el siguiente resumen:

Estos mismos días los he destinado a ver lo que me quedaba que ver en esta 1ª ciudad de Estados Unidos. Conozco, hijita, a Nueva York como si fuera Comandante de Policía. Creo que nadie en el mundo ha aprovechado mejor los 25 días que he permanecido en los Estados Unidos. Sé de memoria y podria hacerte hasta el plano de:- Nueva York, con 2.000.000. de habitantes, Brookling, con 800.000, de New Jersey con 200.000, de Washington con 200.000, de Baltimore con 500.000 y del Niagara con sus dos pueblos, el de Estados Unidos y el de Canada.

Me voi satisfecho, habiendo comprobado en el terreno todo lo que sabia a fondo en teoría. Revisando las grandes librerías, he visto con satisfaccion que todo lo mejor ya lo conocia o lo tenía en mi magnifica biblioteca que me saquearon. Llevo un cajon de libros que me son indispensables. De estos la mitad me ha sido regalada por autoridades de este país e instituciones. No temas que vuelva a tener la locura de formar otra Biblioteca; pero, como hombre de estudio pienso tener lo indispensable y no mas. Sería obra de demencia organizar una Biblioteca para que o la devorase la aristocracia alzada o se la guardase para sí (105).

Y, en carta del 7 de julio de 1892, relata así su frenético estudio en Estados Unidos: “Alli trabajaba y estudiaba a razon de 10 horas diarias y a veces 14. Asi conseguí ver y conocer en 30 dias mil veces mas que un turista cualquiera en 6 meses” (117).

El 23 de abril de 1892, en el buque francés *La Bretaña*, Bañados parte definitivamente hacia Francia, al puerto de Havre, y espera demorarse siete días.

Llega, efectivamente, a Francia el 1 de mayo y escribe su primera carta desde París el 12 del mismo mes. Y, a doce días de su llegada, el comentario sobre los avances de sus estudios es el siguiente:

Casi inútil me parece decirte que ya conozco a todo París. He concluido tres fases de mi estudio y comencé el 10 la 4ª faz³² y última.

1ª- Faz:- Estudio teórico de Guías y Planos.

2ª- Faz:- Estudio de las calles por medio de todos los elementos de movilidad.

3ª.- Faz:- Estudio exterior de todos los Palacios y grandes edificios.

La última faz es el estudio particular y minucioso de cada Palacio, Museo y Establecimiento, en su interior y en todos sus detalles.

He tenido la paciencia de recorrer en su totalidad, en omnibus, coche (que es muy barato), tranways, vaporsitos y a pie lo siguiente:-

63 Boulevards; —

19- Plazas;

24- Avenidas;

Centenares de calles;

El camino de circunvalación por línea férrea;

Numerosos Puentes;

Las Islas Cite y San Luis;

6 Estaciones de líneas férreas;

5 Pasajes y centenares de pequeñas plazuelas y cruzamientos [sic].

Conozco los parques:-

Boulonge;

Elysees;

Montsouris;

Vincennes;

Monceau.

Agrega a esto como cien grandes Palacios, Liceos, Colegios, Museos y Jardines.

En una palabra, estoy en el estudio particular e interior. Comencé con los colosales Museos del Louvre, de Cluny, del Trocadero y del Luxemburgo. Visité el Salon y he recorrido las notabilísimas estatuas en Plazas y Parques y Jardines.

Mi impresión general es superior a todo lo imaginado y soñado.

³² El autor quiere decir *fase* "Cada uno de los distintos estados sucesivos de un fenómeno natural o histórico, o de una doctrina, negocio, etc." ACAD., s.v.

El movimiento lo estimo mayor en Nueva York; pero, aquí es todo mas elegante y de mayor arte.

Conocí el Teatro La Opera, el Reneissance [sic], el Hipodromo, el Frances, el Eden y otros mas secundarios.

La Opera es una maravilla. Es lo unico que me ha abismado y dejado como en extasis. Los otros teatros son en jeneral feos, chicos e incomodos, y ninguno está a la altura del Municipal de Santiago. En cambio de la Escalera del de La Opera salen dos Municipales.

Sería de nunca acabar hablarte de París (108s).

Si bien Bañados no da por terminado su estudio con estos doce días, este extracto nos permite apreciar el ritmo al que se somete en su rigor.

Nuestro autor, lejos de su tierra, de su cotidianeidad y de los suyos, se ve en la necesidad de generar un nuevo sentido de pertenencia que no se limite ya a los confines de su patria y su familia, sino que sea universal (cf. Le Breton 40) y que le permita sobrevivir en las circunstancias extraordinarias en las que se encuentra. El mecanismo, como ya hemos dicho, es la generación de cotidianeidad. La comodidad con el entorno genera cotidianeidad, ordena la vida y ordena el cuerpo también, tanto en sus funciones básicas, como en sus capacidades. Bañados tiene serias intenciones de escribir lo que Balmaceda le ha encargado y, para eso, necesita una rutina y una cotidianeidad, que es, a la postre, la fusión entre los actos del sujeto y de su cuerpo (Le Breton 94). Para poder asir el entorno, nuestro autor se convierte en un transeúnte profesional que estudia planos y recorre, para asimilarlo todo.

Por un lado, Bañados busca dominar la ciudad, en su urbanística, quiere conocer esa “gran parcela en que se levanta una cantidad considerable de construcciones, [que] encontramos desplegándose [en] un conjunto complejo de infraestructuras y [en la que] vive una población más bien numerosa, la mayoría de cuyos componentes no suelen conocerse entre sí” (Delgado 11), es decir, busca conocer la ciudad *moderna*. Y para esto, *transita*, se desliza, se surte de mapas y se levanta a las seis de la mañana a explorar. Recorre monumentos,

edificios, calles, plazas, cementerios, hospitales, escuelas. Recorridos todos que luego relata *in extenso* en sus cartas.

Por otro lado, nuestro autor busca aprehender lo *urbano*, la forma en que la gente *usa* una determinada ciudad, “las prácticas que no dejan de recorrerla y de llenarla de recorridos” (Delgado 11), “la obra perpetua de los habitantes, a su vez móviles y movilizados por y para esa obra” (Lefevre 158).

Con este deslizamiento por calles y avenidas, por edificios y monumentos, Bañados logra apropiarse de la ciudad física y logra, al mismo tiempo, fundirse con los demás parisinos. Al ser un transeúnte más, desconocido, sin identidad pública, logra deshacerse de la criminalización que han hecho de él los revolucionarios y queda limpio para poder encontrar su verdadera identidad. Al ser uno más de los que transita por las calles de París, logra cooperar nuevamente con una comunidad que, eventualmente, con el paso del tiempo y el avance de sus *estudios* podría llegar a ser la propia y, también busca, con sus recorridos, cooperar después con Chile (y por eso *entender* la ciudad le es de suma importancia, como si buscara en cada organización urbanística la lógica que hay detrás, para trasladarla después a Chile y seguir construyendo modernidad para su patria). Así, con su caminar incesante, Bañados va edificando, de alguna manera, también París. Es parte del espacio social que conforma esta ciudad, que la dota de carácter, que le da vida.

Ahora bien, estos anhelos de Bañados por asir la ciudad, en todo sentido, toparán siempre con el hecho de que él transita la ciudad de manera *diferente* a un parisino. Bañados, por más que quiera integrarse a la vida de la ciudad, es un afuerino y esta ciudad es su *afuera*. Bañados *estudia* la ciudad. Un parisino la *usa*. Aun así, crea, para sí mismo, una *ilusión* de cotidianeidad, al generar rutinas de estudio, al conocer París mejor que un parisino al abarcar con su cuerpo todo ese afuera que le perturba en su desconocimiento.

Para absorber la ciudad, Bañados continúa con la especie de nomadismo al que lo ha empujado el destierro y se desliza por las calles, camina sin descanso por los recovecos de París. Caminar “es también *pensar*, hasta el punto de que

todo viandante es en cierta manera una especie de filósofo, abstraído en su pensamiento, que [...] convierte su itinerario en su gabinete de trabajo, en su mesa de despacho, su taller o su laboratorio, el artefacto que le permite trabajar” (Delgado 71). Caminar es *estudiar*.

Para este estudio sin fin, Bañados usa la *mirada*: “si se comparan las relaciones entre los hombres de las grandes ciudades con los de las pequeñas, aquéllas se caracterizan por una marcada preponderancia de la actividad de la vista por sobre la de la audición” (Simmel 230). En una ciudad realmente moderna, la gente no se conoce y, por lo tanto, no se habla, pero sí se mira. Bañados, estando en una ciudad moderna y desconocida, usa la vista para aprehender su entorno. La mirada, a fin de cuentas, “se convirtió en el sentido hegemónico de la modernidad” (Le Breton 103). La verdadera modernidad, ya en París, le llega a Bañados por la mirada reflejada en la ciudad, no ya en los libros. En esta nueva aprehensión de la modernidad, todo el cuerpo de Bañados participa. En la verdadera modernidad, el cuerpo transita por ella, se desliza, la respira, la absorbe y queda impresa en forma visual. La mirada, “sentido de la distancia, de la representación, incluso de la vigilancia, es el vector esencial de la apropiación que el hombre realiza de su medio ambiente” (Le Breton 105).

En su caminar, en su búsqueda por asir la ciudad, con la mirada Bañados también *lee* la ciudad, en su estructura morfológica (cf. Delgado 16), en su configuración. Vuelve a repetirle a su esposa, en carta del 7 de julio de 1892: “Casi inútil me parece decirte que conozco a Paris mas que a Santiago. Bastete saber que he redactado un nuevo Guia de monumentos, plazas, parques, y calles. Me falta estudiar algunos establecimientos en su parte interna. En cuanto al edificio, los conozco todos” (117). Tan profundo es su estudio, que redacta una guía de monumentos, parques y calles. El estudio de Bañados, como podemos ver, nunca es para él solo, siempre tiene esa tendencia a compartirlo con su comunidad.

Bañados logra, con este recorrido incesante, convertir el *no lugar* en el que se encuentra, en un “espacio hecho de recorridos transversales en todas

direcciones y de una pluralidad fértil de intersecciones” (Delgado 61) que puede asir. Así, poco a poco el no lugar se convierte en *lugar* y la cotidianeidad se instaura.

Finalmente, el 1 de enero de 1893, Bañados puede decir que se siente en París a sus anchas, que ya lo ha *digerido*:

Los días transcurridos, desde mi última carta, han pasado sin novedad por mi espíritu. Poco a poco he digerido a París y hoy vivo en él como en Santiago. Conozco sus calles, avenidas y paseos mejor que lo que conozco los de Chile. Gradualmente, a medida que he ido agotando hasta las heces de lo que encierra este gran mundo, mi espíritu se ha tranquilizado, ha perdido su fiebre de conocer y como el que pasa la luna de miel, he entrado por el camino ancho, apacible, normal y dulce del matrimonio sin dientes, ni garras, ni abrojos, como el nuestro. Puede decirse que concluí por completo mi programa de estudio.

Comienza el periodo de saborear lo conocido, de paladearlo y rumiarlo, (no vayas a creer que me he cambiado en buey!) (162).

En ocho meses, Bañados logra, luego de caminar, mirar y absorber la modernidad, *digerir* París, asimilar lo que lo rodea, procesarlo y convertirlo en propio, crear cotidianeidad para tranquilizar el espíritu.

En la misma carta, relata ya su cotidianeidad al decir *diariamente*: “Diariamente, cuando salgo todos los días después de almorzar a caminar mis obligadas 50 cuadras, me divierto con el espectáculo de las dos grandes fuentes de la plaza de la Concordia. Son colosales; pero, del mismo estilo que la pila principal de la Plaza de la Victoria de Valparaíso” (162). Y luego sigue:

Te contaré lo q’ me pasa a mi.

Me levanto y voy a mi escritorio que tiene su buena chimenea. Trabajo con 15 grados de temperatura hasta las 12 M. A esa hora bajo a almorzar con Ramon Vicuña. Desde el Salón al Comedor hai dos excelentes chimeneas que lanzan grandes llamaradas. A la una y media salgo con mis pieles hasta las orejas y ando 50 cuadras a lo mas y 30 a lo menos, a toute vitesse, a 150 pasos por minuto, a lo menos. A los pocos momentos estoi echando humo por la boca y narices como una estufa. Después tomo un coche chaufféé y vuelvo al trabajo en mi escritorio q’ esta ya a 15 grados centígrados. A las 7 P.M. salgo a comer, de nuevo a toute vitesse y con pieles hasta las

narices. Ando pocas cuerdas y entro a casa de Victor o de otro amigo que vive tambien a 15 grados.

Acabado de comer emplumo o al Salon hasta las 11 P.M. o a un Teatro. Viaje en coche chauffee. Teatro a 16 o 17 grados centigrados.

Concluida la funcion en otro coche, tambien chauffee, a mi camita. El Concierge tiene la orden de prender la chimenea de mi pieza de dormir a las 9 P.M. De modo que al llegar hai su temperatura deliciosa de 15 grados (163s).

La cotidianeidad por fin ha sido establecida.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD: MEMORIA Y ESCRITURA

EL DESLIZAMIENTO POR LA MEMORIA

Caminar es también *pensar*: “Todo caminante es un cavilador, rumia, barrunta, se desplaza desde y en su interior” (Delgado 71). Bañados, en las horas y días que caminó por Nueva York, Washington, Londres y, sobre todo, por París, se dedicaba, al unísono, a transitar por su memoria. El trabajo que debía hacer era grande: por un lado, encontrarle sentido a todo lo que había sucedido y, por otro, *recordar* todo lo pasado para poder narrarlo en su Historia del gobierno de Balmaceda. La tarea era, de suyo, titánica, no sólo por la cantidad infinita de hecho acaecidos, sino por las consecuencias de los mismos para Julio Bañados en su propia vida y en la de su familia y de sus cercanos.

Las tragedias de la guerra, del saqueo y del destierro y el desafío de narrar lo ocurrido obligan a Bañados a situarse frente a un espejo. No tiene manera de enfrentar el encargo de Balmaceda sin pasar por el doloroso proceso de mirarse, de analizar lo hecho y lo vivido y de definirse, al deslizarse por su propia memoria.

La memoria, protagonista del ejercicio de mirarse, “no es un almacén ni un inventario; es una facultad que conserva pero que elabora, es *una memoria creativa*” (Fernández 71) que, en la medida en que recuerda, genera también una imagen propia de sí. Si bien el libro *Balmaceda, su Gobierno y Revolución de 1891* (1894) es un libro eminentemente histórico y que ha sido escrito guardando la mayor objetividad posible, es inevitable que de él salga proyectada, al mismo tiempo, una imagen de Bañados, la imagen que él ha forjado de sí mismo, al recordar, durante su destierro.

En este viaje por la memoria, Bañados recorrerá tanto la suya propia como la memoria histórica de Chile, para justificar las decisiones del gobierno. En su recuento, partirá desde O’Higgins en adelante, y analizará lo que para él es el hilo conductor de la historia de Chile: el amor por el orden público y el progreso.

LOS PROTAGONISTAS

El *Prólogo* del libro de Balmaceda, ya en sus primeras líneas, nos advierte que Bañados ha estado involucrado en todos los hechos que narrará: “Durante el Gobierno de José Manuel Balmaceda, tuve algún conocimiento de los sucesos que se generaron con tan rara fecundidad, y modesta participación en varios de los trabajos y reformas que se llevaron á cabo” (BGR I vii). Esta participación, irrefrenablemente, lo obliga a analizar también, junto con los hechos históricos, su conciencia: “Por esta intervención personal, me afectan responsabilidades que acepto con todo el vigor de mi conciencia, con el calor de inquebrantable lealtad política y con la fe del que tiene la íntima convicción de que sus actos han sido siempre inspirados por constante amor al país” (vii).

Si bien en el título mismo del libro vemos que los protagonistas serán Balmaceda, su gobierno y la Revolución, quien escoge *qué* contar y *cómo* contarlo, quien *recuerda* y luego *escribe* es Julio Bañados Espinosa, Ministro Plenipotenciario de Balmaceda, esposo de Ester Valderrama, abogado, historiador, bombero, escritor, padre de tres hijas, hombre desterrado y vencido, patriota exacerbado que vive en París: “la función narrativa no es sólo un recurso literario, sino también una experiencia autocognitiva, es decir: la propia instancia de narrar es forjadora de identidad” (Egan 101).

La participación real de Balmaceda, en el proceso de escritura de este libro, se limita a la *petición* de escribirlo:

Esta situación especial que me cupo en dicho Gobierno, fué sin duda la causa que movió á José Manuel Balmaceda á escribirme en sus últimos momentos una carta de cariñosos recuerdos, en la que me confió, con honra inmarcesible para mí, la ardua tarea de hacer la historia de su gloriosa administración, historia que se imponía con caracteres de patriótico deber en presencia del plan sistemático de los autores de la Revolución del 7 de Enero de 1891, para desnaturalizar propósitos, las ideas, y hasta los sentimientos que tuvieron desde el Presidente-Mártir hasta el último de sus cooperadores (vii-viii).

En la carta que nombra Bañados, del 18 de septiembre de 1891, como hemos visto anteriormente,³³ Balmaceda le dice:

«Escriba, de la administración que juntos hemos hecho, la historia verdadera. Dejo dicho á Emilia que le suministre todos los recursos necesarios para una publicación abundante y completa. Le he encargado también que Ud. escoja 2,000 volúmenes para sí, de mi Biblioteca.

»Con los Mensajes, las Memorias Ministeriales, El Diario Oficial y El Ferrocarril, puede hacer la obra.

»No la demore ni la precipite. Hágala bien (BGR II: 643s).

Con su escritura de la *verdad*, Bañados debe oponerse al plan revolucionario de tergiversar la administración Balmaceda, por un lado, y debe, a su vez, crear una justificación histórica. Balmaceda se ha suicidado y, a él, la justificación histórica le sirve en cuanto a su relación con la *posteridad*. Pero, a Bañados, en cambio, una justificación histórica bien hecha puede significarle años menos de destierro, reivindicación pública, política e histórica. Lo que se juega Bañados, con su escritura, es, entonces, de suma importancia y, aunque concientemente quiera desaparecer en la narración, su inconciente sabe que más vale que aparezca, aunque sea un poco.

En este sentido, a pesar de que Bañados hace esfuerzos enormes por la objetividad y por borrar de la narración, su extensa obra sobre Balmaceda no deja de tener rasgos innegables de autobiografía. La objetividad nos la promete en el *Prólogo*:

Comprendo muy bien que pueda dudarse de la frialdad del criterio, para apreciar hombres y acontecimientos, del que escribe sobre dramas que ha visto como actor ó como responsable solidario.

Comprendo mucho mejor aún que la duda se aumente cuando se sabe que ese historiador ha sido víctima de implacables persecuciones y que escribe con la pluma del proscrito.

No obstante estas prevenciones que *prima facie* tendrá el lector, abrigo la persuasión de que en el curso del libro encontrará pruebas que lo convencerán de la imparcialidad que ha inspirado é inspira la historia que entrego al fallo de la opinión pública.

³³ Repito la cita por su importancia y en aras de la claridad.

Me encuentro con fuerzas para quebrar la pluma del polemista, y empuñar la del historiador imparcial (viii).

Lo que afirma Bañados en estos párrafos lo dice desde la conciencia de un historiador que ha hecho historiografía y que, sobre todo, ha escrito artículos sobre lo constitutivo de un *buen historiador*. En su artículo “Cronistas Nacionales” de 1878 y publicado luego en *Letras y Política* (1888), Bañados dice que:

Para escribir con verdad y acierto una historia cualquiera, es necesario que se tengan a mano todos los documentos que den luz sobre lo que se narra; que el que escribe sea imparcial, que no haya figurado como protagonista o agente en los sucesos, que posea el suficiente temple de espíritu e independencia de juicio, para que juzgue a los hombres y a los gobiernos con la frialdad y rijidez propias de la justicia y de un alto tribunal, como es el de la posteridad. «El hombre que por avaricia o ambición sea capaz de desfigurar los hechos, para adular a algún poderoso, o granjearse el favor de cualquier gobierno, partido, secta o corporación, o que por miedo no tenga valor para decir la verdad toda entera;» el hombre que escribe arrastrado por sus pasiones, sus odios, sus arrebatos; el hombre que sirve de simple ejecutor de miras superiores y que carece de la independencia de ánimo; «renuncie al honroso título de historiador es decir, de preceptor de los hombres»³⁴ (33s).

A los 20 años, sin embargo, es fácil seguir estas normas tan estrictas. A los 33, y una revolución después, en cambio, las necesidades vitales son muy otras y exigen saltarse ciertas reglas.

Esto mismo que constituye una suerte de *falla* en la concepción historiográfica de *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891* hace que el libro pueda ser visto como autobiográfico, por un lado, y como una biografía del país y de Balmaceda (en menor medida), por otro.

Si bien Bañados declara que la historia que está presentando es eminentemente *política*, los rasgos biográficos y autobiográficos son innegables. Ahora bien, más que una biografía de Balmaceda, es una biografía del gobierno

³⁴ Se entiende que Bañados está citando a alguien, en algunas partes, pero no aparece el pie de página en el libro, por desgracia.

de Balmaceda. El Presidente sale retratado, efectivamente, pero no es lo constitutivo del libro. Hay un breve relato de la infancia que se extiende por un par de páginas, pero que, como podemos ver, siempre está ligado a la política:

José Manuel Balmaceda, nacido en Santiago de Chile, abrió sus ojos en los momentos más críticos de la gestación nacional.

Fueron sus padres Manuel José Balmaceda y la respetable señora Encarnación Fernández de Balmaceda.

Manuel José Balmaceda, hombre de carácter austero, político de ideas de orden y de autoridad, poseedor de vasta fortuna personal, heredero de un orgullo de familia que se manifestó hasta la exageración, enérgico por hábitos y tradiciones y dotado de inteligencia clara y de recto criterio, dió á su hijo mayor una educación sólida y casi espartana.

Manuel José Balmaceda, como hombre político, pertenecía al partido que ayudó con rara firmeza y con poco común lealtad á Manuel Montt á salvar las instituciones de la doble voráGINE revolucionaria que conmovió al país en 1851 y en 1859. En consecuencia, se había inspirado en un partido de orden, conservador en el sentido político de esta palabra, resuelto á todo á costa de afianzar á la autoridad, cauteloso en la marcha de las reformas y de ejemplar disciplina (BGR I: 4)

Hay también, intercalados, relatos del carácter de Balmaceda (su grandeza; su patriotismo; sus virtudes como orador, estratega y mandatario; su visión; sus rectas intenciones):

Aunque con gran corazón, alma generosa, carácter benévolo y sanas inclinaciones, no por ello dejaba de sentir en el fondo de su ser las nobles pasiones que sacuden los espíritus levantados y que inspiran á los ingenios preclaros, pasiones que son al tribuno lo que el ala al ave.

No se vaya á creer que eran las turbias pasiones del demagogo y del ambicioso vulgar; eran los focos de inspiración que tiene dentro de sí todo ser inteligente, todo pensador capaz de seducir y seducirse por nobles reformas y trascendentales movimientos de opinión.

De nada servirían las anteriores calidades sino [sic] estuvieran al servicio de la más rígida probidad.

Balmaceda era la honradez hecha carne y hueso. De probidad irreprochable, nadie podrá jamás por jamás atribuírle procedimientos inspirados por lucro personal. Pudo, como hombre que era, cometer errores y sufrir paralogizaciones; pero nunca

encontró pábulo en su conciencia otro móvil que nobles ambiciones, resortes inseparables en los grandes espíritus, y que el más abnegado amor á la patria (BGR I: 15).

Encontramos también un par de párrafos sobre la vida familiar de Balmaceda (esposa a la altura de tamaño hombre, hijos extraordinarios, hogar maravilloso) y, lo demás, es un extenso relato sobre *lo hecho* durante la administración que nos atañe.

LA ESCRITURA Y EL HACER

En el libro de Bañados se mezclan, a la perfección, el anhelo liberal de la *escritura* y el *hacer*. Esta obra es el punto cúlmine de lo que Bañados había estado buscando desde su llegada a los escenarios liberales. El proceso que siguió nuestro autor consistió en, primero, la caligrafía que lo preparaba para lo que quería ser, como joven aspirante a la tribuna liberal, que es lo que puede verse en su libro *Ensayos i Bosquejos* (1884). Luego, vino, en segundo lugar, la escritura desde las tribunas, en *Letras i Política* (1888), cuando ya era diputado por Ovalle y trabajaba al lado del Presidente. En tercer lugar, vino el *hacer*, posibilidad que le dio Balmaceda al nombrarlo ministro en distintas carteras (1886-1891), mientras seguía escribiendo en la prensa balmacedista.

Y, finalmente y en cuarto lugar, vino la debacle, la explosión de todas las fuerzas en tensión, la llegada estrepitosa de la modernidad invocada durante años con ríos de tinta, que arrasó con todo a su paso porque, en realidad, los invocadores no conocían bien a aquella que invocaban con tanta pasión. Frente a esto, Bañados, habiéndose visto forzado a madurar en el crisol del sufrimiento, ideó su obra cúlmine, en que el *hacer* es transformado, de nuevo, en literatura.

LA CONFORMACIÓN DEL YO

Desde el destierro, Julio Bañados se ve en la obligación de hacer una primera y vital declaración sobre sí mismo y es que está vivo. La primera carta que Julio Bañados le escribe a su mujer Ester Valderrama, el 29 de agosto de 1891, después de los desastres de Concón y Placilla, parte con esa frase desgarradora: “Estoi vivo!”, hecho que era necesario aclarar, dadas las circunstancias. Si bien el que Valderrama estuviera recibiendo una carta de Bañados daba a entender que su esposo estaba vivo, nuestro autor se siente en la obligación de gritar —todo lo que se puede gritar por escrito— que todavía le corre la sangre por las venas. Ese “Estoi vivo!” refleja que ha sobrevivido a algo verdaderamente horrible, a una hecatombe más allá de sus fuerzas y completamente desproporcionada con la realidad.

Es también, esta declaración, el inicio de una nueva vida, de un nuevo sujeto que tendrá que enfrentar inmensos desafíos, ya que ha decidido seguir vivo. Bañados podría haberse quedado en Chile y haber optado por enfrentar a sus enemigos. Eso, a ciencia cierta y en medio de las trifulcas de la guerra y de los odios, le hubiera valido el fusilamiento. Pero optó por irse. Optó por iniciar por sí mismo un destierro incierto fruto de la modernidad que llegó para reformarlo todo, cuando Bañados no estaba preparado.

Si bien nuestro autor es capaz de asir la modernidad tal como es (defiende los valores decimonónicos a ultranza hasta el final, por ejemplo, porque *leer* sobre la modernidad es distinto a *vivirla*), se rinde a ella sin darse cuenta, por las urgencias que la misma modernidad le impone. La escritura de cartas y el trabajo que hace con su Historia son revisiones de la subjetividad sólo posibles con el advenimiento de la modernidad y su nueva concepción de la *subjetividad*. Es “con el afianzamiento del capitalismo y del orden burgués, cuando comienza a afirmarse la subjetividad moderna, a través de una constelación de formas de escritura autógrafa que son las que establecen precisamente el canon (confesiones, autobiografías, diarios íntimos, memorias, correspondencias)”

(Arfuch 26). La visión de sujeto que Bañados presenta en sus cartas y en su Historia, la introspección, los análisis de conciencia, las descripciones de personajes, sentimientos y situaciones, son factibles porque él mismo se está transformando, a fuerza de balaceras, exilio y dolor, en un sujeto moderno.

La escritura del *yo* es un acto de exhibición (cf. Lejeune 35), es una forma de exhibir el interior, en especial cuando el exterior —el cuerpo— no está presente. En el caso de Bañados durante su exilio, la escritura le sirve para dar a conocer que está vivo, para mantener el vínculo con su familia y para seguir presente en la arena pública. Con su escritura, exhibe su conciencia y sus pensamientos. El trazo de su pluma en el papel es la huella de su cuerpo desterrado.

El grito de estar vivo sale del corazón de Bañados cuando él todavía no sabe qué ha pasado con su familia ni con Chile. No está al corriente de los saqueos en Santiago y no tiene claro tampoco qué ha pasado en La Moneda. Intuye, por supuesto, luego de ver el desastre en derredor y, en especial, luego de enterarse de la muerte de Alcérrica y de Barbosa, que ha salvado de milagro, “No sé para qué me guardia [sic] Dios” (CD 6) comenta. Dilucidar el para qué ha salvado la vida, es parte del análisis de conciencia que hace. Concluye, en esta primera carta, que, una vez terminado el destierro, pronto podrá trabajar y restituir lo perdido y será, junto a su familia, nuevamente feliz: “Hemos sido mui felices i siendo juvenes volveremos a serlo hasta la muerte” (10). Luego le dice a su esposa, en carta del 28 de septiembre de 1891, ya enterado de los saqueos y de la muerte de Balmaceda: “Ten alma grande como la de tu esposo. Tu pobreza es mi mayor honor i mi venganza. Luego tendras de todo, porque soi joven i lleno de recursos de actividad, de trabajo i de caracter. Se trata de que vivamos uno o dos años como en casa de Huerfanos” (24).

EL TRÁNSITO POR LA MEMORIA

El tránsito por la memoria comienza, en la escritura de Bañados, ya en la primera carta. Lo primero que hace, luego de declararse vivo y de reconocer la incertidumbre de su porvenir (“Te escribo desde el primer escalon del destierro, envuelto en hondo dolor, en horribles incertidumbres, entre sombras negras como la fatalidad” (CD 3)), es lanzarse a describir las batallas últimas en las que participó. Desde este mismo instante, Bañados comenzará a transitar por su memoria para desentrañar la verdad. Describe —para poder procesar, para poder compartir, para poder sacarse de dentro del corazón las balaceras y la sangre— las batallas que tuvo que dirigir. Antes de sumergirse en el fuego cruzado, empero, hace una declaración que resume su participación en el gobierno de Balmaceda y en la historia:

Trabajé dia i noche, con el empeño que tu me conoces por todo lo que considero un deber para mi patria.

He creído, creo i creeré mientras viva que la revolucion nacio de la ambicion, vivio de la injusticia, se armó de la crueldad i vence por la intriga i el dinero.

He creído, creo i creeré mientras viva que, en la hipotesis de q’ la politica de Balmaceda hubiera sido mala, no quedan justificados la revolucion, el mar de sangre derramada, el credito del pais perdido i las desgracias que nos aflijen a todos.

He creído, creo i creeré, por fin, mientras viva, de que el triunfo de la revolucion en un pais nuevo como Chile puede ser la fuente de eternas incertidumbres, de motines de cuartel, de nuevas discordias i de inacabables desgracias.

Convencido de todo esto, con el calor de arraigadas convicciones, con la honradez sincera que tu me conoces i con toda la vehemencia de acendrado patriotismo; no podía hacer otra cosa que prestar mi concurso personal hasta el sacrificio i la muerte en favor del orden público (CD 3).

Esta declaración de principios será sostenida por Bañados a lo largo de sus cartas y a través de toda su Historia de la administración Balmaceda. No hay nunca un atisbo de duda, no tiene jamás un solo momento de arrepentimiento. Tiene una certeza profunda de que ha hecho lo que ha podido y lo que ha podido

lo ha hecho desde un patriotismo acendrado, con la justicia y la honradez de por medio:

 Mi conciencia de chileno, de ciudadano i de hombre honrado esta triste; pero, tranquila.

 He hecho por salvar las instituciones, el principio de autoridad i el orden publico, cuanto puede hacer un hombre de honor!

 Se podrá hacer lo mismo:— jamas se podrá hacer mas.

 He sido aplastado por el acontecimiento; pero, no por falta de enerjia, de actividad, de abnegacion personal i de audacia.

 No he podido mas!

 La historia dirá quiénes —si nosotros o ellos— han servido causa mas justa i han servido mejor los intereses de Chile.

 Lo que sé decirte, poniendo a Dios por testigo de mis actos i evocando el recuerdo de mi madre idolatrada,³⁵ es que si he podido equivocarme, nada he hecho con la convicción de estar obrando mal.

 Podrá haber error; pero, no falta de honradez i sinceridad de convicciones.

 El porvenir i la posteridad daran su fallo definitivo acerca de la utilidad nacional de mis actos; pero, desde luego nadie en Chile ni en el mundo entero tiene ni el asomo de razon o de prueba para dudar de mi lealtad, de mi honradez i de mi patriotismo (CD 8)

En esta primera carta, la descripción de lo acontecido le sirve como catarsis para poder comprender todo lo que ha vivido. Y es, también, una explicación para su mujer de esa *vida* que ha declarado tener y que estuvo al borde de perder en cuantiosas ocasiones no sólo por las balas, sino que también por las impresiones:

 A las 11 1/2 A.M. llegué a Santiago, i sin almorzar volé a la Moneda. No tuve tiempo ni de saludarte a ti i a mis hijas. Recibi las instrucciones escritas del Presidente i corri a la Estacion.³⁶ En tren especial me dirijí a Viña del Mar con el plan fijo de no dar la batalla, mientras no se reunieran las tres divisiones. Mi proposito era embromar en el paso del rio Aconcagua i dar la batalla en las alturas de Viña del Mar.

 Al llegar a Quilpue, como a las 5 3/4 P.M. noto varios jefes, oficiales i soldados a caballo. Me llama la atención i hago detener la maquina. Reconozco a Lopetegui³⁷ i le pregunto lo que hai i dónde estan nuestras tropas.

³⁵ Virginia Espinosa, fallecida años antes, en el día del cumpleaños de Bañados (18 de abril).

³⁶ Se refiere a la *Estación Central*, única estación de trenes de Santiago.

³⁷ *Lopetegui Varas, Fernando*: capitán del Ejército de Balmaceda que traicionó al Presidente.

—Señor, me dijo, dimos la batalla en el día de hoy i nos fue mal.

Casi me caí muerto (4).

La descripción es larga y necesaria. Estuvo en La Moneda y no tuvo tiempo de despedirse de su mujer y de sus hijas y está partiendo a un destierro por tiempo indefinido. Además, esta descripción sirve para entender, por un lado, cuán destruido está y, por otro, cuánta angustia tiene por el porvenir:

¿Qué ira [a] ser de tu pobre esposo?

¿Qué haran de mí i de los míos, mis adversarios?

Temo, hijita, que no se comporten conmigo con la bondad, espíritu jeneroso, tolerancia i falta de crueldad que usé con ellos durante mi Ministerio del Interior.

¡Qué hacerle!

Estoi resuelto a sufrirlo todo en silencio i con estoica resignacion.

Solo me acuerdo de ti, de mis hijas, de mis pobres hermanos, de mis padres politicos i de los deudos míos.

Llevo dos noches de lágrimas, acordandome de lo que se espera [sic], no a mí, sino a los míos.

Casi todos mis hermanos son pobres, lo mismo que mis dos cuñados.

Viven de empleos que perderan!

No se han mezclado en politica; pero, son hermanos míos.

¿Perseguirán a mi querido suegro?

¿Llegaran hasta mi padre?

¡Quiera Dios que las persecuciones, los sufrimientos, las amarguras, todo, todo lo malo termine en mi, no salga de mi, este reservado solo a mí!

Este es un grito del alma, que brota de todo mi ser.

Estaré embarcado algunos días, mientras se desarrollan i desenlazan definitivamente los acontecimientos.

¿Habran nuevas batallas i mas sangre?

¿Habrá transaccion?

Esperemos.

Ya nada puedo hacer ni de obra ni de consejo.

Estoi sin comunicaciones con Santiago i con mis amigos (CD

8s)

Luego dice “Te hablaré algo de mí” (9). En los trances en que se encuentra, el yo que asoma es el de la cotidianeidad más cruda: hace una

descripción detallada de las deudas que tiene y de todo lo que se puede vender para hacerse de dinero. La memoria, nuevamente, es transitada para proyectar una suerte de refugio ante la adversidad. Le explica a su esposa dónde cobrar su sueldo de ministro, con quién hablar para recuperar su cosas, a quién escribir para solicitar ayuda, todas recomendaciones que, a la luz del saqueo, eran fútiles; pero él eso no lo sabe todavía:

Con el ayudante del Presidente Lalanne envíe a mi suegro para que la guardara una suma de dinero que asciende como a mil pesos mas o menos. No recuerdo la suma con exactitud.

Antes de salir a Concepcion compré varias acciones del Banco Popular Hipotecario — Los títulos los tiene Alejandro Maturana. Hazlas vender i guarda el dinero. Creo que pagué 200 \$ por ellas, si no me equivoco.

El gobierno me debe mi sueldo de Agosto. Son 800 i tantos pesos.

(Reserva absoluta)

Debo lo siguiente:—

3.000 \$ al Banco Valparaiso, con la fianza de mi suegro.

1.800 \$ al Nacional con la de Ramon,³⁸

2.000 al Comercial con la de Juan Mackenna.³⁹

Estoi seguro que Ramon, mi suegro i Mackenna conseguiran esperas, dada mí situacion.

En último caso sé que Ramon i Mackenna me esperaran para el pago.

En cuanto a mi suegro, lo autorizo para vender mi biblioteca que vale mas de 6.000 \$.

Que venda también mis dos estantes grandes, mi escritorio i demas muebles.

Solo los estantes valen 800 \$, mi escritorio 300 \$.

En una palabra, hijita, que nadie en este mundo se perjudique por mi.

De todos mis objetos de arte, algo también puede sacar.

Quiero que se pague hasta del último centavo.

Basta i sobra con que te alimente a ti i a mis hijas (9s).

³⁸ Puede referirse a Ramón Bañados, su hermano; o a Ramón Fernández, su cuñado.

³⁹ Ministro de Relaciones de Balmaceda luego de la clausura del Congreso.

Esta descripción del yo que hace remite inmediatamente a su deber de esposo de proveer a su mujer y a sus hijas, y así lo dice en la última línea de la cita anterior. Ese “Basta i sobra con que te alimente a ti i a mis hijas” es el último ápice de dignidad que le queda a Bañados, arriba de un barco extranjero, sin ropa de cambio, sin dinero y con destino incierto. El yo que aparece, cuando dice que hablará de sí mismo, es el del ejecutor que organiza rápidamente en la desgracia. Pero las desgracias serán superiores a lo previsto y nada de lo que diga o haga podrá poner remedio a la catástrofe.

Las instrucciones de Bañados siguen: “Como sé que pueden los adversarios dar leyes de venganza hasta contra mi suegro, dile que se asile en la Legacion de España i que ponga a salvo sus intereses, poniendolos en manos de Fernando o de otra persona asi tan de confianza” (10) y le han de llegar a Valderrama cuando ella ya esté en la Legación de España, donde se refugió apenas empezado el saqueo.

LA SUBJETIVIDAD PARCELADA

Cuando Bañados se entera del saqueo, a los días después, escribe a su esposa, en cartas sucesivas de septiembre de 1891:

Hijita de mi corazon:—

En este momento sé por Andres Vildosola que estan todos Uds. vivos i salvos.

Me he impuesto tambien de la vandálica i horrible destruccion que han hecho en la casa.

Biblioteca, libros, alhajas, obras de arte, todo, todo ha sido arrasado en forma indescriptible.

¿Qué puedo hacer, sino llorar?

Al llegar aquí te escribi i te decia que vendieras mis libros i mis muebles para pagar mis deudas.

Hoi veo que nada tengo i nada de lo mio existe.

Hijita:— eleva tu alma a Dios i ten conformidad (13)

Tengo el alma desgarrada con el saqueo de mi casa. Te aseguro que nada me importan ni mis libros, ni mis obras de arte, ni mis tres obras ineditas ni mi rico archivo. Lo que me duele en el corazon es que mis pobres suegros hayan sido victimas de todo esto. Mi suegro ha sido hombre sin odios i no merecia tamaña injusticia. Aunque yo tambien era hombre sin odios i lo soi; sin embargo, reflejan sobre mi las responsabilidades del Gobierno.

¡Qué hacerle!

Hijita:— no hai mejor escuela que el dolor i la desgracia (18)

Escribe el 21 de septiembre de 1891, desde Lima:

Te aseguro que sufro mucho por lo que sufren el país, mi familia i mis pobres amigos.

Cuatrocientas casas saqueadas i cien haciendas de otros tantos correlejionarios politicos; innumerables otras arrasadas en el resto del país; mas de tres mil empleados destituidos; Balmaceda obligado a suicidarse; Eulojio Allendes muerto por la enfermedad contraida por escapar con vida en el saqueo de su casa;⁴⁰ Leon Lavin fusilado; Aldunate,⁴¹ asesinado por sus propias guardia [sic], todo esto no tiene nombre en la historia de la humanidad. Lo que es mas inaudito aun es que todo esto se haga por personas de alta situacion social i de un modo calculado (20).

Las subjetividades que Bañados presenta en sus escritos durante el destierro estan parceladas. En sus cartas, debe buscar un equilibrio complejo entre mostrar su subjetividad privada y resguardarse de mostrar demasiado debido al robo de la correspondencia. El robo de la correspondencia es un tema que atraviesa toda la literatura de Bañados de este tiempo y es comentado varias veces por el autor porque, además, le ha traído cuantiosos problemas con su esposa:

Sufro, lloro mucho, estoi horriblemente desesperado, estoi loco por ver a mis hijas i a mi familia. I porque hai miserables que violan correspondencias u hombres poco caballeros que no las

⁴⁰ *Eulojio Allendes* era Presidente de la Cámara de Diputados de Balmaceda. Durante el saqueo, Allendes se ocultó en la acequia de un edificio y, probablemente, contrajo tifus y murió. Información dada por Julio Güemes Bañados.

⁴¹ *León Lavín*: sin información.

Manuel María Aldunate: ministro de Relaciones de Balmaceda

entregan, me das a entender que no te escribo o que puedo olvidar mis deberes mas elementales de esposo, de padre i de caballero.

Una vez por todas es necesario que te convenzas que no hai un vapor en que no escriba i en que no haya escrito. Para que sepas de mi he llegado a escribir por varios conductos:— he escrito una carta a Ramon, dos a mi suegro, una a Melquiades i varias a ti (CD 29).

En *Balmaceda, su gobierno y la Revolución de 1891*, Bañados también comenta esta situación: “Doloroso es recordar también que muchas cartas de familia, con el sello íntimo del hogar, han ido de mano en mano por muchos salones sirviendo de tema fecundo á sátiras malignas y á escenas de extraño y punible divertimento” (I 622). Este hecho, hizo que Bañados, en sus cartas, no se sintiera libre para verter todas las inquietudes de su corazón. Por lo tanto, la subjetividad —el Yo privado— se ve limitada por la violación de la correspondencia que había sido precedida por la violación de la propiedad privada y de la cotidianeidad con el saqueo. La construcción de la subjetividad en la escritura, entonces, se ve cercada por este temor a la exposición. Si bien es cierto que, como vimos antes, escribir de la subjetividad conlleva una suerte de anhelo de exhibición, en el caso de las cartas, ese anhelo está circunscrito a los receptores de las mismas. El robo de la correspondencia amplía el círculo de receptores de manera perversa y ridiculiza la subjetividad.

Así las cosas, tanto el tránsito por la memoria, como las expresiones de cariño se ven coartadas por una censura natural que ha sido impuesta por estas circunstancias.

Las cartas, en la ausencia corporal de Bañados, son el terreno donde se comparte una cotidianeidad que ha sido dividida. El destierro de Bañados ha roto la cotidianeidad común que Bañados y Valderrama compartían y ha instaurado dos cotidianeidades, en dos continentes distintos. Las cartas son el punto en común, el terreno donde se pueden compartir estas cotidianeidades nuevas, para hacer una especie de cotidianeidad común, en el papel. El robo de la correspondencia, empero, atenta directamente contra este nuevo espacio único

que les queda de cotidianidad. Los resultados son feroces para el matrimonio. Bañados no es lo suficientemente cariñoso con su esposa y ella le recrimina; y Valderrama no escribe lo suficientemente detallado y él se ofende.

El Yo que ambos comparten en su correspondencia, entonces, está truncado por estas vicisitudes de la guerra.

En las cartas, en términos generales, la memoria se circunscribe a un pasado inmediato, excepto, cuando Bañados hace algunos recuerdos de su niñez y juventud, en ocasiones especiales como su cumpleaños, el Año Nuevo o la Navidad. Y, en general también, cuando recuerda, es siempre para darse ánimos para el porvenir (carta del 18 de abril de 1892):

Hijita de mi corazon:— Aunque mi salud está espléndida y aunque los viajes que estoi haciendo han abierto grandes horizontes a mi experiencia i espíritu; sin embargo, hoy te escribo con pena y despues de haber derramado gruesas lágrimas. Hoy cumpla 34 años y me es triste y doloroso pasar mi aniversario lejos de mis hijas, lejos de mi familia, lejos de mi hogar, lejos de mis amigos, lejos de mi pobre negra y lejos de mi idolatrada patria. ¡Qué recuerdos se agolpan en mi memoria! Tu sabes que este día recuerda para mí un doble aniversario:- el entierro de mi querida madre y mi nacimiento. Si a esto agregas mi destierro, mi soledad, mis tristezas y mis nostalgias podras apreciar el cuadro de mi situación moral en este momento que te escribo. Tras de mi, recuerdos, alguna gloria, y mucho sufrir; para mañana el caos y tinieblas. Paciencia y resignacion. Desde que naci hasta el 28 de agosto ultimo, día de la batalla de Placilla, todo fue para mi eden y jardin de flores. Ese día se nubló mi estrella. ¿Hasta cuándo durará el eclipse? No lo sé y el porvenir dirá. No sé, porque me parece oír en el fondo de mi alma una voz oculta que me dice:- “el porvenir es tuyo”; - “No desmayes” – “El eclipse, como los del sol, sera corto.”

¡Quien sabe!

¿Será sueño, ilusion?

Lo veremos (99).

Por su escritura, donde nombra sus *nostalgias* y los recuerdos de su memoria, deducimos que Bañados recorre su memoria mucho más de lo que refleja en sus cartas, por culpa, precisamente, del robo de la correspondencia.

En *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*, Bañados expone el Yo público, aquel hombre patriota que lucha por la justicia, el progreso y el bien común. Pero es también una subjetividad parcelada, en aras de la objetividad que promete y porque no está hablando en primera persona ni está hablando de sí, entonces, a Bañados, hay que ir desgranándolo de los renglones de su escritura y hay que ir armando un rompecabezas al que, a veces, le faltan piezas.

Sólo a partir del capítulo XXVIII del segundo tomo, del mismo libro antes nombrado, aparece Bañados como narrador presente. Lo advierte al inicio del capítulo, así, en una nota al pie: “En el presente Capítulo prefiero extractar en general los minuciosos apuntes personales que tengo. Será un Capítulo con estilo más de Diario que de Historia General. Opto por este sistema, por la gravedad de hechos que se exponen y que en gran parte son desconocidos ó exclusivamente personales” (510). El capítulo en cuestión mantiene, sin embargo, su estilo de Historia y varía sólo en el hecho de que, en algunas ocasiones, el escritor habla en primera persona.

Este Yo parcelado de nuestro autor aparece, a lo largo de los dos tomos, como un reflejo de las subjetividades que Bañados efectivamente devela: las de Balmaceda y, sobre todo, la del gobierno de Balmaceda.

Un texto biográfico, como el que Bañados escribe de Balmaceda y de su gobierno, contiene “un relato referencial, donde, más allá de la mentira o la equivocación, sigue existiendo una marca hacia la autenticidad” (Amícola 27). Bañados, en su *Prólogo* a la Historia de Balmaceda, hace esfuerzos contundentes para convencer al lector de que todo lo narrado es no sólo cierto, sino que, además, objetivo:

No asevero ni afirmo ningún hecho ni suceso, sin que me conste personalmente, ó sin que esté comprobado en declaraciones solemnes, informes fidedignos, ó documentos irrefragables.

Reproduciré o haré alusión directa de todo documento publicado.

Comprometiendo el hilo de la narración y el arte literario, exageraré las citas de importancia, tanto para que pueda darse crédito á hechos extraordinarios por origen y por naturaleza, cuanto para mantener el espíritu del lector en la atmósfera de verdad en que

pretendo envolverlo durante el tiempo que dedique á estas páginas del trascendental proceso que á unos y á otros formará la posteridad (viii).

Y, de hecho, es cierto lo que dice. Cada frase reproducida, cada opinión, cada acusación (de las pocas que hay), cada evento, están ampliamente documentados tanto por documentos balmacedistas, como por documentos revolucionarios; tanto por diarios y comunicados, como por cartas personales, conversaciones con los involucrados y hasta por el hecho de haber sido Bañados mismo testigo.

En este sentido, Bañados logra imponerse como un protagonista que dirá la verdad objetiva, aunque la objetividad sea, a ojos vista, imposible. Si el lector logra creerle a Bañados, el primer rasgo que saltará a la vista, del propio autor, es su autenticidad, su imparcialidad, su tendencia a la justicia y su escritura será la prueba fidedigna de estas características en su persona.

El escribir sobre la historia de Chile es un entusiasmo que sólo da el amor a la patria, reflexiona Bañados en su artículo “Las leyendas históricas” de 1877 y publicado en *Letras i Política* de 1888. Todo chileno que se interese por su patria, por su destino, y por su progreso, debe dedicar su inteligencia a la conformación de la historia nacional para que el mundo conozca las bellezas del pasado, los adelantos del presente y las expectativas para el porvenir (cf. LiP 362-372). Desde esta perspectiva, la gigantesca labor de la escritura de la historia de Balmaceda, el esfuerzo de escribir 1440 páginas, es porque, ante todo, Bañados es un patriota.

La idea del patriotismo de Bañados se ve reforzada con la estrecha ligazón que tiene con Balmaceda, otro gran patriota. Balmaceda es presentado, desde un principio, como un gran patriota:

Al aceptar tan difícil tarea, se dejó arrastrar exclusivamente por su gran patriotismo. Sus negocios y su fortuna exigían de él constante atención y su presencia personal. Nada de ello importó al hidalgo patriota, y olvidando sus intereses, perdiendo gran parte de ellos en la brusca liquidación que hizo para dedicarse con libertad á

su difícil misión, tomó rumbo á Buenos Aires sin otra expectativa que salvar las dificultades de Chile (BGR I: 21).

El párrafo anterior se refiere a la actuación de Balmaceda como emisario en Argentina, durante la guerra del Pacífico. Y ya como Presidente, Bañados describe a Balmaceda como un hombre completamente dedicado al progreso de la nación:

Notablemente empapado en ideas de engrandecimiento nacional, anheloso de vincular su nombre en gigantescos trabajos reproductivos, proteccionista por experiencia y por convicciones arraigadas, lleno de sanos propósitos a favor del progreso intelectual y material de la República, y persuadido de que el pueblo chileno, — laborioso, valiente, pacífico y patriota, — no podría llegar al conocimiento de sus derechos, ni podía dar de sí los frutos de sus grandes calidades naturales, sin educación y sin industrias independientes, concentró sus aspiraciones de ciudadano, sus influencias de primer magistrado, los relámpagos de su inagotable inteligencia, los bríos de su fecunda actividad y los rasgos de su carácter, al fomento de la riqueza y del adelanto del país por medio de ferrocarriles, muelles, telégrafos, caminos, escuelas, liceos y otras obras no menos benéficas (BGR I: 145s).

La proximidad de Bañados al Presidente, como decíamos, le confiere a Bañados, indiscutiblemente, ese rasgo patriota también y de hombre probo.

LA SANTIDAD COMO MARCO DE LA SUBJETIVIDAD

A la criminalización que han hecho los revolucionarios sobre Balmaceda y el propio Bañados, nuestro autor opone la visión de *santo*: “El Santo no es un hombre que vive para sí mismo, su existencia está atravesada, de cabo a rabo, por la comunidad. Vive por y para ella. De este modo puede, sin dolor, sacrificar su propia vida” (Le Breton 36). El *Presidente-Mártir*, como lo llama Bañados, ha sacrificado su vida, desde temprana edad, en pro de los ideales liberales y a favor del progreso y del bien común de Chile. Estos valores de sacrificio y abnegación, dentro de los cuales Bañados es el Apóstol sobreviviente, que escribe la historia y

milagros de su Maestro, como San Juan, son un resabio de tiempos pre-modernos. La modernidad, como vimos anteriormente, ensalsa al *comerciante* por sobre el santo, a Thomas North por sobre Balmaceda, la ganancia individual por sobre la grupal. La modernidad invocada llegó, nomás que nadie sabía bien quién era ni qué traería consigo.

La idea del *martirio* recorre la escritura de Bañados, como forma de representarse a sí mismo y de representar también a Balmaceda (carta del 6 de julio de 1893):

Nada hay que desprestijie mas a un Gobierno que la persecucion injusta y cruel.

Y nada hay que levante mas a un hombre y a un partido que el ser victima y mártir.

Esto es lo que nos dice la historia de todas las épocas en sus enseñanzas elocuentes y esto es lo que tambien nos dice el corazon humano en sus misterios (194).

Las descripciones del martirio sufrido por Balmaceda y los demás liberales también aparecen copiosas en la Historia de Balmaceda: “Como hicieron la Revolución por y para el Parlamento, es evidente que no aceptan el Sistema Representativo con sus complementos indispensables, bandera santificada con la sangre de un mártir y que será defendida á muerte por los herederos de sus doctrinas” (II 341). Dentro de la Historia, aparecen las vidas de un sinnúmero de balmacedistas saqueados, desterrados y asesinados. Sus sufrimientos son contados por Bañados como si hubiera sido un testigo directo y hasta en ocasiones omnisciente. En otros casos, como los de Alcérrica y Barbosa, Bañados copia las narraciones de otros, pero siempre con el ánimo de resaltar el martirio de estos valientes y patriotas balmacedistas.

La herencia de Balmaceda para sus apóstoles es el documento de las profecías del Presidente-mártir, su Testamento Político:

Pero el documento magistral de Balmaceda es su Testamento Político.

Es una de las piezas más notables que han visto la luz pública en Chile.

Estilo, profecías políticas, programa de ideas, historia de hechos, lógica en su enunciación, altura de miras, sublime majestad en el conjunto: todo, todo en tan memorable trabajo es honra inmortal para el estadista, para el caudillo, para el chileno y para el mártir (BGR II: 644).

Y en las últimas páginas del segundo tomo de la Historia, Bañados dice:

Ya la figura de aquél [sic] mártir que se vió obligado á morir voluntariamente sobre la pira que le levantaron sus adversarios y que ha sido tan calumniado y vilipendiado, se levanta más y más ante la justicia histórica, rodeada de la aureola que envuelve la memoria de los grandes servidores de la patria y de las víctimas de una gran causa (779)

Bañados ha cumplido a rajatabla con el papel de apóstol-narrador de la vida, obra y muerte de su Mesías. En su papel de apóstol, no se ha librado de los odios y de su propio calvario y ha sufrido estoicamente, defendiendo hasta la muerte las ideas de su maestro. Tomado en consideración todo lo anterior, se entiende que Bañados, en sus análisis de conciencia, persista en mantener su postura y sus valores y haga esfuerzos por justificar las acciones del gobierno.

LA HERENCIA DEL ORDEN PÚBLICO

Dentro de este haz de mártires patrios, Bañados presenta, como antecesor directo, a Diego Portales. En su recorrido por la memoria de la historia nacional, Bañados busca raíces que sirvan de fundamento a la doctrina balmacedista del orden y del progreso y que justifiquen, en parte, las acciones del gobierno:

Portales, al morir mártir en las alturas del Barón, legó á los hombres de Estado de Chile un compromiso heroico y un deber sublime: el compromiso de afianzar á toda costa *el orden público*, como único medio de llegar á *la libertad*; y el deber de dar hasta la vida en defensa del *principio de autoridad*, sin el cual no caben ni orden ni libertad.

Los herederos de Portales en la dirección de la República, cumplieron al pie de la letra el testamento político de aquel gran genio y de aquel Canciller de hierro del nuevo mundo.

Todos y cada uno de los Jefes de Estado de Chile han probado con su entereza y sus sacrificios que en circunstancias difíciles sabían ó habrían sabido defender las instituciones con la grandeza de alma, la abnegación y el patriotismo de Portales.

Prieto, Bulnes y Montt, lo demostraron domando con mano inflexible el potro de las revoluciones; Pérez, Errázuriz, Pinto y Santa María lo probaron con sus esfuerzos destinados á afianzar el orden público; y Balmaceda lo probó con su resistencia hasta el último momento y con su muerte sobre la pira de sus heroicas resoluciones (BGR I: xxi).

Como vimos en el capítulo anterior, el orden, para Bañados y Balmaceda, es el hilo conductor de toda su política y de todas sus acciones en el gobierno, el *orden* es el norte en su búsqueda de civilización y modernidad. Define nuestros autor, en *Balmaceda, su gobierno y la Revolución de 1891*, la política de la siguiente manera: “La política en general no es otra cosa que la ciencia y el arte destinados á buscar los principios y medios que lleven á la sociedad al cumplimiento de sus fines de orden, de progreso y de justicia” (I 95) y describe Bañados las ansias de orden de Chile en el *Prólogo* del mismo libro:

Los vencedores de Lircay aprovecharon admirablemente ese cansancio de la opinión pública por la anarquía, ese vivo anhelo nacional por el orden, esa aspiración de todos por una autoridad vigorosa y suficientemente armada para conservar la paz interior, punto de arranque del progreso material y única base estable de las libertades individuales y de la descentralización administrativa.

La administración de Prieto, inspirada por Portales, el primer genio político de Chile, se fundó en un programa que puede reducirse á dos palabras: *Orden y Autoridad*. [...]

Para encarnar en el pueblo y en los rodajes de la administración el espíritu de orden, de disciplina, de paz y de respeto á la autoridad, se requería una Constitución que diera al Gobierno suficiente poder para realizar tan magna obra.

De aquí por qué en la Carta de 1833 los poderes públicos y las instituciones giran en torno del Ejecutivo como los planetas en torno del sol.

Basta lanzar una mirada á nuestra Constitución para convencerse de que, tal como estaba redactada en 1833, era hecha para salvar al país de revoluciones, para revestir la autoridad central de facultades omnímodas y para constituir una República aparente, con una Dictadura en el fondo (xvi-xvii).

Y ya luego, una vez estallada la Revolución y una vez vencidos, Bañados explica que en aras del orden público, muchas cosas están permitidas, entre éstas, hacer decretos para aprobar los presupuestos que el Parlamento ha obstaculizado y tomar con puño de acero las riendas de la nación:

Para consumir esta obra [la del orden y de la autoridad] se vieron obligados estos tres Jefes de Estado [Prieto, Bulnes y Montt] á ejercer por varios años verdaderas dictaduras, *en parte constitucionales*, y de todas maneras absorbentes de la plenitud del poder público.

Y digo, *en parte constitucionales*, porque este adueñamiento de la soberanía nacional por una sola autoridad ó poder, estaba previsto en cierta relativa proporción por la Carta de 1833, arma ingeniosamente preparada por los Pelucones para dar muerte á las revueltas, aunque fuera, lo repito, con detrimento de las libertades públicas, de las garantías individuales y de las prerrogativas de los poderes fundamentales del Estado. [...]

Aunque *en parte* las autorizó la Constitución, no por ello las Facultades Extraordinarias, tal como se concedieron y aplicaron durante los gobiernos de Prieto, de Bulnes y de Montt, dejaron de significar y envolver una dictadura en el alcance político é histórico de esta palabra. (xxii)

Y continúa con esta idea unas páginas más adelante:

El hecho es que Prieto, Bulnes y Montt, con los medios que les dió la Constitución y con las interpretaciones *ad hoc* de los Congresos que ellos mismos elegían, tuvieron en su poder la autoridad dictatorial suficiente para salvar en Chile el orden interior y permitir que los gobiernos que se sucedieron desde 1861 iniciaran un movimiento de reformas destinadas á levantar el hermoso edificio de nuestras libertades públicas.

Es gloria inmarcesible de las tres primeras administraciones que tuvo Chile á contar desde 1831 el habernos dado *el orden*, afianzado en una *autoridad poderosa*.

Tras de esta primera piedra del progreso legal de la República, se podía entrar confiado en el sendero de las reformas liberales, en la organización de los poderes públicos según principios científicos y en el reconocimiento de las garantías y derechos del ciudadano (xxiv).

De hecho, la muerte de Balmaceda es presentada como el sacrificio último que hizo el Presidente-mártir por el orden público:

Balmaceda llegó á obtener la convicción profunda de que la serie de metódicas persecuciones contra sus amigos era el resultado del odio que se tenía á él. No podía ni siquiera concebir que tan cruel hecatombe de empleados públicos y que el proceso general á más de cuatro mil funcionarios civiles ó militares, podía ser la consecuencia de un frío y calculado plan político.

Imaginó que el exterminio declarado contra tantos ciudadanos que no tenían otro delito que su amor al orden, principio salvador de las sociedades modernas, no era sino por resistencia y espíritu de venganza contra el antiguo Jefe de Estado.

Íntimamente persuadido de ello, creyó que las persecuciones á sus amigos podrían terminar con la entrega de su persona.

Dotado de gran nobleza de corazón y de gran carácter, no vaciló al intentar su sacrificio á trueque de librar de la desgracia y de ahorrar sufrimientos á sus enemigos políticos (BGR II: 627s).

LA POSTERIDAD Y LAS DIMENSIONES DE LA SUBJETIVIDAD

La justificación histórica y la conformación de la identidad en la escritura de Bañados tienen como objetivo generar un impacto en la *posteridad* que será la que, a la postre, juzgará el actuar de estos hombres públicos. El escribir con la mente puesta en esa posteridad ignota, esquiva, severa, justa, ilustre, sabia, es, en realidad, una ilusión de eternidad.

Bañados tiene una conciencia histórica abismante. Sabe que lo que está viviendo es importante, sabe que sus decisiones, las de Balmaceda y los haceres de ambos tendrán repercusiones en todo el país y quedarán escritos en los anales de la historia. Sabe nuestro escritor también que lo que su pluma redacte quedará como prueba para esa posteridad. Sabe que, mientras más escriba, más de Balmaceda, de su gobierno y de sí mismo quedará en el futuro. A veces, la historia no la escriben los vencedores, sino que los que más escriben, lisa y llanamente.

En este sentido, el recorrido por la memoria que hace Bañados es, innegablemente, un proceso selectivo para complacer a esa posteridad. Si bien,

como hemos visto, Bañados aspira a la objetividad, a la imparcialidad y a la justicia, aspira también a convencer a la posteridad de la justicia, la honradez y el patriotismo de sus actos, de los de Balmaceda y los de todo un grupo de correligionarios.

La posteridad está siempre en el pensamiento de Julio Bañados, como ya vimos. Ya en su primera carta la nombra y la pone como la que tendrá la última palabra en todo lo acontecido: “El porvenir i la posteridad daran su fallo definitivo acerca de la utilidad nacional de mis actos; pero, desde luego nadie en Chile ni en el mundo entero tiene ni el asomo de razon o de prueba para dudar de mi lealtad, de mi honradez i de mi patriotismo” (8).

La posteridad deberá leer todo lo que ha escrito y ponerlo en la balanza de la justicia. Para hacer su presentación ante la posteridad, la memoria y el juicio de Bañados hacen una selección de lo actos y hechos importantes y deja fuera también, ciertas cosas. Para dilucidar si es que la candidatura de Sanfuentes era oficial o no, Bañados hace el siguiente razonamiento:

Distingo dos cosas: las opiniones íntimas de un estadista, opiniones que no salen del mundo de la conciencia, y las que se exteriorizan por actos que caen bajo la jurisdicción legal ó moral de los demás hombres.

Nada tengo que ver ni importa á la posteridad saber lo que en las profundidades del pensamiento, ese mar sin orillas, y en sus propósitos, más psicológicos que experimentales, pensaba al respecto Balmaceda. Era hombre libre y como tal dueño de sus afectos personales, de las expansiones interiores de su conciencia y del vaivén incesante de ilusiones y de proyectos de que es teatro el espíritu humano en su diario contacto con los demás hombres (320s).

En esta exposición para la posteridad, Bañados es el encargado de presentar todas las aristas de los hechos: “La próxima Alianza de Coaligados y Conservadores que ya asoma en perspectiva me pone en el deber de dar á conocer las opiniones de unos y de otros para que la posteridad falle sobre la conducta observada por ambos” (I 433).

La posteridad no está compuesta por la comunidad de Bañados, es, definitivamente, la nación del futuro: “Uno de los primeros decretos de Balmaceda fué el castigo moral á los Jefes sublevados de la Escuadra. La sanción de este acuerdo no corresponde á los contemporáneos: pertenece á la posteridad” (II 99).

Bañados, en ocasiones, se arroja los derechos de saber qué será lo que la posteridad dirá con respecto a ciertos hechos y a ciertas personas:

Los Generales Barbosa y Alcérrica con sus dignos Estados Mayores y con varios Jefes de Brigada y de Cuerpo y Oficiales, fueron infortunados; pero, no por ello es menor su gloria, no por ello dejarán de merecer el aplauso de la posteridad y de los que hacen de la lealtad, del honor y del civismo una religión que no puede ser comprendida sino por los que sienten en el alma sentimientos levantados y en la conciencia arrebatos caballerosos del deber.

El heroísmo es flor que no crece en un corazón de lacayo (II 491).

A este respecto, podemos ver que Bañados concede, a la posteridad, los valores de heroísmo, caballerosidad y honor que él mismo defiende y que son los que están chocando con los nuevos que trae la modernidad y su nueva concepción del individuo. La posteridad de Bañados —imaginaria siempre— le dará la razón y escribe para ella con esa certeza. A veces, incluso, parece adivinar el fallo de la posteridad: “De ello deduzco, lo que han deducido los hermanos de la víctima, y lo que siempre deducirán la opinión pública y la posteridad: que Manuel María Aldunate y Villota fueron fusilados por las tropas revolucionarias que lo conducían de Calera á Quillota” (II 684).

De este modo, la posteridad es, en definitiva, para quien escribe Bañados.

La presencia de la posteridad en el pensamiento de Bañados nos remite a un juego temporal interesante, a través del cual transitan su memoria y su pensamiento y sobre el cual monta su subjetividad: está Julio Bañados el desterrado, que escribe desde París —el centro de la civilización—, sobre un Julio Bañados del pasado, que vivía en Chile —la periferia de la civilización—, en una cotidianeidad estable, mientras tenía la mente en el orden y el progreso del país. Este Bañados del presente escritural, con el pasado en mente, no es el mismo que

el Bañados que vivió los acontecimientos ni esos dos serán el mismo que la posteridad lea y entienda, desde un futuro desconocido. “Je EST un AUTRE” decía Rimbaud; para poder escribir de sí mismo, no queda más que mirarse desde afuera. Así “cada reconstrucción autobiográfica está determinada tanto por el pasado como por el presente: la experiencia original será recuperada por un yo que ha ido cambiando con el tiempo y que interpreta sus experiencias pasadas en función de sus metas y planes actuales, las expectativas propias y ajenas, contexto social, etcétera” (Amícola 37).

Así, se nos presenta una subjetividad reflejada, en realidad, en espejos temporales que se miran y que proyectan a un Bañados inasible. El Bañados más real será, quizás, el de las Cartas, y sólo cuando habla de su pasado reciente en París, en su nueva cotidianeidad. El Bañados Ministro Plenipotenciario, el director de la guerra, el padre y esposo, en la paz de la cotidianeidad, se nos escapa entre los dedos.

No sucede lo mismo, empero, con la figura de Balmaceda, porque lo que recibimos de él es una versión directa proveniente de una *mirada* de Bañados. Es, eso sí, una visión plana, de una sola dimensión, resumible en pocas palabras: Balmaceda el mártir patriota, honrado y amante del orden público, muy a pesar de los halos de verosimilitud que nos regala Bañados, con su narración tendiente a la omnisciencia.

La narración de sí mismo, en cambio, es tridimensional y tiene diferentes capas: el Bañados hombre público, el escritor, el esposo, el que oculta las profundidades de su corazón, el que relata sus desvelos, el que sufre, el que llora, el que guarda silencio. Por supuesto que todo esto es visible en mayor medida en sus Cartas; pero también hay rasgos del sufrimiento de Bañados, de las profundidades de su alma, en aquello que *escoge* narrar, en aquello que su memoria recuerda y en aquello que Bañados juzga como importante para la posteridad, en su obra sobre Balmaceda.

En la narración de la muerte de Alcérrica y Barbosa, por ejemplo, o en la de varios otros balmacedistas, se ve claramente el sufrimiento no sólo de todo un

conglomerado, sino que de Bañados mismo. En sus relatos sobre el Presidente-mártir, se ve la admiración de Bañados por su maestro. En los largos análisis sobre las causas de la Revolución y el actuar de los enemigos que antes eran amigos, se aprecia claramente el dolor de Bañados por las traiciones y lo herido que está por lo que significará para Chile el quiebre total del orden público. Y todo esto es posible de ver a pesar de los esfuerzos por la objetividad de Bañados.

Así las cosas, lo que logramos ver de Bañados en su narración tiene más relieve que lo que podemos ver de Balmaceda y su gobierno. El autor, al final de cuentas, no logra desaparecer, sólo se camufla, y su subjetividad queda plasmada igual en los ríos de tinta, como un grito desesperado por seguir vivo. El “Estoy vivo!” de su carta primera se repite incesante a lo largo de toda su obra en el destierro.

EL DESLIZAMIENTO A TRAVÉS DE LA ESCRITURA

Como ya señalamos, *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891* son dos tomos de más de setecientas páginas cada uno, en la impresión de los Hermanos Garnier. Bañados escribió todo eso a mano, con pluma y tinta. Habrán sido cajones de hojas. A su vez, escribió 221 hojas impresas de cartas, que conforman tres tomos empastados de hojas escritas también a mano, con pluma y tinta. El deslizamiento de su pluma sobre el papel es el trazo de su cuerpo desterrado, es su grito para decir que está vivo. En las cartas, en particular, como ya analizamos, el trazo de Bañados sobre el papel es la prueba fidedigna de su existencia.

Así como vimos que Bañados se desliza por las calles de las distintas ciudades que visita y se desliza por su memoria para recordar, Bañados luego, con todo eso procesado, se desliza por el papel, con su pluma. Lo que escribe es el fruto de la selección de su memoria y de lo que ha entendido de sí mismo, de sus circunstancias y del gobierno de Balmaceda. El ejercicio de transitar las calles, mientras transita su memoria tiene, finalmente, como objetivo, “compartir

los recuerdos con los otros; de este modo ese proceso puede considerarse como integrante de los lazos que estrechan la solidaridad social” (Amícolá 37). En la distancia, Bañados necesita conectarse de alguna manera con los suyos y con su país. Narrar, entonces, se convierte en la vía para volver a generar un vínculo, a pesar de la distancia.

El transitar por las calles le ha dado a Bañados una nueva cotidianeidad cuando logra apropiarse de París y esa cotidianeidad debe ser compartida con los suyos, para generar la ilusión de proximidad. Lo que ha visto la mirada moderna de Bañados debe llegar a los suyos para poder integrarlos en su vida. En esta integración, su mirada también se posa en las cartas de su esposa y por eso la insistencia en recibir cartas largas y detalladas. Si no le cuentan lo que sucede en su hogar y en su país, el destierro es total. La escritura, entonces, es la batalla última por mantener una estructura de cotidianeidad.

Ahora bien, “los recuerdos autobiográficos no son una copia literal del pasado, sino el resultado de una interpretación del pasado. Al mismo tiempo, lo que se retiene en la memoria tiene que ver con una versión esquematizada del recuerdo original, pues el recuerdo funciona de modo encubridor a través de desplazamientos, condensaciones, inversiones, etc.” (García 121). Bañados, sin embargo, sobre todo en *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*, hace esfuerzos gigantescos por recordarlo todo. Aun así, la selección es inevitable. Son, en estricto rigor,

los convencionalismos culturales, las expectativas, los hábitos, los estereotipos, los prejuicios y todo lo que implica la experiencia previa del sujeto los que hacen posible el proceso de construcción/reconstrucción de los recuerdos. Hay por ello, una reconstrucción «sincera» de los recuerdos que no tiene por qué coincidir con lo que debe considerarse verdad. Lo cierto es que las conductas humanas no se llevan a cabo directamente sobre los objetos del mundo, sino sobre las representaciones mentales de los mismos (Amícolá 37).

Por esto, la petición de Balmaceda de escribir la *verdad* nunca podrá ser completamente satisfecha. Bañados sólo puede aspirar a escribir con *sinceridad*,

con honestidad, lo que su memoria ha seleccionado como parte de la administración y como importante para ser narrado. Puede —cosa que efectivamente hace— desplegar toda la documentación disponible para *no mentir*. De hecho, en las notas al pie de cada libro, podemos ver todo el trabajo investigativo que ha hecho para, precisamente, decir la verdad. Su disposición es sincera. Lo que narra, sin embargo, aunque sincero, nunca podrá ser la verdad última, aunque ponga diversas versiones de los hechos e incorpore la visión del enemigo en sus escritos. Esta imposibilidad no es, principalmente, por el hecho de que esté narrando algo donde ha sido testigo y vencido, sino por el simple hecho de que su memoria no podrá recordarlo todo y su mente, necesariamente, hará una selección.

Ahora bien, decir la *verdad* es importante para la relación del sujeto consigo mismo. Decir la *verdad* es una manera de relacionarse con la comunidad, de reestablecer —en el caso de Bañados— los lazos rotos por las diferencias políticas y por el exilio. La verdad puede recomponer, eliminar odios, puede funcionar como un bálsamo, en el mejor de los casos (cf. Foucault C: 346). El esfuerzo de verdad, habría que aclarar. Y Bañados se esfuerza y mucho.

LA VEROSIMILITUD

En la escritura de *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*, Bañados usa varias estrategias para lograr la verosimilitud. Como hemos dicho ya, su documentación es exhaustiva. En sus cartas, infinidad de veces solicita cajones de documentos, tanto de sus propios escritos, como de otros cientos de fuentes (diarios, libros, cartas, testimonios, etc.). Veamos ésta del 7 de julio de 1892:

He recibido todas tus cartas con puntualidad. En cambio me tienen profundamente preocupado los documentos que debí traerme Frías y que confío a Luis Antonio Vergara. Pasan unos tras otros los vapores y no llegan. En cambio se han gastado como 800 o 1000 \$ que tengo que pedir a la familia Balmaceda. Tiemblo ante la idea que se hubieran perdido. La esperanza que me queda es la

pereza o poca atencion de Vergara, dejandolos olvidados en su casa como trapos sucios. Si al recibo de la presente, aun no han partido los documentos a Paris, espero que el Doctor personalmente los haga enviar a Buenos Ayres, bajo la responsabilidad de Daniel Balmaceda. Al mandarselos, dígame [sic] que no abra los cajones y me los guarde hasta mi llegada a Buenos Ayres (116).

El 10 de noviembre de 1892 escribe:

Dile a Luis Antonio Vergara que tenga la amabilidad de enviarme el 2° Cajon con Documentos a Paris con esta direccion en el conocimiento:

“M^r.- P. Gil – 6 Boulevard de Capucins”

Dile que dentro de la carta a Gil le diga que el cajon es para mi (148).

Y el 24 de noviembre del mismo año dice: “He dicho a Frias que me compre algunos libros que me faltan para completar mis documentos para la Historia q’ redacto” (154).

Esta búsqueda frenética de documentación se convierte, en la Historia, en un sinnúmero de listados de personajes involucrados, de comités nombrados, de personas firmantes de tal o cual documento, de listas de votantes con números de votos, y detalles minuciosos. Cita no sólo los diarios afines, sino que también los opositores. También cita la prensa internacional. En los pie de páginas, agrega información sobre el dato citado, con fuentes y detalles y ofrece otras fuentes más no citadas. Tiene un afán de justicia y objetividad admirables, aunque no logre ser ni justo ni objetivo, porque, a la postre, es imposible. Cita discursos, cartas a la prensa, artículos de prensa de opositores y afines con igual extensión y rigurosidad. Se cita a sí mismo también en caso de haber participado en algo o de haber escrito sobre algo. Sabe con exactitud el número de votos para cada ocasión y pone listas y citas. Sabe tanto de elecciones del Congreso, como de las de Presidente y las de partido.

Para lograr verosimilitud, nuestro autor, como hemos visto, intercala otras voces en su texto de la Historia. No sólo cita documentos con datos duros, sino que además arma un coro polifónico que recita los milagros de la administración

Balmaceda y los actos injustificados de los revolucionarios. De hecho, dice: "Prefiero que hablen los documentos, y que se escuche la opinión de unos y otros" (II 236). He aquí una cita de Bañados, del tomo II, en que explica su documentación:

En narración del combate de Caldera he tenido á la vista todos los partes oficiales y además he conferenciado extensa y minuciosamente con Moraga, Fuentes y los subalternos principales del uno y del otro. Después del combate tuve oportunidad de ver personalmente los efectos de las balas recibidas por la *Lynch* y el estado de los heridos (219).

En el esfuerzo por verosimilitud, Bañados opta por un método narrativo sumamente interesante: la omnisciencia. Como narrador, se mete en la cabeza de los protagonistas y narra no sólo acontecimientos, sino que también sentimientos, sensaciones, pensamientos. Para describir a Balmaceda, Bañados escribe lo siguiente:

En ningún hombre he visto, como en Balmaceda, mayor ambición por el engrandecimiento nacional.

Dentro de este anhelo dominante que salía del fondo de su magnánimo corazón de chileno, no cabían consideraciones é intereses de otro orden, y por ello la piedra angular, el norte de su programa gubernamental, era el proyecto de obras públicas. [...]

Paz y trabajo, concordia y progreso: he aquí las palabras que sonaban á sus oídos con más dulce armonía (I 112s).

Al describir las acciones de un revolucionario, escribe: "Waldo Silva tuvo al principio escrúpulos de embarcarse, por temor de hacer presión sobre su hijo Alberto, que venía de viaje de Europa al mando del *Abtao*; pero, reaccionó luego, y se dirigió á Viña del Mar el mismo día 4 por tren de 6 p.m." (I 8). Esta omnisciencia recorre toda la Historia de Bañados y se acentúa al escribir Bañados situaciones con días, horas exactas (12 3/4, por ejemplo), minutos, trayectos.

En cuanto a la forma en que narrará, Bañados explica en el *Prólogo*:

En la narración de batallas, trazaré sólo las líneas generales del cuadro y los perfiles más salientes, porque deseo á toda costa librarme de estudios que comprometan el honor de vivos ó muertos, siempre que no puedan ser comprobados con documentos

intachables. Cuando se trata de la honra de un hombre, no se puede dar oído á simples sospechas, á impresiones superficiales, á murmuraciones ligeras y á los acentos adoloridos de los que sufren. Es preciso levantar sumario, rendir las pruebas, analizarlas en el crisol de la rigurosa crítica, y dar fallos inapelables por la justicia en que se fundan (vii-viii).

Cumple, nuestro autor, con lo que dice en esta cita. Cuando no tiene pruebas, no habla. Es por eso, por ejemplo, que no profundiza en la intervención de Thomas North en el conflicto: no tiene documentos que lo inculpen. Así, sigue un código moral estricto a la hora de escribir:

Si siguiera el ejemplo que han dado los escritores de la Revolución, tal vez me habría dejado arrastrar por el plano inclinado de mortificantes revelaciones destinadas á herir personalidades que hoy figuran entre los lanzados por el Dios-Éxito a la cima del poder. Pero prefiero conservarme en los límites de la más absoluta discreción.

Si hablara todo lo que he sabido de esta manera, si dijera lo que conozco por indicios y manifestaciones, si diera expansión á las sospechas que con fundamento racional tengo sobre muchos hombres y actos políticos, y si revelara cuanto he recogido por entre los bastidores del escenario en que han campeado los autores de la revolución, ¿qué de sucesos é intrigas no se sabrían? ¿qué torrente de miserias no aparecería á la superficie? ¿qué de personalidades no quedarían al desnudo?

Amo á mi patria con los sentimientos de un corazón no del todo endurecido por los desengaños y las desgracias, y con las ilusiones de la esperanza.

No puedo, no debo, en consecuencia, ni desesperar por el porvenir, ni ahondar más el abismo abierto en el seno de la familia chilena por los furores de la Revolución, ni contribuir á nada que pueda comprometer el progreso nacional (ix-x).

Con estas declaraciones, Bañados prepara el terreno para ser creído. Habrá que creerle no sólo por su documentación infinita, sino también por su patriotismo y buenas intenciones, por su esfuerzo por la justicia y la imparcialidad.

Inserta también, sobre todo cuando narra los preparativos de la Revolución, en el tomo II, diálogos de los personajes, en aras de una comprensión más

acabada de las circunstancias. Aquí Bañados ya está hablando como *participante* de los hechos y eso aumenta todavía más la verosimilitud:

Al sentir los primeros disparos de la artillería revolucionaria, Barbosa, que estaba con los anteojos en la mano y las riendas de su caballo en el brazo, puso el pie izquierdo en la estribera para montar y me dijo:

—Voy, Ministro, á buscar la bala que me ha de matar!

Una vez á caballo se dirigió á Alcérrica y le dijo:

—La batalla comienza ¡Á sus puestos!

Alcérrica y Pinto Agüero partieron al galope hacia el flanco derecho á ponerse á la cabeza de su División y á darle la distribución definitiva de combate (II 563).

En los capítulos finales del tomo II, Bañados se presenta a sí mismo como testigo de los acontecimientos. Dice, en su párrafo más convincente, refiriéndose a Balmaceda y al cambio de actitud de la gente que los rodeaba, como preámbulo del cambio de valores general de la sociedad:

Su defecto como hombre de Estado fué el ceder demasiado, fué el seguir con facilidad suma los anhelos reformistas de la oposición y de las minorías, fué el tranzar con rapidez extremada y fue el confiar demasiado en la nobleza, gratitud, patriotismo y honradez de los que, siendo al principio y durante casi toda su administración turiferarios que quemaban incienso en la Moneda y endiosaban al Jefe, se convirtieron después en enemigos inexorables y en verdugos despiadados. [...] Soy testigo personal y lo son los que han sido Ministros de Estado de Balmaceda, de la conducta que observó en los Consejos de Gobierno.[...]

Para saberse cómo procedía en los Consejos de Gobierno, basta recordar hechos de que soy actor y testigo. Se sabe que he pertenecido á cuatro Gabinetes diversos: á dos que presidió Barros Luco, comprendiendo como Ministerio distinto el que se reorganizó con la salida de tres Secretarios de Estado, al que presidió Enrique Salvador Sanfuentes y al que me tocó presidir durante la Revolución (657s).

Finalmente, el mismo hecho de haber escrito un texto historiográfico le da a su trabajo un halo de verosimilitud y seriedad. Bañados busca, con su Historia, presentarle un Santo a la nación y busca, también, su propia redención. El premio

final de los esfuerzos es pasar a ser parte de los héroes nacionales, condecoración que sólo puede dar la posteridad.

LA DESCRIPCIÓN, EL RELATO DE VIAJES Y LAS ESTRATEGIAS DE FOLLETÍN

Tanto las cartas de Bañados como la Historia están llenas de descripciones de lugares, de tránsitos, de monumentos, de paisajes. Bañados tiene una pluma amena y liviana para relatar lo que ha visto.

Entre su Historia y las Cartas, hay vasos comunicantes innegables. En las Cartas pide documentos, hace pequeños análisis históricos y justificaciones históricas que luego ampliará en la Historia, relata sus avances y muestra su cotidianeidad. En la Historia, hace referencia a los documentos que pudo conseguir, cita prensa internacional que consiguió en París, relata la cotidianeidad del gobierno de Balmaceda y, aunque luche contra ello, su subjetividad aparece entre líneas indefectiblemente. Asimismo, hay varios subgéneros literarios que se repiten tanto en la Historia como en sus Cartas.

El relato de viajes, por ejemplo, que se encuentra presente copiosamente en ambas obras, “se refiere a la categoría en la que se inscriben memorias que proporcionan una serie de informaciones sobre un recorrido por ciertos territorios. [...] Es un género mixto, en el que no se puede separar de ningún modo, lo documental de los recursos atribuidos a la *literariedad*” (Carrizo 10s).

En *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*, el relato de viajes es usado para amenizar la narración. En el caso de narrar batallas y viajes por Chile durante la guerra, Bañados hace una pausa en la narración de los acontecimientos e inserta aquí y allá descripciones del entorno:

Camus tuvo en su viaje, desde que partió de Antofagasta para auxiliar á Robles, hasta que hizo su entrada triunfal en Santiago, tres secciones que hieren la fantasía por sus obstáculos, por crudas resistencias de la naturaleza, por las fragosidades de montañas en pleno estado salvaje y por los peligros incesantes entre quebradas y despeñaderos que eran sepulcros de piedra para los que, dominados por el vértigo que se siente en presencia de las profundidades, se

desprendieran desde la altura. Junto á las crudezas materiales del suelo y á las fatigas que atormentan al hombre cuando bruscamente se encuentra como perdido en aquellas soledades que parecen no tener fin y en aquellos laberintos de cerros y de cimas, de abismos y de crestas afiladas, de pendientes resbaladizas y de mesetas azotadas por vientos mugidores, hay que unir las inclemencias del clima y las variaciones atmosféricas. De día un sol de fuego que congestiona la cabeza, infla las venas y calienta la sangre, y de noche tinieblas heladas, brisas entumecedoras que hacen dar diente con diente y que hieren como si tuvieran púas de acero.

De repente son serranías que se pierden en las nubes y que se confunden en el horizonte envueltas las cimas en los tules parduscos de camanchacas que han hecho asilo perpetuo de aquellas regiones inhospitalarias.

Otras veces son desiertos sin agua, arenales calientes á la hora del sol y de nieve á la hora del sueño, pampas sin una brizna de verdura y llenas de mirajes extraños que turban la mente y producen emociones extraordinarias en el espíritu del hombre.

O por finas montañas con nuevos paisajes, con nuevos panoramas siniestros, con nuevos peligros para la marcha y con nuevas zozobras para el cuerpo que se arrastra á modo de serpiente por las piedras y para el alma que refleja las dolencias, fatigas y quebrantos de la materia animada (BGR II: 168s).

En una Historia que es densa y está llena de tratados, códigos, leyes y decretos, estas suspensiones temporales, en la acción narrativa, resultan un bálsamo para el lector. Bañados para en un sinnúmero de ocasiones a describir el entorno. Muchas veces, entre medio de narraciones sobre balaceras y muertos, Bañados hace un descanso y se detiene en las maravillas de la naturaleza:

La noche, que á esas horas [4am] siente ya las primeras influencias luminosas del día y esconde poco á poco sus sombras para dejar ver esa claridad vaga, poco transparente, algo brumosa, sin reflejos diáfanos, pero que permite ver los objetos con aproximada precisión y á distancias más ó menos grandes, estaba clara, apacible como tarde primaveral, y en su terso cielo se proyectaban los suaves resplandores de luna que al siguiente día entraría á su plenitud. [...] El plenilunio fué el día 24 de Abril, es decir, al día siguiente del combate (BGR II: 208).

Conciente de la importancia de mantener al lector interesado, Bañados —que está escribiendo una obra realmente larga, detallada y de un tema denso—

utiliza, para mantener la atención y la tensión narrativa, estrategias de folletín, entre capítulo y capítulo:

Muy luego se sabrá cómo el programa de Balmaceda, tan noble, tan honrado y tan patriótico, reflejo de alma sana y de estadista de ideas levantadas, sólo pudo realizarse en lo relativo al engrandecimiento material de la República; por pocos días, casi el espacio de una mañana, en la unión de la familia liberal; y á firme en el aplazamiento de las cuestiones político-religiosas.

Se sabrá cómo le pagaron el clero y los Conservadores.

Y se sabrá cómo, por no querer hacer política y por imprimir á su Gobierno sello esencialmente de labor, se vió obligado á hacer más política que casi todos sus predecesores, sin dejar por eso de dar valiente impulso á las reformas que forjaban en las múltiples ramas de la administración pública (BGR I: 116).

En su afán por el detalle, Bañados invierte muchas páginas de su Historia en describir situaciones, documentos, personajes, lugares, cosas, ideas, decretos, Constituciones, leyes, etc. Aun así, la narración es rápida y no utiliza un lenguaje alambicado porque, efectivamente, son muchísimas las cosas que tiene que explicar y necesita que lo entiendan y que lo entiendan bien.

En cuanto a las Cartas, el relato de sus viajes es objetivo principal, en especial en aquellas escritas cuando ya se ha asentado en París. La intención de esas cartas es la de entretener a su familia. Al principio, esto fue mal entendido por su esposa, porque pensó que él se ufanaba de sus viajes.

Lo que cuenta Bañados en sus cartas es de un detalle fascinante. No escatima palabras para describir todo lo que ve a su alrededor. En enero 19 de 1893, describe Bañados el invierno en París:

Recorri a pie desde el Puente del Alma hasta la Plaza de Chatelet, o sean, como treinta cuerdas. En la noche anterior habia nevado enormemente. Todo el suelo estaba como vestido con habitos blancos de un color subido. Como todas las casas de Paris son de piedra y como la piedra se ennegrece con las inclemencias del tiempo y parece cubierta de alquitran aguado, el contraste del blanco leche de la nieve fresca y recién caída con el hollin de la piedra, es algo que inspira y hiere la imaginación.

La mayor parte de los Palacios de Paris dan al Sena:- las Tullerías, el Hotel de Ville, La Moneda, la Cámara de Diputados, el

Palacio de Justicia, el Hotel Dieu, el Tribunal de Comercio, las imponentes ruinas del Palacio del Tribunal de Cuentas, El Instituto de Francia, un gran Cuartel, la Lejion de Honor, el Ministerio de Relaciones Exteriores, y varios otros. Casi todos estos Palacios tienen Cupulas colosales, torres y Mansarts atrevidos.

Pues bien, la nieve desparramada al acaso por entre estas torres, cupulas, Mansarts, columnas, techos elevados y molduras caprichosas, forma contrastes, figuras caprichosas, imagenes estrañas y algo indescriptible como mezcla, que produce profunda admiracion en el espiritu.

No menos grandioso es el espectaculo del Bosque de Boulogne despues de gran nevada, lo mismo que los jardines y esquare.⁴² El Domingo pasado fui al Bosque con Agustin del Rio.

¡Qué cuadro y qué paisaje!

Dignos del Polo.

Las Lagunas estan petrificadas; todo el suelo era blanco como cabellera de anciano; los arboles, despojados de sus hojas y follaje, parecen fantasmas encorbados y llenos de frio.

En la laguna habia millares de personas de ambos sexos y de todas las edades patinando, corriendo por la escarcha, sambullendose [sic] aqui y allá, deslizandose por cochecitos en forma de silla sin ruedas.

La otra noche, despues de la nevada, arrecio el frio y se formó lo q' se llama verre-glace, es decir, vidrio helado. Así se pone el suelo. Es entretenido ver a los coches. Los caballos se resbalan y apenas pueden andar al paso. Con Del Rio tuvimos que pagar tres veces tanto para que no nos dejaran enterrados en la nieve (165s).

No se pueden reproducir acá, por espacio, las bellezas que relata Bañados en sus Cartas. Son realmente interesantes las descripciones que hace de las óperas en París, del Londres victoriano, de la construcción del Canal de Panamá, de las celebraciones del 14 de julio en Francia, de los trenes, los museos y palacios y de la cotidianeidad parisina, del Nueva York finisecular. Su intención es, de verdad, entretener a su familia. Y su familia habrá tenido una mezcla extraña de sentimientos, al leer sus cartas. Se habrán maravillado, lo habrán envidiado, lo habrán extrañado, se habrán alegrado y habrán sufrido. Es

⁴² *Esquare* = adaptación a la pronunciación española del inglés *square* 'plaza'.

demasiado el contraste entre la vida post Revolución en Chile y el París del destierro, con lo bueno y lo malo de ambas situaciones.

Los relatos de viaje son usados, por Bañados, como una manera de aliviar la escritura, tanto en sus Cartas como en la Historia. Son un reflejo, también, de lo que hablábamos antes con respecto a la *mirada* que trae la modernidad. Influidos quizás por la aparición de la fotografía y por la propia urgencia que tiene Bañados de tener retratos de su familia, sus descripciones son verdaderas fotografías de lo que ha visto. No ahorra tinta para describir paisajes, costumbres, calles, gentes, ambientes. En la Historia, probablemente por su convicción de no faltar a la *verdad*, y en aras de esa objetividad que parece difícil, nuestro autor también es pródigo en descripciones detalladas de lugares, caminos, montañas y experiencias de viaje. Se toma el tiempo para describir lo que ve antes de una batalla o el camino que hubo de andar para llegar de un lugar a otro. Dentro del detallado recuento que Bañados hace del gobierno de Balmaceda, estas narraciones de viaje tienen la facultad de abstraer al lector de las menudencias histórico-políticas de la guerra civil.

EL FIN DEL TRÁNSITO

Los deslizamientos de Bañados terminaron con el fin del destierro. En abril de 1893, luego de la cuarta y última amnistía dada a los balmacedistas, Bañados pudo por fin volver a la patria adorada. Sus cartas guardadas terminan en enero de 1893 y no hay explicación alguna del cese de la escritura.

Volvió con cierta pompa, como diputado por el distrito de Ovalle, y siguió en las filas del partido Liberal. No pudo cumplir con sus promesas de dedicarse a la agricultura y a la abogacía y volvió a la política para el seguro descontento de su esposa.

La posteridad le fue más bien esquiva, a Bañados. En contra de lo que él mismo se imaginó, su participación en el gobierno de Balmaceda fue paulatinamente borrada por los enemigos y por el paso del tiempo. Su ardua labor de apóstol-escritor es hoy en día reconocida sólo por historiadores especializados. Bañados no es un héroe de la patria. Las letras no lograron elevarlo a esa categoría, finalmente. La llegada de la invocada modernidad arrasó con todo el mundo que Bañados concebía y sus sacrificios no fueron reconocidos. North, como el Rey del salitre, es más conocido que Julio Bañados Espinosa, el fiel ministro de Balmaceda.

Sin embargo, y a pesar del anonimato en que hoy la personalidad de Bañados se encuentra sumida, su esfuerzo por definir la subjetividad es el primer fruto de la guerra y de la modernidad instaurada por ella. A partir del esfuerzo escritural de Bañados, muchos otros contaron también su experiencia en la guerra civil (cf. Orrego, Rodríguez, Barros, etc.) y definieron sus propias subjetividades.

Y entonces también, los vencidos, convertidos en mártires, fortalecidos en el crisol de la desgracia, hermanados con los poderosos lazos del infortunio, confundidos en una sola familia por la comunidad vigorosa del igual sufrimiento y del igual sacrificio forman hoy gran partido político contra el que serán inútiles é infecundas, y sí nuevas bases de prestigio, de disciplina, de solidaridad y de aprecio popular, la prolongación de los destierros, los encarcelamientos en masa, el embargo de bienes y el suplicio de los que carezcan de la paciencia y del dominio de sí mismos para esperar más de las luchas pacíficas que de los arrebatos del hambre maridado con la desesperación.

Políticamente hablando, los partidarios del régimen caído tienen que dar las gracias á sus perseguidores; pero, otra cosa dirá la historia que da sus veredictos solemnes escuchando sólo la voz de la justicia, de la verdad y de la moral.

Julio Bañados Espinosa, en *Balmaceda, su gobierno y la Revolución de 1891*⁴³

⁴³ Página 674, tomo II.

CONCLUSIONES

En esta tesis, hemos visto cómo Julio Bañados Espinosa, chileno nacido en 1858, fue construyendo su personalidad pública como intelectual de Chile, en la segunda mitad del siglo XIX. Analizamos las influencias que recibió de la literatura extranjera: clásicos griegos y romanos, todos los grandes filósofos a partir del siglo XVII y los escritores contemporáneos (desde Aristóteles a Platón, desde Hegel hasta Condorcet, desde San Agustín hasta Rousseau, etc.).

Analizamos cómo los valores liberales del momento, venidos de Europa y promulgados, en su tiempo, por hombres como Benjamín Vicuña Mackenna, Francisco Bilbao y Victorino Lastarria, calaron profundo en Bañados, quien los asumió como propios y quien definió toda su subjetividad, tanto pública como privada, en torno a ellos.

Vimos cómo, por medio de la lectura y después de la escritura, Bañados fue construyendo una subjetividad en concordancia con las corrientes liberales del momento. El patriotismo, la igualdad, la libertad, el positivismo, el estudio y el hacer son los fundamentos de su quehacer intelectual. Sobre estos cimientos, nuestro autor fue construyendo su identidad pública, como intelectual de la nación.

En su escritura primera, publicada en *Ensayos i bosquejos* y en *Letras i política*, Bañados hace ejercicios de caligrafía de lo que será después. En estos libros, podemos ver el despliegue intelectual del novel escritor, sus ansias por pertenecer al mundo intelectual, sus ímpetus por convertirse en el hombre de bien que Chile necesita.

Para lograr lo anterior, hace suyos los postulados básicos del entramado liberal: las libertades civiles individuales y colectivas (libertad de prensa, de información, de conciencia, de expresión, de reunión, etc.), la separación de la Iglesia del Estado, el Registro Civil, la ley de Cementerios, el desdén por el pasado colonial, la igualdad de todos los ciudadanos, el fomento de la propiedad privada, etc. También se valió de la escritura para la construcción de la República:

fue periodista, historiador, crítico literario, jurista, leyendista, economista, biografista.

A diferencia de Sarmiento, que postula la exclusión de los indígenas del movimiento modernizador, Bañados cree firmemente en la inclusión de todos los elementos nacionales y así lo declara en sus escritos. Cree que, por medio de las artes, las ciencias y las letras, el progreso puede y debe llegarles a todos los individuos de la República, sin importar raza, cuna ni condición.

En este sentido, el Estado es un agente homogeneizador que, por medio de un concepto estético —el orden— expande el progreso y la felicidad por todos los confines del país.

La educación y el orden son los garantes del progreso. El intelectual liberal es el encargado de ordenar y educar. El intelectual lee y escribe para generar nación: define su subjetividad propia y la del país por medio de las letras. El hombre liberal llega a la cúspide de sus posibilidades cuando, gracias a sus ejercicios escriturales, accede a un puesto público dentro del engranaje del Estado.

Las letras, en este sentido, dieron sus frutos, y Balmaceda nombró a Julio Bañados Ministro de Justicia e Instrucción Pública el 2 de noviembre de 1888, con tan sólo 30 años. Desde ese momento, nuestro autor alcanzó la cumbre del estatus de hombre liberal al pasar a ser hombre de Estado. En ese momento, el ejercicio estético escritural se complementa con el *hacer*: el trazo del intelectual sobre el papel sigue su curso y comienza a hacer trazados reales sobre el suelo del país. Bañados construye líneas férreas, escuelas, hospitales, facultades en la Universidad, institutos, caminos, desarrolla planes de estudio para la enseñanza primaria y para la secundaria, trae profesores del extranjero, y mucho más.

El *hacer*, como hombre de Estado, sin embargo, no es la cúspide a la que aspiraba Bañados. La cima del intelectual liberal se alcanza cuando, ya dentro del Estado, el hacer se vuelve a volcar en la escritura, a través de la formulación de leyes. Las leyes tienen la ventaja de regular la vida cotidiana de toda la ciudadanía y quedan, indelebles, para la posteridad. Es la fusión perfecta entre la

escritura y el hacer. Así se escribe, se ordena y se define el verdadero cuerpo de la nación.

Esta construcción frenética de la propia identidad de Bañados y de la nación se vio abruptamente interrumpida por la Revolución. Desde el 7 de enero de 1891 en adelante, el orden y el progreso por los que Balmaceda y Bañados tanto habían luchado fueron destruyéndose a pasos agigantados. La modernidad, aquella figura que creían conocer y a la que habían invocado con tanto ahínco, les resultó nefasta en su llegada descomunal. El cambio de valores que la modernidad trajo consigo tomó desprevenidos a los liberales en el poder. La imagen del santo liberal fue paulatinamente cambiada por la del comerciante y la construcción en conjunto de la nación fue cambiada por el triunfo del individuo. La Revolución no respetó cargos, ni alcurnias, ni fortunas, y arrasó a todos los balmacedistas y sus aledaños por igual.

La guerra se instauró en todos los rincones de la nación. El país que tan ordenadamente avanzaba hacia el progreso, de pronto se vio rasgado por balas y bombas y dejó de ser un lugar seguro para sus habitantes.

Ante este escenario, Balmaceda y Bañados reaccionan como pueden. El Presidente siguió su conciencia y tomó lo que el liberalismo le ofrecía como apoteosis de su obra: el martirio. Bañados, luego de dirigir las batallas de Concón y Placilla, se embarcó a un destierro incierto.

Bañados es expulsado de todo lo que conoce: es obligado a salir del país para salvar su vida, es dejado fuera del mundo público de Estado, es sacado de raíz de su familia, de su entorno y de su cotidianidad.

Ya en el extranjero, Bañados recibe el Testamento Político de Balmaceda y la carta en la que le encarga escribir la verdadera historia de la administración que juntos hicieron. Bañados, entonces, inicia la escritura conjunta de sus Cartas del Destierro y de la Historia de Balmaceda. En ellas, como vimos, Bañados empieza un largo proceso biográfico, un desplazamiento por la memoria, para poder explicar las circunstancias de la guerra civil y sus propias circunstancias.

Con sus Cartas, nuestro autor intenta recuperar la cotidianeidad perdida con su esposa y busca asir la cotidianeidad nueva a la que se ve enfrentado. Busca reconstruir su *adentro*, para sentirse seguro, y busca, a su vez, reconstruir su propia identidad.

Por medio de la Historia de Balmaceda, Bañados intenta encontrar explicaciones a los sucesos y va entretejiendo una larga justificación histórica. Promete, en su prólogo, *objetividad*. No siempre la logra y, sin embargo, es impresionante el esfuerzo que pone en ser imparcial y, por sobre todo, justo.

Al escribir sus Cartas y su Historia, Bañados apunta a la *posteridad*, busca que la obra de Balmaceda —que es, a la postre, también la suya propia— sobreviva a los embates de la Revolución y del tiempo. Escribe, es indudable, con los valores liberales como escudo: tiene la conciencia limpia, porque ha sido todo lo honesto, lo patriota, lo justo, lo esforzado, lo paciente, lo laborioso, lo aplicado que el liberalismo le ha exigido. Escribe, también, como el liberalismo y el positivismo le han dictado: extensamente, con documentos fidedignos, en orden cronológico, ponderadamente.

En sus escritos últimos, los subgéneros literarios se suceden a lo largo de las 1500 páginas de la Historia y de las 350 de sus Cartas. Hay relatos de viajes, análisis históricos, jurídicos, hay biografías, narraciones de batallas, descripciones, y hay, asimismo, una innegable tendencia al género referencial. La biografía del gobierno de Balmaceda y la propia participación de Bañados se encuentran por doquier.

Julio Bañados enfrentó las vicisitudes de la revolución tal y como había enfrentado todo lo demás: con la pluma y con documentación exhaustiva. La construcción que Bañados hace de sí mismo sigue el mismo sistema liberal en el que fue educado. De todas maneras, la modernidad se le fue colando entre líneas y, en sus Cartas, por ejemplo, es posible ver esa *mirada* moderna de la que hablábamos.

A la vuelta de su destierro, Bañados volvió a la arena política como diputado por Ovalle y como presidente de su partido. Hizo lo que pudo para

adaptarse a la modernidad que llegó de manera tan brutal. Su cuerpo, sin embargo, no resistió tantos embates, y Bañados murió en febrero de 1899, a los cuarenta años, sin llegar a ver el inicio del nuevo siglo.

La posteridad no fue pródiga con sus esfuerzos, por desgracia. Bañados — ya sea por sus enemigos, ya sea por el paso del tiempo— no es parte del panteón de héroes nacionales. Valga esta tesis, como humilde homenaje.

APÉNDICE

ESTER VALDERRAMA, MUJER, ESPOSA, ESCRITORA Y LECTORA

Es imposible dejar fuera de este análisis a Ester Valderrama, esposa de Bañados. Ella es la destinataria de las Cartas y con ella Bañados construye su cotidianeidad por medio de la escritura, en el destierro. A ella también se la puede encontrar entre líneas, escabulléndose por la tinta. La subjetividad que se desprende de ella, en las cartas de Bañados, es compleja. Los avatares de la Revolución han afectado también las relaciones del matrimonio. Valderrama se nos presenta como una joven de 25 años que sólo quiere irse con su marido por los vericuetos del destierro. Se nos presenta también como la esposa que no quiere escribir las cartas que Bañados pide: largas, minuciosas, ordenadas. Pero Valderrama, en realidad, es mucho más que eso. Es ella y sus azarasas circunstancia de mujer aristocrática caída en la desgracia social, en la ruina económica, madre de tres hijas, esposa de un desterrado, golpeada sin cesar por un presente que ella no ha escogido y para el cual, seguramente, no estaba preparada.

En las desgracias después del saqueo, luego de asilarse en la Legación española, Valderrama debe no sólo escribir cartas a su marido exigente, tiene, también, que sobrevivir y adaptarse a un nuevo mundo en el que no cabe. Los balmacedistas, como vimos, fueron borrados de la realidad nacional, tanto física, como socialmente, y Valderrama tiene que vivir su propio destierro en su propio país.

*

El 28 de agosto de 1891, Julio Bañados Espinosa, ministro de Guerra en Campaña de Balmaceda, una vez concluida la batalla de La Placilla, zarpó en el barco norteamericano *Baltimore*, rumbo al Norte.⁴⁴ Llevaba encima su traje de batalla (cf. Bañados 11), 65 libras (cf. Bañados 23) y una enorme incertidumbre, nada más. Al día siguiente, comienza la escritura de un largo epistolario a su

⁴⁴ En aras de la claridad, y debido a la distancia entre lo dicho anteriormente y este apéndice, reiteraré ciertos datos.

esposa Ester Valderrama que durará cuatro años. Estas cartas se transforman en la única vía de comunicación con su esposa, el resto de su familia y su país. No hay teléfono, el telégrafo cuesta una fortuna y los viajes, en el caso de recibir noticias traídas o llevadas por amigos (escasos), tienen siempre al menos un mes de retraso, si es que no más. El correo entonces, irregular e incierto, interrumpido además por el robo de las cartas (cf. Bañados 140), se convierte en la única forma de recibir novedades, ya que la prensa que le llega es toda enemiga (cf. Bañados 19). A falta de noticias, el arte de narrar es importantísimo para la sobrevivencia de la comunicación.

Narrar una historia, como nos dice Benjamin, “mantiene sus fuerzas acumuladas” y hace que la historia sea “capaz de desplegarse pasado mucho tiempo” (117s). Bañados, en sus cartas, está contando, paso a paso, los detalles de su vida, su dolor y su consciencia y esta narración debe quedar para la posteridad y es Valderrama la custodia de ellas: “Guarda todas mis cartas, como un recuerdo de toda la vida de mis desgracias i de las tuyas. Es el Calvario de nuestra existencia” (25) y es también la justificación del papel que le tocó en la historia de Chile: “No puedo tampoco dejar sin defensa y esplicacion los actos en que he tomado parte y en que tengo responsabilidad; porque seria una cobardia para hoy y una vergüenza para mañana” (195). Es entonces una narración que ha de ser repetida *ad infinitum* a los distintos jueces de la Historia y a su esposa y a sus hijas, como prueba de que fue un hombre honorable y un fiel servidor de la patria.

La construcción de la subjetividad de Bañados, de su defensa histórica, de la revisión de sus actos y de su cotidianeidad en sus Cartas conlleva, en el ejercicio de la escritura, una artesanía (cf. Benjamin 119). Es el labrado minucioso de una obra de arte que acarreará consigo, para siempre, las huellas profundas, indelebles e innegables de su autor, un hombre que ha tenido que hacer del lenguaje su espada y su espejo, y de la escritura, su propio cuerpo. Bañados envía, en cada carta, literalmente, su corazón y, en la descripción de su cotidianeidad, manda también su propio cuerpo representado en lo que narra y en

el trazo de la pluma en el papel. Es ésta la única manera de hacer frente a la ausencia completamente descontrolada y sin fin previsible que le ha impuesto el destierro y es el único contacto *físico* —si es que eso es si quiera posible— con su esposa.

La lectura que hace Ester Valderrama de las cartas de Bañados esfuma, por momentos, la ausencia de su marido. En esas cartas puede percibir ella que Bañados está realmente vivo y que su cuerpo, a pesar de las cuantiosas enfermedades que lo aquejan a tan temprana edad, es capaz de *hacer*. El escribir entonces es la prueba fehaciente de que Bañados todavía es. Al terminar la lectura, sin embargo, la ausencia reaparece y hasta quizás se vuelve más fuerte y fiera. Es probable que el corazón de Bañados, que ha recibido su esposa en sus manos, entrelazado a la carta, vaya haciendo su palpitar cada vez más lejano e imperceptible. Valderrama recibe a Bañados en su carta y lo pierde al término de la lectura. Entonces la ausencia vuelve a ser atroz, hasta la próxima carta.

Julio Bañados termina cada carta escrita a su esposa con el envío de su corazón. Lo que busca nuestro autor es mandar una prueba para que todos crean, de una vez por todas, que él es un buen hombre, un buen chileno, un buen político, un buen esposo y un buen padre. No tiene más pruebas que aquello que se ha grabado en su corazón y este corazón enviado es una metáfora de su interioridad y de su consciencia, que, por lo demás, está en paz: “Mi consciencia de chileno, de ciudadano i de hombre honrado esta triste; pero, tranquila” (8). A pesar de todas las justificaciones sobre la tranquilidad de su consciencia, ante su esposa y su familia, ese análisis no le sirve de mucho. La catástrofe que ha significado su participación en la política nacional no logra aminorarse con razonamientos filosóficos. Y es por esto que ante la imposibilidad de llegar a su esposa por las vías de la razón y ante el problema permanente del robo de la correspondencia que limita la comunicación, Bañados le envía a su esposa, en cada carta, su corazón.

El envío del corazón remite a la simbología medieval de la cultura textual, en donde la sicología y la antropología estaban centradas en el corazón en vez de

en el cerebro. En ese entonces, el corazón simbolizaba el interior más profundo del sujeto y era donde se ubicaba la memoria, la conciencia y la voluntad. Era sinónimo de pensamiento, memoria, mente, alma, espíritu y era donde se encontraban la inteligencia, el carácter, las emociones y todo aquello que conformaba al individuo (cf. Jager xv). El traspaso hacia el cerebro fue lento y se demoró varios siglos. La idea del cerebro como fuente de memoria, emociones, carácter y voluntad comienza a partir del siglo XVII, y fue un signo del principio del sujeto moderno, capaz de analizarse a sí mismo desde un punto de vista racional (cf. Jager xvi). Como a Bañados no le sirve enviar su mente, envía su corazón como prueba fidedigna, para que su esposa pueda leer en él lo que él no logra ni puede decirle.

Teniendo esto en cuenta, el envío del corazón de Bañados se transforma en un acto de valentía y de honestidad, ya que está exponiendo su corazón al escrutinio público, como adelantándose al Juicio final. Desde este punto de vista, para enviar el corazón, hay que estar muy seguro de la pureza de su contenido. Julio Bañados, al poner a Dios por testigo, deja en claro, ya desde la primera carta, que no tiene miedo y que sabe, perfectamente, que lo que hay en su corazón es bueno: “Lo que sé decirte, poniendo a Dios por testigo de mis actos i evocando el recuerdo de mi madre idolatrada, es que si he podido equivocarme, nada he hecho con la convicción de estar obrando mal” (8). Su corazón es un libro abierto ante Dios y ante los hombres.

Así las cosas, el corazón de Bañados registra en su interior, por medio de trazos, sus buenas obras (las malas no porque no las hay), sus recorridos por las ciudades, sus días, sus noches, sus conversaciones, sus anhelos e incluso sus dolores. Es un archivo perfecto de su memoria, de sus sentimientos y de sus acciones, tal y como le dice Bañados a Ester: “deseo tenerte al cabo de todos los detalles de mi vida” (91).

Para volver a espantar la ausencia y para olvidar la pérdida, Ester escribe de vuelta. Con Bañados en la mente y en el corazón, Ester lo hace revivir al contestar su carta. Ella escribe. No quizás como lo hace su marido —con la

misma pasión, extensión ni con el mismo afán por los detalles— pero probablemente con el mismo objetivo: el de saciar la necesidad de presencia, el de comunicarse.

Ester recibe el cuerpo y el corazón de su marido y envía su cuerpo y tal vez su corazón. Digo tal vez porque las cartas de Ester Valderrama no superaron los vericuetos del destierro. Se perdieron en los viajes de su marido o desaparecieron al fuego de la propia mano que las escribió, años después. Nunca sabremos. No hay rastro alguno de las cartas de Ester. Y, sin embargo, Ester está presente en cada línea cuando se leen las cartas de Julio Bañados. Si Ester, por medio de la escritura y de la narración, se ha enviado también a sí misma a través de sus cartas, en la concatenación de cartas entre uno y otro, se van fundiendo ambos esposo en un trazado inseparable. Ella está en sus cartas y él en las de ella y la cotidianeidad perdida vuelve a construirse, en un espacio imaginario.

LA VIDA DE ESTER VALDERRAMA

Ester Valderrama Téllez nació en algún momento de 1867,⁴⁵ probablemente en Santiago. Era hija de Adolfo Valderrama Sáenz de la Peña⁴⁶ y de Felipa Téllez Ossa. Tuvo un hermano pequeño, Julio, con el que tenía una gran diferencia de edad y que falleció muy joven. Se casó Ester a los 17 años con Julio Bañados Espinosa, en 1884. Tuvo tres hijas (Virginia, Julieta y Laura) antes de la Revolución de 1891 y una después (Olga), que nació a los meses de la muerte de Bañados. Estuvo casada con Bañados 15 años, de los cuales cuatro los pasaron separados. Los padres de Ester eran parte de la aristocracia de Santiago y tenían grandes fortunas, tanto en tierras como en joyas, obras de arte y libros. La

⁴⁵ En carta del 18 de marzo de 1892, Bañados le dice a Ester que con 25 años no puede viajar sola (88), por lo que habría nacido en 1867. Sin embargo, una de sus nietas, Luz Güemes Bañados (en entrevista), dice que su abuela murió de 75 años en 1939, cuando ella tenía diez años, por lo que tendría que haber nacido en 1864. Sin embargo, calza mejor la edad que dice Bañados que tiene Ester Valderrama.

⁴⁶ También escrito *Sainz* de la Peña.

biblioteca de su padre era una de las más grandes de la capital. Adolfo Valderrama, además, era médico y poeta, fue secretario general de la Universidad de Chile, fundó la Academia Chilena de la Lengua y tenía su nombre muy bien puesto en la política y en la sociedad nacional. Adolfo Valderrama falleció el 30 de noviembre de 1902, sin tener qué heredarle a su hija. Ester murió el 9 de junio de 1939, a los 73 años.

Julio Bañados Espinosa nació el 18 de abril de 1858. Sus padres fueron Ramón Bañados Berendique y Virginia Espinosa Hidalgo. Tenían algunas tierras, pero, en general, eran una familia de no tantos recursos. El propio Bañados, refiriéndose a sus hermanos —ya en el destierro— dice: “Casi todos mis hermanos son pobres, lo mismo que mis dos cuñados” (9). Por lo menos Julio Bañados sacó la carrera de abogado en la Universidad de Chile, fue profesor de historia y de derecho, fue escritor del diario *La Época* junto a Rubén Darío y a Luis Orrego Luco y tuvo variados puestos de importancia durante la administración Balmaceda, a pesar de su juventud. Al momento de la revolución de 1891, tenía 33 años. A su regreso a Chile en 1894 y tras ser amnistiado, volvió a la política y fue diputado por el departamento de Ovalle. Murió en el ejercicio de su cargo el 17 de febrero de 1899, a los 40 años, sin dejar fortuna alguna.

En estas biografías breves y que me permito repetir en aras de la claridad,⁴⁷ podemos ver que la vida de Ester Valderrama transcurrió entre dos grandes e imponentes hombres que traían un bagaje cultural de proporciones y que se sentían profundamente responsables del devenir histórico de la nación.

Las mujeres, en cambio, no son incluidas en este avance literario-modernizador del que participan los hombres y que hemos visto en capítulos anteriores, porque simplemente no entienden ni pertenecen tampoco a los ámbitos

⁴⁷ El resto de los datos conocidos tienen relación con los diferentes cargos que cada político ocupó en los distintos gobiernos y nada dicen con respecto a la vida privada. Tampoco existe información oficial sobre Ester Valderrama. Todo lo que aquí aparece ha sido deducido de las cartas de Bañados o ha llegado a mis oídos gracias a entrevistas con nietos de Bañados y Valderrama: Luz y Julio Güemes Bañados (hijos de Olga) y Ximena Pinto Bañados (hija de Laura).

públicos. Las mujeres deben preocuparse de su hogar, en especial las mujeres de clase alta. Ellas son las que deben cuidar de “la instrucción de la familia, [de] infundir en ella los sentimientos de honor [...] delicadeza, y la buena educación” (Crescente Errázuriz en Vargas 275), su lugar está alrededor de la casa, en “la calle inmediata al hogar, el patio, la cocina” (Salinas 138). Los hombres, en cambio, se mueven *extramuros*⁴⁸ (cf. Salinas 139) y hablan sobre cosas que las mujeres lisa y llanamente no entienden ni conocen. Algunos pensaban, incluso, que las mujeres eran seres intelectualmente inferiores (cf. Stuvén 325s).

Ester Valderrama, rodeada por estos hombres en su vida, realmente tiene que haber entendido muy poco de los intereses, intenciones e ires y venires de su marido, pero no por tonta, sino porque fue mantenida fuera de los círculos de poder en donde las cosas *importantes* ocurrían. Ester, por lo tanto, vive las andanzas políticas de su marido, la Revolución de 1891, el destierro de su esposo y un sinfín de penurias de todo tipo, sin entender y, sobre todo, sin compartir las razones profundas de su situación. Su lugar, sin mayores explicaciones y probablemente sin su consentimiento, está “donde se llora, no donde se lucha; donde se bendice, no donde se maldice” (Stuvén 322) y no tiene ningún derecho. Debe acatar, sufrir, hacer en silencio.

EL DESTIERRO DE SU MARIDO

En la primera carta que recibe Ester de Julio Bañados, éste le comunica, en la primera línea, que está vivo y le anuncia que ha comenzado el destierro (cf. 3). Le escribe el 29 de agosto de 1891, ya en el *Baltimore*, a salvo de los enemigos. Le aclara que tiene la conciencia tranquila, que ha hecho cuanto ha creído necesario por su patria y que “no podía hacer otra cosa que prestar mi concurso personal hasta el sacrificio i la muerte en favor del orden público” (3). Luego, se lanza en una descripción detallada de cada uno de los días previos a la batalla de

⁴⁸ Cursivas mías.

Placilla, a partir del 21 de agosto del mismo año. Relata balaceras, bombazos, la muerte de Alcérreca y Barbosa, habla de cómo organizó el ejército, de cómo los animó y de cómo estuvo tantas veces al borde de la muerte. Después, intuye persecuciones a sus hermanos, a su suegro, pero no se imagina lo que está viviendo Ester mientras él escribe. Termina su carta Bañados con una serie de órdenes: cobra aquí, paga allá, vende esto y esto otro, sólo gasta lo necesario porque: “Dios te tomará en cuenta estos sacrificios” (10). Como todo consuelo, agrega: “Te ha cabido la desgracia de casarte con un hombre que ama demasiado a su patria i que ha sacrificado por ella sus intereses personales i hasta el pan de sus hijos [...] Me cabe el consuelo de tener un nombre honrado i de haberte dado mui poco que sufrir. Hemos sido mui felices i siendo jovenes volveremos a serlo hasta la muerte” (10). Bástele esto a Ester. Pero el problema estuvo en que no le bastó para nada. Ester, mientras su esposo escribía, huía hacia la Legación española con sus hijas, sus padres y su hermano pequeño, de las turbas que iban directo a destruir su casa y que pronto asediarían la misma Legación:

principian a llegar hasta el asilo de los vencidos i fujitivos, noticias de que en los barrios mas apartados se asesina sin piedad i que las olas de canalla, en cuyos cerebros fermentan olas de alcohol, piden desaforadamente el degüello, llegando hasta querer asaltar las legaciones, sobre cuyas puertas ondean majestuosamente los estandartes extranjeros, cobijando entre sus pliegues i colores [...] a un sinnúmero de refugiados (Rodríguez 116s).

No estaba Ester como para que le dieran órdenes ni para que le dijeran cómo debía reaccionar frente al dolor. Había huido de su hogar con tres niñas pequeñas, se había enterado del saqueo de su casa con lujo de detalles, porque una de sus empleadas, Rosario, se había puesto un lazo rojo —signo de los revolucionarios— en el brazo y se había quedado a ver cómo desvencijaban todo: tiraron el piano de cola desde el segundo piso, rasgaron los cuadros con cuchillos y quemaron, íntegra, la biblioteca.⁴⁹ Y había escuchado a las turbas gritar durante

⁴⁹ Relato de Luz y Julio Güemes Bañados.

horas. Sin decir agua va, Ester fue arrastrada fuera de su burbuja hacia el infierno y hubo de quedarse en él.

El romanticismo imperante en el siglo XIX choca incesante contra la realidad de la Revolución y, particularmente, contra la del saqueo, y las cartas, que en otro tiempo hubieran sido de amor, son ahora testimonio de vida, defensa histórica, órdenes, descripciones. Las cartas que le llegan a Ester son, además, públicas, como ya vimos. No le llegan cartas íntimas de su esposo que sustenten el amor conyugal en las difíciles circunstancias, le llegan, más bien, cartas abiertas que ella debe mostrar a su padre, a sus suegro, a sus cuñados y hasta a los amigos: “Mis cartas debes leerlas a todos para que sepan de mi. Prefiero escribir una carta larga y con frecuencia que no varias cortas” (49), “Lee a mi suegro esta carta y dile que puede hacer el uso que quiera de ella” (121). Bañados rompe así la intimidad conyugal y no deja lugar para la expresión de los sentimientos profundos. Debe, además blanquear su discurso porque, por un lado, sabe que escribe cartas de importancia histórica que defenderán, a la postre, su actuar y las decisiones de la administración Balmaceda. Por otro, sabe que sus cartas y las de Ester pueden ser confiscadas y publicadas:

Por precaucion es conveniente que nunca dejes de calcular, al escribir tus cartas, que puedan ser tomadas y publicadas. Sabes ya que mis adversarios han destruido todas las garantías y todas las vallas levantadas por la dignidad humana y el derecho. Tienes experiencia acerca de lo que son capaces. Hogar, correspondencia, propiedad, personas, fortuna ajena, son palabras vanas para ellos.

Ten precaucion tambien con mis cartas. Tenlas contigo en un cofre aparte. Estas espuesta a ser salteada y de nuevo mi correspondencia será publicada (140).

El blanqueamiento del discurso de Bañados y la imposición sobre Ester de blanquear el suyo propio se condice también con la forma en que se percibía la relación conyugal a fines del siglo XIX. Existía, en el corazón de cada hogar, “un único lugar de sexualidad reconocida, utilitaria y fecunda: la alcoba [...] El resto no tiene más que esfumarse; la conveniencia de las actitudes esquiva los cuerpos, la decencia de las palabras blanquea los discursos” (Foucault 1996: 9s). Frente a la

publicación de las cartas por parte de sus enemigos, Bañados se ve en la obligación de cuidarle a Ester y de cuidarse a sí mismo la honra que estaba asociada “estrechamente a la integridad y castidad de las mujeres y a la honradez y recta conducta de los hombres” (Salinas 141). Cartas de amor explícitas hubieran manchado el honor del matrimonio que ya había sido mancillado lo suficiente.

Este silencio, sin embargo, tiene su propia elocuencia que Bañados transluce cuando escribe, ante su dolor y entre líneas:

Como se acerca la Pascua, es hermosísimo asistir a los grandes almacenes a las ventas de juguetes. ¡Cómo me he acordado de mis tres guachitas! Lágrimas muchas me han costado las visitas hechas a dichos almacenes! ¡Quien estuviera a su lado!

¡Cállate corazón! Me has jurado sufrir en silencio!

(160).

El silencio del dolor tiene que entenderse entonces como la omnipresencia del mismo. En el silencio “no se dice menos: al contrario. Se dice de otro modo” (Foucault 1996: 37). Se calla el dolor, la angustia, el amor y la sexualidad. Se dicen en silencio, y se demuestran nada más que con el envío, al final de cada epístola, del corazón.

Ahora bien, parece ser que Ester no estaba para tantas sutilezas ni tanta lectura entre líneas, sobre todo al principio. Ella contesta los largos pliegos de Bañados, con cartas breves, y se demora eternidades en enviarle, a vuelta de correo, los retratos de la familia que Bañados le pide con tanta insistencia carta tras carta. Nada dice él sobre comprender, por ejemplo, que ella no haya tenido tiempo de hacer, de recolectar o de enviarle los famosos retratos, más bien muy por el contrario, los exige: “Una vez por todas [sic] te exijo que me mandes retratos de mis suegros, de mis hijitas y de todos los miembros de mi familia. Es mi único

consuelo y lo necesito” (49). También exige cartas largas, de varias hojas, con distintos párrafos:

Tus cartas me dejan mui poco satisfecho. Me escribes dos lineas i me das pocos detalles. No olvides que estoi en el destierro, que no leo otros diarios de Chile que los de los enemigos, que necesito saber persona por persona de los de mi familia, que necesito saber una por una de mis guaguitas, que tengo derecho de conocer de mis amigos, que debo saber los proyectos que tiene la familia, etc. (27).

Y así se siguen incomprendiendo a través de las cartas. Ella le escribe poco y breve, él no le pregunta qué siente en la intimidad. Bañados, en ese sentido, no le pregunta cosas personales, se lanza, simplemente, a describir sus viajes, a defender sus opciones políticas y a dar órdenes. Busca, con sus confesiones históricas, restituirse en su honor de hombre público y con esto espera justificar el abandono, de cierta forma, de su familia. Pero esto no parece ser suficiente para Ester, porque quizás las justificaciones históricas no le sirven de nada y necesita las justificaciones de su marido, no las del hombre público.

Las cartas de Bañados, entonces, siguen siendo públicas. “Se confiesan los crímenes, los pecados, los pensamientos [...]; se confiesan las enfermedades y las miserias” (Foucault 1996: 74s), la modernidad misma es la que impulsa estas confesiones que, en el caso de Bañados, son públicas por expresa orden de él. En este confesar permanente, la declaración de las enfermedades que hace Bañados en cada carta denota una concepción moderna del mundo, basada en términos de higiene e “implica una percepción en cierto modo médica del mundo, o por lo menos del espacio y de las circunstancias en las que se vive” (Foucault 1987: 96). Sus viajes son planeados y decididos de acuerdo a su estado de salud y a las posibles enfermedades de las que se podría contagiar. Su cuerpo pasa a ser el protagonista de las decisiones. “Esta preocupación con el medio ambiente, los lugares y los momentos pide una constante atención a uno mismo, al estado en que se encuentra uno y a los gestos que hace” (Foucault 1987: 97). Desde esta perspectiva, el gesto de escribir con un cuerpo enfermo y de enviar el

corazón cobra mayor importancia, porque es el compartir el cuerpo en un momento histórico en que el cuerpo mismo se ha individualizado y se ha cerrado con el advenimiento de la modernidad (cf. Fraser 11).

Bañados, sin embargo, no hace referencias a la salud de Ester. Puede ser que ella, con su juventud, no se haya enfermado, pero es raro que en cuatro años Bañados no mencione su salud ni pregunte por ella. Sí habla, en cambio, del tifus de su hija Julieta en noviembre del 93 y de la salud de Laura. No nombrar el cuerpo de Ester, siendo que él saca a la palestra el suyo en cada carta, puede interpretarse como la no recepción de su cuerpo. Cabe la posibilidad, en todo caso, de que ella haya, deliberadamente, omitido esa información. Tendríamos, entonces, a una esposa que se deja su cuerpo para sí. De cualquier manera, hay, en este silencio en cuanto al cuerpo de Ester, una traba en la fluidez y el entrelace de los cuerpos que nos presenta Bañados al exponer de ese modo el suyo.

JULIO BAÑADOS, MARIDO Y PADRE

Reestablecer su moral es imprescindible para Bañados, frente a los ataques, de modo de no perder su autoridad como padre de familia. Si su integridad ha sido mancillada públicamente, no tiene qué dejarles a sus hijas. El padre, en el siglo XIX,

es quien debe asistir a las necesidades de sus hijos. Su obligación es la de protegerlos de los avatares de la existencia. Para ello no basta abastecerlos materialmente, hace falta también proveerlos moralmente. Es preciso inculcarles virtudes de la tradición, arraigarlos a las buenas costumbres, a fin de que puedan integrarse más tarde a su medio social (Barros y Vergara 135).

El padre reúne en sí mismo la tradición, la autoridad y su poder tiene una connotación moral, que es la que sus hijos heredan (cf. Barros y Vergara 136s) y es la que quiere dejar Bañados a sus “tres ratitas”.

Un padre de familia, un patrón si se quiere, debe tener a quién mandar. Con el destierro, a Julio Bañados se le ha arrebatado la dignidad, su entereza

moral y se le ha dejado sin tener sobre quién ejercer su liderazgo. La única que queda para recibir sus órdenes es su esposa. El matrimonio, durante el siglo XIX, debe estar unido por sentimientos de amistad, igualdad y confianza (cf. Vargas 278, 288). El marido debe dirigir a su esposa “con suavidad y prudencia [...], pero sin dejar de indicarle qué era lo conveniente y qué era lo incorrecto” (Vargas 190s). Bañados hace esto, ciertamente, pero las circunstancias los superan a ambos y la comunicación tiene que haber sido muy difícil para Ester. No olvidemos que, a pesar de la amistad, la relación entre el hombre y la mujer conservaba un grado no menor de asimetría: a las mujeres,

vistas como naturalmente inferiores que a los hombres, se les asigna un rol en la vida conyugal de sumisión y dependencia [...] en esta relación asimétrica de la vida conyugal la mujer aparece sometida a la tutela del marido y es tratada, incluso, como eterna menor [...] [esto] crea una barrera casi infranqueable entre los esposos que impide el diálogo razonado (Cavieres en Vargas 301s).

Esta asimetría en las relaciones queda claramente graficada en las órdenes que le da Bañados respecto de cómo debe vivir la familia en su ausencia. Se opone tenazmente a la venta de la casa familiar (que es de Adolfo Valderrama): “La venta de la casa, hoy por hoy, a bajo precio y como en remate, es mas que un error economico, es un crimen” (87). Le dice cómo debe gastar el dinero, a quién debe visitar, cómo debe escribirle e incluso, qué debe sentir: “Ten la paciencia y resignación que tiene tu esposo” (10); “Ten resignación i ten esperanza!” (14).

EL DESTIERRO DE ESTER VALDERRAMA

El destierro de Ester tiene que haber comenzado meses antes de la Revolución. Un día cualquiera, en una tarde de té, se habrá dado cuenta de que las señoras, tan aristócratas como ella, dejaban de hablar de política apenas ella hacía su entrada al salón. Habrá visto que las más emperifolladas mujeres la habrán saludado con cierto dejo de ironía y hasta quizás de lástima. Habrá sentido deslizarse entre unos labios medio cerrados el término siútico y habrá

leído en un sinnfín de periódicos el odio encarnizado hacia su marido y hacia Balmaceda. Por medio del chisme, canal de información y medio de control y de disciplina de la sociedad, que “juega un papel de gran relevancia, al constituirse como un canal de información, dada la estrechez del medio social, y que, con el tiempo, se transformará también en algo así como un espejo de los valores morales” (Salinas 134), Ester se habrá ido enterando de los *errores* de su marido y su confianza se habrá ido quebrando. Poco a poco, habrá ido perdiendo a las amigas y se habrá quedado con grandes dudas respecto de la moral de su esposo, ya que aquello que se sabía de oídas muchas veces era considerado como cierto.

Es muy probable que haya llegado a oídos de Ester el relato que hace Orrego del momento en que Bañados y Ester se conocieron:

Bañados tenía el don de hacerse grato prodigando elogios a hombres prominentes como don José Victorino Lastarria y Santa María, íntimos de la casa de don Ambrosio, una de las más encopetadas de Santiago. Asistía a esas reuniones el doctor Valderrama, que no perdía ocasión de reírse de Bañados. Dio don Ambrosio un suntuoso santo, al cual asistió la familia Valderrama. La hija, muy inteligente y simpática, era fea y *planchada* como se decía entonces. Al verle sola, en un rincón, preguntó Bañados a su amigo Ambrosio:

—¿Quién es esa muchacha fea que *plancha tanto*?

—¡Cállate!—le replicó Ambrosio—, es la hija del doctor Valderrama, hija única de padre rico. Te conviene, es un gran partido.

—¡Preséntamela!—indicó Julio, sin vacilar.

Se acercaron, y conversó toda la noche con ella, pues no tuvo reemplazantes. Y comenzó a cortejarla, con muy buena acogida. El doctor Valderrama tomó la cosa muy mal, pues Julio Bañados no pertenecía por su familia a la sociedad encopetada de aquel entonces, y se opuso a esas relaciones (240).

Un cuento como éste tiene que haber destrozado su corazón y les daba razones válidas a las mujeres de sociedad para dejar a Ester fuera por fea y por haberse casado con un siútico.

La información transada a través del chisme y el pelambre era una referencia válida y verdadera que definía la pertenencia a y el compromiso con un determinado grupo social y hasta la propia identidad de los individuos (cf. Barros y Vergara 37). Todos estos chismes con respecto a los siúticos fueron considerados ciertos y se convirtieron en razones válidas que ayudaron a sustentar una revolución y que dejaron a Ester fuera de su propio grupo social. No olvidemos que el desprestigio social del enemigo llega a su cúspide en los momentos de crisis política o económica (cf. Contardo 22).

Ya en 1891, la situación debe haber sido insostenible. En todas las reuniones sociales se habla en contra de Balmaceda y sus siúticos:

no era posible ir de visita a una casa, asistir a fiestas, bailes o al teatro, sin oír por todas partes el eco de esa atmósfera caldeada, llena de acusaciones gravísimas y a menudo injustas en contra del Presidente, tachado de corromper al país, en compañía de un círculo de allegados audaces y sin escrúpulos. A este círculo se le denominaba, en la prensa y en el Congreso, la *Banda de Catalina*, formada por elementos extraídos de los bajos fondos sociales, aventureros sin talento ni prestigio [...]. En sociedad ya nadie se atrevía a decir una sola palabra en defensa del gobierno (Orrego 169).

Las mujeres, que en general se mantenían fuera de la política, en este caso, “en casi su totalidad, eran adversas al gobierno y lo atacaban sin piedad” (Orrego 282; cf. 300).

La fama pública, tanto buena como mala, establecía categorías y reputación sociales (cf. Salinas 141) de acuerdo a la opinión pública.⁵⁰ En este sentido, la prensa tiene un papel preponderante en el debate y en la formación de opinión (cf. Stuvén 304; Subercaseaux 84). La fama pública de Julio Bañados tenía directa incidencia en el honor de la familia y, al bajar públicamente su honra, bajaba también la de los suyos.

⁵⁰ Usaré la definición de *opinión pública* de Habermas (en Salinas 305): “las reflexiones críticas de un público competente para formarse sus propios juicios”.

La voz de la comunidad se hace escuchar y se transforma en un medio de control, comienza el *acoso social* que tiene “ciertos patrones: nunca se revela a los protagonistas de la agresión, aunque sí a las víctimas” (Contardo 27). En este acoso social, el vecindario se hace partícipe de la persecución y vigila los pasos de los supuestos transgresores (ya sea por razones políticas o sociales, ya sea por razones delictuales o de infidelidad), y es más, “los procesos criminales demuestran que no era posible borrar de la memoria de los vecinos y de los jueces la información negativa desde que ésta había sido adquirida” (Salinas 142), por lo tanto, los chismes ni siquiera se podrían discutir. ¿Qué hubiera sacado Ester con decir que su marido sí la amaba y que no se había casado con ella por interés? ¿Qué habría logrado combatiendo el calificativo de siútico? Nada, sólo más humillaciones.

Los dichos del entorno tienen un peso tal, que, ya en el destierro, Bañados le recrimina a Ester el que ponga en duda su honradez y su preocupación por la familia, por creer los rumores malintencionados de sus enemigos: “tu i mi suegro, en vez de darme palabras de consuelo o de aliento, creen maledicencias i me escriben en forma que me hacen sospechar que Uds. imaginan que soi un hombre sin las cualidades que tengo” (29).

La participación de la sociedad en los sistemas de control y disciplina sigue su curso: “la población civil, incluyendo mujeres y jóvenes, toma partido contra el gobierno y se viste con atuendos y colores emblemáticos”, el conflicto “se proyecta en el imaginario social con connotaciones de aventura y modernidad” (Subercaseaux 18). Ser opositor al gobierno era de *buen tono* (cf. Subercaseaux 24).

EL SAQUEO DESDE LA PERSPECTIVA DE VALDERRAMA

Este proceso llega a su cúspide en el episodio del saqueo del 29 de agosto de 1891. El desbande social fue permitido y promocionado por los vencedores, a pesar de las prevenciones del caso que había tomado Balmaceda al llamar a

Baquedano para que se hiciera cargo de la transición. Éste “se había comprometido solemnemente i bajo palabra de *honor, de militar i de caballero*⁵¹ a que fueran respetados los intereses i la vida de los que habían apoyado la administración que caía” (Rodríguez 85), sin embargo, faltó a su palabra. La Moneda y sus salones, aquella fatídica mañana, estaban “invadidos por una enorme i estraña concurrencia que iba i venía, vociferando, loca, febril, i que en medio de las explosiones del júbilo, empezaba a perder todo timón, toda dirección, para salir desbordada, derribándolo todo, ansiosa de destruir, de incendiar, de ver sangre” (Rodríguez 105). Aparecieron las famosas *listas* en que estaban los nombres de los balmacedistas y las direcciones de todos los lugares y personas relacionados con ellos. El parentesco, en este caso, no se limitaba ya a las relaciones de sangre; la *culpa* de haber participado en el gobierno era una peste que se contagiaba también entre amigos, conocidos y asociaciones de cualquier tipo. Quienes hicieron las listas y dirigieron a las turbas eran “personas de cierta notoriedad [...]. Tristísima impresión produjo en nuestro ánimo el hecho de que el populacho no obrase por sí, ejerciendo un acto de venganza propia, sino que fuese dirigido i arrastrado al crimen por individuos que llevaban listas de las personas i de las propiedades que deberían ser maltratadas i saqueadas” (Velasco 644). En la familia de Bañados quedó el recuerdo de que fue Adela Edwards quien organizó las listas en Valparaíso y que vino expresamente a Santiago a entregarlas.

El saqueo se convierte también en un espectáculo: “el presenciar el saqueo desde un tejado tenía el agrado de mirarlo en compañía de los gatos, que habían huído oportunamente, despavoridos con el estruendo de puertas, cornisas, i ventanas que caían para ser prolijamente desmenuzadas por las turbas” (Rodríguez 109s). Las hordas quiebran los límites de lo privado y hacen públicas las intimidades de las familias balmacedistas, transformando la destrucción en una

⁵¹ Cursivas del autor.

entretención masiva dirigida por los vencedores que pregonaban a gritos “el esterminio de los vencidos i la destruccion de sus hogares” (Rodríguez 115).

Los allanamientos, los fusilamientos y la destrucción de los hogares de los vencidos, el aislamiento, la destitución de los cargos y las faltas de oportunidades posteriores fueron una herida profunda y sangrante que no se superó desde la perspectiva socio-cultural y los rencores duraron generaciones (cf. Subercaseaux 40), “el recuerdo de los ultrajes se mantuvo fresco en la elite ilustrada durante décadas; el rencor entre familias fue mucho más largo que el rencor entre partidos. Estuvo presente en la conciencia y en la memoria de los perseguidos, en su vida cotidiana y en su cultura” (Subercaseaux 43). De hecho, los nietos de Ester Valderrama vivieron una existencia llena de dificultades económicas porque sus madres heredaron la pobreza posterior al saqueo. Los padres de Ester lo perdieron absolutamente todo.

*

Bañados murió en 1899 y en los cuatro años y medio que estuvo en Chile, al regreso de su destierro, poco y nada pudo hacer por su familia aparte de pagar deudas. No dejó absolutamente nada en herencia. Adolfo Valderrama murió en 1902 sin haber logrado nunca que lo volvieran a invitar a las tertulias, que lo dejaran entrar a la Academia de la Lengua o que la gente quisiera tenerlo como médico. Habían perdido la famosa casa que Bañados no quería vender, porque la arrendaron por piezas y los arrendatarios “se tomaron” la casa y no la devolvieron más y tuvieron ellos que arrendar un lugar donde vivir. Felipa Téllez Ossa, la madre de Ester, tenía también mucho dinero y lo perdió todo en los disturbios.

EL CAMBIO DEFINITIVO DE LOS VALORES DE LA ÉPOCA

Al saqueo le siguió un número importante de festejos en que los vencedores usaron las ropas y las joyas de los vencidos y hubo otro sinfín de persecuciones. A la Revolución de 1891 le siguió también un nuevo contexto político, económico y social, con nuevos actores, discursos y una nueva cultura.

Hay un cambio en los valores e ideales y se produce un reajuste doloroso y violento (cf. Subercaseaux 38). Julio Bañados, José Manuel Balmaceda y Adolfo Valderrama creen en una construcción de país más al estilo de Andrés Bello y esta visión de mundo choca con las nuevas oportunidades que traen los importantes avances económicos de Chile gracias al salitre, la exportación agrícola y la minería. “Este progreso trajo consigo una pérdida de los antiguos ideales de la aristocracia ilustrada, ideales que implicaban nobleza de sangre y de espíritu y, sobre todo, sacrificio desinteresado por la patria y por el progreso del país” (Subercaseaux 43). Bañados ostenta los antiguos ideales de patriotismo y sacrificio y lo deja ver en cada una de sus cartas. La aristocracia, en cambio, siguió “un modelo social de refinamiento exterior y lujo, de frivolidad, hedonismo y ostentación mundana, todo ello en desmedro de los principios de antaño, del cultivo del espíritu y de la vida interior” (Subercaseaux 43s).

Sin lugar a dudas, Ester Valderrama queda atrapada entre ambas visiones de mundo y el conflicto tiene que haber sido mayor al ver que su clase social exilia a toda su familia y a ella, sobre todo a ella, que era tan joven y que probablemente no tenía nada que ver con los asuntos de Estado. Ester se queda fuera del “ceremonial mundano de la *belle époque* criolla” (Subercaseaux 51).

El hedonismo mórbido (cf. Subercaseaux 113s) que se apoderó de la sociedad chilena termina de expulsar de su círculo a los vencidos que quedaron paupérrimos, humillados y en la calle. Como muestra, veamos el problema que se le presenta a Ester con la ropa, símbolo de opulencia, de pertenencia, de identidad y de estatus, cuando ya no tiene dinero para comprar vestidos y que su marido resuelve de la siguiente manera:

Hijita:— vive como si yo estuviera muerto.
 Viste riguroso luto i tu i mis hijas deben vestir con la modestia que caracteriza una pobreza honrada.
 Que mis hijas usen solo percala en el verano i mezcilla en el invierno.
 Esta es la voluntad de su padre (16).

Sin la ropa adecuada, no se puede pertenecer a la sociedad. Así comienza el completo destierro de Ester.

LA IMPOSIBILIDAD DE HABITAR LA COTIDIANEIDAD DESTRUIDA

Al verse descastada, imposibilitada de construir su identidad a través del consumo, al entenderse completamente excluida de la sociedad, Ester tiene que haber volcado sus últimas esperanzas en su marido. “Llévame contigo” habrá musitado mil veces en su corazón y le habrá escrito otras tantas veces a Bañados. “Vámonos todos” les habrá dicho a sus padres, quienes pensaron en vender la casa no para irse ellos, sino que para que se fuera ella. Y Bañados, en un principio, había querido lo mismo. Él, en sus primeras cartas, le ofrece llevársela a Perú para vivir juntos el exilio, pues creía que podría conseguir trabajo para mantener a su familia, pero se da cuenta de que no ha pasado el suficiente tiempo desde la guerra del Pacífico como para que un chileno surja en tierras peruanas. Le ofrece entonces llevársela a Argentina (cf. Bañados 15, 28). Ante las horrorosas circunstancias en Santiago, después del saqueo, esta propuesta de su marido tiene que haberla llenado de gozo. Sin embargo, con el correr de los meses, Bañados se da cuenta de que no podrá trabajar en una Argentina convulsionada por problemas internos. Decide partir a Francia y, una vez más, cree que allí sí podrá trabajar; pero tampoco puede y vive de la caridad de Adolfo Eastman.

Ester habrá insistido lo suyo en su afán de escapar de su realidad y Bañados, a partir de la carta del 21 de octubre del 91, al ver que la economía no lo acompaña, comienza a recriminarle el querer ir de Chile: “En cada una de tus cartas veo la monomanía de salir de Chile. No puedes ni debes pensar en ello, mientras no tenga cómo darte de comer. [...] No te olvides que en Santiago puedes vivir con mis hijas, aunque sea en un cuarto” (29). Frente a la insistencia de Ester y a una propuesta de ella de viajar sola, sin sus hijas, su marido

recrudece sus argumentos y apela a su condición de madre y poniendo en duda su instinto materno:

Es preciso que te resignes a la tremenda situación que nos envuelve. ¿Cómo puedes pensar en dejar a mis hijas i venir sola, como dices? ¿Quién las tendría? Me veria obligado a pagar dos hogares, sin tener para pagar uno. Es preciso que reflexiones, que obres con seriedad. Bastantes esperiencias tienes, para que no reflexiones. Toma un lapiz i suma i resta. ¿Crees, por ventura, que es un ideal para mi estar solo i abandonado, sin hogar, sin familia i en los bordes de la miseria?

¿Crees que no paso noches enteras despierto, meditando en la ruina que me rodea i que envuelve a mi familia? (29s).

En marzo del 92, Ester sigue pensando en viajes, dadas sus circunstancias en Santiago, y su marido continúa rechazando la idea: “En estos tres dias he reflexionado mucho, muchisimo acerca de tu proyectado viaje y cada vez me afirmo mas en rechazarlo” (87), sobre todo porque ese viaje supone la venta de la casa.

En la misma carta, y, en respuesta, imaginamos, a algún tipo de intento, por parte de Ester, de mantener a flote su matrimonio, Bañados le dice: “Y si por romanticismos matrimoniales comprometemos el tercio o mas de esa herencia ¿cuáles no seran los remordimientos de conciencia?” (87) y sigue, ahondando en la incapacidad de Ester para viajar sola:

En la hipótesis que el D^f insista en tu viaje, no obstante mi protesta y mi absoluta oposicion, no comprendo cómo puedas hacerlo sola. Es un cargo de conciencia que tambien descargo en el Doctor, el que tu, con 25 años de edad, vayas sola en un vapor por treinta y cinco o mas días.

Todo esto es inaceptable y lo rechaza mi conciencia.

En una palabra, si mi autoridad de esposo vale algo es para ordenarte que no te muevas; y si mi cariño de esposo puede ser oido, es para rogarte por mis hijas que no hagas locuras de absurdo romanticismo (88).

Si bien es cierto que los razonamientos de Bañados con respecto a las finanzas son los acertados y que la principal razón que da para oponerse al viaje es salvaguardar el escaso patrimonio de sus hijas, la dureza con que trata a su

esposa es fuerte, sobre todo porque Ester no está pasándolo bien tampoco, es más, lo pasa muy mal, a pesar de las declaraciones de su marido en que certifica que él sufre más: “en tus horas de dolor, acuerdate que yo también sufro mucho. Sufro mas! Sufro como padre, como esposo, como hijo, como chileno, como político i como amigo de tantos correlejionarios [sic] que quedaran en la miseria” (14).

Esta actitud de su marido, producto del dolor feroz que el destierro le ha producido a él, exilia a Ester de su propio matrimonio y la aleja del corazón de Bañados. El estoicismo que su esposo espera de ella termina de aislarla del mundo entero. Le habrá costado a Ester —en el caso de que lo haya logrado— un esfuerzo de proporciones comprender que su marido haya preferido arriesgar la vida mil veces por Chile antes que conservarla para ella y sus hijas. Lo habrá odiado por la pobreza, la distancia y la soledad y lo habrá amado precisamente por lo mismo. Lo habrá querido de vuelta y lo habrá querido lejos; lo habrá entendido a ratos, lo habrá insultado mentalmente en las tardes largas de invierno y lo habrá acariciado en sueños. Y se habrá decepcionado aún más con una viudez inmerecida, a destiempo, que habrá terminado de romper sus esperanzas en una vida mejor.

A partir de su propio destierro, Ester reacciona desde las sombras. Frente a la pluma imparable de su marido que escribe cartas, justificaciones históricas y artículos periodísticos, Ester escoge el silencio absoluto. No guardó registro de las cartas que escribió y no habló nunca más en su vida de la Revolución, ni del destierro ni de su marido, una vez viuda.⁵² Ester dejó que Bañados continuara sus impulsos organizadores y fiscalizadores del caos y después, a su muerte, ella vivió su vida de negro, entre la casa arrendada y las misas en los Capuchinos, cargando la cruz de la humillación final: hubo de trabajar, hasta muy entrada en años, vendiendo estampillas en la oficina de Correos de la Plaza de Armas de Santiago.

⁵² Así la describen sus nietos: “La Ñana no se reía nunca y nunca habló de la Revolución”.

REFLEXIONES FINALES

El regreso de Julio Bañados a Chile, en abril de 1894, debe haber sido difícil. El encuentro con Ester Valderrama, si bien debe haber sido emotivo, debe haber sido también duro. Ella tiene que haber tenido mucho más claro que él la evolución de los valores sociales en Chile. El haber sabido de los bailes que los vencedores organizaron, para ufanarse de los botines de guerra; el haberse desilusionado de amigos y parientes; el haberlo perdido todo y el haber tenido que enfrentar a la sociedad desde la pobreza y la humillación, como una descastada, tienen que haber cambiado su carácter y su forma de ver las cosas.

Quién sabe si es que a ella todavía le servirían de algo las justificaciones de su marido. Quién sabe si todavía le importaban a ella el patriotismo y la justicia, el martirio y la posteridad. Probablemente no le importaban nada. Pero, como vimos, la mujer, en el siglo XIX, no tenía oportunidad de decir qué le importaba y qué no. Bañados, a su regreso, tiene que haber pasado momentos muy complicados, tratando de aunar la nueva sociedad chilena, con sus antiguos valores y con la nueva actitud de su mujer. Porque su mujer, de seguro, habrá querido alguna especie de compensación. Habrá deseado, en lo más profundo de su ser, que su marido, por fin, se dejara de grandezas y se dedicara un poco más a su familia.

Bañados, sin embargo, venía de haber vivido la *verdadera* experiencia liberal: era un mártir viviente. Aquellos personajes de los que había escrito con tanto ahínco en su juventud se habían hecho carne en él y en Balmaceda. Balmaceda había dado la vida por la patria y por sus valores e ideales y Bañados era el apóstol-escriba-historiador que había registrado todo para la posteridad y había vivido también su propio calvario. Bañados, por fin, estaba en el parnaso liberal en todo su esplendor.

Su candidatura como diputado por Ovalle fue hecha con él todavía en París. Cuando llegó a Chile, en abril, ya tenía listo su escaño en el Congreso y

traía, por su puesto, afinada su pluma y aclarada su garganta, para seguir resueltamente con la construcción de la nación.

Pero el mundo ya había cambiado. Si bien las profecías de Balmaceda se cumplieron en parte y, con el tiempo, el sistema parlamentario desapareció, no hubo el caos que vaticinó, después de lograda la paz, post Revolución. El orden volvió, de a poco, con un objetivo nuevo: producir, producir, producir y acumular dinero, mucho dinero. La *igualdad* estaba siendo dejada de lado. No se quiso más el avance en bloque de la sociedad, se empezó a buscar, con desmesura, el progreso individual. La modernidad ya había llegado para quedarse.

Esta modernidad no era la modernidad liberal, era la modernidad capitalista y lo cambió todo. Y Bañados —el cuerpo de Bañados— no resistió tanta modernidad desconocida. No resistió la decepción que debe haberle ocasionado esta modernidad egoísta, abarcadora y esclavizante. Su cuerpo, entonces, se dio por vencido y se llevó a la tumba al intelectual decimonónico patriota y honrado de Chile, para dar paso al comerciante. En noviembre de 1899, Bañados fue encontrado muerto, en su cama, con el desayuno a los pies.

La herencia de Balmaceda y su gobierno —y, por lo tanto, de Bañados también— ha sido de gran importancia para el país: las escuelas y hospitales que se construyeron en ese entonces todavía están en pie. La cárcel de mujeres de Santiago sigue siendo la misma que se construyó en 1891 y así suma y sigue.

A veces da para pensar que, en un siglo, no hemos avanzado tanto como avanzó Balmaceda. Y a veces da para concluir que ninguna sociedad está lista para avanzar de manera súbita. El ser humano, parece ser, no logra asimilar tantos cambios, tantas obras, tantas leyes nuevas, tantas novedades, en tan poco tiempo. Da la impresión de que la *seguridad* social va por encima del progreso. La seguridad no en el sentido de evitar la delincuencia, sino en el sentido de estabilidad, de una cotidianeidad social que no haga tambalear aquello a lo que todos estamos acostumbrados.

Salvador Allende quiso también instaurar una serie de cambios que, debido al poco tiempo que medió entre ellos, generó un desbarajuste social que también

estalló en *revolución*. En este sentido, da lo mismo si los cambios propuestos e impuestos son buenos o malos, justos o injustos, el punto es que parece ser que la sociedad simplemente no está lista para *tantos* cambios, nunca. Siempre habrá razones para las revoluciones. Bañados escribe mil cuatrocientas páginas al respecto. Mucho se ha escrito sobre la época de Allende también. Pero el resumen macro es que la sociedad no logra asimilar ni digerir los cambios acelerados y estalla.

Hoy en día, con el advenimiento de Internet, el sueño liberal de la información al alcance de todos es prácticamente una realidad. Y, sin embargo, el mundo no es hoy más inclusivo que ayer, la vida no es más justa socialmente hablando, la educación no les llega a todos por igual y los problemas no han variado en demasía desde 1894. De hecho, en educación, a ratos da para pensar que hemos involucionado. La comprensión lectora y la capacidad para escribir del ciudadano medio son una prueba de nuestro franco retroceso en materias educacionales. Ha avanzado la ciencia eso sí. Ya no nos morimos como moscas con el tífus. Pero el hospital del Salvador sigue siendo el hospital más importante de Santiago y, cosa que realmente espanta, sigue siendo albergado por el mismo edificio desde 1888.

¿Hacia dónde será que vamos los chilenos ahora? En la época de Balmaceda, al menos, había un debate serio y permanente sobre los destinos de la nación. En el día de hoy, en cambio, si bien todos tenemos acceso a muchísima información, no sabemos hacia dónde va nuestro país, no se discute abiertamente al respecto y, peor todavía, muchas veces a la gente *no le importa* eso, lo que importa es hacia donde va *cada uno*. La pérdida del sentido de comunidad, el desarraigo, la desnaturalización, es el rasgo preponderante de nuestra sociedad actual. El intelectual decimonónico pensaba en la nación en su conjunto, con mayores o menores falencias, pero en toda la nación. Hoy se piensa en el individuo, en la producción, en el mercado, en las masas para hacerlas producir y gastar. No se piensa hoy, por desgracia, en un proyecto de país justo.

Si bien el liberalismo no era la panacea ni era la verdad absoluta, sí difundió un sentido de sociedad más justo. Era, al fin y al cabo, una quimera irrealizable, bien pudieron comprobarlo Balmaceda y Bañados, como prácticamente todos los sistemas ideológicos. Pareciera ser que la vida en sociedad está condenada a ser siempre injusta, siempre exclusiva, y, a ratos, cuando las reformas son muchas, un poco violenta.

BIBLIOGRAFÍA

AMÍCOLA, José. *Autobiografía como autofiguración. Estrategias discursivas del Yo y cuestiones de género*. Argentina: Cinig, 2007.

ARRIAGADA, Carmen. *Carmen Arriagada, cartas de una mujer apasionada*. Ed. Óscar Pinochet. Santiago: Editorial Universitaria, 1990.

ARFUCH, Leonor. *Espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2007.

BAJTÍN, Mihaíl. *Esthetique et théorie du roman*. París: Gallimard, 1978.

BAKHTIN, Michael. "The grotesque image of the body and its sources". *The body. A reader*. Eds. Mariam Fraser y Monica Greco. Londres: Routledge, 2005.

BAÑADOS ESPINOSA, Julio. *Ensayos i Bosquejos*. Santiago: Imprenta de la Librería Americana, 1884.

----- *Letras i Política*. Valparaíso: Imprenta La Patria, 1888.

----- *Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*. París: Garnier, 1894.

----- *Cartas del destierro. 1891-1894*. Ed. Pilar Vigneaux. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2006.

BARROS DE ORREGO, Martina. *Recuerdos de mi vida*. Santiago: Editorial Orbe, 1942.

BARROS, Luis y Ximena VERGARA. *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*. Santiago: Ediciones Aconcagua, 1978.

BEISER, Frederick. *Hegel*. Londres: Routledge, 2005.

BELLO, Andrés. *Obras completas*. 15 tomos. Santiago: Imprenta Pedro G. Ramírez e Imprenta Cervantes, 1881-1893.

BERMAN, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI Editores, 2004.

BRUNER, Jerome. *Making Stories. Law, Literature, Life*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2002.

CARRIZO RUEDA, Sofía M. *Escrituras del Viaje. Construcción y recepción de "fragmentos de mundo"*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2008.

CONTARDO, Óscar. *Siútico. Arribismo, abajismo y vida social en Chile*. Santiago: Vergara, 2008.

COVER, Robert. "The Supreme Court 1982 Term: Nomos and Narrative". *Harvard Law Review* 97, no.4, 1983.

DAY, Aidan. *Romanticism*. Londres: Routledge, 1996.

DELGADO, Manuel. *Sociedades Movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama, 2007.

DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. www.rae.es

EGAN, Susanna. *Mirror Talk: Genres of Crisis in Contemporary Autobiography*. Chapel Hill/Londres: The University of North Carolina Press, 1999.

FERBER, Michael. *Romanticism*. Nueva York: Oxford University Press, 2010.

FELIX. 2004. *Fantasma de la glorieta*. [en línea] <http://perso.wanadoo.es/felixmp/pagina_nueva_123.htm> [consulta: 23 de julio de 2004].

FERNÁNDEZ PRIETO, Celia. "Figuraciones de la memoria en la autobiografía". *Claves de la memoria*. J.M. Ruiz (ed.). Madrid: Trotta, 1997.

FIGUEROA, Pedro Pablo. *Diccionario Biográfico de Chile*. Tomo I. Cuarta Edición. Santiago de Chile: Imprenta i Encuadernación Barcelona, 1897.

FOUCAULT, Michel. (A) *Historia de la sexualidad. La inquietud de ser*. Madrid: Siglo XXI, 1987.

----- (B) *Historia de la sexualidad. Voluntad de saber*. México: Siglo XXI, 1996.

----- (C) *L'herméneutique du sujet, Cours au Collège de France, 1981-1982*. Ed. Frédéric Gros. París: Gallimard/Seuil, 2001.

FRASER, Miriam y Monica GRECO. *The body. A reader*. Londres: Routledge, 2005.

GARCÍA, Germán. *El psicoanálisis y los debates culturales. Ejemplos argentinos*. Buenos Aires: Paidós, 2005.

GAY, Peter. *The Enlightenment: An Interpretation*. Vol. I: *The Rise of Modern Paganism*. Vol. II: *The Science of Freedom*. Primera edición: Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1970. Londres: Wildwood House, 1973.

GIANNINI, Humberto. *Breve historia de la filosofía*. Chile: Editorial Universitaria, 1994.

GINZO FERNÁNDEZ, Arsenio. "Condorcet. Filosofía y política". *Bicentenario de Condorcet*. 1994.

GONZÁLEZ STEPHEN, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas, 1987.

GRAN CONVENCIÓN DEL PARTIDO LIBERAL DEMOCRÁTICO. Santiago: Imprenta Franco-Chilena, 1894.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS. *Día internacional de la alfabetización*. Boletín informativo del Instituto Nacional de Estadísticas, año 2006. www.ine.cl [16 octubre 2012].

JAGER, Eric. *The book of heart*. Chicago: University of Chicago Press, 2000.

JAKSIC, Iván. *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Editorial Universitaria: Santiago, 2001.

JOCELYN-HOLT, Alfredo. "La crisis de 1891: civilización moderna versus modernidad desenfrenada". *La Guerra Civil de 1891: cien años hoy*. Ed. Luis Ortega. Chile: Universidad de Santiago de Chile, 1991.

LE BRETON, David. *Antropología del cuerpo y la modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2008.

LEFEVRE, Henri. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península, 1978.

LEJEUNE, Philippe. *Le pacte autobiographique*. París: Éditions du Seuil, 1975.

MOLLOY, Sylvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. Trad. Juan E. Calderón. México: Fondo de cultura económico, 1996.

ORREGO LUCO, Luis. *Memorias de un tiempo viejo*. Santiago: Ediciones Universidad de Chile, 1894.

PEREIRA LARRAÍN, Teresa. "Amor e ira. La expresión de los sentimientos en Chile: 1700-1890". *Lo público y lo privado en la historia americana*. Ed. Horacio Aránguiz. Chile: Fundación Mario Góngora, 2000.

PORTALES, Diego. *Epistolario de don Diego Portales, 1821-1837*. Comp. de Ernesto de la Cruz y Guillermo Feliú Cruz. 3 tomos. Santiago: Ministerio de Justicia, 1936-1937.

RAMOS, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Chile: Cuarto Propio, 2003.

RODRÍGUEZ MENDOZA, Emilio. *Últimos días de la administración Balmaceda*. Santiago de Chile: Imprenta i Librería del Centro Editorial La Prensa, 1899.

ROMERO, Francisco. *Historia de la filosofía moderna*. Chile: Fondo de Cultura económica, 1994.

SALINAS MEZA, René. “Fama pública, rumor y sociabilidad”. *Lo público y lo privado en la historia americana*. Ed. Horacio Aránguiz. Chile: Fundación Mario Góngora, 2000.

SAN FRANCISCO, Alejandro. “La Gran Convención del Partido Liberal Democrático en 1893. Un hito en la reorganización del balmacedismo después de la guerra civil chilena de 1891”. *Historia*. Vol. 36, páginas 333-377. Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

SIMMEL, Georg. “Essai sur la sociologie des sens”. *Sociologie et épistémologie*. PUF: 1981.

SUBERCASEAUX, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Tomo II. Fin de siglo: La época de Balmaceda*. Chile: Universitaria, 1997.

----- (A) “Literatura y prensa de la Independencia, independencia de la literatura”.

----- (B) “José Victorino Lastarria y el liberalismo intransigente (en el siglo XIX)”.

STUVEN VATTIER, Ana María. “El eco de las señoras de Santiago de 1865. El surgimiento de una opinión pública femenina”. *Lo público y lo privado en la historia americana*. Ed. Horacio Aránguiz. Chile: Fundación Mario Góngora, 2000.

VARGAS CARIOLA, Juan Eduardo. “Amor conyugal en el siglo XIX: el caso de Mary Casuten y Manuel Carvallo, 1834-1851”. *Lo público y lo privado en la historia americana*. Ed. Horacio Aránguiz. Chile: Fundación Mario Góngora, 2000.

VELASCO, Fanor. *La Revolución de 1891. Memorias*. Santiago: Dirección General de Talleres Fiscales de Prisioneros, 1925.

VÉLEZ DE ARAGÓN, Z. *Diccionario General de la Lengua Castellana*. 15ª edición. Madrid: S. Galleja, 1891.

WHITE, Michael y David Epston. *Narrative means to therapeutic ends*. Nueva York: W.W. Norton & Company, 1990.